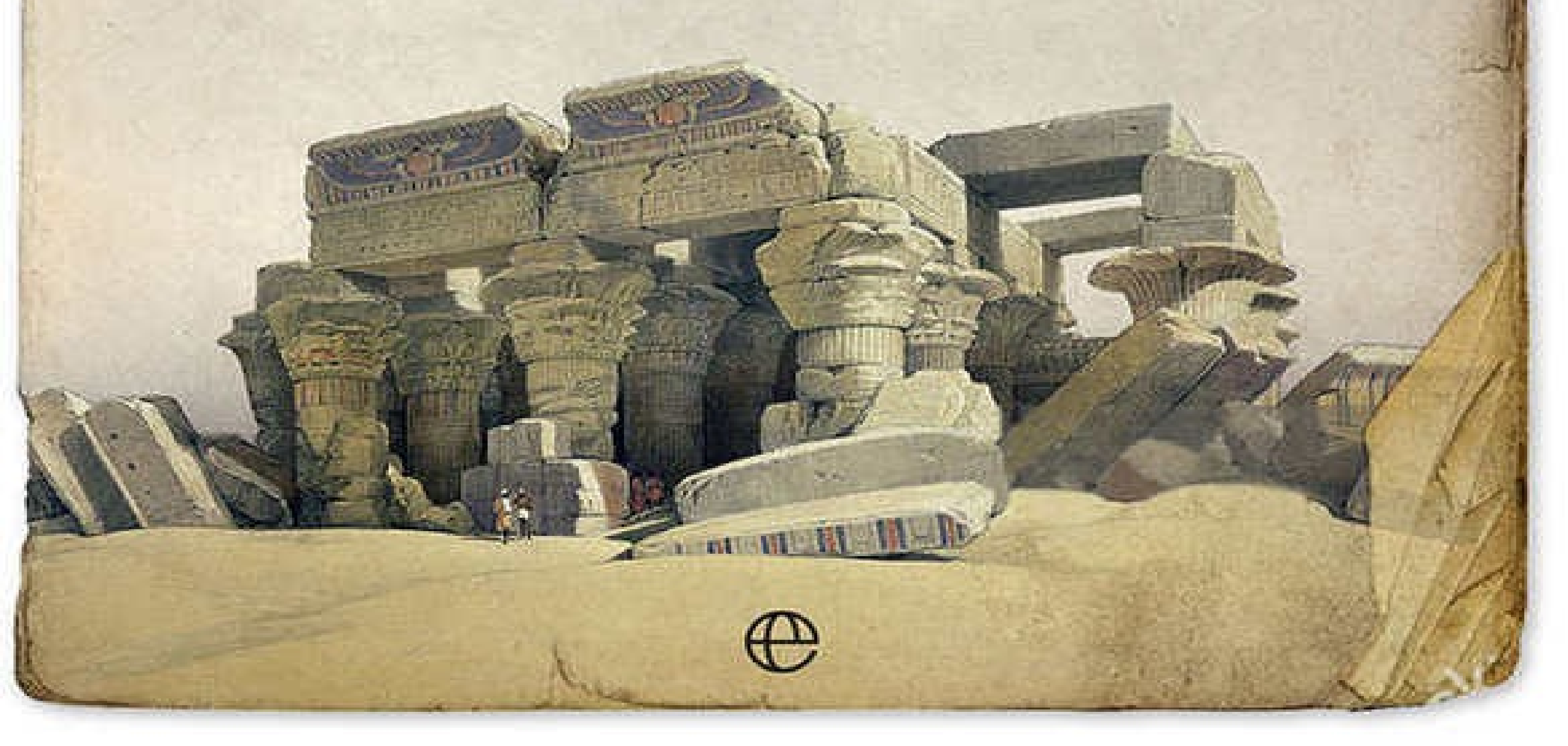
«Es un privilegio dejarse guiar por un cicerone con una mirada tan mágica como la de Jesús Callejo y adentrarse a su lado en arcanos de la Historia que, de otro modo, serían mudos o incluso hostiles». JAVIER SIERRA

JESÚS CALLEJO

GRANDES MISTERIOS DE LA ARQUEOLOGÍA

Viajes al encuentro de lugares sagrados



ÍNDICE

Dedicatoria
Cita
Introducción. El arte de excavar

I. UN VIAJE AL PASADO
- Entre la tecnología puntera y el poder de la mente
- ¿Qué ocurrió hace 12.000 y 5.000 años?
- Pioneros, aventureros y padres de la arqueología
- ¿Les apetece encontrar tumbas famosas?

II. AMÉRICA
- Estados Unidos
- Canadá
- México
- Colombia
- Perú
- Costa Rica

III. EUROPA
- Grecia
- Italia
- Malta
- Inglaterra
- España
- Turquía

IV. ÁFRICA
- Egipto
- Túnez

Mali
Zimbabue
Tanzania

V. ASIA
India
Indonesia
Camboya
Vietnam
Laos
Israel

VI. OCEANÍA
La sorprendente expedición tolemaica al Pacífico
Tonga: la puerta megalítica de Ha’amonga
Isla de Pascua: los ojos que miran al cielo
Pohnpei: el secreto de Nan Madol

VII. OTRAS CUESTIONES QUE LES PUEDEN INTERESAR
El primer anuncio de la Historia
Bebidas arqueológicas
¿Y el primer zapato?
Museos con cosas raras en sus vitrinas

Epílogo. El arte de viajar
Bibliografía
Notas
Créditos

Mi hijo ya sabe que su destino, sea el que sea, es siempre el más importante, porque el camino es la vida, y lo que hace diferente y especial cada lugar y cada objeto es tu presencia.

No lo olvides. Para ti, querido Javier.

«Bienaventurados los que no viajan jamás y los que apenas sienten deseos de conocer países remotos, ya que ellos gozarán de una vida apacible y llena de regocijo.

Bienaventurados también los amantes de los viajes que en sus periodos vacacionales recorren brevemente diversos lugares del planeta, pues ello les aportará enseñanzas enriquecedoras y les colmará de experiencias dichosas.

Pero ¡ay de aquellos que han osado emprender el Camino del Viajero! Porque ello no les dejará ni un momento de quietud y les sustraerá de los demás intereses de este mundo; se afanarán únicamente por intentar satisfacer en vano su insaciable pasión por los viajes y nunca considerarán haber viajado lo suficiente.

A esas almas vagabundas solo les aguarda desasosiego e infinita ansiedad por aprender sin cesar sobre todos los rincones de la Tierra, sobre la naturaleza de los seres que la pueblan, y sobre el significado de su propia existencia».

JORGE SÁNCHEZ,
el viajero español que ha dado siete veces la vuelta al mundo y ha visitado todos los países

INTRODUCCIÓN

EL ARTE DE EXCAVAR

Cuentan que un rey poderoso y con afán de conocimiento pidió a un grupo de sabios que realizaran una obra colosal y sin precedentes: que escribieran la Historia del hombre conocida hasta entonces. Pasaron muchos años y aquellos sabios por fin se presentaron ante el rey con cien libros escritos que contenían la Historia de la Humanidad. Pero el rey, viendo aquella ingente tarea, dijo:

—Señores, no creo que tenga vida para leer todos esos libros, os pido que os esforcéis en hacer un resumen.

Los sabios se pusieron manos a la obra y años después fueron a ver al rey con solamente diez libros. Pero el monarca, al igual que los sabios, ya empezaba a hacerse viejo, por lo que les pidió:

—Estos diez libros son muchos para mí, os ruego un nuevo esfuerzo para que hagáis un resumen.

Volvieron a pasar los años, y los sabios que aún continuaban vivos fueron de nuevo ante el rey con un solo libro. Pero el monarca era ya anciano y estaba en cama muy enfermo; al ver a los sabios se lamentó:

—Me parece que voy a morir sin saber nada de la Historia del hombre.

El más viejo de los sabios contestó al rey:

—Majestad, en realidad yo os puedo hacer un resumen: el hombre nace, sufre y al final muere.

En ese momento, el rey falleció.[1]

En el fondo, la Historia de muchas civilizaciones es precisamente eso: surgen, se desarrollan, construyen, pelean, entran en crisis y al final

desaparecen. Y, en ocasiones, con su muerte nace el mito. Y el ser humano, en su infinita curiosidad, quiere saber qué pasó con ellas y surge entonces la arqueología.

Es difícil que a alguien no le guste una ciencia tan atractiva en la que parece que los tesoros están esperando ahí, casi a ras de suelo, a que llegue un intrépido Indiana Jones o Tadeo Jones (para los más pequeños) y sean descubiertos. Y luego fama, honor y dinero para el arqueólogo. La realidad es menos espectacular.

Para el DRAE, la arqueología es la «ciencia que estudia las artes, los monumentos y los objetos de la antigüedad, especialmente a través de sus restos». O sea, a través de los yacimientos y las excavaciones que se realizan en todo el mundo por iniciativa privada o estatal. Aquel que tenga una mínima curiosidad por seguir y conocer ciertas noticias que se producen en este ámbito, pronto se dará cuenta de lo mucho que se está descubriendo, lo mucho que aún queda por conocer y lo mucho, demasiado, que ignoramos. Por poner un ejemplo, los egiptólogos más respetados aseguran que en Egipto, tras estos lustros de excavaciones, solo se ha descubierto un 30 por ciento de todos los «tesoros» que están enterrados bajo sus arenas. Quedan por delante años de agradables sorpresas. No sé si las veremos todas.

La arqueología es una herramienta fundamental para conocer esas civilizaciones antiguas que nos han precedido, y para ello se basa en objetos de madera o metal, esqueletos, fortificaciones, fosos, tumbas, trozos de cerámica, monedas y todo aquello que se localiza en el subsuelo y que ha llegado hasta nosotros, la mayoría de las veces roto, muy roto. Nace, como tal disciplina, en el Renacimiento, de manera *amateur*, al igual que la paleontología, con el hallazgo de herramientas, armas y huesos fósiles de animales prehistóricos (lo que hizo que surgieran muchas leyendas sobre bichos fantásticos, fruto del imaginario popular). En ese momento hay una revalorización de la época clásica, y la arqueología experimenta un gran desarrollo que se acentúa en el siglo XIX a raíz de las expediciones militares y científicas a Egipto y Grecia.

A un arqueólogo le interesa casi todo, desde los monumentos megalíticos de la Prehistoria hasta los sistemas de irrigación de viejas culturas, pasando por el estudio de momias, ritos funerarios, orientaciones

astronómicas y ofrendas votivas. Repito, de todo. Un no parar en cuanto a relaciones interdisciplinarias y académicas, sin olvidarnos de la lingüística y la genética. Esta última ha dado un impulso considerable a muchas de las dataciones del pasado gracias al análisis molecular de ADN en muchas osamentas. Y también se han podido despejar determinados enigmas históricos que planeaban sobre personajes claves. A preguntas del estilo de ¿cómo murió realmente Tutankamon?, ¿Ramsés III fue degollado?, ¿Napoleón fue objeto de un envenenamiento con arsénico en la isla de Santa Elena?, ya tenemos respuesta. Sabemos si algunas reliquias de santos, como las de Juana de Arco o santa Rosalía, son auténticas o bien si los restos de Colón que se encuentran en la catedral de Sevilla son los suyos o los de otro. Incluso podemos determinar si la princesa Anastasia Romanov murió fusilada con su familia en 1918 o sobrevivió a la masacre. Gracias al ADN ya podemos despejar muchas de esas incógnitas históricas y arqueológicas que han persistido durante años.

Como estudioso que soy de la Historia, me interesan las pruebas físicas, por supuesto, pero mucho más las personas que han protagonizado esos viajes y hallazgos, que han pasado por peligros y aventuras, que se han visto involucrados en fraudes o frustraciones. Ese toque humano que hace que esta ciencia haya tenido sus momentos de gloria o de humillación.

Creo que hay una arqueología académica basada en un consenso general por parte de las universidades sobre verdades oficiales y otra más inquietante alimentada por el hallazgo de piezas que no encajan en ese consenso. La Historia es un inmenso rompecabezas, conformado por miles de piezas que debemos ir encajando entre sí para resolver las lagunas que el pasado nos ha ido dejando. Debemos pensar y asumir que, según los historiadores, solo nos ha llegado un 5 por ciento de todos los textos escritos. Eso significa que, con esa mínima documentación, hay que resolver el 95 por ciento del puzle restante. Ahí, en esos amplios agujeros del saber, es donde aparecen las teorías, las dudas y, por lo tanto, el misterio.

Y por eso es tan importante el trabajo de los arqueólogos desde un punto de vista técnico, que consiste en reconstruir la vida de poblaciones antiguas a partir de las manifestaciones materiales que han dejado nuestros antepasados, y eso a pesar de guerras, cataclismos geológicos, errores y la ocultación

deliberada de datos. Durante mucho tiempo no se tenía muy claro dónde empezaba y terminaba la investigación de campo y la de laboratorio, y un arqueólogo británico, llamado Paul Bahn, lo resumió con esta ofensiva y lapidaria frase: «Los arqueólogos de campo excavan en la basura, los arqueólogos de laboratorio escriben basura».

No sé qué motivó a Bahn para decir lo que dijo, pero este libro pretende ir un poco más allá de lo típico y convencional. Pretende, eso espero, ser heterodoxo y riguroso a la vez en las fuentes que manejo. Y no olviden que este libro está escrito por alguien que no es arqueólogo ni historiador, pero que ha leído mucho y ha viajado por el planeta durante los últimos treinta años de su vida buscando enclaves arqueológicos de primer orden, lugares sagrados y rutas de peregrinación y veneración. Me considero un simple investigador de «anomalías históricas», que tanto abundan en las crónicas y en la arquitectura de nuestro pasado. Para ello me he trasladado a Egipto, Túnez, Gran Bretaña, Malta, Italia, Grecia, Brasil, México, Colombia… y veinte países más en mi búsqueda particular para ver *in situ* esas rarezas contenidas en leyendas, en templos religiosos, en museos y en monumentos megalíticos. Y sigo como un sabueso todas las noticias que se van produciendo día a día en los distintos medios de comunicación, que son muchas y algunas muy desconcertantes.

Una conclusión evidente a la que he llegado, y que comparto con ustedes, es que no hay dogmas en el mundo histórico, no hay que dar nada por sentado ni nada es inmutable en ciencia, y mucho menos en arqueología. Basta que algo se dogmatice desde un púlpito o cátedra universitaria para que la realidad y los nuevos descubrimientos nos hagan rectificar. Por eso hay que tener mucha dosis de humildad y amplitud de miras. El experto o curioso no solo debe informarse, sino también formarse, y eso es incompatible con la intransigencia. Los especialistas en cualquier disciplina son necesarios, pero de nada sirve conocer perfectamente el ángulo superior izquierdo de un mapa si ignoramos lo que sucede en el ángulo inferior derecho del mismo. Hay que tener sentido crítico, un sano escepticismo y una cultura general suficiente para acercarse a estos temas. Porque a cada interrogante que se resuelva, surgen otros diez aún mayores.

Hay mucho todavía por descubrir, mucho por reescribir y mucho más por explorar y explicar. Estoy convencido de que no nos lo han contado todo. Que hay culturas y civilizaciones que están perdidas definitivamente, de las que ya nunca sabremos nada, y otras que están esperando turno para ser descubiertas, analizadas o, sencillamente, ser mejor investigadas y datadas. En este libro encontrará esos datos antiguos y modernos que yo conozco y que comparto gustoso. En ocasiones hasta me atrevo a dar mi humilde opinión. Con la advertencia de que, si algo no les cuadra, no se inquieten…

I

UN VIAJE AL PASADO

ENTRE LA TECNOLOGÍA PUNTERA Y EL PODER DE LA MENTE

«Pasado, presente y futuro son solo ilusiones,
aunque sean ilusiones pertinaces».
ALBERT EINSTEIN

En pocas palabras, la arqueología estudia los diferentes estilos de vida prehistóricos, que son un territorio muy amplio para explorar y excavar; pero, a diferencia de los paleontólogos, los arqueólogos no tienen nada que ver con los fósiles. Es verdad que todo sirve para conocer nuestro pasado, pero al césar lo que es del césar, y cuando digo que todo sirve me refiero a las técnicas y los métodos que van cambiando con las épocas. Ahora podemos invertir menos tiempo y averiguar mucho más. Por ejemplo, existe la llamada «tecnología LIDAR», que no solo puede mapear rápidamente enormes áreas de paisajes antiguos, sino que gracias a los láseres son capaces de «ver a través» de la vegetación mediante múltiples escaneos. LIDAR (Light Detection And Ranging) puede tomar mediciones 3D de objetos y superficies por medio de muestreos de alta densidad. Suena a ciencia ficción, pero ya no lo es. Tiene su ámbito de aplicación en estudios hidráulicos, forestales y cartográficos y está revolucionando el mundo de la arqueología a marchas forzadas. Esta herramienta ya ha sido empleada en países con áreas de vegetación frondosa como Belice, Guatemala, México o Camboya, y permite no solo detectar construcciones cubiertas por la maleza y los árboles, sino también restos de carreteras, terrazas agrícolas o acueductos.

Es una tecnología ultramoderna que a veces se compagina con los métodos clásicos de un Howard Carter, sin olvidar esa parte psíquica y poco científica que también ha servido para realizar hallazgos espectaculares. ¿Se podría detectar un lugar arqueológico desconocido utilizando un péndulo o

unas varillas metálicas? ¿Se podrían revivir acontecimientos históricos precisos y hablar lenguas de épocas lejanas por medio de la hipnosis regresiva? Si las respuestas a estas preguntas son afirmativas, llegaríamos a la conclusión de que la psicometría, la radiestesia, la retrocognición, los sueños premonitorios, la reencarnación, la hipnosis y la percepción extrasensorial en general serían instrumentos muy útiles para la ciencia de la arqueología en una nueva —y casi herética— modalidad que podríamos denominar «arqueología psíquica», como así lo hizo el escritor norteamericano Jeffrey Goodman. Ahora bien, lo más curioso es que algunas de estas técnicas siguen siendo utilizadas en la actualidad por investigadores de universidades en sus prospecciones arqueológicas. Algunos lo llaman «visión remota».

Estas técnicas heterodoxas y no convencionales pueden abrir una serie de novedosas ventanas al pasado de la humanidad. Habría que decir que todo medio es bueno, con la condición de que se consigan buenos fines. Son conocidos los éxitos del ruso Alexander I. Pluzhnikov aplicando el método de la radiestesia a la arqueología en los años setenta. Su talento —y sus varillas de metal— ayudaron a la reconstrucción del monasterio de Iosifo-Volokolamsky, fundado en 1479, al noroeste de Moscú. Gracias a sus contribuciones, el Instituto de Investigación Científica del Ministerio de Cultura de la antigua URSS publicó un artículo con este sugestivo título: «Aplicación del método biofísico a la localización y restauración de monumentos de valor histórico y arquitectónico». El mismo Pluzhnikov comentó:

> Muchos siguen confiando únicamente en sus palas y útiles de excavación, pero en Leningrado y Volgogrado hay bastantes que han adoptado ya mi método biofísico y lo están empleando para explorar el sur de Rusia en busca de asentamientos como los que fundaron antiguamente los griegos en el litoral del mar Negro.

El jefe del Departamento de Arqueología de la Universidad de Toronto, Norman Emerson, utilizó con éxito los consejos de expertos psíquicos para sus excavaciones de asentamientos iroqueses del este de Canadá. En 1973, durante una conferencia hizo la siguiente declaración:

> Estoy convencido de haber recibido datos sobre útiles y emplazamientos arqueológicos de un psíquico, que me daba la información sin dar muestras de estar haciendo un uso consciente de la lógica.

Concluyó afirmando que, a su juicio, las manifestaciones del psíquico que él consultó, llamado George McMullen, abrían un panorama completamente nuevo para la arqueología.

En Illinois existía una «patrulla psíquica de rescate», comandada por el profesor Radford, siendo requeridos sus talentos en el campo arqueológico. En Inglaterra, en los años sesenta, un general retirado llamado J. Scott Elliot empleó la radiestesia para localizar diversos emplazamientos arqueológicos mediante un péndulo suspendido sobre un mapa o sobre el lugar a excavar.

Hay otros sistemas para entrar en contacto con el pasado, como el seguido por el clarividente polaco Stefan Ossowiecki, que se valió de una punta de flecha de hace unos 15.000 años para describir, con todo lujo de detalles, un poblado magdaleniense del Paleolítico, ubicado entre Francia y Bélgica. Mencionó sus habitáculos y a sus habitantes que tenían pelo negro, escasa estatura, piernas y manos enormes, ojos hundidos, nariz grande y estaban vestidos con pieles. Afirmó que los magdalenienses poseían arcos y flechas, perros domesticados, lámparas de aceite e incineraban a sus muertos. Los detalles y resultados de sus experimentos psicométricos, realizados bajo los auspicios del profesor Poniatowski, fueron recogidos en un libro titulado *Tanteos parasicológicos de culturas prehistóricas de 1937 a 1941*.

El capitán Flowerdew, por su parte, tuvo de niño una experiencia inolvidable. Al coger una piedra de color rosado de una playa, le vinieron a la mente imágenes de una ciudad desierta, construida también con piedras rosadas, donde él había muerto en una batalla hacía siglos. Súbitamente, recordó el nombre de aquella ciudad cuando vio un documental en la televisión: no era otra que la antigua Petra, la ciudad nabatea en la actual Jordania.

Estos saltos en el tiempo requieren un contacto físico con un objeto sólido y esto mismo le pasó a Anne May, una maestra de Norwich, el 29 de mayo de 1973, cuando visitaba con su marido el conjunto arqueológico de Clava Cairns (Inverness, Escocia). Dicho recinto consta de tres losas sepulcrales de la Edad del Bronce (entre los años 1800 y 1500 a. C.). El día

era soleado y la maestra, tras dar un paseo por las losas, fue en dirección a un círculo de monolitos que las rodeaba. Se apoyó sobre una de las lápidas, se relajó y cerró los ojos por un momento. Cuando los volvió a abrir todo era diferente: vio a un grupo de hombres que llevaban túnicas hechas de piel y una especie de pantalones hechos a base de tiras de cuero cruzadas. Caminaban lentamente y parecían arrastrar uno de los grandes monolitos sobre el terreno. Notó que llevaban cabellos largos de color negro. El ruido de un grupo de turistas la sacó del arrobamiento y le hizo regresar de sopetón al siglo XX. ¿Realmente vio una escena de los antiguos habitantes de la zona? Nunca lo sabremos, pero testimonios como el suyo no son tan excepcionales. Recuerden el caso de las profesoras inglesas Anne Moberley y Eleanor Jourdain, que el 10 de agosto de 1901, de vacaciones en Francia, paseando apaciblemente por el jardín del Pequeño Trianón de Versalles, de repente contemplaron las dos, con todo detalle, una visión de la corte de María Antonieta del siglo XVIII. Se atrevieron a dejarlo todo por escrito en su libro…

Hay muchos más ejemplos de ese tipo. Contaré uno ocurrido a un arqueólogo famoso y que tuvo que ver con un sueño. Corría el año 1893 cuando en las antiguas ruinas de Nippur, primera capital del reino babilónico (en lo que hoy es Irak), encontraron unos extraños objetos. Al doctor Herman V. Hilprecht, profesor de asirio de la Universidad de Pensilvania, se le dieron dibujos detallados y esquemas de dos fragmentos de ágata que llevaban inscripciones cuneiformes. Los miembros de la expedición ignoraban su significado, necesitaban traducirlos y averiguar su origen. Tras unas semanas de esfuerzos, Hilprecht no había dado aún con la solución de las inscripciones. Supuso, con alguna duda, que dichos fragmentos habían pertenecido a antiguas sortijas, pero sus deducciones no llegaban a más. Al cabo de unas pocas noches, tuvo un sueño lúcido donde vio, según dijo, «un sacerdote alto, delgado, de la antigua Nippur, de unos cuarenta años de edad». Se le acercó y le condujo a la cámara del tesoro del templo. Era una habitación de techo bajo y sin ventanas; contenía un cofre y algunos trozos de ágata y lapislázuli esparcidos por el suelo. En el anuario de la Society for Psychical Research (institución fundada en Londres en 1882), Hilprecht reflejó en un detallado informe, escrito en 1900, la extraña manera en que

finalmente supo la solución. El sacerdote le aclaró al profesor que no eran sortijas y le dio una relación de su historia:

> El rey Kruigalzu (hacia el 1300 a. C.) envió una vez al templo de Bel un cilindro votivo de ágata con inscripciones, además de otros artículos de ágata y lapislázuli. Un día los sacerdotes recibimos la orden de tallar un par de pendientes de ágata para la estatua del dios Ninib. Esto nos causó gran preocupación, puesto que no teníamos ágata a mano como materia prima. Si deseábamos cumplir la orden no nos quedaba otra alternativa que cortar el cilindro votivo en tres partes y construir tres aros, cada uno de los cuales contendría una parte de la inscripción original. Los dos primeros sirvieron como pendientes para la estatua del dios.

El sacerdote espectral concluyó diciendo:

> Los dos fragmentos que tantos dolores de cabeza te han dado son trozos de los aros. Si unes las dos partes tendrás la confirmación de mis palabras. Pero la tercera sortija que no habéis encontrado en el curso de las excavaciones, nunca la encontraréis.

Tras decir esto, el sacerdote desapareció. Al despertar, el profesor examinó los dibujos y se asombró al descubrir «todos los detalles del sueño precisamente verificados, teniendo en mis manos los medios de identificación». La esposa del profesor dio testimonio de haber visto cómo su marido saltaba de la cama, entraba en su estudio para examinar los dos trozos de ágata y exclamaba en un grito de júbilo: «¡Es cierto, es cierto!».

Más tarde tuvo la oportunidad de visitar el Museo Imperial de Constantinopla (hoy es el Museo Topkapi de Estambul), donde se conservan los fragmentos actuales, y allí obtuvo las pruebas definitivas de que los datos que le habían sido revelados en el sueño eran totalmente exactos.

Por cierto, es Hilprecht quien años más tarde encuentra en Nippur una piedra con la lista de los reyes sumerios, un artefacto único porque en la lista se mezclan gobernantes predinásticos, aparentemente míticos, con los gobernantes históricos que se sabe que han existido.

Los datos aquí expuestos sobre el apasionante campo de la «arqueología psíquica» prueban que la mente humana no está sometida a las limitaciones de espacio-tiempo. Eso es lo que intentó demostrar Stephan Schwartz, uno de los defensores de que la intuición y toda forma de percepción extrasensorial, como la precognición, puede ponerse al servicio de la arqueología. Y para

eso creó en Los Ángeles la Fundación Mobius en 1976. En su obra *The Secret Vaults of Time*, lo expresa con toda claridad:

> La arqueología psíquica ha sido una realidad durante las tres cuartas partes del siglo. El nuevo enfoque ha jugado un papel importante a la hora de demostrar que el marco temporal y espacial, tan crucial para la filosofía de la Gran Materia, no es bajo ningún concepto una idea tan absurda como cree la mayoría de los científicos.

La idea es que el hombre, fuera de sus límites físicos, puede convertirse en un viajero del tiempo y puede hacer incursiones al pasado para extraer información de objetos, localidades, tribus o civilizaciones que no conocía previamente. Lo importante es que dicha información luego se pueda verificar, que es lo que interesa. Si combináramos algún día la tecnología LIDAR con el poder mental, habría que decir aquello de don Hilarión: «Hoy las ciencias avanzan que es una barbaridad». Y añado yo, con valentía y sin prejuicios. Con razón decía la antropóloga estadounidense Margaret Mead: «La historia del progreso de las ciencias está llena de casos de científicos que han investigado fenómenos que, según las instituciones sociales, no existían».

¿QUÉ OCURRIÓ HACE 12.000 Y 5.000 AÑOS?

«En los 400.000 años que vivieron, los neandertales no fueron capaces de cruzar el mar. Ni siquiera llegaron a Madagascar, que no estaba tan lejos. El hombre moderno ha ido a todos los sitios imaginables en solo 100.000 años. Esa es nuestra gran diferencia: la inconsciencia de querer ver qué hay al otro lado. Aunque sea peligroso».

SVANTE PÄÄBO,
fundador de la Paleogenética

Antes de adentrarnos en lugares concretos de nuestro planeta donde hay extraños vestigios arqueológicos de todo tipo, algunos de ellos prodigiosos, habría que saber algo de esos ciclos geológicos de gran estrés que ha sufrido la humanidad desde que el hombre es *Homo sapiens*.

En un documental especulativo de Discovery Channel, titulado *Supercometa: después del impacto* (2007), resaltan las diferencias de opiniones entre la Escuela estadounidense de Impactos de Asteroides, que según ellos suceden solo a intervalos de millones de años, y la Escuela británica, que indica que lluvias de objetos más pequeños ocurren con gran frecuencia dentro de aquellos eventos de millones de años. Echando una ojeada a lo que dicen arqueólogos, geólogos, climatólogos, astrónomos y antropólogos, al menos hubo cuatro de esas revoluciones culturales o saltos evolutivos provocadas por bruscos cambios de temperaturas:

1. Hace 73.000 años a raíz de la catástrofe de Toba (Sumatra), por la cual la población humana se redujo a unos 10.000 individuos, tras pasar un invierno volcánico de seis años de duración caracterizado por una bajada de las temperaturas de hasta 15º y lluvias generalizadas. Momento crítico en el que casi desaparecemos como especie.

2. Hace 40.000 años, en el sur de Italia un volcán entró en erupción y dio paso al evento llamado *Campanian Ignimbrite*, uno de los eventos catastróficos más importantes de la Prehistoria, momento en que se cree que los *Homo sapiens* llegaron a Europa y los neandertales empezaron a desaparecer. Y es cuando el ser humano cambia su cosmovisión y empieza a pintar en las cuevas rupestres.
3. Hace 12.000 años, cuando un cometa rozó la atmósfera de nuestro planeta o un asteroide se estrelló contra su superficie y fue el causante de una combustión a escala global que alteró el curso de la historia de la Tierra. Ese evento provocado por algo llegado del espacio exterior puso el punto final a la última Edad de Hielo.
4. Hace 5.000 años. En diversos lugares de la Tierra las sociedades neolíticas sufrieron cambios muy importantes que dieron lugar al nacimiento de las primeras civilizaciones, que alcanzaron un alto grado de desarrollo económico, social, político y cultural. Y se agruparon en las riberas de los grandes ríos.

En todos los casos, el clima cambió rápida y profundamente por varias causas. Y coincidiendo con ese cambio climático global muy rápido, se produjeron las extinciones en masa de animales y una adaptación al medio por parte de los humanos que sobrevivieron.

Nos vamos a centrar primero en lo que ocurrió hace 12.000 años y las evidencias encontradas en la cueva Sheriden, en Ohio, a 100 metros bajo la superficie, donde se localizaron esférulas de carbono, pequeños trozos de carbón que se forman cuando las sustancias se queman a temperaturas muy altas. Las esférulas fueron descubiertas en 17 yacimientos en cuatro continentes, lo que significa que «eso» que golpeó la Tierra lo hizo a escala masiva. El gas tóxico envenenó el aire y nubló el cielo, causando que las temperaturas cayeran en picado. El clima turbulento puso en jaque la existencia de poblaciones de plantas y animales. Esta fase de enfriamiento se conoce como Dryas joven. Los habitantes de este periodo eran cazadores-recolectores que encontraron nuevos lugares para sobrevivir.

Otra evidencia serían unos nanodiamantes encontrados a lo largo de Norteamérica (en 6 yacimientos diferentes) que sugieren que hace

aproximadamente 12.800 años hubo un impacto cósmico debido a múltiples estallidos en el aire de cuerpos cometarios, que inició un periodo frío de 1.300 años de duración. (Douglas J. Kennett, de la Universidad de Oregón, mantiene esta teoría, entre otros muchos). Consecuencias que hay que destacar:

- —Desaparecen unas 35 especies distintas de mamíferos: tigre dientes de sable, oso de cara corta, castor gigante, gliptodontes y mamut.
- —Desaparece la cultura Clovis de los norteamericanos prehistóricos.
- —Punto y final de la Edad de Hielo y el Paleolítico, con su Pleistoceno Superior, e inicio de una nueva era: el Neolítico, con el principio del Holoceno.

Resumiendo: la Cuarta y Última Glaciación (Wurm) empieza hace 115.000 años (junto con el surgimiento de los primeros *Homo sapiens* en el este de África). El nivel del mar estaba por entonces 140 metros por debajo del actual. El deshielo empezó hace 20.000 años, con subida paulatina de las temperaturas, con dos excepciones:

1. Dryas viejo: periodo frío. Hace 14.700 años. Luego vuelven a subir las temperaturas, que duran unos 2.000 años de ininterrumpido calentamiento global (con un margen de error de 150 años).
2. Dryas joven: hace 12.800 años, un meteoro o cometa fragmentado provocó una inundación de agua helada que entró en el Atlántico norte de manera repentina e interrumpió la circulación oceánica. Las temperaturas volvieron a bajar de forma abrupta de manera global y eso duró unos 1.200 años. Hubo un aumento dramático del nivel del mar, destruyendo todos los pueblos y ciudades costeras. Y esas aguas se helaron. Lo más parecido a un apocalipsis natural.

Pero hace 11.600 años las temperaturas empezaron a subir con una velocidad trepidante: unos 15º en tan solo diez años. Algo insólito. Y la temperatura se estabiliza hasta hoy. Para que eso ocurriera, tuvo que llover torrencialmente durante muchos días. ¿Les suena lo del Diluvio Universal?

Pues eso. Y permitió que los cazadores-recolectores nómadas dieran paso a los agricultores sedentarios.

A este respecto, en *Hamlet's Mill*, la obra de Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, se dice que las civilizaciones antiguas conocían bien la precesión de los equinoccios, que preservaron mucho antes que los griegos. E hicieron un gran esfuerzo para codificar esa información sobre la precesión en el mito, y que también se incorporó en la arquitectura monumental. Y todo eso, ¿para qué? Para que la humanidad no olvidara ese acontecimiento traumático y clave en su evolución y recordarnos que dicho cataclismo podría volver a ocurrir en el futuro, como así fue en el 3000 antes de nuestra era.

Varias culturas y religiones hacen referencia a esa época convulsa de distintas maneras:

—Es el Zep Tepi para los egipcios. Es el Tiempo Primero, cuando los dioses descendieron sobre la Tierra y la encontraron cubierta por el fango y el agua. El principal de los dioses, al que los egipcios denominaron «Dios del Cielo y de la Tierra», era Ptah.

—La Edad de Oro (para los griegos) y Satya Yuga (para los hindúes)

—El Edda nórdico habla de una revuelta del Averno: «El sol se vuelve negro. Se desata el trueno. La trompa de Yggdrasill comienza a temblar. El espíritu de los árboles gime. El gigante se escapa. Todo se conmociona… El cielo revienta. El vientre de la Tierra se abre hacia el cielo y vomita llamaradas de fuego y veneno… Se oculta el sol. La Tierra se hunde en el agua. Las felices estrellas caen del cielo».

—Platón, en su diálogo de *Critias*, menciona el año 9500 a. C. como aquel en el que la legendaria Atlántida fue destruida.

—Arthur Posnansky, ingeniero naval de origen austrohúngaro, escribió un libro clásico de la arqueología universal, *Tihuanacu, la cuna del hombre americano* (1945), donde expone sus estudios basados en las posiciones astronómicas, datando a esta civilización hace 17.000 años; en el pasado Posnansky encontró huesos de toxodonte (mamífero de la megafauna extinto en el 12000 a. C.) junto a huesos humanos en el mismo estrato estratigráfico.

Aportemos ahora más pruebas arqueológicas de que en esa lejana época existían ciudades y culturas muy desarrolladas:

1. El geólogo Robert M. Schoch ha conseguido fama gracias a su teoría de que la Esfinge de Gizeh es mucho más antigua de lo que los egiptólogos admiten, emplazando su construcción a épocas predinásticas. Conocida como Abu-el-Hol, que significa «el padre del terror», en la actualidad la esfinge no causa miedo, sino asombro. Cualquier manual nos dice que es de la IV Dinastía y que la mandó construir el faraón Kefrén. En 1991 un equipo de la Universidad de Boston, dirigido por Schoch, dio a conocer un estudio que se atrevió a retrasar la construcción de la esfinge en varios miles de años. Una herejía en aquel momento. Mediante la utilización de sondas y micrófonos especiales, los geólogos norteamericanos llegaron a la conclusión de que la zona delantera del monumento y parte de las paredes del foso que la rodea presentan una erosión de dos metros de profundidad, provocada por las lluvias. En la época de Kefrén la región era un desierto. En su obra *Escrito en las rocas* (2002), Schoch dice que la esfinge fue construida en dos fases o secuencias: primero, esculpida en la roca pero no terminada, y luego se remodeló y remató en tiempos de Kefrén. Fue esta «protoesfinge» la que se erosionó por las grandes precipitaciones de esa época, que, según cálculos de Schoch, debió de ser hacia el año 7000 a. C. o quizá anterior.
2. Göbekli Tepe (Turquía), yacimiento megalítico de unos 12.000 años de antigüedad, no deja de asombrar desde que se descubrió. Es el lugar donde nacieron la arquitectura monumental y la agricultura, según la tesis del arqueólogo Klaus Schmith, que es quien lo excavó hasta el año 2015, cuando murió de un infarto. Estaba totalmente convencido de que tenía 12.000 años, porque fue soterrado deliberadamente por las personas que lo construyeron después de unos 2.000 años de convivencia y se mantuvo intacto desde entonces, por lo que las dataciones por radiocarbono no han sido contaminadas. Los arqueólogos suelen estar acostumbrados a ver y estudiar estructuras monumentales, como las de Malta o Menorca, construidas

por sociedades agrícolas desarrolladas, pero las estructuras de Göbekli Tepe están datadas hacia 9500 a. C. (para que se hagan una idea, Stonehenge se remonta al año 2500 a. C.) y todos los indicios disponibles señalan que fueron construidas por cazadores-recolectores, algo a lo que no da crédito la comunidad arqueológica. ¿Por qué habría de construir monumentos colosales de este tipo una sociedad así, sin un propósito utilitario evidente? Como dice Yuval Noah Harari en *Sapiens*: «Ni eran mataderos de mamuts ni lugares en los que resguardarse de la lluvia o esconderse de los leones». Esto nos deja con la teoría de que fueron construidos con algún propósito cultural misterioso que los arqueólogos se esfuerzan por descifrar. La única manera de construir Göbekli Tepe era que miles de cazadores-recolectores pertenecientes a tribus diferentes cooperaran y se esforzaran a lo largo de un periodo de tiempo prolongado. Solo un sistema religioso o ideológico complejo podía sostener tales empresas. No me digan que no es todo muy raro. Ah, y además este enclave contiene otro secreto sensacional. Los genetistas han estado siguiendo la pista del trigo domesticado y descubrimientos recientes indican que al menos una variante domesticada (el trigo carraón) se originó en las colinas de Karacadag, a unos 30 kilómetros de Göbekli Tepe. No puede ser casualidad, una vez más.

3. Otro yacimiento donde se ha planteado una datación muy radical se llama Gunung Padang (Indonesia). Es un enorme conjunto megalítico que hasta hace poco se pensaba que tenía solo 3.500 años de antigüedad, pero el Departamento de Geofísica del Gobierno de Indonesia y el geólogo Daniel Hilman han anunciado —sobre la base de un amplio estudio— que este lugar tiene al menos 9.000 años de antigüedad y tal vez hasta incluso 20.000.

Visto lo visto, más de un arqueólogo se plantea la posibilidad de que un gran número de yacimientos megalíticos de todo el mundo hayan sido mal datados. Estos lugares, como los monumentos de Malta o de Menorca, pueden ser mucho más antiguos de lo que se ha creído hasta ahora, dado que las muestras datadas pueden haber sufrido contaminación al tratarse de

enclaves abiertos en vez de enterrados. De hecho, hay un parecido asombroso entre los megalitos en forma de «T» de la isla de Menorca y los monumentos de Göbekli Tepe.

Graham Hanckock y Robert Bauval, en su libro *Guardián del Génesis* (1997), creen que ese oscuro periodo señalado como Zep Tepi o Tiempo Primero estuvo gobernado por unos enigmáticos Shemsu-Hor o compañeros de Horus, seres semidivinos con grandes conocimientos astronómicos, que orientaron las pirámides hacia la posición del cinturón de Orión en el 10500 a. C. y los que situaron a la Esfinge mirando al punto del horizonte por donde, en aquellas fechas, emergía la constelación de Leo. Armando Mei, un investigador italiano, cree que con Zep Tepi nos referimos a un tiempo histórico con una fecha específica: 36420 antes de Cristo.

Ibn Abd al-Hakam, un historiador árabe del siglo IX, compiló la *Historia de las conquistas* (conocida en árabe como *Futuh Misr*), basada en tradiciones orales locales, y en esa obra afirma que las pirámides egipcias no fueron diseñadas como tumbas, sino como lugares para salvaguardar objetos sagrados en «treinta tesorerías» secretas, así como los grandes libros del conocimiento antes de la Gran Inundación. Libros que contendrían «ciencias profundas, nombres de drogas medicinales y sus usos, datos astrológicos, astronómicos, aritméticos y geométricos… además de armas que no se oxidan y cristales que pueden doblarse, pero no romperse».

Por imaginar que no quede.

El mismo Graham Hanckock, en su último libro *Los magos de los dioses* (2016), vuelve a plantear la seria posibilidad de que se haya producido un enorme episodio olvidado en la historia humana, una civilización perdida, por llamarla de algún modo, de la que nos hemos olvidado. Sugiere que hace 12.000 años aconteció un cataclismo global, de alguna manera conectado con el final de la última Edad de Hielo, que habría eliminado esta cultura de la memoria, dejando muy pocos rastros. A partir de ahí, examina varias posibilidades sobre la naturaleza de tal cataclismo, que darían veracidad a las leyendas que hablan de un diluvio universal. Una de las teorías que le parece más sólida es la del profesor Charles Hapgood, según la cual se habría producido un desplazamiento de la corteza terrestre. Y el «arma del delito» que provoca el aumento global del nivel del mar sería un cometa que impactó

en una zona concreta de América del Norte. Los últimos datos procedentes de los núcleos de hielo de Groenlandia apuntan a una fecha bastante precisa: 12.800 años. Las pruebas científicas sobre el impacto de un gigantesco cometa son poderosas y convincentes.

Si en el Atlántico todo se conmocionó, no digamos en el Mediterráneo. Glenn Milne, profesor del Departamento de Geología de la Universidad de Durham, ha trabajado en un programa informático capaz de recrear el modo en el que han ido cambiando las costas de la Tierra desde hace 22.000 años. Él llama a su trabajo «mapas de inundación» y, al aplicarlo al Mare Nostrum, se ha llevado una verdadera sorpresa al comprobar que hace 18.000 años Córcega y Cerdeña formaban una sola isla, y Malta tenía entre 8 y 12 kilómetros más de anchura. Al iniciarse el deshielo de europa, una enorme masa de agua se derramó sobre el Mediterráneo. El Estrecho de Gibraltar fue incapaz de drenarla al océano Atlántico, y el mar Mediterráneo subió hasta 60 metros de nivel. ¿En qué afectó esa catástrofe a la humanidad? Para muchos historiadores, en casi nada. Sin embargo, antes del año 10000 a. C. existieron una o varias civilizaciones avanzadas en las costas mediterráneas que se perdieron para siempre bajo las aguas. Al subir bruscamente el nivel del mar, es evidente que decenas de núcleos urbanos desaparecieron, creando una gran mortandad y devolviendo a la humanidad a la época de las cavernas. Una clara involución. Visto así, las descripciones de Hesíodo en *Los trabajos y los días* y las de Ovidio en su *Metamorfosis* cobran un realismo inesperado: esa Edad de Oro de la humanidad desapareció cuando los dioses del Olimpo decidieron barrerla de la Historia con una gran inundación, y quizá no fue un simple mito.

Ahora bien, ¿sabemos dónde están hoy esas ciudades sumergidas? ¿Podríamos, con el concurso de la moderna tecnología, descubrir ese fabuloso legado olvidado y rescatar una parte fundamental de nuestro pasado? En eso está empeñada la arqueología subacuática.

Lo que está claro es que los ciclos de la vida son así: unos terminan y otros empiezan. Y algo muy gordo e impactante ocurrió también hace 5.000 años, un fenómeno ajeno al ser humano que explicaría varias incógnitas de índole geológica, astronómica e histórica. Algo que dejó una huella profunda, genética y social en los pobladores de aquella época, tanto animales como

humanos. Usando muestras de ADN antiguo extraído de una serie de esqueletos hallados en el centro de Alemania, se ha logrado reconstruir la primera historia genética detallada de la Europa moderna (de los últimos milenios). Los resultados del estudio revelan una serie de acontecimientos drásticos y migraciones en masa, tanto desde Europa Occidental como desde Eurasia, e indicios de una renovación genética no explicada aún, que ocurrió aproximadamente entre 4.000 y 5.000 años atrás.

La investigación se realizó en el Centro Australiano de ADN Antiguo (ACAD) de la Universidad de Adelaida, siendo el primer registro genético de alta resolución que muestra los linajes maternos a través del tiempo y que permite hacer un seguimiento de más de 4.000 años de historia de la humanidad, desde los primeros agricultores hasta tiempos modernos. Lo desconcertante, tal como subraya el profesor Alan Cooper, director del ACAD, es que los marcadores genéticos de esta primera cultura paneuropea, que claramente fue muy exitosa, fueron reemplazados de repente hace entre 4.000 y 5.000 años. Lo que sugiere que algo de gran envergadura debió de ocurrir.

Algunas pistas:

—Según el *Chilam Balam*, el libro sagrado de la cultura maya, su historia comienza en el año 3114 a. C., la fecha inicial de la Cuenta Larga de su calendario de 144.000 días (uno de los tres que utilizaban). El especialista alemán Wolfgang Cordan relaciona esta fecha con un misterioso acontecimiento histórico de gran importancia.

—El faraón Menes (o Narmer) funda la Primera Dinastía del Imperio Antiguo en Egipto, unificando las dos zonas, con la capital en Menfis y surge la escritura jeroglífica.

—El astrónomo Aryabhatta identificó la fecha de inicio de Kali Yuga o Edad Oscura el 18 de febrero de 3102 a. C., calculada a partir del tratado astronómico sánscrito *Surya Siddhanta*, en el que cuenta que hubo una alineación de los planetas Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno en 0° con Aries. Es la llamada primera «Edad Oscura», o sea, el periodo del cual se sabe muy poco a pesar de la mucha información que tenemos. En Mesopotamia ese periodo se llama Jemdet Nasr,

nombre de un sitio arqueológico ubicado 100 kilómetros al sur de Bagdad.

Hay dos cráteres que pertenecen a esa fecha, pero lo que parece más posible es que un gigantesco enjambre de meteoros causara destrucción sobre la superficie terrestre, levantando tsunamis y cubriendo la atmósfera de polvo. A pesar de la destrucción, cien años más tarde aparece el despertar y levantamiento de grandes civilizaciones durante el comienzo del tercer milenio antes de nuestra era. Las grandes ciudades-estado de Ur y Uruk se construyeron entonces. Gilgamesh, el gran rey de la inundación, vivió durante ese tiempo. La cultura preminoica surge en Creta. Aparecen asentamientos y construcciones neolíticas como Stonehenge y Newgrange. Para ese mismo periodo se registran grandes concentraciones de metano en los hielos de Groenlandia y mucho frío, de acuerdo a los registros de los pinos Bristlecones, en Bretaña.

Una causa posible del evento de 3100 a. C. puede encontrarse en un fenómeno producido por el complejo estelar Tauris, que pudo haber generado una tormenta de meteoros entre 4.500 y 5.000 años atrás, acompañada por detonaciones atmosféricas múltiples. Algunos arqueólogos creen que Stonehenge I (el más antiguo de todos) fue diseñado para permitir a la población del sur de Inglaterra hacer observaciones del fenómeno y quizás predecir sus recurrencias. En el libro *El invierno cósmico*, Victor Clube y Bill Napier (1990), dos astrofísicos de Oxford, cuentan la historia de las táuridas y del cometa central que debió de tener cerca de 100 kilómetros de largo antes de desmembrarse (el cometa que impactó contra la Tierra hace 65 millones de años y que acabó con la vida de los dinosaurios tenía unos 10 kilómetros de diámetro).[2]

Y además de las pruebas geológicas, contamos con pruebas escritas. Dos investigadores británicos descifraron en 2008 el texto de una tablilla asiria del año 700 a. C., hallada en el Palacio Real de Nínive por Henry Layard a finales del siglo XIX y que describe la caída de un asteroide. Concluyeron que ese meteorito caído sobre los Alpes hace más de 5.000 años provocó un cataclismo que coincide con el relato bíblico de la destrucción de Sodoma y Gomorra. La tablilla se exhibe en el Museo Británico y se la conoce como «el

Planisferio». Su observación del cielo da cuenta de «una bola blanca de piedra que se acerca» y que «avanza con mucha fuerza». Los investigadores utilizaron un poderoso programa de computación para recrear el cielo nocturno de entonces, y precisaron que el avistamiento ocurrió el 29 de junio del año 3123 a. C. Por el tamaño y la ruta del meteorito, descritos en la tablilla, podría tratarse de un asteroide que cayó en Köfels, en los Alpes austríacos. Esto explicaría la existencia de un deslizamiento gigante de tierras, de 5 kilómetros de largo por 500 metros de ancho, que hasta ahora había sido un misterio geológico.

¿Más pruebas? Uno de los lugares más inhóspitos del planeta, el desierto del Sáhara, fue hace 5.000 años un lugar rebosante de vida. Según un estudio publicado en 2015 en la revista *Nature Communications*, científicos del Instituto Francés de Investigación para la Explotación del Mar confirmaron que el Sáhara tuvo ríos que se extendían hasta 500 kilómetros. El estudio estima que el cauce del río que han encontrado podría ser el Tamanrasett, del que se sospecha que regó el Sáhara en el pasado y se extendía desde las montañas del Atlas hasta la costa de África Occidental.

En resumen, hace unos 5.000 años la fauna y la flora mutaron y migraron. Se produce el inicio de cronologías de distintas civilizaciones como la olmeca y la maya (3114 a. C.), la egipcia (3100 a. C.), el Kali Yuga hindú (3102 a. C.) y la de Sumer. Y no olvidemos que basta una gran crisis, un cambio climático, una guerra mundial, una catástrofe geológica o un peligro inminente para que una sociedad «moderna» y civilizada haga *crack* y afloren terrores irracionales, comportamientos salvajes y crueles, que hagan retroceder nuestros progresos y nuestro estadio evolutivo a una nueva Edad Media.

PIONEROS, AVENTUREROS Y PADRES DE LA ARQUEOLOGÍA

¿Cómo empieza a surgir el verdadero interés por eso que llamamos arqueología? Me imagino que por lo más sencillo, por la curiosidad de conocer nuestro pasado y nuestro origen como seres humanos. A decir verdad, así empiezan todas las ciencias y las artes, porque sin curiosidad no hay motor que nos ayude a avanzar en nada. Antiguamente, a falta de datos y pruebas, se daba crédito al mito, a la leyenda y a la religión donde los dioses, los héroes y los gigantes hacían acto de presencia para explicar cualquier monumento que los dejara con la boca abierta. ¿Y quién sería el «primer arqueólogo»? Difícil pregunta. Puestos a elucubrar, podría ser el ateniense Tucídides, porque, según confiesa él mismo, se dedicó a hacer ciertas excavaciones para documentar su *Historia de la Guerra del Peloponeso* en el siglo V a. C.

Si avanzamos un poco más, ese mérito en la categoría de «arqueología bíblica» habría que adjudicárselo a una mujer, a santa Elena, la madre de Constantino, a quien, tras convertirse al cristianismo en el siglo IV, le dio por excavar y descubrir todo tipo de reliquias que hubieran estado en contacto con Jesús, su madre o los apóstoles. Encontró en el monte Calvario y otros lugares de Tierra Santa cruces, clavos, paños, huesos y todo lo que fuera menester para adornar y enriquecer las primeras iglesias. Sus métodos basados en la fe y la oración no eran muy ortodoxos que digamos, pero a partir de ella empezó la fiebre por las reliquias, y muchos otros siguieron sus pasos excavando con pico y pala en busca de más huellas y objetos relacionados con Jesucristo, su familia o sus discípulos. No en vano, a santa Elena se la considera la patrona de los arqueólogos, a la que invocan cuando

las cosas no salen como deben, pero me da la impresión de que las plegarias son más eficaces si el arqueólogo es cristiano.

Monarcas, frailes, profesores y aventureros se dedicaron a coleccionar todo tipo de objetos raros, antiguos y clásicos que iban encontrando o les iban regalando. Lo del coleccionismo diletante estaba solo al alcance de unos cuantos pudientes. Algunos emperadores romanos y papas lo hicieron y luego aquellos que tenían ganas y dinero —en el Renacimiento hubo varios—, y así hasta nuestros días.

En todas las disciplinas académicas siempre hay alguien a quien se le considera el «padre». Ciriaco de Ancona fue uno de los primeros humanistas que mostró interés en el siglo XV por salvar del olvido y la destrucción los testimonios materiales del pasado. En numerosos viajes que hizo por Italia, Dalmacia, Grecia y Egipto redactó detalladas descripciones de los antiguos monumentos que veía, acompañándolas de ilustraciones realizadas por él mismo. Y trayéndose algún que otro *souvenir*. Por ello, sus contemporáneos le conocieron como *Anticuarius*, y es considerado por muchos como uno de los fundadores de la Arqueología. En el siglo XVI surgen los primeros gabinetes de curiosidades que serían el germen de los futuros museos de ciencias naturales, de paleontología, antropología y arqueología.

En el siglo XVIII se impulsan estas investigaciones con más seriedad. Y en gran parte debido al descubrimiento de ciudades romanas como Pompeya y Herculano, que avivaron el interés por lo que había debajo de las cenizas, de la tierra o de cualquier sedimento. Se dieron cuenta de que había mucho por desenterrar y que cada objeto no solo era valioso por su belleza artística o su valor monetario, sino también por aclarar un poco más el pasado más remoto de las diversas culturas que nos habían precedido.

Estamos en la arqueología clásica y hay consenso en afirmar que su paternidad la ostenta el alemán Johan Joachin Winckelmann, el hijo de un zapatero que en el siglo XVIII hizo la primera carta arqueológica sobre los descubrimientos de Herculano. Ya empezaba a florecer el método científico para seguir un orden en las excavaciones. En 1764 publicó su obra *Historia del Arte de la Antigüedad*, en la que hablaba de las cuatro fases que se pueden apreciar y distinguir en la evolución del arte griego: el estilo antiguo, el elevado, el bello y el de la época de los imitadores.

C. W. Ceram, en su clásica obra *Dioses, tumbas y sabios* (1949), dedica uno de sus capítulos a los precursores de la arqueología como Winckelmann y de él menciona sus pros y sus contras:

> Muchas afirmaciones de Winckelmann eran erróneas, y muchas de sus conclusiones, prematuras. Su visión de la Antigüedad estaba idealizada. En la Hélade no habían vivido solamente «hombres parecidos a dioses». Y sus conocimientos de las obras del arte griego, a pesar de la gran abundancia de materiales hallados, eran muy limitados. Lo que él había visto generalmente no eran sino copias de la época romana que, desgastadas por la lluvia y bruñidas por la arena, presentaban una blancura inmaculada… El mérito de Winckelmann consiste en haber puesto orden donde había caos, en haber introducido conocimientos donde tan solo había atisbos y leyendas; y, sobre todo, porque abrió el camino al clasicismo de Goethe y de Schiller, descubriendo el mundo antiguo y preparando a la investigación futura los instrumentos que un día podían servir a los arqueólogos para sacar de las tinieblas de los tiempos otras culturas más pretéritas aún.

Cuando estaba en su mejor momento creativo y divulgativo, Winckelmann sufrió una muerte inesperada y extraña. En su viaje de regreso a su casa, después de ser agasajado por la emperatriz María Teresa de Austria y recibir una buena cantidad de dinero por sus aportaciones, hizo parada y fonda en una pensión de Trieste y allí un facineroso le dio una puñalada trapera para apropiarse de su botín. El asesino se llamaba Francesco Arcangeli, aunque de arcángel tenía muy poco, y el crimen lo cometió cuando Winckelmann le había mostrado orgulloso monedas y medallas que la emperatriz le había regalado durante su visita a Viena. ¿Murió por bocazas, por incauto, por mala suerte o por una especie de conspiración? Hoy es considerado tanto el padre de la Arqueología clásica como el padre de la Historia del Arte.

Por cierto, el 9 de diciembre es el «día internacional de la arqueología», y coincide con el natalicio de Winckelmann.

Algún yanqui otorga esa paternidad al que fuera tercer presidente de los Estados Unidos, Thomas Jefferson, que hizo excavaciones propias en sus tierras de Virginia dándose cuenta de que la estratigrafía de un túmulo funerario de indígenas americanos, antes de que se llamara así a sus diversas capas geológicas, era fundamental para determinar la antigüedad de los huesos que iba localizando. Es decir, utilizó un incipiente método científico,

llamado «excavación de trinchera», para no deteriorar el material que iba encontrando y dejó escrito un informe detallado en 1748, llegando a la conclusión de que al excavar el túmulo sepulcral los huesos que estaban a más profundidad tenían más antigüedad. Esto que hoy en día parece una perogrullada no lo era en su época, donde muchos teólogos y científicos seguían pensando que el mundo lo creó Dios en siete días. En su informe escribió:

> Existía uno de estos (túmulos) en mi vecindad, y yo deseaba satisfacer mi curiosidad sobre cuáles y qué opiniones eran las justas… Estaba situado en los terrenos bajos del Rivanna, dos millas aproximadamente a partir de su principal bifurcación, y opuesto a algunas colinas, en las que había existido un poblado indio… Excavé primeramente de manera superficial en varios puntos y recogí una colección de huesos humanos a diferentes profundidades, desde seis pulgadas a tres pies bajo la superficie… No había agujeros en ninguno de los huesos producidos con balas, lanzas u otras armas.[3]

Estimó que «en este montículo habría una cantidad aproximada de mil esqueletos». A Jefferson, mente activa e inquieta, le interesaban también la filosofía, la horticultura, la música y la arquitectura. Fue autor de la Declaración de Independencia (1776) y se sabe que un debate clásico en los salones literarios de su época era determinar el origen de los nativos cuyos numerosos túmulos funerarios se habían descubierto en los valles del Ohio y el Mississippi. Los «entendidos» en la materia decían que tenían que ser obra de vikingos, daneses, galeses o bien de una misteriosa civilización constructora de túmulos. Cualquier cosa antes de admitir que los nativos tuvieran algún grado de civilización. Ese ha sido un error muy repetido a lo largo de la historia, el considerar que nuestros antepasados (y más si eran indígenas o negros) estaban poco evolucionados.

Es en la década de los treinta del siglo XIX cuando se produce un momento clave en el nacimiento de la arqueología como ciencia: la adopción de un método proveniente de la geología. Fue creado por el científico inglés Charles Lyell con una serie de leyes que se convierten en la base del método estratigráfico y cuya premisa fundamental dice que en una excavación los objetos recuperados en los estratos superiores son más recientes que los

recuperados en los estratos inferiores. Jefferson ya lo había dicho casi un siglo antes.

El XIX es el siglo de las grandes misiones arqueológicas y el de las grandes rapiñas. El precedente hay que buscarlo en la figura de lord Elgin, embajador inglés en Constantinopla, que consiguió de las autoridades turcas llevarse hasta Inglaterra 253 piezas entre frisos, metopas y partes de los frontones del Partenón (lo hizo en 1801 y ahí siguen, en el British Museum, desde 1816). Elgin inició así la costumbre muy extendida de realizar excavaciones en Grecia (esquilmar más bien) para conseguir materiales que llenasen las salas de los museos de todo el mundo, que empezaban a proliferar. Los alemanes desmontarán toda la decoración del templo de Afaia en Aegina y se la llevarán al Museo de Múnich; y los franceses, descubierta la *Venus de Milo*, se la llevarán al Louvre. No vamos a entrar aquí en la discusión de si es más conveniente que todas esas obras de arte estén hoy día en los museos citados o si deberían estar en sus lugares de origen, con todos los percances históricos que han pasado.

Ahora nos parece increíble y hasta cómico, pero hasta bien entrado el siglo XIX el avance científico se mantuvo frenado y a raya gracias a las teorías de varios eclesiásticos anglicanos chapados a la antigua, con ideas creacionistas e involucionistas, que hacían comulgar con ruedas de molino a todo el que osase contradecir el calendario bíblico que impusieron y que debía ser aceptado a riesgo de poner en duda la salvación de tu alma. Uno fue James Ussher, arzobispo anglicano de la diócesis de Armagh (Irlanda), quien escribió y publicó, en 1658, su libro *Anales del Antiguo y Nuevo Testamento*, en el que, tras largos años de estudio, mucho sudor y pocas lágrimas, llegó a una conclusión trascendental e inamovible. Afirmó que los años transcurridos desde la creación del mundo hasta el nacimiento de Cristo habían sido exactamente 4.004. Y señaló incluso el mes, día y hora exacta de la creación por parte de Dios: a las ocho de la tarde del 22 de octubre de ese primer año. Católicos, luteranos, calvinistas y anglicanos europeos la asumieron sin demasiados problemas. Aquí sí que se puede decir que la fe es ciega.

Más tarde, el doctor John Lightfoot, vicerrector de la Universidad de Cambridge, ponía la puntilla: la máquina del cosmos había empezado a funcionar exactamente a las nueve de la mañana del día 23 de octubre. Al

menos coincidió en el año, y él y sus colegas de Cambridge celebraron por todo lo alto el aniversario de la creación del mundo el 23 de octubre de 1696, a las nueve en punto de la mañana. Y seis días después otra fiestecilla: el 5.700 cumpleaños de la creación del género humano (ya saben, como Dios creó al hombre al sexto día…). Oradores y escritores de prestigio de aquel momento, como el obispo francés Jacques Bossuet, también se apuntaron a esta estupidez supina y enseñaban en sus cátedras esa antigüedad del mundo. Lo que impidió que teorías avanzadas como las de Charles Darwin, Charles Lyell o Richard Owen prosperasen al considerarse heréticas y peligrosas.

Menos mal que en el año 1865, el inglés John Lubbock publicó *Prehistoric Times*, toda una revolución y cambio de paradigma, porque en dicha obra divulgativa aparece por primera vez la palabra «arqueología» para denominar a la disciplina científica, además de dividir la Prehistoria entre Paleolítico y Neolítico, en lugar de diluviano o antediluviano, como se decía antes. Fue otro gran paso adelante que hizo que la mentalidad fuera cambiando y que los dichosos 4.004 años quedaran en el olvido.

No nos olvidemos del alemán Heinrich Schliemann, considerado por algunos el padre de la arqueología de campo. En su libro *Ítaca, el Peloponeso, Troya: investigaciones arqueológicas* (1869) va narrando algunas de sus lecturas clásicas y viajes por lo que antes se llamaba Asia Menor y cómo descubre algunos sitios. Su objetivo final era demostrar que la *Ilíada* y la *Eneida* estaban basadas en hechos históricos y que eran fieles a la realidad. Y lo cumplió de tal modo que hizo importantes descubrimientos en torno a Troya, Micenas o Tirinto, entre otros lugares. Anota en su libro su viejo sueño:

> Cuando, en Kalkhorst, aldea del Mecklemburgo-Schwerin, a la edad de diez años, entregué a mi padre, como regalo para la Navidad de 1832, un relato, en un mal latín, sobre los principales acontecimientos de la guerra de Troya, y las aventuras de Ulises y de Agamenón, estaba lejos de pensar que, treinta y seis años más tarde, ofrecería al público un libro sobre el mismo tema, luego de haber tenido la felicidad de ver con mis propios ojos el teatro de esta guerra y la patria de los héroes que Homero ha inmortalizado con sus nombres.[4]

Tenía casi todo: tiempo, ganas y dinero. Conocía más de veinte idiomas, tenía una gran fortuna y una curiosidad sin límites. En uno de sus viajes por

la geografía homérica conoció a la familia Calvert, propietaria de los terrenos de Hissarlik, en Turquía, donde se habían hallado algunas piezas antiguas. Calvert estaba convencido de que se trataba del lugar de Troya, pero sería Schliemann quien finalmente daría con la ciudad. Más bien con una de las nueve Troyas. La séptima era la de Homero. Lo que desenterró en 1873, con la única ayuda de su esposa Sofía, una estudiante griega mucho más joven que él, con la que se había casado a través de una agencia matrimonial, era en realidad una ciudad de la Edad del Bronce, anterior a la Troya homérica. Encontró muchos objetos y joyas valiosas y eso le llevó a un pleito con el gobierno turco. C. W. Ceram, en la obra citada, resalta así su figura:

> ¿No parece un cuento el que un hombre que tiene en su mano los mayores triunfos comerciales abandone sus negocios para emprender el camino soñado en su juventud? ¿Que un hombre —y con ello llegamos al nuevo episodio de aquella gran vida— se atreva, con el único bagaje de su Homero, a desafiar al mundo científico que no creía en Homero y, haciendo caso omiso de las plumas de los más famosos filólogos, prefiera aclarar con la piqueta lo que cientos de libros aparecidos hasta entonces habían enmarañado? Homero, en efecto, era considerado en los días de Schliemann como el simple cantor de un mundo antiquísimo desaparecido, pero se dudaba de su existencia y de cuanto relataba, y a los sabios de la época no les cabía en la cabeza el concepto que se ha expresado más tarde cuando audazmente se le ha llamado «el primer corresponsal de guerra». No cabe duda de que Schliemann, el primer año, se encaminó a la colina de Hissarlik como un niño que, martillo en mano, la emprende con su juguete para ver lo que tiene dentro; pero el Schliemann que realizó las excavaciones de Micenas y Tirinto podía considerarse ya como investigador científico.

Se fue a Grecia y realizó excavaciones en Micenas (1876-1878). A él se debe el hallazgo de la famosa máscara de oro de Agamenón que no era de Agamenón. Schliemann murió convencido de ello, pero ahora sabemos que todos los materiales y huesos de los veinte cadáveres que encontró en cinco tumbas, incluida la máscara mortuoria, están fechados entre 1550 y 1500 a. C.; es decir, unos 300 años antes del mítico rey. Y corresponderían a jefes tribales micénicos. Años más tarde prosiguió sus excavaciones de nuevo en Troya (1882-1883 y 1888-1890), ya asistido por especialistas de conocimiento y prestigio. Durante esas excavaciones comenzaron a formarse los métodos de la arqueología de campo moderna; al mismo tiempo, las libros y artículos de Schliemann transmitieron al gran público la emoción que sentía con cada uno de sus descubrimientos, poniendo de manifiesto la riqueza de

las civilizaciones de la Grecia prehistórica, e incluso intuyó la existencia de la civilización minoica, todavía desconocida. Y muchos se dieron cuenta de que aquello que contaba y cantaba Homero en su *Odisea* e *Ilíada* tal vez no era tan literario.

Heinrich Schliemann murió en Nápoles en 1890 y uno de sus nietos, llamado Paul, aprovechó su apellido para montar en 1906 su propio negocio, fabricando y traficando con piezas arqueológicas falsas que se decía que provenían de la Atlántida. Publicó un artículo titulado «Cómo descubrí la Atlántida, fuente de toda civilización» en el que describía objetos presuntamente heredados del abuelo, como un ánfora con cabeza de búho, algunos documentos *top secret* y ciertas monedas cuadradas de oricalco, un metal compuesto por una aleación de cobre y zinc que antaño era «el más precioso de los metales después del oro», según Platón. Todo un listillo.

Cada país tiene a su propio padre arqueológico, que normalmente es el que da impulso mediático a sus excavaciones y estudios. En el caso de Perú, pocas dudas hay de que fue Julio C. Tello, el descubridor científico de las culturas Chavín (1919) y de Paracas (1925). Tuvo el gran mérito de ser uno de los primeros científicos sociales en romper la idea dominante de la inferioridad de los antiguos pueblos del Perú.

En España destaca la labor del marqués de Valdeflores (que respondía al nombre más prosaico de José Luis Velázquez, 1703-1758), estudioso y pionero de esta disciplina que recibió el encargo del rey Fernando VI de recopilar todas las antigüedades e inscripciones que hubiese por el reino. Hizo una labor inmensa. Con la información recogida a lo largo de sus viajes pretendía elaborar una *Colección general de todos los antiguos Monumentos originales y contemporáneos de la Historia de España.* Hizo referencia al número de documentos recogidos para el estudio de la Historia Antigua de España y ascendían a un total de 13.664. Desafortunadamente, por cuestiones políticas, como siempre, su proyecto se vio truncado y no vio la luz por la caída en desgracia del marqués de la Ensenada, su protector, con la consiguiente retirada de la pensión para los gastos. Batacazo para la epigrafía y para la cultura en general. Después de varios viajes, toda la documentación, los dibujos y el material escrito que había recopilado terminaron guardados

en la Real Academia de la Historia. Hoy constituyen la «Colección Velázquez».

Sea quien sea el respectivo padre o pionero de la arqueología nacional, lo importante es darnos cuenta de esa lenta evolución histórica y cómo gracias a unos cuantos entusiastas hemos llegado a lo que hoy en día llamamos Arqueología, con la contribución y aportación de religiosos biempensantes, aventureros sin escrúpulos, buscadores de tesoros, abundantes expolios y loables deseos de saber algo más de nosotros mismos. No debemos desdeñar que la Historia de la Arqueología tiene su lado oscuro en una larga y antigua serie de fraudes, falsificaciones y trampas. El beneficio económico, el ansia de prestigio, el intento de justificar teorías y creencias y, lo que puede parecer más simpático, las ganas de montar una colosal broma, son algunas de las razones para engañar al mundo científico y al crédulo conjunto de la sociedad.

Las falsas pinturas rupestres de Zubialde (Álava) ingresan, por derecho propio, en una lista negra de fraudes arqueológicos y antropológicos en la que destacan también el hombre de Piltdown, la piedra vikinga de Kensington, el cuerno rúnico de Waukegan, las tablillas de Glozel, las terracotas de Hui Hsien, el broche de Preneste, el gigante de Cardiff o la tiara de Saitafernes. Como dice Juan Eslava Galán: «Si existen cincuenta mil compradores potenciales de denarios romanos, pero las existencias de estas monedas solo alcanzan a diez mil, es claro que pronto surgirán avispados comerciantes que fabricarán los cuarenta mil restantes para que nadie se quede sin su denario».

Otras veces, la falsificación ha sido cosa del azar, como ocurrió en julio de 1987, cuando se descubrió en aguas del puerto de Rodas una piedra de una tonelada que semejaba un puño y que fue —precipitadamente— considerado un fragmento del mítico Coloso de Rodas, una de las siete maravillas del mundo antiguo que han pasado a mejor vida. Finalmente, resultó ser una simple roca arañada por una draga portuaria.

Fuera de historias picarescas, esta disciplina es tan versátil que tiene sus aportaciones prácticas y graciosas, como nos diría la escritora Agatha Christie: «Cásate con un arqueólogo porque cuanto más mayor seas, más interesante te encontrará».

¿LES APETECE ENCONTRAR TUMBAS FAMOSAS?

Es muy posible que mientras escribo estas líneas se esté produciendo un nuevo descubrimiento arqueológico, discreto o sensacional, en Perú, México, China, Turquía, Egipto o España. No es exageración. Solo hay que consultar periódicos o blogs digitales en Internet a diario para comprobar lo que digo. Y eso sin tener en cuenta las excavaciones clandestinas que todas las noches realizan los huaqueros en países latinoamericanos, los saqueadores, expoliadores y ladrones de tumbas en el resto del mundo.

Tan vieja como el hombre es su preocupación por encontrar un lugar donde sus restos mortuorios puedan descansar en paz y para siempre, sin que su cuerpo y sus pertenencias sean profanados algún día por nadie. Pocos cadáveres ilustres consiguen su propósito. A veces el destino juega una mala pasada a sus momias y huesos y se pierden en algún ignoto lugar de la geografía donde las únicas pistas que tenemos son las leyendas.

Da vértigo pensar todo lo que nos queda por descubrir en materia de tumbas arqueológicas o lo que nunca llegaremos a saber ni a sospechar sencillamente porque ya han sido destruidas o están en zonas demasiado ocultas para las nuevas generaciones de arqueólogos.

Algunas ya están localizadas geográficamente, esperando el momento justo para dar a conocer los resultados de la investigación y su contenido fabuloso. Son retos para cualquier historiador encontrar las tumbas de Alejandro Magno, Gengis Khan o Almanzor, por poner tan solo tres ejemplos. En algunos casos no se ha encontrado ni la tumba ni el mausoleo ni el sarcófago ni el esqueleto, ni nada de nada.

Ser célebre en España y morir en Madrid es un pasaporte para perder sus restos óseos. Son muchos los que han sufrido peripecias rocambolescas *post*

mortem. La periodista Nieves Concostrina ha documentado varios de esos casos en obras como *Polvo eres* o *Muertes ilustradas de la humanidad*. Serias sospechas se ciernen sobre los restos Pancho Villa, Molière, Mozart y Quevedo. En ocasiones sabemos el lugar exacto (iglesia, convento, palacio, castillo o cementerio) en que fueron enterrados, pero sus huesos han desaparecido o no se corresponden con los que se dice que son o hay muchas dudas sobre la identificación de esos restos óseos. Si alguien quiere hacerse famoso (y quizá rico), que empiece buscando a alguno de los personajes que se citan a continuación. Necesitará permisos, agallas, dinero y mucha suerte. Aun así, encontrará trabas burocráticas. Pero ¿qué es eso comparado con la gloria de la posteridad? En 2016 se encontró la de Aristóteles en Estagira. Una menos. Ánimo. Aquí les proporciono algunas pistas de las que aún faltan por encontrar o identificar de manera definitiva, por épocas históricas, dejando de lado la Edad Contemporánea, con la que ya serían demasiados muertos:

Edad Antigua:

Varias tumbas de faraones egipcios.
Alejandro Magno (323 a. C.).
Sócrates (399 a. C.).
Qin Shihuang (210 a. C.).
Viriato (138 a. C.).
Marco Antonio y Cleopatra (30 a. C.).

Edad Media:

Reyes godos hispanos.
Don Rodrigo (711), en Viseu (Portugal).
Alarico I (410), en río Busento, en Cosenza (Italia).
Atila (453), en río Tisza (Hungría).
Carlomagno (814): falleció el 28 de enero de 814, y fue enterrado en la catedral de Aquisgrán. Jamás se ha encontrado su tumba, aunque sí sus huesos.
Almanzor (1002): entre Medinaceli y Bordecorex.
Gengis Khan (1227), en río Onon (Mongolia).
Faltan por encontrar muchas tumbas de la cultura olmeca, teotihuacana, tolteca, maya y azteca.

Edad Moderna:

Conquistadores: Orellana, Núñez de Balboa, Hernando del Soto, Juan Sebastián Elcano…

El Gran Capitán (1515): Convento de los Jerónimos (Granada).
Blanca I de Navarra (1441): el monasterio de Santa María de Nieva (Segovia).
Boabdil «el Chico» (1533): el último rey de Granada, yace bajo restos de basura en un solitario mausoleo junto a las murallas de la ciudad marroquí de Fez. Otros dicen que estaría en Tremecen (Argelia).
Lope de Vega (1635): en el osario común de la parroquia de San Sebastián, en Madrid.
Calderón de la Barca (1681): en algún lugar de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, en la madrileña calle San Bernardo.
Velázquez (1660): creían que estaba debajo de la plaza de Ramales, en lo que fue la cripta de la iglesia de San Juan, derribada en 1811, pero allí no apareció. Ahora dicen que está en la iglesia de San Plácido.
Juan de Herrera, Claudio Coello, Luis Vives y Tirso de Molina, perdidos sus huesos en el traslado del Panteón de Hombres Ilustres.
Christopher Marlowe (1593).
El sarcófago de plomo de sir Francis Drake (1596).

Lo que aguarda bajo las arenas egipcias

Se habla de que el 80 por ciento de los monumentos que un día se alzaron a las orillas del río Nilo están aún por desenterrar, devorados por el desierto o diseminados en estratégicos escondites. No hay mes que no nos desayunemos con algún nuevo hallazgo: puede ser una momia tolemaica, una pequeña pirámide (y eso que ya hay 114 catalogadas), un sarcófago, una estatua o una cámara secreta que está pendiente de abrir.

Hay incluso un catálogo de tumbas de grandes personajes (no todos son faraones) que aún no se han encontrado, tanto en el Valle de los Reyes como en el de las Reinas o en alguna necrópolis vecina. Por no hablar del fastuoso laberinto de Hawara, descrito por Estrabón y Heródoto, situado en el lago Moeris, cercano al oasis de El-Fayum, que contendría las tumbas de los doce primeros reyes de la Primera Dinastía. Encontrar una sola de esas doce tumbas sería un salto a la fama para cualquier arqueólogo. En total hay unas veinte tumbas reales o sepulcros por localizar que actualmente están en paradero desconocido dentro del Valle de los Reyes, como ocurre con la tumba de Amosis (fundador de la Dinastía XVIII, que expulsó a los hicsos del país). O las de Amenofis I, Tutmosis II, Ramsés VIII y Semenejkara. Y

todavía no ha aparecido ninguna de las tumbas de las reinas de la XVIII Dinastía. Son muchas las que están en su turno de espera.

Cuestión de tiempo, y ya sabemos que «todo el mundo teme al tiempo, pero en Egipto es el tiempo el que teme a las pirámides». Y mucho. Por ejemplo, la tumba del faraón Keops estaría 58 metros bajo la base de su pirámide, según Herodoto, que visitó Egipto en el siglo V a. C. Y se habla de treinta cámaras que se hallarían debajo de la Gran Pirámide, que contendrían mapas celestes y terrestres dejados por los antepasados divinos, que se mencionan en crónicas árabes y que intentó buscar Al-Mamun.

Con la ayuda de tecnologías no invasivas ni destructivas, como la termografía infrarroja, la reconstrucción 3D o el empleo de escáneres con partículas muones, los científicos del grupo de investigación Scan Pyramids han encontrado, en 2015, ciertos «vacíos» en la pirámide de Keops, que supuestamente indicarían la presencia de cámaras secretas todavía inexploradas. Según explicaron, algunos bloques de piedra presentaron una diferencia de temperatura de hasta 6º C respecto de los vecinos. Los motivos de la anomalía térmica siguen siendo desconocidos, salvo que haya cavidades ocultas.

De entre todas, una tumba es esperada con más ansias e impaciencia. Se trata de la del arquitecto Imhotep, personaje que lo fue todo en vida: visir del faraón Zoser (III Dinastía), gran sacerdote de Heliópolis, maestro de obras, patrón de los escribas, astrónomo y médico… entre otros muchos cargos y títulos. Imhotep vivió hace más de cuatro mil quinientos años y, por sus conocimientos, fue elevado a la categoría de dios de la medicina. No se sabe dónde están ni su tumba ni el Asclepios, el lugar donde él curaba a los enfermos, ubicado en Saqqara y mencionado por Amiano Marcelino (siglo IV) y Clemente de Alejandría (siglo III). Sería un lugar de peregrinación de enfermos de toda índole, donde se custodiarían los papiros y textos médicos del antiguo Egipto. Luciano de Samosata dice haberlo visto en el año 175 y cómo los enfermos iban a su tumba para dejar ofrendas en agradecimiento. De encontrarse algún día, tal vez en su interior hallaríamos un libro secreto de papiro del que habla la tradición. Se dice que, gracias a él, Imhotep pudo adquirir todos sus conocimientos de arquitectura, medicina y matemáticas.

El misterio que rodea el hallazgo de su tumba ha sido llevado a la literatura por el eslovaco Philipp Vandenberg, en una novela titulada *El complot de los faraones*. Y su figura ha sido ampliamente analizada por Christian Jack en su novela: *Imhotep: el inventor de la eternidad* (2013).

¿Queda algo de Alejandro Magno?

La momia de Alejandro fue visitada durante 700 años. Acudían turistas y peregrinos para rendirle homenaje entre los años 323 a. C. y 400 de nuestra era. Sabemos que la visitaron Julio César y Octavio Augusto, y que este colocó una corona de oro a la momia del conquistador y de paso le rompió la nariz accidentalmente al besarla. Calígula fue más osado y le quitó la coraza para ponerle la suya, de menor calidad. En el siglo V se pierde su pista. La tumba o «soma» dicen que estaría bajo la cripta de la actual mezquita de Nabi Daniel, en Alejandría, construida a finales del siglo XVIII en el emplazamiento de un templo romano del siglo IV, pero nada se ha encontrado que se parezca a una tumba, salvo una habitación vacía que en el pasado pudo haber contenido un adoratorio. El libro *Alejandro Magno. El destino final de un héroe*, de Nicholas J. Saunders, profesor de Antropología del University College de Londres, documenta todas las teorías y búsquedas del emplazamiento, tanto de la tumba de tan egregio personaje como de sus restos mortuorios, que los considera el verdadero «grial» de la arqueología. Saunders propone que su momia pudo ser troceada y convertida en millares de amuletos desperdigados por todo el ancho mundo durante la Edad Media.

Otra teoría sobre su posible ubicación fue expuesta por el británico Andrew Chugg y pronto levantó ampollas. Y señaló a la basílica de San Marcos en Venecia como el lugar que podría contener, no los restos del evangelista, sino nada menos que el cuerpo momificado de Alejandro Magno. Chugg considera que se deben exhumar las supuestas reliquias santas bajo el altar de la basílica para someterlas a una prueba de ADN. La teoría es tan absurda que podría ser cierta. A saber. El rey macedónico murió en Babilonia a la temprana edad de treinta y dos años y en circunstancias muy extrañas. Se habla de envenenamiento, malaria o leucemia. Da igual. El caso es que el

cadáver de Alejandro fue enterrado en una tumba construida en la ciudad egipcia de Alejandría, donde yació durante 700 años y después desapareció. Andrew Chugg sostiene que la confusión histórica sobre la suerte del cuerpo de Alejandro se explica porque el cadáver fue disfrazado de san Marcos para evitar su profanación y destrucción durante una insurrección cristiana a finales del siglo IV. Ambos cuerpos se dice que fueron momificados con lino y uno desapareció al mismo tiempo que aparecía el otro, en casi exactamente el mismo lugar, cerca de un cruce de carreteras de Alejandría. En el año 828, las supuestas reliquias de san Marcos fueron robadas de Alejandría por navegantes italianos, que las llevaron a Venecia, donde actualmente se conservan en la basílica construida ex profeso para albergar sus restos. Si eso es verdad, entonces fueron los restos de Alejandro, no los de san Marcos, los robados por mercaderes venecianos unos cuatro siglos más tarde para devolverlos a su ciudad natal.

Al menos en 2014 se encontró e identificó la tumba del padre de Alejandro, Filipo II, en la ciudad griega de Vergina.

Ahora, a por el hijo.

El fastuoso mausoleo de Qin Shihuang

Las excavaciones arqueológicas de Xian son tan faraónicas como las de Egipto. Ya se han encontrado más de 8.000 guerreros de terracota de tamaño natural, que protegen la tumba de Qin Shihuang, el unificador de China y constructor de la gran muralla. Este hombre lo hacía todo a lo grande, en vida y una vez muerto. En el año 1974 se localizó su tumba-templo-palacio-mausoleo-microcosmos y aún no ha sido abierta. No se atreven.

El emplazamiento fue cuidadosamente escogido según los principios de la geomancia (Feng-shui) y los arqueólogos actuales están esperando contar con la mejor tecnología para empezar a excavar y dar a conocer todo lo que hay en su interior. Cuando esto se produzca, y no hay fecha establecida todavía, lo más seguro es que hará palidecer lo encontrado en 1922 en la tumba de Tutankamon, o la del Señor de Sipán (Perú) o la de Pacal en Palenque (México).

Qin Shihuang murió en un viaje a la costa este en el mes de septiembre del año 210 a. C. mientras buscaba el elixir de la vida eterna en la legendaria isla de los Inmortales. Quería vivir eternamente y no morir como cualquiera de sus vasallos. Esa idea también la tuvieron los emperadores romanos. Y nada. Al menos consiguió que su muerte fuera memorable y trascendente. El emperador amarillo tardó cerca de treinta y ocho años en construir el mausoleo que, junto a otras 181 tumbas extendidas por la zona, cubre una superficie total de 56 kilómetros cuadrados. Para tal obra, contó con la participación de más de 720.000 abnegados obreros. Será por chinos.

Guo Zhikun, especialista en la Historia de la dinastía Qin y la dinastía Han, dice que el mausoleo del emperador Qin Shihuang está dividido en dos partes: un montículo encima de la tumba y el palacio subterráneo donde se situaría la cámara que contiene el ataúd del emperador. En las *Memorias históricas* (Shiji) de Sima Qian (145-90 a. C.), escriba de la dinastía Han, se enumeran algunas de las maravillas que podemos encontrar:

> Los obreros construyeron en la tumba palacios a escala, pabellones y estancias oficiales, y la llenaron de finas vasijas, piedras preciosas y otras rarezas. Los artesanos recibieron orden de instalar ballestas accionadas mecánicamente para disparar a cualquier intruso. Se reprodujeron las vías fluviales, los ríos Yangtsé y Amarillo, e incluso el gran océano, y por ellos circulaba mercurio. En el techo se emplearon perlas brillantes para representar las constelaciones, y en el suelo se plasmó la tierra con figuras de pájaros de oro y plata, y árboles grabados en jade. Las lámparas se colmaron con aceite de ballena para que ardieran hasta la eternidad.

Nadie escapó con el secreto. Alrededor de 600 fosos, túmulos y restos de edificios han sido identificados en las cercanías del mausoleo. Han aparecido tumbas con los restos de príncipes, princesas, damas de la corte y las concubinas del emperador, que no tuvo descendencia. Todos fueron sacrificados para acompañar a Qin Shihuang en su último viaje.

En diciembre de 1981 y mayo de 1982, los geólogos detectaron con instrumentos modernos la presencia de mercurio dentro del «palacio subterráneo», en un área de 12.000 metros cuadrados que presentaba una forma geométrica. Esto corrobora inicialmente la existencia de «cien ríos y grandes mares de mercurio», tal como fue descrita por Sima Qian y constituye una poderosa evidencia de que la tumba está sin profanar. Liu

Xiang, otro famoso estudioso anterior a Sima Qian, escribió: «Desde la antigüedad, nadie ha sido enterrado de una forma tan lujosa como el emperador Qin Shihuang». Su cámara funeraria contendría un vasto mapa de toda la tierra que conquistó, acabado con ríos de mercurio. Para evitar posibles robos, se ordenó construir una amplia gama de precauciones, a cual más sofisticada. Se dice que además del mercurio tóxico, existen armas que disparan automáticamente en el interior de la cámara a cualquiera que ose profanar el sueño eterno del emperador.

De momento, los chinos están haciendo alarde de su ancestral paciencia. Ya tuvieron una desagradable sorpresa cuando desenterraron muchos de los guerreros de Xian, cuya pintura y barniz desaparecieron al contacto con el oxígeno. Y aquí encontramos, de rondón, otro enigma de los buenos. Se ha localizado en esos vetustos soldados de terracota la llamada «púrpura Han», que es un pigmento artificial. Se podría decir que es el primer pigmento sintetizado de la Historia, y hablamos del siglo III antes de nuestra era. Fue utilizado en pintura de murales, para decorar esos famosos guerreros, en cerámicas, artículos de metal y joyería. El pigmento es una maravilla tecnológica, realizada a través de un complejo proceso de molido de materias primas en proporciones precisas y un calentamiento a temperaturas increíbles. Toda una tecnología que no ha sido reconstruida de nuevo hasta 1992, cuando finalmente los químicos fueron capaces de identificar su composición. Entre las propiedades que tiene esta púrpura Han, está la capacidad de emitir potentes rayos de luz en el rango del infrarrojo cercano y, además de esta cualidad fosforescente, posee otra todavía más extraña o exótica: se trata de una sustancia que cambia de dimensión. Así es. Cuando se somete esa púrpura al cero absoluto, lo que serían -273 grados, esa escala cuántica pasa de tres dimensiones a dos. Y por alguna razón desconocida, el púrpura Han desapareció por completo después del año 220 y nunca fue visto hasta su redescubrimiento.

Hasta el siglo XIX, la mayoría de los pigmentos y tintes se hicieron a partir de minerales de origen natural, salvo dos pigmentos hechos por el hombre en el mundo antiguo: el «azul maya», que fue todo un enigma hasta hace poco, cuando se supo que estaba elaborado a partir de una mezcla caliente de añil y arcilla blanca (llamada *paligorskita*), y el «azul egipcio»,

utilizado en todo el Mediterráneo y el Medio Oriente. Curiosamente, esos dos tintes azules eran sagrados para ellos. Los mayas lo vinculaban al sacrificio, puesto que las víctimas eran pintadas totalmente de este color. Y los egipcios a dioses como Thoth y Amón.

Hoy conocemos la fórmula compleja china para hacer el «púrpura Han»: consistía en la combinación de arena de sílice con cobre y bario en proporciones precisas, calentada aproximadamente entre 850 y 1.000° C. ¿Cuántos inventos y adelantos técnicos se habrán perdido o estarán escondidos bajo el mausoleo de Qin Shihuang? El debate ha vuelto a resurgir después de que Duan Qingbo, investigador del Instituto de Arqueología de Shaanxi y responsable de los trabajos en dicha tumba, asegurara que, sobre el palacio subterráneo de piedra, existe otro edificio de 30 metros de altura cuya función sería la de servir de tránsito al alma del emperador en su viaje al más allá. No paran las sorpresas, y las que nos quedan…

¿Dónde están las tumbas de los reyes godos?

Sobre los reyes visigodos hispanos hay sospechas de que alguno fue enterrado en la iglesia dedicada a santa Leocadia de Toledo. Al ser luego esta ocupada por la mezquita aljama durante varios siglos, y desde el siglo XIII por la actual catedral, sus restos se perdieron y solo quedan indicios, rumores e hipótesis. Ardua labor para un arqueólogo que daría sus frutos y su gloria a poco que hubiera presupuesto y predisposición. Sobre las tumbas de Recesvinto y de Wamba tenemos alguna pista más. Wamba se retiró al monasterio de Monjes Negros de San Vicente, en Pampliega (Burgos) después de la faena que le hicieron, y allí murió en el año 688. Su cadáver recibió sepultura ante la puerta de la iglesia del monasterio y allí permaneció hasta que, en el siglo XIII, Alfonso X el Sabio, considerado también el primer arqueólogo medievalista, ordenó que sus restos mortales fueran trasladados a la nueva iglesia de Santa Leocadia, ubicada junto al Alcázar de Toledo, y que no debe ser confundida con la otra que recibió el mismo nombre. También fueron trasladados los restos de su antecesor Recesvinto.

Durante los años convulsos de la Guerra de Independencia, los sepulcros donde descansaban los restos de ambos monarcas fueron profanados por las tropas francesas, como era habitual en ellas. En 1845 aparecieron los supuestos restos de los dos reyes, introducidos en una arqueta de madera forrada de terciopelo carmesí, y fueron trasladados con solemnidad a la catedral primada de Toledo y depositados en el salón principal de la sacristía, lugar en el que permanecen actualmente.

¿Y la de don Rodrigo, el que dicen que fue el último rey godo aunque no es verdad? Son varias las versiones que circulan sobre su muerte y sobre su tumba. Unos dicen que murió en manos de Tariq tras la batalla de Guadalete (711) y otros que se ahogó en las aguas del río Guadalete, pues se hallaron los restos de su caballo y armadura en la orilla. En el año 868 apareció una tumba cerca de la localidad lusitana de Viseu en cuya lápida se podía leer *Rodericus Rex*, pero sin nada dentro. Otra leyenda lo ubica en la pequeña aldea minera de Sotiel Coronada, en el término municipal de Calañas (Huelva). Los que mantienen esta hipótesis dicen que la ermita de la Virgen de España se alza sobre el lugar donde se refugió y murió Rodrigo como consecuencia de las heridas sufridas en la batalla. Y, ya puestos, otro enclave sería la sierra de la Peña de Francia, en Salamanca, donde finalmente habría sido alcanzado por Muza, que allí lo remató. Sus defensores dicen que la salmantina Ciudad Rodrigo debería su nombre en honor al último rey godo, que ya son ganas de quitarle los méritos al conde Rodrigo González Girón.

Nada comparado con el entierro de Alarico I. Cuando la malaria acabó con su vida en 410, se encontraba en Cosenza, al sur de Italia, y sus generales no podían permitir que su cuerpo fuera profanado por los romanos, así que decidieron emprender una obra faraónica. El lugar elegido fue el río Busento, que pasa por esta localidad. Miles de hombres construyeron un enorme muro para desviar el curso del río. Luego, depositaron el cuerpo junto a un tesoro de valor incalculable en un sepulcro excavado en el lecho del río. Acabado el ritual, se destruyó el muro que contenía las aguas y el río ocupó de nuevo su cauce natural, dejando la tumba bajo la corriente de agua. Mataron a todos los testigos y trabajadores, que algo ya se olían, y así quedó resguardado su secreto hasta ahora. Casi medio siglo después hizo algo parecido Atila.

De Atila a Gengis Kan

Dice la leyenda que Atila fue enterrado en tres ataúdes: uno de hierro, otro de plata y otro de oro, junto con las riquezas que había atesorado a lo largo de su vida. Algunos soldados se ofrecieron voluntarios para buscar un sitio oculto en el que enterrar a su líder en el año 453. Los cuatro generales de Atila se conjuraron para no desvelar jamás el emplazamiento. Los soldados que habían excavado la tumba aceptaron suicidarse y desde entonces no ha podido ser localizada. Dicen que yace en el fondo del río Tisza, en Hungría o en la confluencia de los ríos Sava y Danubio (junto a la fortaleza de Kalemegdan), pero dicen tantas cosas…

En marzo 2014 salió la noticia de que trabajadores de la construcción de un nuevo puente sobre el Danubio en Budapest desenterraron un sepulcro del siglo V o VI. El análisis del monumento revelaba que era la cámara funeraria de un gran líder huno. Suspiraron para que fuera la de Atila. Encontraron esqueletos de caballo, armas y otros artefactos, todos ellos asociados con los hunos. Entre los objetos dicen que había una espada grande hecha de hierro meteorítico, que podría corresponder con la «espada santa de los escitas», atribuida al dios Marte. Los húngaros la llamaban «la espada de Dios» y estuvo en manos del «azote de Dios», una buena mezcla. La noticia resultó ser un *fake*. Demasiado bonito para ser verdad.

Gengis Kan hizo algo parecido a su colega. Se buscó un buen cauce de río. Cuenta la leyenda que fue enterrado bajo el río Onon, en un paraje llamado Burjan Jaldun, muy cerca de la ciudad mongola de Songiin, unos 50 kilómetros al sudoeste de la capital Ulan Bator. El sistema consistió en levantar terraplenes circulares en medio del río, vaciar el agua, enterrar al finado junto con parientes, mujeres, caballos, perros, gatos, tesoros y sirvientes (con Gengis marcharon al «otro lado» más de 800 personas). Luego tiraron abajo el terraplén y el río lo anegó todo. Desde ese año, 1227, se ha estado buscando su tumba con más disgustos que alegrías.

En octubre de 2008 se inició una nueva investigación por parte de la Universidad de San Diego, California, con el explorador Albert Lin a la cabeza, para descubrir, de una vez por todas, el paradero de su húmeda tumba

en alguna parte de la región que bordea el río Onon y las montañas Khan khentii, cerca de donde nació. Nada de nada.

Lo que sí se ha demostrado es que, antes de morir, Gengis dejó una buena prole. Los estudios genéticos demuestran que el 8 por ciento de la población de Asia Central son descendientes suyos (al tener el mismo cromosoma «Y»), nada menos que 16 millones de vástagos. Con razón le llamaban «el padre de los mongoles», y para eso su verdadero nombre era Temujín, que significa «el mejor acero». Eso es poder.

Y por último… una maldición

¿Qué hacer para que las tumbas y los huesos de los grandes personajes ilustres no se mancillen ni se pierdan en el limbo del olvido? Una buena solución fue la del dramaturgo inglés William Shakespeare, que, antes de morir en 1616, escribió su propio epitafio con una maldición para todos aquellos que osaran profanar sus huesos. En él se puede leer:

> Buen amigo, por Jesús,
> abstente de cavar el polvo aquí encerrado.
> Bendito sea el hombre que respete estas piedras
> y maldito el que remueva mis huesos.

Y dicen que su esqueleto nunca se ha exhumado ni tocado ni mucho menos perdido de la iglesia de la Sagrada Trinidad de Stratford-on-Avon. Un tipo listo… Pero ¡ay, buen amigo!, información de última hora: un documental emitido en 2016 por la televisión británica y que lleva por título *Historia secreta: La tumba de Shakespeare*, revela que realmente fue profanada y que su cráneo fue robado hará unos 200 años. Como para caerse muerto. Y a alguno le habrá caído a plomo esa maldición…

II

AMÉRICA

«Remontando el Orinoco, digo, y entrando ya en la zona amazónica, me di cuenta que América es uno de los pocos lugares del mundo donde el hombre del siglo xx puede convivir con el hombre que corresponde a la era del paleolítico o del neolítico en la historia humana».

ALEJO CARPENTIER, *Los pasos perdidos* (1949)

ESTADOS UNIDOS

«Mi única duda es saber si Estados Unidos acabará con el mundo o si el mundo va a acabar con Estados Unidos».
HENRY MILLER

El primero que puso el pie en América

¿Cuántas veces nos han dicho que los primeros hombres que llegan y colonizan Norteamérica entraron por el estrecho de Bering hará unos 13.000 años?

Los arqueólogos siempre han sostenido que llegaron allí procedentes de Siberia, ya fuera caminando por el hielo que entonces unía el continente asiático con Alaska, o navegando. Tantas veces, que nos lo hemos creído. En los libros de texto del instituto se sigue insistiendo en que la primera cultura de hombres americanos es la de Clovis, asentada en Nuevo México, y que los primeros pobladores aprovecharon ese puente de hielo entre Alaska y Asia para entrar y expandirse hacia el sur de los territorios americanos, llegando a Tierra de Fuego unos mil años más tarde. Sin embargo, los nuevos descubrimientos arqueológicos desmienten esa afirmación. No quiere decir que oleadas de personas no entraran por ese estrecho de Bering, pero no fueron las primeras, ni las únicas, ni en esa época.

Restos de pisadas de humanos cerca de un lago en México prueban que el hombre ya estuvo en el Nuevo Mundo entre 38.000 y 39.000 años atrás. La nueva evidencia —269 huellas humanas conservadas en unas antiguas cenizas volcánicas— fue descubierta por arqueólogos mexicanos y británicos cerca de la ciudad de Puebla, 120 kilómetros al sureste de México DF. Ni que decir tiene que el descubrimiento efectuado a mediados de 2005 es uno de los más importantes de las últimas décadas, sin que tuviera mucha repercusión mediática que digamos. De ser cierto (todo hay que decirlo con reserva y a beneficio de inventario), sería una evidencia incontrovertible de que la humanidad colonizó este continente hace al menos 40.000 años y que

deberían cambiar completamente los aspectos clave que se conocen de la Historia de las primeras emigraciones de la humanidad. El hecho de que se hayan usado dos técnicas diferentes de datación —radio carbono y luminiscencia estimulada ópticamente—hace que los datos sean extremadamente fiables.

El nuevo descubrimiento sugiere que los humanos pudieron haber entrado en América durante una fase ligeramente menos fría —dentro de la Edad de Hielo— que sucedió hace unos 50.000 años. Ellos habrían marchado en dirección al estrecho de Bering o saltado de isla en isla en barcos primitivos desde Asia del Este a Alaska, vía los archipiélagos Kuril y Auletio, a cientos de millas al sur de Bering.

Para colmo, un yacimiento en Brasil, cerca del volcán Cerro Toluquilla, y otro en el sur de Chile, en Monte Verde, han sido datados en 50.000 y 33.000 años, respectivamente. Lo que apoyaría la teoría de que no hubo una, sino varias olas migratorias, unas por el norte entrando por Bering (y no en una ocasión, sino en varias etapas), otras por el sur, provenientes de Australia, y otras procedentes de Asia, por el océano Pacífico. Posiblemente la más importante y masiva ocurrió con la oleada que salió de África hace 45.000 años, se dirigió a Asia Central y de ahí a Siberia, de donde pasaron a América por el estrecho de Bering, un corredor natural formado entre los hielos, hará unos 20.000 años, según las teorías más actuales.

En definitiva, podemos decir que América tuvo más de una puerta de entrada para recibir a los primeros grupos de gentes que se animaron a habitarla. Los más intrépidos habrían alcanzado el continente después de navegar por el océano Atlántico desde Europa, una ruta de migración que está haciendo temblar a la antropología tradicional. Un estudio de sedimentos y restos fósiles publicado en la revista *Nature* en agosto de 2016 asegura que este corredor de Bering era totalmente impracticable en la fecha de la que datan los restos humanos más antiguos de América y que los viajeros habrían muerto de hambre durante la travesía. La hipótesis de los investigadores es que se desplazaron por el continente en balsas.

Como los resultados de los análisis indican que el corredor no era viable hace 14.700 años, que es cuando se tiene constancia de los primeros habitantes de América (según las hipótesis más conservadoras), los

investigadores de las universidades de Dinamarca y Reino Unido proponen que la entrada y el desplazamiento por el continente de los primeros pobladores se hizo desde Alaska hacia el sur, por la costa, o bien directamente hacia cualquier otro punto de la costa desde el Pacífico. Fundamentalmente, se ha demostrado que hace 12.600 años no había plantas, ni animales en el corredor, lo que significa que los seres humanos que pasaran a través de él no habrían tenido recursos vitales para sobrevivir.

Por tanto, hay que suponer que llegaron en varias oleadas de emigrantes por diversos lugares y que fueron asentándose desde Canadá hasta Chile. Hay que saber compaginar la cultura Clovis con otros restos humanos. Veamos dos ejemplos:

1. Topper (Carolina del Sur). Restos fechados hacia el año 50.000 antes del presente.
2. Pedra Furada (Piaui, Brasil). Restos fechados sobre esa misma época.

En la década de los sesenta del pasado siglo un equipo de arqueólogos estadounidenses encontró en el yacimiento prehistórico de Hueyatlaco (Valsequillo, México) una serie de herramientas de piedra de cierta calidad, muy parecidas a las que había hecho el hombre de Cro-Magnon (*Homo sapiens*) en Europa hace unos 30.000 años. Ahora bien, cuando unos técnicos del US Geological Survey (Prospecciones Geológicas de Estados Unidos) procedieron a datar los estratos donde se habían localizado los utensilios líticos, saltó la sorpresa. Después de aplicar cuatro métodos de datación diferentes, los geólogos concedieron al estrato una antigüedad de 250.000 años. No podía ser. Esta cronología reventaba cualquier teoría oficial sobre los primeros pobladores americanos y, lo que es más grave, hace 250.000 años no había *Homo sapiens* ni en América ni en ninguna otra parte del mundo. En definitiva, una bomba de relojería para el evolucionismo académico. Enseguida se creó una fuerte controversia y la publicación de los hallazgos se fue aplazando hasta 1981, cuando por fin salió un artículo sobre Hueyatlaco en la revista *Quaternary Research*. ¿Consecuencias? La geóloga Virginia Steen-McIntyre, que había defendido a capa y espada las dataciones y criticado fuertemente al *establishment* académico, cayó en desgracia. Desde

entonces hubo una gran confrontación en torno al yacimiento de Hueyatlaco: arqueólogos contra geólogos. Ganaron los primeros y el yacimiento y el trabajo geológico simplemente se ignoraron.

Hueyatlaco no es el único yacimiento de hombres primitivos censurado en el Nuevo Mundo, es tan solo la punta del iceberg. Y lo he puesto como ejemplo de que tal vez no nos han contado todo. Ahí está el recientemente fallecido Tom Lee, un arqueólogo canadiense que tuvo la mala suerte de encontrar un sitio muy antiguo en una isla de uno de los Grandes Lagos, en los años cincuenta. No solo perdió su empleo público, además lo internaron en un manicomio durante un tiempo. O el ejemplo de Dee Simpson y el yacimiento de Calico, en el desierto de Mojave de California. En sus excavaciones comprobaron que la tierra de la parte superior de la columna de sedimentos contenía artefactos de 200.000 años de antigüedad, lo que hace que los estratos y los artefactos situados por debajo sean mucho más antiguos. Louis Leakey, que alcanzó fama en África, reconoció en los años sesenta que los artefactos de piedra eran herramientas y no el resultado de causas naturales.

Desde luego, yo no puedo saber cuáles son las dataciones correctas y los chanchullos y conspiraciones que muchas veces hay en ámbitos académicos para dar validez a sus datos y descalificar los de otros. En este sentido, recuerdo la obra de Michael A. Cremo y Richard L. Thompson, *La historia oculta de la especie humana* (ese es el título en español de la versión abreviada de su monumental libro *Forbidden Archeology*, Arqueología prohibida), donde mezclan «las churras con las merinas», lo falso con lo dudoso y lo verdadero con lo esperpéntico. En esa obra denunciaron lo que suele ocurrir cuando una evidencia contradice las teorías arqueológicas oficiales. Escribieron: «En los últimos 150 años, los arqueólogos y antropólogos han enterrado tantas evidencias como las que han desenterrado, literalmente». Exagera, sin duda, pero pone el dedo en la llaga en que no nos cuentan toda la verdad. Más adelante dicen: «Estamos ante lo que se llama un filtro del conocimiento, un rasgo fundamental de la ciencia y la naturaleza humana. La gente tiende a filtrar cosas que no convienen. Cuando los arqueólogos ven que algo no se ajusta al paradigma aceptado, tienden a

eliminarlo. No se enseña, no se discute y la gente ni siquiera se entera de ello».

Habría que revertir de alguna manera un fenómeno alarmante que ha aparecido en la comunidad investigadora de antes y de hoy en día: la tendencia a una ciencia «complaciente», donde los hechos, por muy tozudos que sean, no cuentan si cuestionan una visión del mundo políticamente correcta. Amplitud de miras, por favor.

CANADÁ

«Antes de entrar en un lugar, fíjate por dónde se puede salir».
PROVERBIO VIKINGO

ESOS VIKINGOS QUE LLEGARON ANTES

En torno al año 1000 los normandos, uno de los muchos nombres que recibieron los vikingos, se asentaron en Groenlandia (nombre eufemístico que significa «tierra verde», a pesar de que el 85 por ciento de su territorio está cubierto de hielo) y realizaron varios viajes hacia el oeste, hacia el continente americano, sin saber aún que era un continente. Esos viajes se relataron en dos sagas islandesas: la de los Groenlandeses y la de Erik el Rojo. Los viajes fueron varios, con asentamientos duraderos en territorios que hoy están ubicados en Canadá. Por situarnos cronológicamente, digamos que ocurrió entre el año 970 y el 1030.

Está fuera de toda duda la veracidad de las sagas (escritas en el siglo XIII), ya que también hay pruebas arqueológicas de su presencia tanto en Groenlandia como en la península de El Labrador, en Terranova (en L'Anse aux Meadows o «ensenada de las medusas») y en la isla de Baffin. La *Saga de Erik el Rojo* relata el inicio del viaje de Leif Ericson:

> Navegaron alejándose de tierra firme; luego hacia el asentamiento oeste, y a las Islas del Oso (Bjarneyjar). Partieron de Bjarneyjar con vientos del norte. Estuvieron en el mar dos medios días. Luego llegaron a tierra, y remaron en sus botes, y la exploraron, y encontraron unas piedras planas, muchas tan grandes que cabían dos hombres sobre ellas, talones con talones. Había muchos zorros polares. A esta tierra le dieron el nombre de Helluland, la Tierra de las Piedras Planas.

Los expertos creen que aquella primera escala en el viaje pudo haber sido la isla de Baffin, en el extremo noreste de Canadá. Baffin es

precisamente una tierra de «piedras planas», a unos cientos de kilómetros de Groenlandia, y tiene un clima muy inhóspito. Esta fue la razón que Leif dio para no permanecer ahí. La expedición viró hacia el sur, y pocos días después desembarcaron en Markland, nombre este de una tierra boscosa que probablemente sería lo que ahora se denomina la península del Labrador, en la costa atlántica. El tercer y último desembarco fue probablemente al norte de Terranova. Cercano el invierno, Leif decidió establecer ahí un campamento y dividió al grupo en dos. Uno se quedó haciendo guardia y el otro exploró los alrededores, con desigual suerte.

Un explorador encontró muchas «vides y uvas» (probablemente moras) y por ello bautizaron el territorio como Vinland. Uvas no podían ser, pues en esas latitudes y altitudes no hay viñedos. Algunos investigadores piensan que más bien debían de ser algún tipo de bayas silvestres, de las que igualmente podía hacerse vino. Ahí los vikingos pasaron una buena temporada, reconociendo los alrededores y recolectando frutos y madera. Volvieron a Groenlandia y contaron a su pueblo lo que vieron y vivieron. Habían descubierto nuevas tierras fértiles y con clima aceptable. Desgraciadamente, las sagas no nos cuentan más de Leif Ericson y muy poco de Vinland.

Sabemos que el hermano de Leif, Thorvald, visitó el campamento en 1004. Pasó ahí el invierno con treinta hombres. Thorvald tuvo la mala suerte de encontrarse con un grupo de nativos y mató a ocho de ellos. En el cuerpo a cuerpo no tenían rival. Dejaron a uno vivo, que volvió más tarde con refuerzos que atacaron el campamento vikingo, matando a Thorvald a flechazos. Los vikingos sobrevivientes pasaron otro invierno en Vinland, antes de volver a Groenlandia. A pesar del fracaso, en los siguientes años habría más expediciones, pero ninguna logró establecer una colonia permanente.

Siglos después de las andanzas de Erik el Rojo y Leif Ericson, la ciencia dio con las pruebas. Colón no fue el primero en descubrir América. Está claro. Los vikingos lo hicieron quinientos años antes, adentrándose en sus navegaciones por el norte. Arqueólogos de la Universidad Estatal de Michigan han encontrado, en 2014, restos de varios artefactos en el sur de la isla de Baffin (ubicada en la parte ártica de Canadá). La revista *Sci News* aclara que el hallazgo se ha realizado en una excavación abierta desde 1960.

Más de cincuenta años después, descubren lo que —según afirman— es un crisol fechado entre los siglos VIII y XIV. Contiene en su interior pequeños fragmentos de bronce y esferas de vidrio, lo que hace suponer que podría haber sido utilizado por los vikingos para fundir armas u adornos, ya que los pueblos indígenas del norte de América no practicaban la metalurgia en aquellos años.

Sobre un yacimiento de turba en Pointe Rosée, al extremo de Terranova, allí donde las aguas del San Lorenzo se encuentran con las del Atlántico norte, las excavaciones han revelado rastros de carbón de madera y más de nueve kilos de escoria, residuos de turba que los vikingos utilizaban para producir hierro. Viajes esporádicos en la costa este de Canadá habrían tenido lugar por lo menos durante tres siglos después de la primera visita de Leif Eriksson.

En definitiva, a día de hoy los expertos han establecido que los vikingos de Groenlandia fueron más al norte de la colonia occidental que habían implantado. Se han encontrado objetos en la isla de Ellesmere, cerca del estrecho de Davis. Barriles, hierro, cobre y remaches del barco, probablemente de los restos de un naufragio, son pistas más que suficientes para suponer que hubo un naufragio de un *drakkar*. Incluso una moneda vikinga del siglo XI, con la efigie del rey Olaf de Noruega, fue encontrada en la costa de Maine. Y la *Saga de los groenlandeses* va más allá. Resulta que en 1010 el islandés Thorfinn Karlsefni, cuñado de Leif Erikson, intentó establecer la primera colonia permanente europea en tierras de Terranova, con sesenta hombres y cinco mujeres. No lo consiguieron, pero su esposa Gudrid Thorbjarnardottir dio a luz el primer niño europeo nacido en América, que se llamó Snorri. Dato para la Historia. Lo curioso es que, cuando esta mujer se quedó viuda, peregrinó a Roma, se convirtió al catolicismo y se hizo monja. Las vueltas que da la vida. En Ottawa (Canadá) desde el año 2000 hay una escultura que representa a Gudrid con su hijo al hombro, como la primera mujer europea y blanca que dio a luz a un bebé pisando las tierras del continente americano. El siguiente nacimiento europeo no sería hasta 560 años después y en esta ocasión fue español.

¿Por qué se fueron de sus asentamientos en Groenlandia y de las costas americanas? El tema de la brutal desaparición de los vikingos es uno de los

grandes enigmas que los arqueólogos están tratando de resolver. De todas las razones invocadas para explicar el abandono de esos asentamientos, la más aceptada sería por un importante cambio en las condiciones climáticas. Hay pruebas. La Organización Biocultural del Atlántico Norte (NABO) ha revelado que, entre 1343 y 1362 la temperatura media había bajado allí terriblemente. La vida sería entonces imposible para los colonos. Con el frío, los glaciares empezaron a invadir la tierra, drenando toneladas de arena y grava, y reduciendo la superficie de los pastos. Por tanto, la colonia vikinga de Groenlandia (que hoy forma parte del reino de Dinamarca) fue abandonada a principios de 1400 debido a la pequeña edad de hielo que se dio en la región en esa época, que volvió muy inhóspita la isla, tanto que los propios esquimales bajaron al sur de la isla en busca de climas más benignos.

Jared Diamond expone, en su obra *Colapso*, que los vikingos que se asentaron en Groenlandia se fueron de allí por varios factores: el daño ambiental, la pérdida de vecinos con los que comerciar, el cambio climático y el rechazo a adaptarse frente al colapso social. Disponían de dos zonas aptas para la economía ganadera ricas en pastos. Los vikingos groenlandeses abandonaron el tipo de economía que practicaban en Noruega y adoptaron la economía sostenible de los inuit, basada en la caza de focas y ballenas. Cuando el clima comenzó a enfriarse, sencillamente carecieron del pasto suficiente para alimentar al ganado, tuvieron que devorar a todos los animales que tenían hasta las pezuñas y empezó la diáspora.

Sabemos que los vikingos eran buenos navegantes, pero una cuestión lógica es preguntarse cómo fueron capaces de orientarse en el mar cuando las nubes tapaban el sol y antes de que la brújula llegara a Europa. Se trata de uno de los grandes enigmas vikingos, uno más, del que hoy por fin conocemos la solución y el secreto. Era gracias a una «piedra solar» (*solarsteinn*) que correspondía con un mineral polarizado —«espato de Islandia»— que, dependiendo de su composición, cambiaba de color cuando tocaba un rayo de sol. El uso de este artilugio les habría permitido desembarcar en regiones tan lejanas. Minerales como la turmalina, la cordierita y la calcita podrían hacer perfectamente las veces de «piedras solares», al tener la capacidad de polarizar la luz.

Sabiendo ya el secreto de la brújula vikinga, vayamos a otra cuestión: ¿hay mapas de su presencia en América? Es obligado referirse al mapa de Vinlandia que fue publicado en 1965 y cuestionado como falso por varios expertos académicos. Dijeron que había anatasa, un derivado del titanio en la tinta del mapa (que se comenzó a utilizar en la tinta comercial en los años veinte) y esto hizo que la fama del mapa cayera en picado a la categoría de fraude. Pero en 1992 Thomas Cahill, un académico más concienzudo, descubrió en manuscritos medievales este compuesto, probando de esta manera que ese tipo de tinta en realidad sí que era antigua. En 2002 el polémico mapa se fechó, mediante el método del Carbono 14, en el año 1434, con un posible error de más-menos 11 años. Y el acelerador de partículas de la Universidad de Arizona dijo tres cuartos de lo mismo. Así que, hasta que no se demuestre lo contrario, ese pergamino es una prueba más de que no solo llegaron a tierras americanas, sino que las dibujaron. Ostentaría el título de «primer mapa de Norteamérica».

Otra cosa es la fabricación de pruebas falsas para generar más confusión. Ocurrió con la famosa «piedra de Kensington», con una inscripción en signos rúnicos muy sospechosos. Fue hallada en 1898 en una granja cerca de la aldea de Kensington (Minnesota) por un inmigrante sueco. El texto parecía atestiguar una expedición vikinga a Minnesota en 1362, que acabó en tragedia («cuando volvimos al campamento encontramos a diez hombres rojos de sangre y muertos», dice un fragmento). Desde el principio, lingüistas de todo el mundo consideraron que el asunto era más falso que un euro de corcho, porque había una mezcla de sueco, noruego e inglés arcaico. Pese a ello, la sociedad norteamericana, deseosa de contar entre sus ancestros con rubicundos y pelirrojos vikingos, reaccionó con pasmosa credulidad. La piedra se llegó a exhibir en 1948 en la Smithsonian Institution como «el objeto de mayor importancia arqueológica de Norteamérica», y la revista *National Geographic* la consideró auténtica. Luego rectificó.

MÉXICO

«Sería magnífico, yo creo,
ayudar a hacer de México un lugar feliz».
PANCHO VILLA

TEORÍAS EN ENTREDICHO

La verdad sobre la América precolombina no es como nos la han contado. Bien que lo siento. Autores valientes se atreven a exponer que la primera cultura de América no es la de Clovis, que muchos pueblos ya conocían la rueda y que el mito del buen salvaje americano, al estilo Rousseau, que vivían felices y comían perdices hasta la llegada de los conquistadores europeos, hace aguas por todas partes.

La reescritura de esta historia la hace el escritor científico Charles C. Mann en su libro: *1491. Una nueva historia de las Américas antes de Colón* (2006) y nos muestra las investigaciones de antropólogos, historiadores, geógrafos o arqueólogos en una panorámica que derrumba mitos, leyendas, estereotipos y datos enseñados como ciertos. Revela conclusiones tan novedosas como las siguientes:

1. En 1491 había más habitantes en América que en todo el continente europeo. Unos 100 millones, cuando la población total mundial era de 500 (España y Portugal tenían 10 millones).
2. Algunas ciudades, como Tenochtitlán, tenían una población mayor que cualquier ciudad contemporánea de la época, además de contar con un urbanismo envidiable: una red de agua corriente, un servicio de alcantarillado, hermosos jardines botánicos y calles limpias y viviendas de hasta seis plantas.

3. La prosperidad de las primeras ciudades americanas se alcanzó antes de que los egipcios construyeran las pirámides. Los indios precolombinos de México cultivaban el maíz mediante un procedimiento tan sofisticado que la revista *Science* lo ha calificado como «la primera hazaña, y tal vez la mayor, en el campo de la ingeniería genética».
4. Los nativos americanos transformaron la tierra de forma tan completa que los europeos llegaron a un continente cuyo paisaje ya estaba modelado por los seres humanos. Nada de un paraíso virgen.
5. No eran civilizaciones surgidas alrededor de grandes ríos, sino al borde del mar y en los pantanos. Conocían la rueda, la utilizaron para realizar juguetes infantiles y no para el trabajo, ya que en los pantanos las ruedas no son útiles, y sin animales de tiro, tampoco.

Muchas de estas culturas mesoamericanas gozaron de hallazgos intelectuales y de grandes adelantos científicos antes que ninguna otra comunidad del mundo (dejando de lado a los chinos, que esos fueron los primeros en muchas cosas). Para Mann:

— Inventaron el cero, un momento decisivo en las matemáticas, la ciencia y la tecnología, sobre el año 32 a. C.
— Hicieron grandes progresos en astronomía, registrando varias órbitas de los planetas.
— Crearon un calendario de 365 días al año.
— Desarrollaron más de diez sistemas de escritura diferentes.
— Establecieron sofisticadas redes comerciales.
— Registraron su historia en códices, libros plegados como los acordeones sobre hojas de corteza de higuera.

Mann se pregunta por qué los avances en el conocimiento de las culturas anteriores a la llegada de Colón a América siguen siendo conocidos solamente por una minoría de expertos. El problema, cree él, es la incomunicación entre las disciplinas encargadas de estudiar todos estos descubrimientos. Dice que los historiadores no leen a los antropólogos, estos

no leen a los arqueólogos, ni estos a los geógrafos, y así sucesivamente; lo cual dificulta una divulgación unificada y global de las nuevas verdades.

LOS 13 MISTERIOS OLTECAS

En 1958 se descubrió petróleo en La Venta, en el actual estado mexicano de Tabasco. Hasta aquí no habría nada de particular, si no fuera porque allí se encuentra uno de los principales yacimientos de la cultura olmeca. Tuvo que ser Carlos Pellicer Cámara, conocido como «el poeta de América», quien, al ver el desastre ocasionado por los trabajos de perforación que realizaba la compañía petrolífera PEMEX (Petróleos Mexicanos), convenció a los políticos para que los hallazgos arqueológicos encontrados hasta ese momento, incluidas tres cabezas gigantescas, se trasladaran a un parque a las afueras de Villahermosa. Diez años después, el arqueólogo estadounidense Michael D. Coe se seguía lamentando con estas palabras: «Una refinería lanza nubes de humo, una pista de aterrizaje corta en dos el sitio arqueológico… La Venta se ha convertido en víctima del petróleo que se encuentra bajo su superficie, y se ahoga en su sangre negra».

Pellicer y Coe fueron dos de los que denunciaron la dramática situación. Menos mal, porque no es mucho lo que queda de esta cultura milenaria que surge en el golfo de México hacia el año 1800 a. C. (otros dicen que mucho antes) y que es la primera en marcar la pauta en muchas cosas. A la misma se le suelen añadir con cierta frecuencia dos epítetos: «Pueblo misterioso» y «cultura madre». No es verdad lo segundo. Hoy los arqueólogos saben que la olmeca no es la civilización más antigua de Mesoamérica. Pero misterios tiene un rato, entre ellos el que apareciera de repente como una cultura ya formada, hecha y derecha.

Además, los olmecas establecen el primer sistema de numeración a base de puntos y barras, hacen las primeras dataciones con su calendario de Cuenta Larga, construyen el primer juego de pelota, realizan las primeras representaciones gráficas de personajes portando armas o herramientas, los primeros centros ceremoniales y las primeras orientaciones de edificios conforme a puntos celestes… Por si fuera poco, fueron expertos en

terraplenados, maestros en los trabajos de cantería, excavadores de complejas zanjas, talladores de jade, constructores de la primera pirámide y de canales para el agua, usuarios de espejos, descubridores de la brújula y creadores de la primera escritura glífica mesoamericana.

Sabiendo esto, ¿quiénes eran realmente los olmecas? Ni siquiera se llamaban así. El término olmeca hace referencia a la extracción del látex del árbol del caucho, pero se ignora cómo se describían o nombraban a sí mismos.

Sus conocimientos técnicos resultan tan sorprendentes que han desatado la imaginación y las conjeturas de investigadores heterodoxos como el Dr. Óscar Padilla Lara, para quien «la única explicación razonable para comprender el desarrollo cultural y tecnológico de los olmecas, que después heredarían los mayas, aztecas y demás culturas mesoamericanas, es el contacto con alguna civilización extraterrestre». Sin llegar a estos extremos, dejemos a los alienígenas en paz, vamos a exponer unas cuantas teorías y misterios olmecas que han dado y darán mucho que hablar.

1. El pueblo de goma

Su origen es un enigma. Uno de tantos. Los olmecas aparecieron de súbito, sin que existiera un periodo anterior de gradual avance. Lo curioso es que no sabemos cómo se llamaban a sí mismos. Fueron llamados olmecas por los aztecas, y significa «el pueblo de goma» o «gentes de caucho», por la sencilla razón de que la zona costera del golfo de México en que vivían era famosa por sus árboles de goma o de caucho. Son también denominados *tenocelome*, «hombres con boca de jaguar» u hombres jaguar, por ser este su animal totémico.

Una teoría afirma, sin mucho fundamento, que tal vez fueron los supervivientes de un naufragio procedente de alguna isla del Atlántico. Teorías raras no faltan. Para Sitchin son extranjeros llegados de África y de Sumer cruzando los mares, y para el historiador y lingüista Mike Xun eran de origen chino. Su zona geográfica de influencia más antigua la formaba el triángulo siguiente: La Venta, Tres Zapotes y San Lorenzo, y luego se fueron

extendiendo hacia el sur del continente, encontrándose restos en Monte Alban (estado de Oaxaca). Todos estos datos son circunstanciales, porque, si en algo están de acuerdo los historiadores, es en considerarles la madre de las culturas de Centroamérica.

2. Las enormes cabezas olmecas

Esculpidas con habilidad y con herramientas desconocidas, entre las diecisiete cabezas de piedra basáltica encontradas hasta el momento no hay dos rostros iguales. Se ha especulado con que son retratos de jefes olmecas, de sacerdotes, de jugadores de pelota o de los Quinames o gigantes, que los primeros inmigrantes encontraron poblando este país. El primero que descubrió y describió una de estas cabezas fue José María Melgar Serrano, en 1862, en la localidad de Tres Zapotes, en el estado de Veracruz, en un informe de 1869 señalando sus rasgos negroides:

> En tanto que obra de arte es, sin exageración, una escultura magnífica. Pero lo que más me ha asombrado es el tipo etíope que representa. He pensado que sin duda ha habido negros en este país. Y ello en las primeras edades del mundo.

Esa primera cabeza quedó como una rareza hasta que en 1925 un equipo de arqueólogos de la Universidad de Tula, dirigidos por Franz Blom, encontró en La Venta otra de 2,5 metros de altura con un peso de 24 toneladas, que representaba de nuevo a un individuo negroide tocado con un casco o yelmo y con los lóbulos de las orejas traspasados por unos aretes. Ya no había duda: esos rostros no eran de pueblos indígenas conocidos y autóctonos en la zona. Cada nueva cabeza encontrada era siempre distinta, con una cara y un yelmo diferente. El rictus adusto de sus labios carnosos es lo que ha hecho que se denomine «boca olmeca» a este tipo de representaciones.

En el asentamiento de San Lorenzo (Veracruz), a unos 100 kilómetros de distancia de La Venta, diversas expediciones descubrieron cinco cabezas más del mismo tipo en la década de 1940, algunas de 30 toneladas de peso. Los análisis del Carbono 14 arrojaron fechas en torno a 1200 a. C. El misterio

radica en que hace tres mil años no existían africanos negros en el Nuevo Mundo, pues, salvo excepciones caribeñas, las gentes de esa raza no llegaron hasta que se inició el comercio de esclavos, después de la conquista.

Beatriz de la Fuente, directora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, autora de *Cabezas colosales olmecas* (1992) y de *Los Hombres de piedra: escultura olmeca* (1977), cree que la técnica que emplearon para crear sus cabezas fue el sistema de proporciones y descubrió que todas las esculturas utilizaban la sección áurea, es decir, el número de oro: el 1,618, y eso explicaría por qué todas las cabezas son parecidas entre sí. Un número que sirve al artista para calcular por dónde se divide una forma humana en partes para colocar o pintar cada miembro del cuerpo o cada rasgo de la cara.

A la habilidad de tallar y manipular los pesados bloques de piedra para convertirlos en ciclópeas cabezas, hay que añadir su transporte por tierra y agua a lo largo de unos 100 kilómetros desde las montañas de Tuxtla. Tres de ellas fueron rescatadas en 1986 por una expedición encabezada por el arqueólogo Manuel López Fierro (Ikxiocelotl), de la cultura totonaca, en la zona de San Lorenzo, con el apoyo del Museo de Antropología de Xalapa. Previamente tuvieron que hacer un ritual a los «chaneques», duendes o dioses tutelares de esos monumentos, para que tanto su localización como extracción fuera un éxito. La última se descubrió también en San Lorenzo el 3 de mayo de 1994 gracias a las investigaciones realizadas por la arqueóloga Ann Cyphers. Por tanto, estamos esperando una nueva, que sería la número dieciocho, que debe de dormir en alguno de los tres principales yacimientos. Recordemos que en San Lorenzo se han descubierto diez; en La Venta cuatro y en Tres Zapotes tres. De momento.

3. El juego de pelota

Para muchos historiadores, las cabezas olmecas muestran a jugadores de pelota con sus respectivos cascos de protección. Fueron ellos los primeros en establecer sus reglas del juego y no olvidemos que el juego era más que una mera diversión, con él se recreaba el universo: la pelota de goma representaba el sol, la cancha el cosmos y los jugadores a seres mitológicos o animales

tótem como el jaguar y el águila. Más tarde, las culturas maya y azteca siguieron practicando este juego hasta el punto de que en Centroamérica y en el estado de México se han encontrado unas 2.500 canchas. En 1995, en Chiapas, se localizó la que, hasta el momento, es la cancha de tierra más antigua de este juego, datada entre 1400 y 1250 a. C. No está claro que en la época olmeca el juego terminara con un sacrificio humano. Sin embargo, para algunos arqueólogos, como Ortiz o Uriarte, es posible que las cabezas colosales representen a jugadores de pelota decapitados.

Un dato que suele pasar desapercibido es cómo trataban el material para conseguir pelotas de goma con esa elasticidad e incluso para hacer sandalias resistentes. El proceso químico de vulcanización para transformar el látex en una materia dura y flexible a la vez no se implantó en Europa hasta 1839, pero los olmecas y luego los mayas y aztecas ya lo hacían. Otro misterio más a añadir a la nómina.

4. La orientación de sus templos

Existen unos cincuenta yacimientos olmecas y en todos ellos, además de edificios de piedra y obras de arte monumentales, se han encontrado montículos y grandes movimientos de tierra artificiales y bien planeados. Se calcula que en La Venta transportaron 10 millones de toneladas de tierra para hacer las plataformas donde luego irían asentados sus templos. También se han encontrado embalses interconectados por un sistema de conducciones subterráneas. El arqueólogo de la Universidad de Yale Michael D. Coe exploró el yacimiento de San Lorenzo en 1966 y encontró más de veinte embalses artificiales unidos por un sofisticado sistema de conductos revestidos de basalto. El canal principal de drenaje se extendía de este a oeste y de él partían tres canales subsidiarios. En su momento, los arqueólogos no comprendieron bien el propósito de este elaborado sistema de embalses y canales.

Para colmo, el emplazamiento de La Venta está orientado según un eje de norte-sur que presenta una desviación de 8 grados hacia el oeste con relación al norte real. No se trata de un error, sino de una orientación

deliberada para permitir observaciones astronómicas realizadas desde lo alto de la pirámide cónica, considerada la primera de América, anticipándose a las civilizaciones tolteca, maya y azteca. Es una pirámide de 30 metros de altura y 60 metros de diámetro, hecha con arcilla y cubierta de hierba.

5. La primera brújula

Ahora ya sabemos que esa desviación de 8 grados se debe a que sus templos señalaban el norte magnético y no el geográfico de la época en que fueron construidos. En 1973 Michael D. Coe descubrió una piedra plana y delgada imantada, que pronto se envió a la Universidad de Michigan para que la analizaran. Determinaron que era una barrita de hematita de 3,5 centímetros de longitud, que, al depositarla sobre un corcho flotando en el agua o en mercurio, orientaba su eje al norte magnético con una pequeña desviación al oeste. Era una brújula olmeca. Se le calculó una antigüedad de 3.000 años y en este caso, sin que sirva de precedente, se adelantaron a los chinos en unos mil años. Algo sorprendente. El geofísico estadounidense Sheldon Breiner, en cuyo currículo se encuentra el hallazgo de dos cabezas olmecas, sugirió entonces que este pueblo construyó sus edificios orientados hacia el norte magnético tal como estaba cuando nació esta cultura, hace 3.000 años, pues este, a diferencia del norte geográfico que siempre es el mismo, se va desplazando ligeramente con el paso de los siglos. La pista de la magnetita fue muy útil para nuevos estudios sobre astroarqueología. La primera mención europea de una aguja magnetizada y su uso entre marineros se da en *De naturis rerum* (*Las cosas naturales*), de Alexander Neckam, escrito en París en 1190.

En el año 2003 una expedición encabezada por los geodestas Frantisek Vítek y Jaroslav Klokocník, del Instituto Astronómico de la República Checa, comprobaron la hipótesis del científico norteamericano Fuson de que las antiguas civilizaciones mexicanas sabían orientar sus construcciones. Teotihuacán, Palenque, Monte Albán, Chichén Itzá o Dzibilchaltún fueron algunas de las localidades que figuraron en el programa de la expedición. Sus conclusiones no dejaban lugar a dudas: los olmecas y los mayas conocían la

brújula y la usaron para orientar la construcción de muchos de sus edificios religiosos, de acuerdo con los polos magnéticos de la Tierra, buscando con ello recordar fechas significativas de su calendario.

6. Las zanjas de jade

El jade, en simbolismo, representa el mundo subterráneo y los olmecas lo asociaban a los muertos. En la metrópolis de La Venta aparecieron cientos de objetos de jade artísticamente grabados y enterrados todos juntos, en largas y profundas zanjas que luego se rellenaron con varias capas de arcilla, siendo cada capa de diferente calidad y color. Es decir, se habían depositado allí miles de toneladas de tierra arcillosa traída de distintos y alejados lugares, y lo más increíble es que el fondo de esas zanjas estaba pavimentado con millares de baldosas de serpentina, una piedra semipreciosa de color verde azulado. No se sabe el motivo de todo esto. Al parecer, los olmecas enterraban a sus muertos en cuartos rectangulares con paredes compuestas por doce columnas cada una y con un suelo de mosaico representando caras de jaguar. Colocaban también figurillas y hachas de jade recubiertas con arcilla amarilla, y cerca de la tumba se colocaba un pequeño tubo vertical para que pudiera salir el alma del difunto. Los objetos de jade olmecas encontrados hasta ahora son verdaderas obras de arte, de las mejores de todas las culturas prehispánicas, con un pulido perfecto, rivalizando con el jade chino. Era especialmente valorado un «jade azul».

7. Los espejos cóncavos

Un enigma más de La Venta fue el descubrimiento en el interior de esas zanjas, donde se depositaron figuras de jade, de sofisticados espejos cóncavos de mineral de hierro cristalizado, con una curvatura y un pulimento perfectos. Los investigadores de la Smithsonian Institution, en Washington, creen que pudieron ser utilizados para enfocar los rayos solares y encender fuegos o bien para fines rituales. Se han hallado varios espejos de hematita, magnetita y obsidiana que reflejan perfectamente el rostro humano. Algunos de ellos se

encuentran en el Museo Nacional de Antropología de México DF. En una tumba de Chalcatzingo apareció una figura femenina con un espejo de hematita sobre el pecho, demostrando así unos conocimientos de óptica fuera de lo común.

8. Juguetes infantiles que hacen pensar

En las estelas de piedra y las figuras de jade se muestra a los olmecas como individuos de constitución musculosa, representados como participantes en el juego de pelota o con niños recién nacidos en sus brazos. Las condiciones húmedas del Golfo de México han impedido que llegue a nosotros un solo esqueleto o un triste hueso de algún representante de esta cultura. No sabemos apenas nada de su organización social, sus ceremonias, sus dioses, sus creencias, su lengua… pero, en cambio, sí sabemos algunas cosas de sus *hobbies*. El arqueólogo norteamericano Matthew Stirling excavó el yacimiento de Tres Zapotes en 1939 y halló unos extraños juguetes que consistían en unos animales con forma de perritos dotados de ruedas, un nuevo mazazo para aquellos que sostenían que la rueda no se conoció en Centroamérica hasta tiempos de la conquista. Es de suponer que los olmecas y los mayas (a los que también se les han encontrado juguetes con ruedas) lo utilizarían para otros menesteres menos infantiles. Parece razonable pensar que conocían la rueda, nadie lo duda, pero quizá la economía y la geografía en las que se desarrollaron las culturas mesoamericanas no hicieron factible su uso.

En el Museo de Xalapa se podía ver otro curioso juguete que representaba a un elefante de arcilla, animal que no existe en América, así que o se trataba de una falsificación o quien lo diseñó tuvo que haber visto a estos paquidermos hace más de dos mil años en algún lugar, por ejemplo en África. Lo malo es que ya no se muestra. En un artículo de Zecharia Sitchin (él lo había citado en su libro *Los reinos perdidos*) se dice: «Yo, y algunos de mis admiradores que me acompañaban, los vimos en anteriores visitas al museo. Pero cuando yo (y de nuevo algunos de mis admiradores conmigo)

estuve ahí recientemente —en diciembre de 1999— ¡los elefantes no estaban a la vista en ninguna parte!». Y publicó una imagen para demostrarlo.

9. El texto más antiguo del Nuevo Mundo

En el mes de septiembre de 2006 la revista *Science* publicó un artículo sobre el texto más antiguo del continente americano. Muchos no daban a los olmecas el término de civilización por falta de alguna prueba de su escritura. Esto ha cambiado ahora. Un grupo de arqueólogos mexicanos ha identificado lo que parece ser el sistema de escritura más antiguo de toda América. Se trata de una losa de piedra, bautizada «bloque de Cascajal», descubierta accidentalmente por nativos en el sur del estado de Veracruz, a las afueras de San Lorenzo, en el año 1999. Pesa unos 12 kilos y mide 36 centímetros de largo y 21 de ancho y tiene 13 centímetros de espesor. Su texto está compuesto por 62 símbolos, algunos de los cuales se repiten hasta cuatro veces. Es uno de esos raros hallazgos que cambian la Historia. El bloque de piedra, tallado en un tipo especial de roca, ha sido datado hacia 900 a. C., unos 400 años antes de los testimonios que se conocían. El texto empieza con una abeja «que fue domesticada por los olmecas». Aparentemente, esta abeja era sagrada porque el insecto abre secuencias de escritura, y se repite en tres ocasiones. El texto se ajusta a todas las características de la escritura porque tiene elementos diferenciados, secuencias, patrones y un orden consistente de lectura. Es una nueva y más profunda evidencia de que los olmecas tenían escritura. La inscripción, de momento, es indescifrable, pero los científicos creen que es una nueva piedra de Roseta que abrirá las puertas a nuevos y sorprendentes descubrimientos.

10. Su trágica desaparición

De nada les sirvió ser una de las culturas más avanzadas de su tiempo. También ellos desaparecieron en las brumas de la Historia. Los olmecas abandonaron sus lugares al inicio de la era cristiana. Quienes ocuparon los asentamientos olmecas actuaron con espíritu vengativo, derribando las

esculturas de sus bases y arrojando colina abajo las cabezas gigantescas para que se hundieran en los marjales. Los asentamientos olmecas fueron abandonados de manera gradual, los primeros sobre el año 300 a. C. y, posteriormente, los más meridionales, sobre el siglo I. En Monte Albán, en Oaxaca, en la costa del Pacífico (declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO en 1987), encontramos algunas pistas sobre su fin. Se han localizado decenas de losas empotradas en un muro conmemorativo que llevan grabadas imágenes de individuos negroides, a los que alegremente se dio el nombre de «danzantes» por las posturas que adoptaban. Hoy los investigadores proponen diversas teorías para explicarlo, que van desde la idea de que se trata de chamanes en éxtasis bajo el influjo de hongos alucinógenos hasta enanos que servían para distraer a la nobleza zapoteca. Últimamente se tiende a pensar que representan a prisioneros olmecas con cuerpos mutilados, desnudos y muertos después de ser sacrificados.

Monte Albán se convirtió en la antigua capital de los zapotecas, cultura que sucede a la olmeca y que se desarrolla entre los años 500 a. C. y 800 d. C. La leyenda dice que la ciudad, donde todos sus edificios están orientados al norte, fue construida con la ayuda de los *nosoobi*, los «seres de las nubes», que se relacionan con ciertos sabios de la cultura olmeca…

11. La estela del hombre barbudo

Descubierta en la década de 1940 por Matthew Stirling en el yacimiento de La Venta, desde el primer momento se supo que no era como las demás. Se trata de una estela o lápida de cuatro metros de altura, dos de ancho y un metro de grosor, con veinte toneladas de peso, cuyos grabados representan a dos individuos altos, calzados con zapatos de punta curvada hacia arriba. Una de las figuras está mutilada y la otra permaneció intacta. Representa a un varón caucásico de nariz aguileña, con barba y largo cabello. ¿Con barba? Los arqueólogos le bautizaron cariñosamente como «El tío Sam». La estela había estado sepultada bajo tierra durante más de tres mil años, protegida por una empalizada de seiscientas columnas de basalto de tres metros de altura

cada una. No era el único hombre barbado que aparecía en los monumentos olmecas. ¿A quiénes representaban? ¿A fenicios del Mediterráneo? ¿A sumerios? Recuerden que en Tiahuanaco, aunque es una cultura diferente, tiene en su recinto el «monolito barbado» o Kon Tiki, que luce una espléndida barba y está vestido con una larga saya.

12. La domesticación de animales

La cuna de la cultura olmeca surgió en el estado de Veracruz y no en el de Tabasco, según las investigaciones del arqueólogo Roberto Lunagómez Reyes, realizadas en 2004. Gracias a él sabemos que, entre 1500 y 1000 a. C., San Lorenzo Tenochtitlán contaba con cerca de tres mil habitantes, que tenían una alimentación a base de carne, pescados y mariscos, y era muy probable que conocieran la domesticación del perro y la apicultura. Y hasta se cree que extraían de un sapo marino, abundante en el Golfo de México, una sustancia de propiedades alucinógenas.

13. Las teorías de Sitchin y Cooper

Desde que leí *Los reinos perdidos* (1990), de Zecharia Sitchin, mi perspectiva de los olmecas cambió un tanto. Sé que sus tesis son muy controvertidas, pero aportaba nuevos puntos de vista según su interpretación personal de las tabillas sumerias y de las estelas de piedra olmecas y mayas. Al menos aporta explicaciones a multitud de enigmas y lagunas arqueológicas que hasta este momento existen sobre los olmecas y otras culturas mesoamericanas. Gracias a Sitchin me enteré de que el dios egipcio Toth se correspondía con el Quetzalcóatl azteca y que la Cuenta Larga del calendario maya —que empieza en el año 3114 a. C.— procede de ese calendario primitivo que ya aplicaban los olmecas. Correspondería a la fecha en la que Toth y sus seguidores se habían exiliado y buscaban nuevos reinos en estas latitudes. Sitchin asegura que las cabezas olmecas representan a esclavos negros procedentes de África llevados allí por los annunaki (unos seres procedentes del planeta Nibiru) para que trabajasen en las minas de oro, hecho que

ocurrió en el año 2000 a. C. En fin, un montón de arriesgadas y aventuradas hipótesis que motivaron las críticas y el escepticismo de historiadores y arqueólogos.

Lo curioso es que un astronauta estadounidense confirmó esa cronología que en su día escribió Sitchin. En el libro *Un salto de fe (A Leap of Faith*, publicado en el año 2000), Gordon Cooper, que participó en el Programa Mercury-7, comenta que se involucró en la búsqueda de legendarios tesoros bajo las aguas de México, al igual que otro astronauta, Neil Armstrong, buscó algo parecido en la cueva ecuatoriana de los Tayos en 1976, y lo encontró. Pues bien, un día Cooper iba acompañado por un fotógrafo de *National Geographic* y aterrizaron con una avioneta en una isla en el Golfo de México. Preguntando, los residentes locales les señalaron montículos de tierra en forma de pirámide, donde encontraron artefactos y huesos. Tras un examen posterior en Texas, se determinó que los artefactos tenían cinco mil años de antigüedad:

> Cuando supimos de la edad de los objetos, comprendimos que lo que nosotros habíamos encontrado no tenía nada que ver con la España del siglo XVII… Se lo comuniqué al gobierno mexicano y me pusieron en contacto con el jefe del departamento de arqueología nacional, Pablo Bush Romero… La edad de las ruinas fue confirmada en 3.000 a. C. Comparada con otras civilizaciones avanzadas, se conocía relativamente poco sobre esta, llamada la Olmeca.

Y más adelante escribe algo mucho más inquietante:

> Entre los hallazgos, lo que más me intrigó fueron los símbolos celestes de navegación y fórmulas que, cuando fueron traducidas, resultaron ser fórmulas matemáticas usadas hasta el día de hoy para la navegación, y dibujos exactos de constelaciones, algunas de las cuales no serían oficialmente «descubiertas» hasta la época de los telescopios modernos… Todo esto hizo que me preguntara: ¿Por qué tienen señales celestes de navegación si ellos no navegaban por el cielo?

COBÁ: LAS ESTELAS DEL FIN DEL MUNDO

Al menos cuando yo visité Cobá, en enero del año 2010, te dejaban subir a su impresionante pirámide compuesta por 120 escalones irregulares, no aptos para aquellos que tengan afecciones cardiacas o sufran de vértigo. La

administración local del sitio arqueológico INAH ha colocado una gruesa soga en la parte central de la pirámide, para que se ayuden los más timoratos, tanto en la subida como en la bajada.

Se trata de la pirámide de Nohoch Mul (nombre que significa en lengua maya «montículo grande»), la más alta en la península de Yucatán. Se levanta 42 metros por encima del suelo, aparte del templo que se encuentra en la cumbre de la pirámide, que medirá unos cuatro metros más. Es un lujo poder hacerlo y además hacerlo de la manera correcta, con la lengua fuera y colocando los pies de manera que se suba haciendo zigzag, por dos motivos: es más fácil poner la suela del zapato de esa manera por la estrechez de los escalones y porque se consideraba irreverente subir mirando directamente al sanctasanctórum.

Cuando se llega a la cúspide se observa el pequeño templo o templete que lo corona, donde se hacían los rituales más sagrados, y se ve el bajorrelieve que se encuentra tallado en la fachada, en sus dos hornacinas, muy borrado y desgastado por el tiempo. En él se vislumbra la imagen del «dios descendente», en una curiosa postura. También lo encontré en Tulum, la ciudad portuaria maya que se sitúa a 40 kilómetros de allí. El arqueólogo Alberto Ruz Lhuiller sostenía que «la idea de un dios bajando del cielo es muy común entre los pueblos mesoamericanos, por lo que es posible que el Dios Descendente de Tulum no sea forzosamente el sol, sino quizá la lluvia, el rayo o la abeja». Se le representa con la cabeza de frente, los brazos colgantes y las piernas flexionadas hacia arriba, en una posición de descenso, como si bajara del cielo o como un ángel caído. Es un dios relacionado con el planeta Venus.

La impresionante vista desde ese altozano artificial sirve para contemplar otras construcciones mayas y la selva repleta de árboles y vegetación que circunda el recinto. Uno imagina hallarse en la época de su esplendor, en la que tuvo que haber varias explanadas donde la gente se congregaba y acudía a los distintos templos o edificios gracias a sus *sacbés* o caminos blancos. Los arqueólogos están de acuerdo en considerar a Cobá como el yacimiento prehispánico más grande del periodo clásico maya (y lo datan entre los años 400 al 900).

En Cobá se han encontrado muchos de estos *sacbés* (sac = blanco y be = camino) de corto y largo recorrido. Son una auténtica red de caminos prehispánicos, con cierta altura sobre la superficie, que facilitaban las comunicaciones. Al no utilizar la rueda (aunque sí la conocían y así lo demuestran sus juguetes infantiles) ni tener animales de carga, todo se hacía andando, y transportar objetos pesados en la selva es bastante complicado por la maleza. Se han localizado unos cincuenta *sacbés* y muchos miden de tres a diez metros de ancho. Hay tres tipos de caminos: regionales, zonales y locales. Dos son calzadas regionales, las más extensas: la de Cobá-Yaxunáí (en Yucatán), que sería el camino más largo del mundo maya, con 101 kilómetros, y la de Cobá-Ixil, con 19 kilómetros. Son los caminos que presentan el mayor número de estructuras con rampas. Dicen algunos guías locales que uno de ellos llegaba hasta la mismísima Chichén Itzá, con una longitud de unos 100 kilómetros, pero no es así. Estos senderos son obras de pura ingeniería vial, que comprenden pasos a desnivel, glorietas y edificios que señalan cruces de caminos (*xaibé*).

Dado su tamaño, se debió de requerir mayor fuerza laboral para construir estos caminos que para edificar las pirámides del sitio. En la época del abandono uno se imagina que toda esta zona quedó invadida por la frondosa vegetación tropical y piensa en las arduas labores de limpieza que han tenido que hacer los arqueólogos desde que la descubrieron. Cuando llegan los conquistadores españoles en 1550, Cobá está ya despoblada y no es hasta mediados del siglo XIX cuando se vuelve a mencionar su existencia.

La primera mención data del año 1842, cuando el explorador John L. Stephens recorrió la península de Yucatán y Frederick Catherwood la ilustró. En 1886 el médico y novelista yucateco José Peón Contreras, realizó bosquejos de los edificios más notorios. Y la primera fotografía del templo que corona la pirámide de Nohoch Mul la imprimió en 1891 el arqueólogo austriaco Teoberto Maler, que realizó las primeras excavaciones, sigilosas y tímidas, de una ciudad que apenas asomaba entre la maleza.

En los años treinta, el arqueólogo Eric Thompson señaló que el nombre del sitio habría sido Kinchil Cobá, en alusión al dios solar maya y con una denominación esencialmente geográfica que significaría «lugar de agua

turbia», en referencia a los lagos en torno a los cuales fue edificada a la ciudad.

Hice mi particular recorrido ayudado por una bicicleta que se alquila justo nada más pasar la puerta de acceso al recinto a 30 pesos (2,5 dólares) por día. Son bicicletas que ya han pasado por varias posaderas y cuya suspensión deja mucho que desear, pero es el mejor invento para recorrer con cierta facilidad el extenso recinto de Cobá, de 80 kilómetros cuadrados, no todos habilitados ni excavados. Para los más comodones, también disponen de bicicletas con conductor y dos plazas en la parte de atrás, para contemplar el paisaje sin dar una pedalada.

Recorrí los cinco agrupamientos de edificios o complejos con una red de caminos que los conectaban entre sí. Los senderos están bien delimitados por carteles y es difícil perderse, salvo que uno quiera hacerlo. Y hay mucho para elegir. Realmente Cobá no solo tiene una pirámide, sino tres de diferente tamaño. La de Nohoch Mul con sus 42 metros no está nada mal, pero también hay otra pirámide que se llama La Iglesia (de 25 metros de altura), que en nada se parece a una iglesia, y que es el segundo edificio más alto en Cobá. La tercera pirámide sería un templo situado en una encrucijada de caminos, de cuatro *sacbés*. Es el *Xaibé* (o crucero de caminos en lengua maya), un edificio de planta semicircular de 15 metros de altura y una escalinata, que parece haber funcionado como monumento conmemorativo.

El sitio debió de ser tan grande y albergó a tanta población (se dice que hasta 50.000 personas) que hay dos canchas de juego de pelota, una de ellas situada enfrente del templo-pirámide de La Iglesia. En la otra se puede ver en el suelo una calavera esculpida en piedra donde presumiblemente se golpeaba la pelota antes de empezar el juego entre los dos equipos formados por tres o cinco personas cada uno (mucho menor que el de Chichén Itzá, donde eran necesarios siete jugadores en cada equipo). Al lado de esta cancha se encuentra una estela tumbada sobre un altar y protegida por una palapa y una red o malla de alambre.

El grupo de las estelas conmemorativas merece una especial visita por dos razones: cada una indica un importante episodio histórico relacionado con esa población, y una de ellas, la que más ha dado que hablar, refleja una cifra (el año 3114 a. C.) que da pie al inicio y desarrollo de la Cuenta Larga y,

por tanto, a que se sitúe el fin del Quinto Sol el 21 de diciembre de 2012. Y ya sabemos el revuelo que se levantó en ese año por agoreros de todo cuño anunciando el final del mundo.

No todas las estelas tienen la misma importancia ni se han conservado igual. Las del grupo de Macanxoc, auténticas crónicas de la vida de la época, son 34 en total, registradas y diseminadas en un área extensa. Con motivo de las fiestas cívico religiosas, los mayas acostumbraban a dejar testimonios en enormes bloques de piedra. Lo usual era erigir una estela cada veinte años, periodo que llamaban *katún*. En ellas se esculpían y tallaban escenas cotidianas, además de contener numerosos datos de cosechas, nacimientos, muertes, conflictos o efigies de gobernantes (entre ellos varias mujeres). Es cierto que el tiempo y las guerras internas las han deteriorado tanto que hoy día no se aprecia nada bien lo que querían representar. Para que uno no se quede bizco intentado distinguir sus contornos erosionados, las estelas (siempre protegidas por palapas o cobertizos de estilo maya) tienen al lado una reconstrucción gráfica o dibujo de lo que debió figurar en ellas en sus mejores tiempos.

La Estela 30, situada en la llamada Estructura X, muy cerca de la Gran Pirámide, es la mejor conservada del sitio y en la que puede leerse la fecha 30 de noviembre de 780. Ahí se puede ver la efigie de un sacerdote guerrero, sabio gobernante que perteneció a una gran élite, y esa fecha está asociada con la época de construcción del Edificio Principal. La más famosa de las estelas es aquella que tiene la numeración 1, donde está inscrita la fecha mágica y trascendental del 11 de agosto de 3114 a. C. (y no del 3113 a. C. como se dice en algunas publicaciones), que corresponde a la creación de su mundo o inicio del calendario llamado Cuenta Larga, que consta de 5.125 años y 134 días (o 13 ciclos de 144.000 días) que si los sumamos al 3114 nos pondría sobre la pista de la fecha del 21 de diciembre de 2011 y no de 2012. Vaya lío.

Algunos sacerdotes mayas dicen que para que se complete el ciclo es necesario que pasen 20 baktunes (no 13) y eso sucederá el 15 de octubre de 4772, fecha en la que empezaría un nuevo Piktún. Queda tiempo. Así se recogería en el panel del templo de la Inscripciones, en Palenque.

Después de este paseo en la zona arqueológica, me di un buen chapuzón en el cenote cercano de Tankach Ha, con agua fresquita y cristalina, en el interior de una caverna de estalagmitas y estalactitas correctamente iluminada, y el agua a una temperatura ideal de 24º C. Buena opción para quitarse el polvo de los *sacbés*. Y celebrar que hemos sobrevivido a 2012.

PIRÁMIDES, SONIDOS Y COLAPSOS

Cualquier guía turística sin mayores pretensiones nos dirá que el complejo arqueológico de Chichén Itzá tiene una pirámide que está dedicada al dios Kukulcán, la Serpiente Emplumada, como se le llama en Yucatán, aunque en otras zonas recibe el nombre de Quetzalcóatl o Xiuhtecuhtli (en Guatemala y El Salvador).

Chichén Itzá no siempre se llamó así. En un principio, cuando se asentaron los mayas, empezaron a construir edificios y la fundaron, allá por el año 435, su nombre era simplemente Chichén. Se sabe, por el *Chilam Balam*, que hacia el año 450 era la principal ciudad sagrada del Yucatán y entonces se llamaba Chichén, «la boca del pozo», por el cenote o pozo sagrado. Y allí permanecieron hasta el año 910 en que la abandonaron por problemas de cambio climático, según han demostrado los arqueólogos…

Ya abandonada, la ocuparon los Itzá, una tribu inmigrante proveniente del sur, cuyo dios principal era Itzamna «aquel cuya morada es el agua». Y fueron ellos los que le dieron el nombre de Chichén Itzá, «la boca del pozo de los Itzá» y los que levantaron El Castillo (la pirámide de Kukulcán, de unos 16 metros de altura) sobre una anterior maya y también El Caracol, el observatorio astronómico. Al igual que el Trompantli o Plataforma de las Calaveras, llamada así porque allí decapitaban a los prisioneros y clavaban sus cráneos en estacas. Pero los Itzá no estuvieron demasiado tiempo. Pronto serían desplazados por los toltecas.

Zecharia Sitchin comenta que en el año 987 los toltecas, dirigidos por su líder Topiltzin-Quetzalcoalt, abandonaron Tollan (Tula), adonde habían llegado sobre el año 700, procedentes de Teotihuacán. Iban buscando un lugar tranquilo para practicar sus cultos religiosos. Y sus pasos les dirigieron

a Yucatán, a unos 1.500 kilómetros de distancia. Llegaron a la ciudad de Chichén Itzá, desalojaron a la etnia de los Itzá y se adueñaron de esos territorios y de sus monumentos, que modificaron o reconstruyeron a su antojo. Quieren recrear su añorada ciudad de Tula. Construyen una pirámide encima de la anterior, que queda cubierta por la nueva estructura de nueve gradas, e instalan una imagen de Chac Mool y un trono de jade con un jaguar (*balam*). La Pirámide que vemos actualmente no sería maya ni de los Itzá, sino tolteca, siempre según Sitchin, con nueve pisos de 91 escalones en cada uno de sus cuatro lados (total 364) y con 24 metros de alto y 55,5 de ancho.

Desde un punto de vista simbólico, la pirámide representaría el calendario maya-tolteca, pero también los niveles del Inframundo o Región de los Muertos. El templo de los Guerreros lo edificarían los toltecas y reproduce literalmente la Pirámide de los Atlantes de Tula (tanto por la orientación como por las serpientes emplumadas de piedra que flanquean la escalera). Ahí estaba la escultura de Chac Mool, que no es un nombre maya, sino que fue inventado por Auguste Le Plongeon.

El Juego de Pelota, de 168 metros de longitud, es el mayor de toda Mesoamérica, con 10 metros de altura sobre el suelo. Había siete jugadores en cada bando, la pelota era de goma maciza y el capitán del equipo perdedor era decapitado. Los guías locales nos contarán la versión contraria, que el decapitado era el capitán del equipo ganador, porque eso significaba un gran honor, lo cual parece un poco incongruente. Al parecer, el juego simbolizaba un combate entre los dioses tal como se menciona en el *Popol Vuh.*

El físico belga Nico Declercq demostró en 2004 cómo las ondas de sonido rebotan alrededor de las hileras de escalones de El Castillo, creando fenómenos acústicos semejantes al trino de un pájaro y el golpeteo de las gotas de la lluvia (recuerden que el dios de la lluvia, Chaac, jugaba un papel importante en su mitología). El efecto del trino se asemeja al gorjeo del quetzal, un ave sagrada dentro de la cultura maya. El ingeniero especialista en acústica David Lubman lo reconoció en 1998, al comprobar que dicho gorjeo puede provocarse mediante una palmada que se produzca en la base de las escaleras.

El equipo de Declercq ha demostrado también que la altura y el espacio entre los escalones de la pirámide crean un filtro acústico que enfatiza

algunas frecuencias de sonido, mientras que suprime otras. Hay efectos similares producidos por escaleras en otros enclaves sagrados. En Kataragama, en Sri Lanka, una palmada dada en una escalinata que conduce hacia el río Menik Ganga produce un eco en respuesta que se asemeja al «cua» de los patos.

Otro de los efectos prodigiosos que se producen en la pirámide de Chichén Itzá es que, en el atardecer de los dos equinoccios, el sol proyecta la sombra de los escalones conformando la figura de una serpiente, fenómeno que cada año congrega a más de veinticinco mil personas en su explanada. Es el «descenso de la serpiente emplumada». Así lo llaman. Se forman siete triángulos de luz que van descendiendo hasta una de las cabezas de Kukulcán que decoran el templo. El efecto lumínico se produce por la forma en la que el sol ilumina las nueve plataformas en una de las caras de dicha pirámide y cada triángulo representa el cuerpo de la serpiente sagrada. Es una especie de hierafonía o manifestación de lo sagrado. Otra cosa es que se buscara esa intencionalidad. El efecto es mágico y muy relajante. No faltan quienes se ponen de pie y extienden sus brazos para «sentir la energía» o quienes se pierden el fenómeno por sus ansias de fotografiar todo.

Y ya que hablamos de efectos, me imagino que han oído hablar del «efecto mariposa». ¿Qué pasó para que el declive de la civilización maya de América Central coincidiera con el de la dinastía china Tang? Un estudio publicado en la revista *Nature* en el año 2007 dice que una gran sequía hizo estragos en aquellas épocas, provocada por los bruscos cambios en el régimen de lluvias, con catastróficas disminuciones de las cosechas y un empobrecimiento de la población casi generalizado. Eso pudo provocar la caída de ambas civilizaciones. Un equipo de investigadores dirigido por Gerald Haug, del Centro de Investigaciones sobre la Tierra, de la localidad alemana de Postdam, llegó a esta conclusión a partir del análisis de sedimentos del lago Huguang Maar, en la costa suroriental de China. Las propiedades magnéticas y el contenido en titanio de las muestras obtenidas han proporcionado importantes datos sobre la fuerza de los monzones en Asia Oriental. Estos vientos periódicos soplan en invierno hacia el mar (el denominado monzón seco) y en verano hacia la tierra, conocido como monzón húmedo.

Tras tres siglos de esplendor, la dinastía Tang, famosa por su arte y sus intercambios comerciales con India y Oriente Medio, se había dividido en diez reinos y se extinguió en medio de una revuelta general. El último emperador ocupó el trono hasta el año 907. Una sequía fruto del cambio climático pudo ocasionar una serie de desastres de toda índole, afectando a lugares tan distantes entre sí, con una forma de pensar y entender el mundo muy diferente. A la gran civilización maya, conocida por sus ciudades-estado, sus artes decorativas, su calendario solar de 365 días y sus pirámides, no le sirvieron sus conocimientos astronómicos para predecir y prevenir un fin de etapa cuando se encontraba en pleno apogeo.

A mediados del siglo VIII, la población maya llegaba a los 15 millones de habitantes, pero se redujeron a la cuarta parte en el año 830 y dejaron su último calendario grabado en 909. Por el polen atrapado en antiguas capas de sedimento del lago Petén Itzá (cerca de las ruinas de Tikal, actual Guatemala), los científicos ya habían descubierto que, justo antes del ocaso de la civilización, el polen de los árboles había desaparecido casi por completo. Esto significaba que la región había sido deforestada para extender los cultivos, es decir, que hubo una sobreexplotación del medio ambiente, dando inicio a un proceso de desertificación. Esta nueva superficie del suelo habría elevado la temperatura de la región hasta en seis grados, según cálculos realizados por el climatólogo de la NASA Bob Oglesby. El aumento de las temperaturas habría desestabilizado los patrones de lluvias, con consecuencias fatales para los mayas.

La falta de lluvias provoca sequías prolongadas; al no haber cultivos, no hay alimentos y surge el hambre en el pueblo, lo que genera malestar social, súplicas a los dioses, reclamaciones a los sacerdotes y a los reyes… Y ante la imposibilidad de solucionar la situación, todo deriva en revoluciones internas, muertes y exilio. Al fin y al cabo, lo que les pasó a los mayas y a los chinos no es tan infrecuente. Todas las civilizaciones tienen un auge, un desarrollo y un colapso. Tras de su libro ya clásico *Armas, gérmenes y acero*, Jared Diamond, profesor de Geografía de la Universidad de California, analiza en su obra *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen* (2005) el hecho de que unas sociedades hayan desaparecido sin apenas dejar huella de su evolución mientras que otras, adaptadas al medio y gracias a

unas condiciones especiales de crecimiento, han alcanzado una próspera civilización material y cultural. Aplicando sus conocimientos en sociología, economía, lingüística, biología y antropología, Diamond trata de explicar la desaparición de sociedades del pasado y se pregunta si podemos aprender la lección y evitar desastres parecidos en el futuro.

Analiza los casos de culturas que no han perdurado como los mayas, los rapanuis de la isla de Pascua o los indios anasazi en Norteamérica. Sociedades que han colapsado por cinco factores que no siempre van juntos: daño ambiental, cambio climático, vecinos hostiles, pérdida de comercio y las propias respuestas de la sociedad a los problemas ambientales. En la civilización maya hubo un daño ambiental, un cambio climático y vecinos hostiles. Y eso les hizo caer en el abismo.

Según un estudio conjunto realizado por las universidades de California y Princeton, publicado en la revista *Science*, el aumento de 2 grados centígrados de la temperatura global podría acrecentar hasta en un 50 por ciento la cantidad de conflictos humanos a escala mundial en los próximos cincuenta años. ¿Estamos destinados a cometer los mismos errores?

COLOMBIA

«La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado».
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

SAN AGUSTÍN: EL BOSQUE DE LAS ESTATUAS

Permanecí cinco minutos contemplándola. Quieto, impasible, casi sin moverme. La estatua era imponente. De verdad. Representaba a una mujer sosteniendo a un niño entre sus manos, pero no con una expresión maternal, sino de agresividad. ¿Qué mensaje pretendía trasmitir el constructor de esa imagen? ¿Acaso era una figura basada en un personaje real? No era la única. Esa misma cultura dejó para la posteridad nada menos que seiscientas estatuas repartidas aparentemente en forma caótica.

Había sido difícil llegar a San Agustín, con multitud de trayectos y regateos, pero al fin estaba en ese lugar arqueológico y podía tocarlas con mis manos. Era uno de los «platos fuertes» de mi recorrido por Colombia: la llamada cultura de San Agustín, al sur del departamento de Huila.

En el verde valle del río Magdalena, en el norte de los Andes, cerca del pueblo de San Agustín y a 600 kilómetros al sur de Bogotá, se encuentran los restos de esta enigmática cultura precolombina muy poco conocida. Sus rasgos fundamentales son las grandes tallas en piedra, montículos funerarios y estructuras megalíticas. Por si fuera poco, el enclave de San Agustín (*Sanagus* para los locales), así como las montañas circundantes y el propio río Magdalena transcurriendo entre los altos desfiladeros, constituye sin duda alguna uno de los conjuntos más bellos de Sudamérica. Datos que eran más que suficientes para avivar la curiosidad de cualquier viajero impenitente y mucho más la mía. Me propuse averiguar parte del secreto que envolvía a este antiguo pueblo.

Me ocurrió algo parecido a cuando los conquistadores españoles llegaron al valle del Alto Magdalena. A sus preguntas inquisitivas, los indígenas no supieron darles noticias del origen y funcionalidad de toda aquella estatuaria megalítica. Poco se sabe de los artífices que construyeron estas grandes moles ciclópeas de formas antropomorfas, casi todas ellas dotadas de grandes colmillos y ojos saltones, y de eso hace miles de años. Las abandonaron sobre el año 1500, aproximadamente. Pruebas recientes con el Carbono 14 registran los más antiguos antecedentes agustinianos hace 5.000 años, una fecha clave, como estamos viendo a lo largo de este libro.

Era una mañana del mes de julio de 1994. En compañía de mi esposa y compañera de aventuras, Begoña, subí en un avión en Bogotá rumbo a Neiva. El aeropuerto de Pitalito, localidad esta mucho más próxima a San Agustín, estaba cerrado desde hacía tres meses por falta de tráfico. Desde aquí, en un trayecto de cuatro horas, un autobús nos depositó sanos y salvos en San Agustín, un pequeño poblado agradable que vive por y para el turismo y donde se sigue conservando la atávica costumbre de las peleas de gallos. Había tres agencias de viajes con las que obligatoriamente tenías que hacer los recorridos arqueológicos, tanto en jeep como a caballo. Al existir tan solo una asociación propietaria de los caballos, todas las excursiones opcionales costaban lo mismo, con lo cual no había competencia (ni leal ni desleal). Allí nos encontramos con otros trotamundos españoles (dos catalanes y dos bilbaínos), con los que compartimos alguna de las excursiones más inolvidables.

Los principales restos de esta cultura se encuentran dispersos en un área de más de 500 kilómetros cuadrados. El Parque Arqueológico Nacional está situado a tres kilómetros del casco urbano y comprende varios complejos: el Museo Arqueológico, el Bosque de las Estatuas, Mesitas, Fuente Ceremonial y Alto de Lavapatas. Fuera ya del Parque, y a una media hora de San Agustín, se encuentran el Alto de los Ídolos, el Alto de las Piedras, El Tablón, la Chaquira, la Pelota, el Purutal, Quinchana, Quebradillas y otros enclaves con similares nombres que evocan la forma del lugar o sugieren extrañas representaciones.

En este recorrido, al que hay que dedicar al menos tres días, se pueden ver —además de las maravillas arqueológicas antes citadas— verdaderas

bellezas naturales. Por ejemplo, sin ir muy lejos, no hay que perderse el nacimiento del río Magdalena, el más largo y caudaloso del país, que va de sur a norte (como ocurre con otro río emblemático: el Nilo). El Magdalena estaba y está considerado como un río sagrado para los habitantes de esta zona. Lo llaman, no sin razón, *Guaca-Hayo*, el río de las tumbas, por la cantidad de yacimientos funerarios que se ha encontrado en sus alrededores. Es impresionante visitar el estrecho del río Magdalena, llamado así porque es el lugar más angosto que tiene su cauce, con tan solo 2,18 metros de ancho (cuando lo normal es que sea de medio kilómetro) y el salto de Bordones con una altura aproximada de 400 metros de caída libre.

Las primeras noticias de estos vestigios arqueológicos se remontan al año 1758, cuando fray Juan de Santa Gertrudis visitó el lugar e informó sobre él en su obra *Maravillas de la naturaleza*. Estas estatuas permanecieron bajo tierra un milenio o más, hasta que en el siglo XVIII fueron excavadas y saqueadas la mayor parte de las tumbas. Tiempo después fueron objeto de sucesivas visitas, como la del cartógrafo Agustín Codazzi, en 1857. Hasta 1913 no fueron investigados científicamente por el arqueólogo alemán K. Th. Preuss. Desde entonces han salido a la luz varios datos que poco a poco han ido afinando su antigüedad y finalidad. Una importante prospección arqueológica se realizó en el año 1943 por el historiador colombiano Luis Duque Gómez, que indicó su uso ceremonial funerario. Afirmó que el lugar era un centro sagrado con un amplio radio de acción, al que acudían gentes desde lejanas tierras para sepultar a sus muertos y rendir culto a sus divinidades. Si bien la labor funeraria está fuera de toda duda (se han encontrado enterramientos hechos con tumbas sencillas «de pozo» y elaboradas estructuras líticas con cámara funeraria cubierta con lajas de piedra y montículo artificial), también hay que señalar, como así lo recalcan investigaciones más recientes, que seguramente tenía otras finalidades mucho más secretas. El problema es que tan solo podemos especular sobre ellas.

Por los detalles de sus obras sabemos que se emparentan con otras culturas precolombinas, donde los dientes de jaguar o de felino también eran característicos de la cultura Chavín de Huantar (en Perú) o de los Olmecas (en Veracruz-México). El motivo felino formado por dos colmillos, solos o sujetos a una mandíbula, se repite con una frecuencia tal que evidencia su

importancia. Según el *Popol Vuh*, el jaguar representa a la diosa Luna-Tierra. Existe una evidente similitud entre los rostros con colmillos de la cultura de San Agustín y los que aparecen en el templo de Chavín (sobre todo con las denominadas «cabezas clavas»).

La comunidad indígena de los Paeces, que aún habita en tierras colombianas, conserva una antigua leyenda que pretende explicar este motivo felino recurrente en muchas tallas de San Agustín. Según su particular mitología, un jaguar —símbolo de la fuerza vital, del principio de fertilidad, de creación y de destrucción— violó a una joven en «los tiempos originales» y procreó al *trueno jaguar*, un niño que cuando llegó a ser adulto fue un maestro para el pueblo. Las estatuas con colmillos y con niños en su regazo simbolizarían a este semidiós. Ahora bien, más que estar en su regazo parece que se los está comiendo al tener un aspecto feroz y un cuchillo en una de las manos, lo que da un aspecto truculento a las figuras.

Nuestro guía en los caballos —un recorrido que comprendía toda una mañana: de 08.00 a 12.30 horas— fue un indígena llamado Williams. Gran conocedor de la zona y parco en palabras, me dio no obstante su interpretación al hecho de que muchas de las estatuas tengan esos ojos tan saltones.

—Sus constructores ingerían, dentro de sus ritos mágicos, unas drogas que les permitían ver a sus dioses. —Y añadió—: Además, tal sustancia alucinógena les ampliaba la pupila.

No supo o no quiso especificar de qué droga se trataba, aunque señaló que tal vez fuera coca, muy abundante por dichas latitudes. Lo más seguro es que se tratase del *yagé*, una sustancia prácticamente desconocida en Occidente y que han utilizado hace cientos de años los indios de las selvas tropicales de Colombia. El *yagé* es el nombre que recibe una bebida alucinatoria —consistente en un té o infusión— preparada con la vid *Banisteriopsis*. Este alucinógeno es equivalente a la *ayahuasca* ecuatoriana y peruana y sus principales efectos suelen ser la sensación real de viajar y las visiones de animales totémicos como el jaguar.

En la estatuaria agustiniana se pueden apreciar diferentes formas y tamaños, con diverso grado de elaboración. Es relativamente fácil detectar distintas manos maestras en su construcción. Luis Ángel Rengifo, profesor e

investigador en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Colombia, planteó hace años una tesis según la cual esas estatuas habrían sido concebidas y realizadas a partir de un canon geométrico particular, denominado «proporción armónica» o «número de oro». El profesor Héctor Llanos, del departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, argumentó lo siguiente:

> Las diferentes partes de la escultura fueron medidas con un patrón preciso, que pudo ser un cordel o una vara similar a nuestro metro, aunque de magnitud diferente. Aunque este patrón de medida parece haber tenido una representación geométrica (bidimensional), el cuadrado y el paralelogramo. El cruce de las dos diagonales de estas figuras se ubica en el centro, que en el plano del rostro se ubica en la mitad de la nariz, en el plano del tronco y las piernas en la mitad de ellos. El eje central de una escultura pasa por estos tres puntos centrales.

De ser así, se adelantaron a los cánones estéticos de la «proporción armónica», que tuvo una decisiva influencia en todos los pintores, escultores, astrónomos y arquitectos del Renacimiento europeo. El que se haya encontrado en las esculturas de San Agustín y en las cabezas olmecas indica que su uso ya era frecuente mucho antes de que lo hicieran los griegos.

Casi todas las estatuas encontradas en sus lugares originales, algunas de ellas de cinco metros de altura, estaban orientadas hacia el este, al nacimiento del sol. En el Bosque de las Estatuas, dentro del Parque Arqueológico, a cómoda distancia a pie desde el hotel Yalconia (que me sirvió de base de operaciones), se encuentra la colección principal de 35 de estos monolitos dispuestos a lo largo de un sendero serpenteante. Muchos fueron desenterrados por los huaqueros (ladrones de yacimientos arqueológicos) y por esta razón no están ni en el lugar ni en la posición original, lo cual es una verdadera pena. Al perderse su ubicación, *in situ* se ha perdido también una valiosa fuente de información en cuanto a determinar el porqué de sus emplazamientos (algo parecido ha ocurrido con las esferas de piedra de Costa Rica).

¿Qué mensaje nos intentaron transmitir? Una teoría defiende que las estatuas esconden todo un significado simbólico y hasta psicológico. Sus defensores aseguran que señalan lugares de enterramientos indígenas donde se efectuaban ritos mágicos fúnebres. Cada tumba iba acompañada de una o

más figuras o cariátides de piedra, de dos a tres metros de alto, simbolizando el yo verdadero del difunto con una careta en sus manos, que representaba su máscara social e irreal. El ejemplo más significativo lo marca la estatua denominada «el doble yo», posiblemente la más célebre de la zona (situada actualmente en el Alto de las Piedras) donde se pueden contemplar dos rostros con colmillos en su parte frontal y el cuerpo de un extraño animal en su parte trasera.

Otros investigadores señalan que la talla tal vez hace referencia a las danzas de enmascarados muy comunes entre los grupos indígenas de América y en las que se acostumbraba a vestirse con la piel de algún animal salvaje que se asociaba a los elementos y fuerzas de la naturaleza. Era una creencia admitida que el hombre, al vestirse con sus pieles durante el rito, asimilaba todos sus poderes, virtudes y atributos.

En *Viaje a la Sudamérica exótica* (1988), Jorge Sánchez, el viajero que ha dado ya siete veces la vuelta al mundo, al menos hasta 2016, cuenta una anécdota que a su vez le contó María, una muchacha ecuatoriana, la cual le explicó que ella era la única extranjera que habitaba en esos momentos San Agustín: «Muchos extranjeros lo habían intentado, pero todos acababan abandonado el lugar por molestias misteriosas». Según María, ello era debido a la energía negativa desprendida del lugar, pero las personas de raza india, como ella, al tener más resistencia, eran inmunes a sus perniciosas influencias telúricas.

Cuando visité esta zona, varios años después, no pude comprobar esta afirmación (tan solo permanecí cuatro días en su territorio), pero detecté que se habían asentado varios norteamericanos y alemanes buscando la belleza —y tal vez el poder— del lugar. Algunos estaban dedicados a la elaboración de pequeños objetos artesanales con motivos agustinianos para vender a los turistas. Y tan campantes.

Desde luego, donde no aprecié ninguna clase de malas energías, sino todo lo contrario, fue en Lavapatas. Dentro del Parque Arqueológico, siguiendo un sendero debidamente marcado a través de una colina y tras descender por unas escaleras de madera, me encontré de sopetón con la que algunos denominan la más valiosa obra escultórica de los agustinianos hallada hasta el momento: La Fuente Ceremonial de Lavapatas. Se trata, a

simple vista, de la superficie de una gran roca que está horadada por diversos canales, cazoletas y receptáculos. En realidad, cuando la observé más de cerca, vi que era un complejo laberinto de canales y piletas, adornado con representaciones de serpientes y lagartos. Muchas de sus oquedades están rellenas de agua, lo que le confiere un aspecto de escultura cinética, brillando en algunas de sus partes al son de los rayos solares, desplazándose por sus canaletas y emitiendo ruido en sus caídas y remansos.

Una simbiosis perfecta entre el arte de la piedra y el movimiento del agua. Todo indicaba que se trató de un lugar sagrado, probablemente dedicado a ceremonias y baños rituales. En la parte superior de esta colina —llamada Alto de Lavapatas— se descubrieron los vestigios arqueológicos más antiguos fechados hasta el momento en estos enclaves y desde aquí se puede contemplar una de las vistas más impresionantes del valle de San Agustín.

En el lugar llamado El Purutal, al que accedimos a lomos de caballo, se encuentran dos montículos aparentemente insignificantes. Cuando te acercas y miras en su interior, te das cuenta de la tremenda equivocación. En cada uno de ellos hay una escultura… pero son muy diferentes al resto. «Son las únicas que aún conservan sus colores naturales», nos comentó Williams. Y así era. De todas las tallas que ya había visto —y eran bastantes— en ninguna aprecié que tuviera restos de pintura. Y todo gracias a que estas dos estatuas han permanecido enterradas durante muchos siglos, sin ser expuestas a las inclemencias del tiempo y de los huaqueros.

Nuestro recorrido a caballo, fuera ya del Parque Arqueológico, prosiguió hasta La Chaquira. De otro modo no hubiéramos podido llegar, ya que había llovido el día anterior y el terreno estaba tan encharcado que, en algunos tramos, el barro le llegaba al caballo por las rodillas y sería impracticable incluso para un coche todo terreno. Allí el panorama cambió por completo. Lo sorprendente de La Chaquira, a primera vista, es que no se observan estatuas, sino profundas inscripciones talladas *in situ* sobre las altas peñas que bordean el río Magdalena. Varios bajorrelieves son claramente antropomorfos y una de las figuras sobresale por su perfección y tamaño, es la llamada Diosa de la Chaquira, con un gesto y una expresión que parecen alertarnos de algo muy importante. No en vano mira en dirección al río, es decir, hacia el precipicio. ¿Una señal? Era evidente que en ese lugar se debía

andar con cuidado y no solo porque nos dejemos sin ver alguna de las figuras (lo que sería una lástima), sino porque estas representaciones se suelen encontrar en la parte oculta de las rocas (lo que obliga a rodearlas) y cualquier paso en falso ya se sabe…

¿Qué más sorpresas nos tienen reservadas la llamada «capital arqueológica de Colombia»? Cuando los arqueólogos se decidan por fin a tomarse en serio esta enigmática cultura (más que los arqueólogos, el gobierno colombiano dotándoles de medios), todo lo escrito en este libro tan solo será calderilla comparado con lo que se pueda aún descubrir.

EN BUSCA DE EL DORADO: LA LAGUNA DE GUATAVITA

En la alta cordillera de los Andes, los chibchas y, en particular, la tribu *muisca*, gobernaban la aislada meseta de Bogotá, llamada Cundinamarca o «tierra del cóndor». En esta región, protegida por montañas y rodeada de selvas, habitaban caníbales y amazonas gobernabas por la reina Califa (la que pudo haber dado su nombre a California). También por pigmeos y, si damos crédito a los exagerados datos de los antiguos mapas españoles, por hombres sin cabeza, blemios o acéfalos los llamaban.

Una vieja historia de los indios muisca relata que la esposa de uno de los reyes se ahogó en un lago transformándose en «la diosa del lago» y que a partir de entonces necesita que una vez por año tranquilicen su alma. En algún punto desconocido de la Historia precolombina —los chibchas no dejaron registros escritos— se inició una costumbre ritual en la que el rey gobernante debía desnudarse, cubrir su cuerpo con gomas resinosas y echarse a rodar en un fino polvo de oro. Luego, en una canoa y seguido de sus súbditos, remaba hasta el centro del lago y una vez allí arrojaba al agua esmeraldas y objetos de oro. Seguidamente, «en un relámpago de luz», se zambullía en las aguas para bañarse. Esta ceremonia concluía con la celebración de grandes festejos en los que toda la tribu bebía hasta caerse y, según la *Enciclopedia Collier*, tenían lugar prácticas homosexuales. Por alguna razón —quizás la obvia de preservar la ley y el orden— el ritual del

«Rey dorado» y los consiguientes festejos fueron suprimidos hacia el año 1500.

Esta historia alimentó las fantasías de otras tribus y, más tarde, la de los conquistadores europeos. Cuando los españoles supieron de la existencia de esta costumbre, llamaron al rey «el hombre dorado», nombre que más tarde se acortó en «El Dorado» y que cobró el significado de «ciudad dorada».

Para entender algo de esta desaforada fiebre por el oro que tanto ofuscó la mente de nuestros conquistadores, hay que situarnos en esa época. Por una parte, el oro no tenía gran valor para los indios. No se podía comer ni comprar con él nada. No obstante, en América abundaba tanto y se encontraba en tal estado de pureza que no necesitaba ser refinado a base de mercurio, proceso que se utilizaba en Europa. Simplemente, se consideraba un adorno y un atributo de los dioses. Los indios decoraban su nariz y sus orejas con tapones de oro y también lo utilizaban en petos, porque así «brillarían al sol».

Por otra parte, en los siglos XV y XVI los reyes de España estaban al borde de la bancarrota. Habían expulsado a los moros y a los judíos en el año 1492 y estos últimos se habían llevado su oro. La llegada de los primeros cargamentos de oro provenientes del Nuevo Mundo produjo un desequilibrio económico en el Viejo Mundo. Los conquistadores europeos se vieron atrapados por la fatídica fiebre del oro. El historiador Joachim Leithauser afirma rotundamente que el oro era «el objeto de casi todo viaje de exploración». Era al mismo tiempo un incentivo para el aventurero y su recompensa.

Cristóbal Colón, en su cuarta y última expedición a América, realizada en 1502, llegó a Venezuela, llamada así porque su costa le pareció «una pequeña y extraña Venecia». Le habían contado que existía «una ciudad dorada a diez días del río Orinoco». Anteriormente, creyó haber encontrado El Dorado en Haití, donde las pepitas tenían el tamaño de huevos de gallina.

En 1510, Núñez de Balboa escuchó la historia que le contaba con cierto desdén un indio mientras le quitaba de la mano un puñado de ornamentos: «Puedo hablaros de una tierra en la que la gente come y bebe en vasijas de oro y donde este tiene tan poco valor como el hierro para vosotros». Se había encontrado tanto oro en el Nuevo Mundo que nadie dudaba de que existiera

todo un reino repleto de oro en alguna parte. Las expediciones se dirigían a Cundinamarca por río o atravesando la selva.

También Hernán Cortés fue informado de esta tierra por una esclava india a quien había bautizado y que lo acompañó durante seis años como amante e intérprete. Me refiero a La Malinche. Ella simplemente le señaló la dirección de Bogotá. En 1530 el compañero de expedición de Cortés Diego de Ordás remontó el río Meta y encontró un lago que no era el Guatavita. Muchos fueron los que intentaron buscarlo, entre ellos Sebastián de Benalcázar, conquistador de Nicaragua, traidor a Pizarro (puesto que prefirió ir en busca de tesoros desobedeciendo sus órdenes) y gobernador de Ecuador en Quito. Fue el primero que oyó la historia de El Dorado, contada por un indio viejo, el cual había visto una de las últimas ceremonias en el lago Guatavita. Esto ocurrió en el año 1536. Le dijo que Cundinamarca estaba a escasos doce días en dirección norte. Sin embargo, estaba a mucho más que eso y nunca la llegó a encontrar.

En 1541 Gonzalo Pizarro —el hermano menor del famoso conquistador de Perú—, con una partida de 200 españoles, 4.000 indios, 5.000 cerdos, 1.000 sabuesos y un rebaño de llamas, cruzó los Andes para llegar al lugar. Estaba decidido a encontrar ese lago, fuera como fuese. La mitad de sus hombres murió y se quedó sin provisiones, pero a trancas y barrancas llegó a El Dorado. Los diarios que dejaron estos europeos trastornados por el oro describen angustiosas experiencias y sufrimientos. Como dijo el historiador Walker Chapman: «La búsqueda de El Dorado fue una epopeya de locura humana, una manifestación histórica del poder del hombre para confundirse con el mito».

Sir Walter Raleigh logró que lo liberaran de su prisión en la Torre de Londres alegando que tenía planes para una expedición a El Dorado que sería costeada por Jaime I. Esto ocurrió en 1617. Cuando al año siguiente regresó a Inglaterra sin el cargamento de oro prometido, ello sirvió de excusa, entre otras razones, para decapitarlo.

Después de casi un siglo de expectativas insatisfechas aparecieron inevitablemente los escépticos. El geógrafo español De Herrera escribió con amargura en 1601: «Hay opiniones de que El Dorado no existe». Y estaba en

lo cierto. El gran error fue confundir el mito del «hombre de oro» con la imaginaria «ciudad de oro».

En 1714, la Compañía holandesa de las Indias Occidentales envió un ejército de hombres para ver si El Dorado era Manoa, en el lago Parima. Ni el lago ni la ciudad existían. El gran explorador Alexander von Humboldt comenzó, a partir de 1799, una reconstrucción científica y de gran meticulosidad germánica de todos los pasos dados por los más tempranos buscadores de El Dorado. Remontó el río Orinoco y en 1801, después de 45 días de navegación hacia arriba por el río Magdalena, llegó finalmente a la auténtica y legendaria ciudad de El Dorado, en la meseta de Bogotá. Pero de oro… muy poco.

Tal vez la expedición más publicitada fue la dirigida por el explorador y coronel británico Percy H. Fawcett, quien desapareció, buscando su particular El Dorado, en las profundas selvas del Matto Grosso del Brasil, en 1925. El mito perteneció desde el comienzo a la categoría de las «ciudades perdidas» y las «tierras de ninguna parte». Al final hubo consenso en pensar que la laguna de Guatavita era el epicentro de casi todas las leyendas relacionadas con El Dorado. Desde hace siglos ha sufrido algunos dragados parciales, como el realizado por Hernán de Quesada en 1537 y el que encontró 4.000 pesos de oro. En 1562 Antonio de Sepúlveda abrió una zanja que drenó unos cuantos metros de agua, obteniendo «doscientos treinta y dos pesos y diez gramos de buen oro». El mencionado Alexander von Humboldt hizo algunos cálculos en 1807: si cada año, durante un siglo, 1.000 indios arrojaban al lago cinco chucherías de oro, debería de haber allí 50.000 piezas de oro (unos 300 millones de dólares actuales). Los ojos le hacían chiribitas, así que decidió de nuevo dragar el lago, sin conseguirlo.

El intento más exhaustivo de desvanecer el mito de El Dorado fue llevado a cabo en 1912 por Contractors Ltd., de Londres. Hicieron descender el nivel del lago, que ya estaba medio seco a causa de una larga sequía. Del lodo recuperaron un valor total de 10.000 dólares en oro, pero realizar todo ese trabajo había costado 160.000. Un negocio ruinoso. Uno de los últimos intentos de drenaje del que tengo constancia fue en 1965, pero las autoridades colombianas impidieron que se llevara a cabo por razones poco claras. Lo más curioso es que cuatro años después dos agricultores encontraron en una

cueva cercana a Bogotá una figura de oro que supuestamente representaba la ceremonia del Hombre Dorado y que, de alguna manera, confirmaba la autenticidad del mito. Se trataba de un *tunjo* o figura votiva, obra de los *muisca* como ofrenda a sus dioses. Esta valiosa pieza se puede contemplar hoy en el Museo del Oro de la capital colombiana.

En mi viaje por el interior de Colombia intenté llegar a la mítica laguna un día de junio de 1994. No era fácil, pero me empeñé. Había leído mucho sobre este lugar, me había empapado de las crónicas de indias que decían que bajo sus aguas todavía se encontraban muchas sorpresas. Por ejemplo, Juan Rodríguez Freile escribió en el siglo XVII una extensa crónica titulada *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, vulgarmente llamada «El Carnero de Bogotá» o «El Carnero». Algunos dicen que carnero es equivalente a crónica, y otros que significa hoya donde se echan los cuerpos muertos, aunque para algunos el carnero es como un ariete que golpea todo lo que encuentra. Rodríguez Freile, que había leído a los cronistas fray Pedro Simón y Juan de Castellanos, quiere completar sus escritos, y para esto redacta una especie de crónica-novela, llena de anécdotas, tradiciones y sucedidos curiosos de la sociedad donde vivía. Veamos cómo describe con todo lujo de detalles ese lugar, no tan imaginario, y esas ceremonias efectuadas en una laguna que dio origen al nacimiento de toda una obsesión: la búsqueda de El Dorado:

> Era costumbre entre estos naturales, que el que había de ser sucesor y heredero del señorío o cacicazgo de su tío, a quien heredaba, había de ayunar seis años, metido en una cueva que tenían dedicada y señalada para esto, y que en todo este tiempo no había de tener parte con mujeres, ni comer carne, sal ni ají, y otras cosas que les vedaban, entre ellas, que durante el ayuno no habían de ver el sol; solo de noche tenían licencia para salir de la cueva y ver la luna y las estrellas y recogerse antes de que el sol los viese. Cumplido este ayuno y estas ceremonias, se metían en posesión del cacicazgo o señorío, y la primera jornada que habían de hacer era ir a la gran laguna de Guatavita a ofrecer y sacrificar al demonio, que tenían por su dios y señor.
>
> La ceremonia consistía en hacer en aquella laguna una gran balsa de juncos, aderezándola y adornándola lo más vistoso que podían; metían en ella cuatro braseros encendidos, en los que desde luego quemaban mucho moque, que es el zahumerio de estos naturales, y trementina con otros muchos y diversos perfumes. La laguna, con ser muy grande y honda, de tal manera que puede navegar en ella un navío de alto bordo, estaba toda coronarla de infinidad de indios e indias, con mucha plumería, chaguales y coronas de oro, con infinitos fuegos. Cuando en la balsa

comenzaba el zahumerio lo encendían también en tierra, de tal manera que el humo impedía la luz del día.

Desnudaban al heredero en carnes vivas, lo untaban con una tierra pegajosa y lo espolvoreaban con oro en polvo y molido, de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanle en la balsa, en la cual iba de pie, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, muy aderezados de plumería, coronas de oro, brazales chagualas y orejeras de oro, también desnudos; cada cual llevaba su ofrecimiento.

Partiendo la balsa de tierra, comenzaban los instrumentos. Cornetas, fotutos y otros instrumentos, y con esto un gran vocerío que atronaba montes y valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna, de donde, con una bandera, se hacía señal para el silencio.

Hacía el indio dorado su ofrecimiento, echando todo el oro que llevaba a los pies en medio de la laguna, y los demás caciques que iban con él y le acompañaban hacían lo propio. Una vez acabado esto, abatían la bandera, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento tenían levantada, y, partiendo la balsa a tierra, comenzaban los gritos, las gaitas y los fotutos con muy largos corros de bailes y danzas a su modo. Con la tal ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe.

De esta ceremonia se tomó aquel nombre tan celebrado de El Dorado, que tantas vidas ha costado, y haciendas. En el Perú fue donde sonó primero este nombre dorado; y fue el caso que, habiendo ganado a Quito, donde Sebastián de Benalcázar, andando en aquellas guerras o conquistas, topó con un indio de este Reino de los de Bogotá, el cual le dijo que, cuando querían en su tierra hacer su rey, lo llevaban a una laguna muy grande y allí lo doraban todo, o le cubrían de oro, y con muchas fiestas le hacían rey. De aquí vino a decir don Sebastián: «Vamos a buscar este indio dorado». De ahí corrió la voz de Castilla y las demás partes de Indias, y a Benalcázar le movió a venirlo a buscar, como vino, y se halló en esta conquista y fundación de esta ciudad, como más largo lo cuenta el padre fray Pedro Simón en la cuarta parte de sus Noticias Historiales…

Al contrario de lo que podría pensarse, no es un lugar turístico y su acceso está lejos de cualquier carretera practicable, al menos cuando yo fui. No me recomendaron ir a la laguna por ser zona de guerrillas. Me arriesgué. Me había propuesto verla con mis propios ojos y fotografiarla, sencillamente «porque está ahí», como dijo George Mallory a la pregunta de por qué quería subir al Everest. Me encantan los retos y más si tienes las ínfulas de la juventud.

No había ningún medio de transporte público que me acercara y lo único que se podía hacer era coger un taxi (para los más potentados) o un autobús desde Bogotá hasta el pueblo de Guatavita (a 82 kilómetros), que es lo que al final hice. Guatavita es un poblado pintoresco que reemplazó al original,

sepultado bajo la presa de Tominé. Me habían informado que advirtiera al conductor del autobús que me parase en una desviación de la carretera principal, antes de llegar al pueblo. En el inicio de un embarrado camino ascendente se podía ver un rústico letrero: «A la laguna 4 km». No eran muchos, me dije, y empecé la caminata. Craso error.

Estaba a más de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar (3.100, para ser más precisos) y no quedaba mucho para que empezara a atardecer. Para más inri, una ligera lluvia hizo acto de presencia. Pronto comprobé que, además de tratarse de un camino pedregoso repleto de barro y de charcos, su ascensión parecía interminable. Al cabo de una hora, estaba seguro de haber superado los dichosos cuatro kilómetros y aquello, sin embargo, no parecía tener fin. Reconozco que tuve la sensación de que me habían tomado el pelo y hubo un momento que pensé darme la vuelta, pues aquello se parecía bastante a la sensación del «corredor de fondo». No había nadie a quien preguntar si ese era el camino correcto. No había indicaciones. Mis fuerzas empezaban a debilitarse y la altitud no ayudaba mucho. Como si mis súplicas a los dioses chibchas hubiesen sido escuchadas, surgió de pronto un providencial medio de transporte para poder llegar a su cumbre: un tractor amarillo. Dejé el orgullo en mi mochila y me subí a él tras «sobornar» o más bien gratificar con unos cuantos pesos al conductor.

Fue el tractorista quien me confirmó lo que ya sospechaba: que la distancia real no eran los cuatro kilómetros señalados por algún gracioso, sino, en realidad, siete. Cuando por fin llegué a la cima, mi vista se regodeó. Pude divisar la pequeña laguna perfectamente circular, de 125 metros de diámetro, y mi corazón tuvo un pálpito de alegría. El esfuerzo quedó recompensado por la belleza de ese lugar. El ombligo del mundo estaba allí. Lo que nunca me pude imaginar es que en la orilla me iba a encontrar a un destartalado vendedor de botellas de agua y bebidas refrescantes (menos mal que no tenía reproducciones de la laguna hechas en barro cocido y pintadas en dorado, para colocar encima del televisor). Por lo visto estaba a la espera de que alguien como yo —y a esas horas— se acercara por esos pagos.

Para colmo, la visibilidad era cada vez menor y los 28 mm de angular de mi cámara Nikon eran incapaces de fotografiar la laguna al completo por más que hiciese toda clase de piruetas y contorsiones. No importaba. Estaba en El

Dorado, en un lugar mágico encajado entre montañas. Comprendí en ese instante que mis pequeñas penalidades para llegar a la laguna no eran nada comparadas con las locuras, esfuerzos y el coste de vidas humanas de algunos exploradores españoles en el siglo XVI para poder localizarla y luego para drenarla. Ni aun así consiguieron destruir su belleza ni desvelar su misterio.

Me fui de allí igual de pobre que antes: no encontré ni una mísera moneda de oro que justificara la leyenda del enclave, pero supe en lo más profundo de mi corazón que hay instantes mágicos que no se pueden comprar, sencillamente porque son impagables.

PERÚ

«El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro».
ANTONIO RAIMONDI, *El Perú: itinerarios de viajes* (1874)

NAZCA Y PALPA: QUIÉN, CÓMO, CUÁNDO Y POR QUÉ

Estaba emocionado. Por primera vez —y tal vez la única en mi vida— tenía la oportunidad de sobrevolar las míticas líneas de Nazca, de las que tanto había oído hablar. Mi sudor no sé si se debía a un caluroso mes de julio de 1995 o a la adrenalina que segregaban los nervios.

Nada más llegar a la ciudad de Nazca en autobús, como si de un ritual se tratara, nos salió a recibir una representante de una agencia de viajes, que, al vernos pinta de gringos, se imaginó a lo que íbamos. Efectivamente, íbamos a lo que íbamos, ¿a qué si no? Nos propuso que hiciéramos la ruta con ellos y todo por 45 dólares, que incluía, además de volar sobre los geoglifos, un tour arqueológico por la zona de Cantalloc. La avioneta de Aerocondor que nos tocó en suerte era de un amarillo chillón que, para alguien como yo, que no me tengo por supersticioso, no supuso ningún problema. Lo importante es que «no fuese el día del piloto», como diría el humorista Gila. Y no lo fue. En la carlinga de la avioneta estábamos comprimidos el piloto (alguien fundamental para estas lides), mi esposa, Begoña, un servidor y una persona de la agencia que iba en el asiento trasero, como un convidado de piedra, para equilibrar el peso. El vuelo por las pistas duró 35 minutos, pero ¡qué 35 minutos! Ahí dentro, haciendo piruetas la avioneta, me di cuenta de dos cosas: de lo frágil que es la vida humana y de que la visualización de las figuras de Nazca era más complicada de lo que yo suponía. No era como en las fotos de los libros y mucho menos como en los documentales. Ahí arriba todo era diferente, todo vibraba, oscilaba y no había nitidez suficiente. Influía nuestro ángulo de visión, la luz que proyectaba el sol en ese momento (la

mañana no era el mejor momento, sino más bien la luz de la tarde). Aun así, con mi cámara automática fui tirando fotos a diestro y siniestro, por si acaso.

Cada vez que el piloto nos decía: «A la izquierda pueden observar la figura de la araña», nuestros ojos intentaban focalizar las patas del arácnido y en ese momento ya había dado un brusco viraje con otra frase: «A la derecha ahora pueden ustedes ver la figura del mono». Cachis en la mar… Al final, ni arañas, ni monos, ni colibríes y mucho menos el «extraterrestre» saludando con la mano. Ya quisiera yo. Lo que sí vi —y en cantidad— fueron líneas, muchas líneas rectas y trapecios, que iban de un sitio para otro en una maraña en la que se cruzaban entre ellas y traspasaban montículos.

Aterrizamos y bajamos de la avioneta algo tambaleantes, como si hubiéramos bebido una buena botella de pisco. De las cuatro teorías que se barajaban en aquellos momentos sobre la posible función de esos geoglifos que acababa de ver, rechacé dos de ellas: ni eran pistas de aterrizaje, ni un calendario astronómico (como aseguraban Paul Kosok y María Reiche). Sin duda, era un gigantesco centro ceremonial que tenía que ver con el culto a unos dioses de la lluvia a los que se invocaba para atraer algo. ¿Qué? No tanto que lloviera como que manara agua subterránea, que canalizaban con sus acueductos consiguiendo fertilidad para sus cosechas. Sí, es verdad, se trata de una explicación más prosaica, pero tal vez más cercana a la realidad.

Y lo digo porque luego nos dispusimos a hacer el tour arqueológico que incluía los «acueductos de Cantalloc», a unos cuatro kilómetros de la ciudad de Nazca. Lo de acueducto, que no nos despiste. Nada que ver con Segovia. El que vimos se hunde en las entrañas del terreno en forma de espiral. Los habitantes de la cultura Nazca desarrollaron un ingenioso sistema de acueductos subterráneos para irrigar las partes secas del valle que carecían de agua superficial. Así pudieron combatir las prolongadas sequías que azotaban al valle. Eran periodos cíclicos que la naturaleza compensó haciendo discurrir agua en el subsuelo a profundidades de entre 7 y 10 metros en zonas próximas a ríos. Los ingenieros de la cultura Nazca supieron canalizar y llevar el agua a la superficie, construyendo medio centenar de estos sistemas hidráulicos de galerías filtrantes llamados acueductos y de los que se habla poco. La antigüedad de los mismos se remonta a unos 1.600 años, según

datos del Carbono 14. Un sistema de irrigación único en Perú y tal vez en el mundo.

Cuando me dirigí de Ica a Nazca por la autopista Panamericana Sur para sobrevolar sus famosas «pistas», tuve que pasar obligatoriamente por el municipio de Palpa, que se encuentra a unos 90 kilómetros al sur de Ica. Se trata de una ciudad en la que casi nadie se detiene (de momento), y eso que ostenta el pomposo título, no inmerecido, de «capital arqueológica de la cuenca del río Grande». Y tiene tantos o más misterios que su vecina Nazca.

En esta localidad comprobé, gracias a unas fotografías aéreas que me mostró su alcalde, José Carlos Garayar Lavarello, que las líneas de la pampa de Nazca continuaban por estos territorios. Eran las «líneas de Palpa» en las que también se apreciaban zonas barridas, figuras geométricas (espirales y estrellas), zoomorfas (un colibrí o una ballena) y antropomorfas (seres provistos con una especie de casco con rayos). Habría unas cincuenta figuras de toda clase y tamaño. Media docena eran muy extrañas, según destacó J. J. Benítez en su programa *El planeta encantado* (2003):

1. «La huella de la serpiente»: más de 10.000 orificios de un metro de profundidad perfectamente alineados que trepan por cerros como si fuera una serpiente.
2. «La tarjeta perforada»: sucesión de puntos en forma de aspa excavados a lo largo de quince columnas o líneas paralelas.
3. «Familia de gigantes»: uno de ellos de cabeza cuadrada.
4. «La estrella de San Javier» o Cruz de Palpa: descubierta en 1984 por E. Herrán, un piloto de Aerocondor. Es un diseño geométrico de 64 metros de diámetro, con unos doscientos orificios y en el centro una cruz. Parece un mensaje matemático similar a los círculos de las cosechas de Inglaterra en su forma, complejidad y misterio. Parece representar el calendario solar y lunar de los Nazcas. ¿Por qué aparece orientada hacia el norte magnético con un error de 0,2 grados?
5. «El colibrí»: de 132 metros de largo, ubicado en el distrito de Changuillo, en Ingenio. En su panza tiene grabado otro dibujo: la silueta de un avión, muy parecido a los objetos que están expuestos en el Museo del Oro de Bogotá.

El alcalde estaba empeñado en dar a conocer al mundo todos estos diseños precolombinos y me comentó que llevaba cuatro elecciones consecutivas en el cargo y que ya no se iba a presentar a las próximas, previstas para el mes de noviembre de 1995. Me dijo que ahora quería ayudar en la *chakra* (terreno cultivado) de sus hermanos. Antes quería poner en valor la zona arqueológica de Palpa, en la cuenca del río Grande. Y me invitó a conocerla. Invitación que acepté gustoso.

No pude sobrevolar esas líneas, contentándome con ver las fotografías aéreas que me mostró, pero sí pude recorrer, sobre el terreno, varios lugares que seguramente encajarían en el gran puzle misterioso de Palpa. Con un Land Rover a nuestra disposición, incluido un chófer apellidado Cáceres, recorrimos sus alrededores. A unos dos kilómetros al norte de la ciudad de Palpa, por una pista asfáltica y tras un breve desvío, llegamos a Sacramento. Allí, en la falda de un cerro, había líneas simétricas y áreas barridas que se conocían a nivel popular como «el reloj solar». Vi dos espirales, una de ellas cuadrada, y numerosas líneas transversales a ambos lados de las mismas. Según algunos investigadores, en el tiempo del equinoccio, se plasma en las líneas la señal o reflejo de lo que sería un buen o mal año de cosecha.

La teoría de David Johnson, historiador norteamericano de *National Geographic*, al asegurar que figuras como triángulos o trapecios tienen relación con la ingeniería hidráulica de dichos antepasados, es decir, con fuentes acuíferas subterráneas, se demostraba en este lugar de una manera muy palpable… por lo de Palpa.

Luego tocaba el turno a los llamados «petroglifos de Casablanca», camuflados en dos rocas: una con la representación rústica y esquemática de un hombre que llevaba sujetos con cuerdas a varios animales cuadrúpedos que parecían llamas, y la otra era mucho más interesante, porque se veían claramente tres figuras sedentes, con penachos alargados en sus cabezas, sosteniendo cada uno de ellos un instrumento ritual o vara de mando en su mano izquierda. No era necesario ser un lince en arqueología para darse cuenta de que se trataba de dos clases de petroglifos, unos más sofisticados y elaborados que los otros, y de antigüedad muy diferente.

Y quedaba por ver el plato fuerte: los «petroglifos de Chichitara», una voz quechua que significa «lluvia de arena» y que se ubican a trece

kilómetros de Palpa y a tres de Casablanca. Es un imperio de petroglifos, un lugar al que hay que llegar en un vehículo todoterreno, por lo irregular y peligroso de su recorrido. Es zona de derrumbes y de serpientes venenosas. Para el que le impresione la toponimia, su ubicación se encuentra en la llamada «Quebrada de la viuda», cerca del río Palpa. La increíble ladera está presidida por un cactus llamado *San Pedro*, una «planta de poder» que forma parte de ciertos rituales. Por cierto, un cactus San Pedro es lo que realmente representa el famoso «candelabro de Paracas».

Sigamos.

Ante mi vista se desplegaban cientos de rocas que albergan en sus superficies unos 750 petroglifos de una civilización que los arqueólogos aún no han podido datar, aunque es muy anterior a la cultura de Nazca. Era todo un mensaje críptico que desafiaba a los historiadores: observé serpientes con dos cabezas, siluetas antropomorfas rodeadas con semicírculos, dioses con rayos o «tubos» en las cabezas, y hasta una figura semejante a nuestro Indalo almeriense; guardianes, todos ellos, de un recinto sagrado…

Por desgracia, las lluvias torrenciales habían partido ciertas rocas volcánicas haciendo desaparecer para siempre algunos de sus petroglifos. En su gran mayoría, debido a su orientación, las inscripciones líticas estaban protegidas de la erosión y del tórrido sol. Ante mi evidente curiosidad, Cáceres, el guía, me mostró los tres petroglifos que más gustaban a «los esotéricos», según me dijo. Vi figuras antropomorfas que parecen estar en movimiento, con un solo pie y una cruz. El segundo petroglifo representa a un personaje con una cruz en los pies y el último era una gran piedra con cuatro serpientes provistas de dos cabezas cada una de ellas, a ambos extremos.

Según me confesó el controvertido doctor Javier Cabrera Darquea, en el museo de la localidad de Ica, el yacimiento donde se extraían sus célebres piedras se ubicaría en este lugar precisamente, perdido en los montes de Palpa y al que muy pocos investigadores han podido llegar. Teniendo en cuenta la fiabilidad que ha demostrado en otras cuestiones, no lo tomé muy en cuenta. Sin duda, me encontraba ante una cultura sin nombre que nos ha dejado cientos de grabados en la roca a modo de mensaje oculto, criptográfico y milenario, aún no descifrado. No falta mucho tiempo para que

los viajeros del misterio que circulen por la «panamericana» en dirección Ica y Nazca hagan parada y fonda en Palpa.

Tuve la clara sensación de que para entender el complejo enigma de Nazca no podemos olvidar al menos otras cuatro piezas fundamentales del puzle:

1. Una la constituyen las líneas y los geoglifos de la cercana Palpa (con su estrella de San Javier y ese colibrí que tiene grabado un avión en su cuerpo).
2. El centro ceremonial de Cahuachi, la capital de la cultura Nazca, de unos 24 kilómetros cuadrados de extensión, cuyos habitantes fueron los constructores de todos esos geoglifos y de 34 templos piramidales, entre ellos la Gran Pirámide de 30 metros de altura y siete niveles.
3. La tercera pieza está ubicada en el cementerio de Chauchilla, donde reposan decenas de momias naturales de la cultura Nazca, que dan pautas sobre sus ritos y sus costumbres funerarias.
4. Y la última estaría en esos enigmáticos petroglifos de Chichitara, anteriores a las pistas de Nazca, que nos hablan, a un nivel más reducido, de sus dioses y sus creencias.

Si tuviera que exponer una teoría global sobre la finalidad de las famosas líneas de Nazca en función de todo lo que sabemos en la actualidad (2017) y de lo descubierto por parte del Instituto Andino, del Instituto Alemán y diversos equipos arqueológicos de todo el mundo, incluidos los japoneses, diría que los sacerdotes nazcas, allá por el siglo V de nuestra era, una fecha más cercana de lo que en un principio se pensaba, empezaron a concebir y realizar grandes ceremonias asociadas a la fertilidad. Los sacerdotes conducían al pueblo desde Cahuachi hasta la pampa de Nazca para realizar enormes diseños en el suelo en los que había líneas rectas y figuras de lo más variadas, con una extensión de unos 500 kilómetros cuadrados, todo ello concebido como una especie de inmenso templo sin puertas ni paredes en el que se pudiera invocar a los dioses. Uno de ellos, casi seguro, sería Pachacamac, el gran dios que gobierna y equilibra la Tierra.

Para realizar las líneas rectas de varios kilómetros de largo, se clavaban postes en los que tensaban cuerdas entre ellos, y las figuras, algunas tan gigantescas como el gran pájaro de 300 metros de longitud, el mayor geoglifo conocido del mundo, se ayudaron de globos aerostáticos, tal como formuló en su día el investigador Jim Woodman, que lo demostró en 1975.

En su superficie se señalaban caminos sagrados de peregrinaje, se hacían ceremonias religiosas, se construían pequeños templos o huacas en los geoglifos con forma de trapecios —que apuntan al este o noroeste—, donde se depositaban ofrendas variadas (maíz, cerámica e incluso conchas marinas). ¿Para qué? Lo que parece más evidente: todo ese conjunto de geoglifos eran señales para los dioses con la idea de que nunca les faltara el agua, mensajes dirigidos al cielo asociados a ritos de fertilidad en sus cosechas.

Tanto Cahuachi como Nazca y Palpa formaban parte de un gran centro ceremonial de proporciones gigantescas, cuyo epicentro espiritual sería la gran pirámide truncada de Cahuachi, lugar donde se hacían rituales sangrientos, como ha quedado demostrado con la existencia de «cabezas-trofeo»: se practicaba la decapitación.

En un orden cronológico, la cultura Paracas (800 a. C.-200 d. C.) empezó con la práctica de hacer geoglifos y ahí está su famoso «candelabro», y luego siguió la cultura Nazca (200 a. C.-500 d. C., aunque en muchos libros se atrase su desaparición hasta el año 900), con diseños más complejos, empezando los primeros ensayos en Palpa y continuando en toda la pampa de Nazca. Fue una cultura que, sin tener una escritura y un alfabeto propios, supo desarrollar el arte de la cerámica, el tejido y las inscripciones en rocas y suelo. Hasta que cometió un grave error…

En el año 500, aproximadamente, se producen dos acontecimientos que provocan el declive de su cultura: un gran terremoto seguido del fenómeno El Niño (una corriente cálida oceánica que provoca en la costa devastadoras tormentas), lo que provocó varias inundaciones en sus territorios y obligó a los nazcas a abandonar Cahuachi, su capital religiosa y administrativa. Los dos fenómenos naturales y catastróficos estaban precedidos por unos malos hábitos ecológicos de los nazca. Lo sabemos gracias a una investigación llevada a cabo por David Beresford-Jones, del Instituto de Investigación Arqueológica de la Universidad de Cambridge, y reseñada en noviembre

2009 por la revista *Nature.* Sostiene que si los nazca —que eran notables ingenieros hidráulicos— sucumbieron por los deslizamientos e inundaciones provocadas por el fenómeno de El Niño fue porque ellos mismos debilitaron sus suelos al talar extensos bosques, principalmente de huarango —un árbol que puede vivir más de mil años y es clave en su ecosistema—, para dedicar el terreno a cultivos agrícolas. Al talar los bosques, los nazca eliminaron el complejo sistema de raíces que mantenía firme el suelo de sus valles. Esto causó la erosión y volvió inservibles los sistemas de irrigación.

Antes de abandonar la ciudad, sus habitantes sellaron con tierra y arcilla cada uno de los 34 templos de Cahuachi, preservándolos, como si fuera una cápsula del tiempo, y convirtiendo la ciudad en una gigantesca necrópolis. En esa fecha es cuando se hizo más intensa la labor de trazar más líneas y más figuras a tamaño descomunal. Esa llamada desesperada a sus dioses no sirvió de nada.

Se diseminaron por la parte interior y costera de Perú y dejaron tras de sí un desierto. A juzgar por lo que se puede ver hoy día en la región costera de Ica, de poco sirvió la amarga experiencia de los nazca, porque la devastación de los bosques secos continúa hasta el presenta y ha llevado al huarango al borde de la extinción.

Un pueblo que fue capaz de hacer lo que hizo y dejar para la posteridad este tipo de manifestaciones religiosas tan sofisticadas, no supo evitar su destrucción. Sus dioses eran más que seres intangibles que habitaban en el cielo, eran tan reales y los sentían tan cercanos que hicieron todo lo posible para ser escuchados por ellos y, sobre todo, para ser vistos desde ese mismo cielo.

Con todo, las marcas y líneas de Palpa o de Nazca no son las más antiguas de Perú. Hay otra Nazca más pequeña y vetusta. En junio de 2006 se dio la noticia de que los geoglifos más veteranos de la costa peruana se encuentran en uno de los distritos más poblados de Lima, San Juan de Lurigancho. Ese es el problema, que ya se han destruido muchos de los dibujos y gráficos elaborados hace unos 4.500 años. Lo que queda son 40 enormes figuras trazadas sobre el terreno, que en su mayoría representan plazoletas de planta trapezoidal, rayas y figuras como la de una serpiente que expresa alguna forma de culto con relación a los cerros más altos o *apus*. Es

probable que hayan pertenecido a la cultura de los ruricancho, antiguos pobladores de San Juan de Lurigancho.

Nuevas y sorprendentes pruebas

Tengo pendiente una nueva visita. Mientras tanto, se siguen produciendo hallazgos y nuevas teorías que aportan una visión más concreta a este enigma precolombino. Dos arqueólogos británicos han identificado, en 2012, un geoglifo laberíntico que no fue creado para ser visto, sino para ser recorrido como un camino espiritual de 4,4 kilómetros de longitud, formado por una línea serpenteante y una espiral que conduce a un montículo cuya función se desconoce.

Dos cuestiones que considero importantes: ¿podemos estar equivocados al atribuir todas esas líneas y figuras a una misma cultura llamada Nazca? Y por otra parte: ¿y si resulta que muchos de esos geoglifos son más antiguos de lo que nos han dicho?

Arqueólogos japoneses de la Universidad Yamagata, liderados por el doctor Masato Sakai, han descubierto 24 nuevos geoglifos y han aventurado una nueva hipótesis, en abril de 2015, al decir que hubo dos culturas implicadas en la confección de cuatro tipos diferentes de figuras, todas ellas agrupadas en diversas rutas con un mismo destino: la ciudad preinca de Cahuachi. Entre el año 1 y el 500, cuando la urbe vivió su esplendor, era un centro de peregrinación de primer orden y, a todas luces, capital de la cultura Nazca. Han descubierto que los geoglifos no solo varían en cuanto a forma, también en cuanto a tipo de construcción y simbolismo. Algunas figuras están formadas tras retirar las piedras de su interior y otras tras apartar sus bordes. Su investigación muestra que algunas de esas figuras, que solo se pueden ver desde el aire, se remontarían a los siglos III y V a. C.

El ingeniero civil Carlos Hermida, autor de un libro titulado *Involución* (2012), nos proporciona la teoría más original que he oído hasta ahora al sostener que Nazca es el mayor «plano de coordenadas del mundo», con un área de 50 por 40 kilómetros. Un mapa a escala con un error del 1 por ciento que establecería dimensiones y direcciones. Dice que los misteriosos

constructores de las líneas usaron el sistema decimal y conocían la escala métrica. El entramado de líneas, flechas y sus diversas capas solo es visible a una altura superior a los 600 e inferior a 800 metros, lo cual muestra claramente que fueron concebidas para ser vistas desde el aire. Cada una de las capas responde a una tonalidad, más clara, más oscura, más rojiza o más blanca, configurando un ingenioso y práctico método para encajar un gran número de datos con la máxima eficiencia y aprovechamiento del espacio. Una especie de sistema operativo informático trazado en el suelo.

¿Cómo descifrarlo? Pues según Hermida, las flechas tienen puntos de anclaje que sirven para contar los metros, y nos dan la distancia, porque ellos sabían que el mundo era una esfera y no un plano. Según él, las líneas apuntan hacia las costas ubicadas a lo largo del globo terrestre y algunas marcarían la distancia a puntos tan distantes como la isla de Pascua, Tahití o las islas Canarias. Y cada figura estaría asociada a una orientación geográfica. En resumen, para Hermida los miles de líneas y flechas indican direcciones y distancias que recorrer conforme a una escala convertible en metros y kilómetros y que además se hallan representadas en diferentes capas, de tal modo que hoy podríamos colocar en el mismo plano informaciones superpuestas que pueden distinguirse por su color y cada una nos daría una información específica.

Chan-Chan: la ciudad de barro

En Chan-Chan estuvo el cronista Pedro Cieza de León en el año 1548, y de manera bastante sobria anotó que los edificios de la ciudad denotaban «claramente haber sido gran cosa». Se quedó corto.

Hablar de Chan-Chan (unos 5 kilómetros al oeste de Trujillo y a 570 kilómetros de Lima) es hablar de la capital del influyente reino Chimú, de urbanismo, de huacas y hasta de sacrificios humanos. La llamaban «La ciudad de la Luna» (ya veremos por qué) ubicada frente al mar, en la costa norte peruana. Se piensa que llegó a albergar a una población de 100.000 personas a principios del siglo XV, lo que la convierte en la mayor ciudad precolombina de adobe de toda América, material endeble de construcción

que ha impedido que todo el esplendor que atesoró este imperio haya llegado a nuestros días. Muy pocas ciudades europeas de aquella época, que estaban saliendo de la «oscura» Edad Media, hubieran podido rivalizar con la magnificencia de la capital Chimú y menos en el complejo sistema organizativo e hidráulico que poseían.

Es Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO desde 1986, y está incluida en la Lista de Patrimonio en peligro. Y también ostenta el récord de ser la segunda ciudad de adobe más grande del mundo. Unos dicen que la primera sería el complejo arqueológico de Cahuachi, ubicado a pocos kilómetros de Nazca, con 24 kilómetros cuadrados, y otros que realmente sería Bam, en Irán, mucho más antigua, hasta que en diciembre de 2003 sufrió un tremendo terremoto que mató a 40.000 personas y dejó esta ciudadela derruida, aunque poco a poco la van reconstruyendo.

El significado toponímico de Chan-Chan no resulta muy claro, sino más bien confuso. Es comúnmente aceptado que proviene de la expresión *Xllang-Xllang* (también transcrita como *jang-jang*) que, en lengua mochica, el ancestral idioma del valle de Moche, quiere decir Sol-Sol, lo cual no dejar de ser un hecho curioso, puesto que los chimúes adoraban a *Shinan*, la Luna.

Chimú dio nombre a todo su imperio y significa «Dominador» o «Señor». En Chan-Chan se han descubierto adelantos técnicos y urbanísticos prodigiosos, como cañerías para el agua caliente y fría en baños decorados con azulejos. Cada ciudadela tenía su propia fuente de agua y esta era repartida a domicilio, como lo comprobó el arqueólogo Wiener en 1880 al examinar su red de canales. El abastecimiento de agua en Chan-Chan se realizaba a través de más de 140 pozos, donde el 60 por ciento estuvo en la zona monumental (ciudadelas).

En su recinto, que aún se sigue excavando, se encuentran pirámides, estanques, cisternas, montículos artificiales y palacios enigmáticos circundados por uno, dos o tres muros defensivos. Y siempre con una decoración geométrica muy similar, a base de zoomorfos marinos. Una leyenda local nos asegura que Chan-Chan fue construida en tres días por un ejército de cien mil gigantes. Una vez más, los gigantes hacen acto de presencia. A la vista del tamaño de la ciudad, queda constancia del elevado nivel de organización social y política que debió de alcanzar su imperio.

Según Marcel F. Homet, autor de *Chan-Chan la misteriosa* (1977), posee una estructura arquitectónica basada en el número 3, puesto que estuvo distribuida en tres niveles o terrazas. El más alto se encuentra a unos veinte metros sobre el nivel del mar y se reservaba a los palacios, al panteón y al palacio imperial del Gran Chimú, un edificio rodeado de nueve galerías en las que había 45 habitaciones destinadas a las concubinas. Aunque hoy nos parezca mentira, alrededor de sus palacios se extendían amplios jardines poblados de árboles, si hemos de creer a los cronistas españoles. En la segunda terraza se encontraban las viviendas de los altos funcionarios, comerciantes, arquitectos y armadores de navíos. Por último, en la más baja de las terrazas y más extensa, estaban todos los demás: desde los pequeños comerciantes hasta los pescadores (25.000 viviendas se llegaron a excavar).

El núcleo urbano de Chan-Chan consta de diez ciudadelas amuralladas (una por cada soberano que la gobernó con su correspondiente palacio) y, a su alrededor, las ruinas de lo que una vez fue el barrio de las clases más bajas. El carácter de estas ciudadelas responde a una tradición Chimú cimentada en las sucesivas dinastías de gobernantes. Según las investigaciones llevadas a cabo por Moseley, entre 1967 y 1969, cada Chimú Capac o «curaca» (*señores* del reino de Chan-Chan, llamados así por la civilización inca que les invadió) erigía un palacio propio en el que establecía su residencia. Este lugar se convertía automáticamente en centro político y religioso de la ciudad mientras su gobernante viviera. Pero, a su muerte, el palacio era abandonado por todos sus ocupantes. Sus accesos quedaban sellados y solo permanecía en el interior un grupo de servidores, muy probablemente sacerdotes, que se encargaban de perpetuar la memoria y el culto al alto dignatario chimú muerto.

De este modo, el recinto se convertía en un catafalco, lugar sagrado donde el Chimú Capac fallecido reposaba junto a las decenas de cortesanos, concubinas y sirvientes sacrificados, que se enterraban a su alrededor para acompañarle en su viaje hacia el otro mundo. Manía heredada de otras culturas como la egipcia o la china. En los sepulcros se han hallado muestras de cerámica, restos humanos y despojos de llamas, animales que se ofrendaban ritualmente en honor del monarca. El siguiente Chimu Capac que le sucedía en el trono volvía a repetir la misma secuencia, estableciéndose en

una nueva ciudadela recientemente construida, en una especie de eternos ciclos ancestrales.

Los nombres que reciben hoy en día las ciudadelas corresponden a los arqueólogos que las han estudiado (Rivero, Tschudi, Bandelier, Uhle, Tello). Por ejemplo, la ciudadela «Rivero» corresponde a la sede de Minchancamán, último gobernante Chimú, capturado y llevado a Cuzco por los incas, según las crónicas. Esta ciudad de ciudadelas o urbe de ciudades estaba circundada por altas murallas, unidas entre sí por túneles subterráneos. En la ciudadela de Tschudi —la que está en mejores condiciones para ser visitada—, se encuentra el palacio del mismo nombre que posee una única entrada orientada al norte, por la que se accede a su gigantesca Plaza Ceremonial, un enorme recinto cuadrangular destinado a los oficios religiosos y, cómo no, a los acontecimientos políticos y militares que agrupaban a miles de personas.

Sus paredes, que originalmente tuvieron unos diez metros de altura, muestran un friso en toda su longitud, en el que están representadas escenas de nutrias marinas. El mar era para ellos un elemento vital que queda reflejado en sus muros, en los que se ven cenefas con altorrelieves de olas, peces y pelícanos, así como sus famosos adornos romboidales, distribuidos en hileras, que simbolizan redes de pesca. Todos iguales, lo que demuestran que fueron hechos con molde. Las dimensiones y proporciones de la Plaza Ceremonial estaban tan calculadas que la acústica del patio es perfecta, de modo que puede escucharse a un orador desde cualquier lugar de la edificación o el sonido de un instrumento musical.

La Sala de Asambleas no se quedaba corta en cuanto a sonido. Se trataba de una habitación rectangular, con 24 nichos u hornacinas en sus muros, en los que probablemente se sentaban los oradores durante sus debates o que servían para exhibir imágenes votivas, la cual poseía una asombrosa acústica que permitía escuchar con nitidez cualquier comentario que se dijera en el interior del recinto. Junto a la puerta de entrada del mismo se levantaba un pequeño altar que tenía la virtud de amplificar la voz si se hablaba de cara a la pared. Esta extraordinaria sonoridad de la sala permitía que durante las reuniones de los gobernantes todo el mundo escuchase al contertulio u oficiante de turno. Vamos, que sabiendo estas cualidades

artísticas, en lugar de llamarse Chan-Chan, se debería haber llamado ¡Ta Chán!

Con el paso del tiempo, la depredación perpetrada por los *huaqueros* y la brutal erosión originada por las lluvias y las inundaciones, provocadas, sobre todo, por el fenómeno El Niño, han convertido a las construcciones de adobe de Chan-Chan en una planicie repleta de estructuras ruinosas de barro, una caricatura de lo que fue. Por ejemplo, en 1983, como consecuencia de la aparición de esta corriente de El Niño, que anegó la costa trujillana, la Huaca Arco Iris (también llamada Huaca del Dragón) sufrió un terrible deterioro que en la actualidad está siendo objeto de restauración.

Los mitos de los chimú están muy vinculados al espacio y a la naturaleza. Atribuían la creación del hombre a cuatro estrellas con tendencias elitistas: las dos primeras crearon a los caciques y nobles, y las dos restantes (llamadas *Pata*) al pueblo sin derechos políticos. La divinidad principal, que carecía de una representación específica, no era el Sol, como en otras culturas andinas, sino la Luna (*Shinan*). Por eso a la ciudadela la llamaban la «ciudad de la Luna», dado que podía verse tanto de día como de noche, se la consideraba más poderosa que el Sol. A esta divinidad le sacrificaban niños de cinco años y en su defecto se ofrecían frutas y chicha. Por otra parte, los chimú adoraban diversas piedras que consideraban sagradas y que ellos denominaban *Alec Pong*, a las que tenían por sus antepasados convertidos a la forma pétrea por el Sol en una venganza que relatan sus leyendas. El agua es una de sus divinidades más importantes, pues este precioso líquido era para los chimú su fuente de vida y de desarrollo, a la que debían venerar.

Se sabe que esta cultura preinca tenía un claro concepto de la vida más allá de la muerte. Dominaban el arte de embalsamar a sus muertos. La técnica empleada era muy sui géneris. En una sala destinada a tal fin (en ocasiones especiales se realizaba al aire libre), los sacerdotes extraían las entrañas y lavaban todos los huecos del cuerpo con un conservante. A continuación, se dejaba secar el cadáver al sol y luego se envolvía el cuerpo en paños y vestidos. Seguidamente, se ataba al muerto colocándole la cabeza entre las rodillas y rodeándole las piernas con los brazos. El cadáver adoptaba una postura cónica, y era enterrado en medio de festejos.

Era una sociedad muy jerarquizada. El Chimú Capac gobernaba a través de una red de nobles locales con títulos hereditarios. El Gran Chimú, que se atribuyó un origen divino (como lo haría más tarde el Inca), ejercía un poder absoluto sobre sus súbditos, carentes de todo derecho político, aunque no de otra clase. A los únicos que pedía consejo, según las cuestiones, era a los sacerdotes, a los dirigentes militares y a los comerciantes más importantes. Los miembros de la corte del Gran Chimú tenían oficios muy específicos y originales: «Trompetero o tañedor de caracoles», «preparador del baño», «maestro de literas y trono» y hasta un oficial encargado de «derramar polvo de conchas marinas en la tierra que había de pisar». De hecho, durante los trabajos arqueológicos en Chan-Chan, se encontró un taller con esta clase de desechos de concha.

Los súbditos chimú tenían grandes privilegios (los derechos de las mujeres eran iguales a los de los hombres) pero todos estaban sometidos a duras leyes, cumplidas inexorablemente por los magistrados del Gran Chimú. Todas las entradas de las casas permanecían abiertas, debido al caluroso clima de la zona, y raramente se producían robos, pero si alguien osaba transgredir las leyes era ajusticiado públicamente. Si no se le podía descubrir, se utilizaba un sistema de «justicia divina», tipo ordalía, cual era colgar espigas de maíz de un palo. Esta acción se consideraba una ofrenda a la Luna y a las dos estrellas, llamadas Pata, a las que se rogaba que ejecutaran la sentencia. El adulterio y la cohabitación con vírgenes se castigaba con la pena capital. Las vírgenes «impuras» eran arrojadas a un barranco con la colaboración del resto del pueblo. Los cuerpos de los ejecutados eran ofrecidos a las aves de rapiña como alimento, en la creencia de que tales aves les conducirían al reino de los demonios. Las pinturas de vasijas de cerámica chimú muestran gráficamente estas escenas y nos ponen sobre la pista de un glorioso imperio que hoy tan solo es un débil recuerdo.

La civilización chimú reemplazó a la de los mochicas alrededor del año 1000 y fue destruida violentamente por los incas. En el año 1470 el inca Túpac, hijo del poderoso Pachacútec Inca Yupanqui, con un gran despliegue de fuerzas, se propuso conquistar este reino. Descendió desde el altiplano a la costa, estranguló las conducciones de agua procedentes de las fuentes de agua del altiplano, e invadió el ya decadente Imperio chimú y su capital Chan-

Chan, para anexionarla al Tahuantinsuyo. No se ha podido comprobar si el último Gran Chimú, Michancamán, opuso resistencia a las exigencias de vasallaje de las tropas incas. Lo que sí se sabe es que el último Chimú Capac fue conducido a Cuzco acompañado por un gran séquito, entre el que se encontraban técnicos en fortalezas, metalúrgicos y especialistas en irrigación. Los indicios demuestran que los incas fueron herederos de gran parte de los conocimientos que poseía este pueblo. Por ejemplo, adoptaron de los chimús técnicas de riego y de fortificación que desconocían.

El último Chimú Capac fue Antonio Cahyguar, fallecido en 1610 convertido al cristianismo. El increíble tesoro de Cajamarca pasó a los conquistadores españoles cuando Francisco Pizarro derrotó e hizo prisionero a Atahualpa en 1532, quien a cambio de su liberación le entregó este tesoro, pese a lo cual fue ejecutado. Lo curioso es que Pizarro utilizó contra los incas una táctica parecida a la empleada por estos para destruir el Imperio chimú. Ya nos lo dice el refranero: «Quien a hierro mata a hierro muere».

A los investigadores que han excavado en el recinto, como Alexander von Humboldt, siempre les extrañó que hubiera tanto oro en las tumbas chimú. En 1620, el franciscano Antonio Vázquez de Espinosa decía:

> La Huaca del Sol era en tiempo de la gentilidad de los indios uno de los mayores santuarios que había en aquel reino, adonde de muchas partes de él venían los indios en romería a cumplir sus votos y promesas y a no *mochar* y ofrecer sus dones y así… en la población de Chimocápac, donde hay suntuosas *huacas*, se han hallado grandes tesoros, y los hay al presente por descubrir y… ha habido *huaca* de donde se ha sacado tanto tesoro, que solo de los quintos dél han pertenecido más de 80.000 pesos a Su Majestad.

Según nos cuenta el escritor Fernán Salentiny, aún quedarían riquezas por desenterrar, puesto que el objeto más importante hallado en la *huaca* de Toledo es un pez de oro macizo, afirmando los nativos que «hay enterrado un segundo pez bajo alguna de las huacas, pero hasta ahora no ha sido hallado».

Entre las diversas obras de arte de los chimú están las máscaras, los antebrazos, los collares, los aretes e incluso vestidos con incrustaciones de oro. Se han encontrado objetos de cobre y plata chapados con oro. El arqueólogo americano Verrill dice algo revelador sobre la técnica utilizada en esa orfebrería: «El chapado es tan perfecto y unido que, si no se conociera su

origen, se le podría tomar por un recubrimiento electrolítico». Aún quedan muchos tesoros por descubrir y mucha rapiña por controlar.

En octubre de 2009 se dio a conocer la noticia del hallazgo de una colección de estatuas preincas en la ciudadela de Chan-Chan. Ocurrió en uno de sus templos con diecisiete esculturas de madera que representan a hombres y mujeres con la función de «dar la bienvenida a la otra vida». A nivel cronológico, pertenecen a la penúltima etapa de la cultura Chimú (1450-1500). No representan ni a guerreros ni a ídolos. Las efigies, descubiertas en la entrada del palacio Ñain An, eran las encargadas de dar la bienvenida a todos aquellos gobernantes que pasaban a la otra vida. Representan el paso entre lo profano y lo sagrado, del más acá al más allá.

El toque exótico lo pone un húngaro nacionalizado argentino, Juan Moricz, que publicó en 1968 un monográfico de catorce páginas bautizado como *El origen americano de pueblos europeos*, en el cual manifiesta una teoría un tanto descabellada al decir que las culturas asentadas en Europa y el Oriente Medio aparecieron ya desarrolladas porque fueron transportadas de las Américas, en concreto de los Andes. Moricz, que ya había descubierto los secretos de la cueva de los Tayos, en Ecuador, quería descubrir ahora un secreto mucho mayor dando la vuelta a todo lo sabido hasta el momento. Se basó en análisis comparativos de antiguas lenguas como el vasco y el húngaro, diciendo que las raíces más profundas del magiar podrían ser sudamericanas. Y dijo más: que entre 7.000 y 8.000 años antes de Cristo, llegaron los indígenas a Mesopotamia Baja en barcos hechos de madera de balsa, que es encontrada solamente en América del Sur. Él lo cuenta de esta manera tan contundente:

> El pueblo Sumer tuvo su origen en América y desde este continente llegó navegando a la Baja Mesopotamia. En las provincias de Azuay, Cañar y Laja en el Ecuador, subsisten aún los toponímicos y patronímicos Sumer, Zumer, Snumir, Sumir y Zhumir. En el norte del Perú, en el Departamento de la Libertad existe una ciudad en ruinas y cubierta por la arena del desierto; es Chan-Chan. Cubre un área aproximada de 20 kilómetros cuadrados. A pesar del tiempo transcurrido y los estragos del tiempo, así como los causados por el hombre, la antigua ciudad con sus canales de riego y los decorados muros de la ciudad, que aún se mantienen, nos dan un ejemplo de urbanismo, que muchas veces no encontramos en nuestras modernas ciudades. Chan-Chan y la cultura que prevaleció en ella son sumerios. Su extraordinaria riqueza ornamental, la cerámica, el repujado en oro de las alhajas, el entierro, los sellos y pintaderas, la concepción

urbanística de la ciudad y su concepto de la vida están fielmente reflejados en la Baja Mesopotamia.

Misterio resuelto, al menos para el intrépido Juan Moricz, que murió convencido de su teoría.

El ídolo parlante de Pachacamac

Conocemos los principales centros de peregrinación actuales de las diferentes religiones. ¿Y antes? En América había muchas culturas y cultos y la mayoría hoy es un borroso recuerdo. Uno de los más importantes estaba en el Santuario de Pachacamac y, como todo buen centro religioso y ceremonial de alto nivel, contaba son su joya, su reliquia, su ídolo propio, todo un imán para atraer a miles de devotos y peregrinos, que además contestaba a sus preguntas.

Recibe su nombre de uno de los más importantes dioses de la mitología andina y se encuentra a 31 kilómetros de Lima, en el valle de Lurín. Sus orígenes se remontan hacia el año 400 de nuestra era, fecha en la que surge un «adoratorio» en honor del dios Pachacamac. El cronista indio Guamán Poma de Ayala, en su *Nueva crónica y buen gobierno*, siempre se refiere a él como Pacha Kamaq, «el creador del universo».

Efectivamente, la relevancia de este dios en el litoral costero ha sido comparada a la de Viracocha en la región de la sierra, pues ambos surgieron del lago Titicaca y ambos asumen en su naturaleza el calificativo de deidad suprema. Su nombre se pronunciaba inclinando la cabeza y con las manos en alto. Solo estaba permitido el acceso a su templo a quienes hacían servicios de culto, preparándose para ello con varios días de ayuno. Los demás no eran dignos de tocar con su mano si siquiera las paredes. Poco a poco, Pachacamac se convirtió en una espléndida ciudadela siglos antes de que la expansión inca tuviera lugar. Cuando los incas se adueñaron del territorio, con el monarca Pachacutec en el poder (1438-1471), se vieron obligados a respetarlo debido a su enorme prestigio y se transformó en un importante e imponente enclave para el incanato, sin perder nunca su función ceremonial.

Las primeras edificaciones eran de adobe, siguiendo la arquitectura propia de la costa, pero los incas añadieron la base de piedra a sus nuevos edificios.

El Inca Garcilaso de la Vega refiere que cuando Atahualpa estaba prisionero en Cajamarca, fue a verle Challcuchima, su maese de campo. Le vio cargado con cadenas de hierro y, compungido, le dijo que el dios Pachacamac lo había ordenado así para que se cumpliesen las profecías que tantos años atrás venían anunciando la venida de aquellas gentes de raza blanca, y como su padre Huayna Cápac lo había certificado a la hora de su muerte. Atahualpa confirmó que una vez preso había mandado emisarios a Cuzco para consultar su destino a su «padre el Sol» y los demás oráculos, particularmente con el ídolo hablador que estaba en el valle del Rimac, del cual nos dice Garcilaso:

> Con ser tan parlero, había perdido el habla y que lo que más le admiraba era que el oráculo encubierto que hablaba en el templo de Pachacamac, con haber tomado a su cargo responder a las preguntas y consultas que acerca de los negocios de los reyes y grandes señores le hiciesen, también había enmudecido. Y aunque le habían dicho que el Inca estaba preso en cadenas, para que dijese el remedio que había para soltarle dellas, se había hecho sordo y mudo.[5]

Atahualpa dedujo que sus ídolos, que de tan ordinario «solían tratar y hablar con los sacerdotes y otras personas devotas», le habían desamparado, señales todas ellas de la agonía y muerte de su reinado. Y acertó. El hecho es que fue ejecutado por Pizarro en el año 1533 y con él se vino abajo el Tahuantinsuyo. Desde entonces, se fue convirtiendo en ruinas. En su apogeo, el santuario de Pachacamac recibía miles de peregrinos con ricas ofrendas y en sus aposentos se hacían sacrificios humanos cuando había que aplacar su ira (se han encontrado esqueletos de mujeres lujosamente vestidas y estranguladas).

Del ídolo y de sus propiedades maravillosas y parlanchinas habían oído hablar los españoles, y no tardaron en llegar a este lugar. La primera admiración que sintieron por el enclave pronto se transformó en desencanto.

El cronista Miguel de Estete contó que las tropas del hermano del gobernador Francisco Pizarro estaban ansiosas de contemplar cara a cara la faz del poderoso dios de la costa:

> El ídolo estaba en una sala muy oscura y hedionda, muy cerrada, tienen un ídolo hecho de palo muy sucio, y aquel dicen que es su dios, dicen que él que los cría y sostiene y cría los mantenimientos. A este lo tienen por dios y le hacen muchos sacrificios, vienen a este ídolo de peregrinación de trescientas leguas. La gente estaba escandalizada y temerosa de solamente haber entrado el capitán a verle. Los cristianos dieron a entender a los indios el gran yerro en que estaban, que aquel ídolo los tenía engañados. El capitán mandó deshacer la bóveda donde el ídolo estaba y quebrarle delante de todos, y les dio a entender muchas cosas de nuestra santa fe católica. A este pueblo vinieron los señores comarcanos a ver al capitán, maravilláronse mucho de haberse atrevido el capitán a entrar donde el ídolo estaba y haberle quebrantado.[6]

Deja claro que lo destrozaron. El fanfarrón de Hernando Pizarro describe en primera persona el lugar y el olorcillo*:*

> La cueva donde estaba el ídolo era muy oscura, que no se podía entrar a ella sin candela, y dentro muy sucia. Hice a todos los caciques de la comarca que me vinieron a ver entrar dentro para que perdiesen el miedo; y a falta de predicador, les hice mi sermón diciendo el engaño en que vivían. Esta mezquita (se refiere al templo de Pachacamac) era muy temida por todos los indios. Y según parece los indios no adoran a este ídolo por devoción sino por temor.[7]

Está claro que la decepción debió de ser profunda cuando comprobaron que la deidad sagrada, oculta en el interior del Templo Mayor, no era sino un tótem de madera, tallado, desprovisto de oro y piedras preciosas, es decir, sin ningún valor material para ellos, aunque sí de un alto valor espiritual para los indígenas. Francisco López de Xerez, secretario de Francisco Pizarro, fue claro al indicar que existían varias copias del ídolo de Pachacamac alrededor del recinto principal que fue profanado por Hernando:

> Él estaba en una buena casa, bien pintada y bien aviada y en una sala muy oscura y hedionda, muy cerrada, tienen un ídolo hecho de palo muy sucio, y aquel dicen que es su dios, el que los cría y sostiene y cría los mantenimientos. A los pies de él tenían ofrecidas algunas joyas de oro […]. Por todas las calles de este pueblo, y a las puertas principales de él, y a la redonda de esta casa tienen muchos ídolos de palo, y los adoran a imitación de su diablo.[8]

Para hacernos una idea de la importancia de este santuario, Pedro Cieza de León nos cuenta lo siguiente:

> Dentro del templo, donde ponían el ídolo, estaban los sacerdotes que no fingían poca santimonia. Y cuando hacían los sacrificios delante de la multitud del pueblo iban los rostros hacia las puertas

> del templo y las espaldas a la figura del ídolo, llevando los ojos bajos y llenos de gran temblor… Por los terrados deste templo y por lo más bajo estaba enterrada gran suma de oro y plata; y es fama que había junto al templo hechos muchos y grandes aposentos para los que venían en romería y que a la redonda dél no se permitía enterrar ni eran dignos de tener sepulturas si no eran los señores o sacerdotes, o los que venían en romería y a traer ofrendas al templo… Y teniendo gran noticia deste templo y de la mucha riqueza que en él estaba (el gobernador don Francisco Pizarro) envió al capitán Hernando Pizarro, su hermano, con copia de españoles, para que llegasen a este valle y sacasen todo el oro que en el maldito templo hubiese.[9]

Llegaron, vieron el ídolo, no se movía, no hablaba, no tenía oro y lo destruyeron a hachazos, diciendo luego que todo era un engaño, una idolatría. Que lo hacían por su bien. Ya les vale. El mismo Garcilaso de la Vega refiere que «del oro que en el templo había, tomó Hernando Pizarro lo que pudo llevar y dejó orden que toda la demás riqueza la llevasen a Cassamarca, diciendo a los indios que era para el rescate de su Rey Atahuallpa, porque la llevasen de buena gana y no la escondiesen».

Pudieron salvarse de la destrucción varias copias del ídolo y, en concreto, uno de los postes al ser enterrado en las arenas, lugar donde fue encontrado por Alberto Giesecke, en 1938, durante los trabajos de investigación del «templo pintado» de Pachacamac. El ídolo que se exhibe actualmente en el museo del lugar muy larguirucho, con más de dos metros de altura, podría ser una de estas copias de madera que existieron cerca del recinto principal, porque lo que es el original, según los cronistas citados, ya lleva años hecho astillas…

COSTA RICA

«Aunque hayan derribado sus estatuas y hayan sido arrojados de sus templos, no por eso los dioses están muertos».
KONSTANTINOS KAVAFIS

EL MISTERIO DE LAS ESFERAS PERFECTAS

Ante mí tenía una esfera de piedra partida en dos. No era la única. Muchas habían sufrido parecida suerte. ¿El motivo? Una antigua, absurda y dañina leyenda aseguraba que en el interior de cada una se encontraba oro en abundancia, un error que ha hecho mucho daño a la arqueología costarricense. No ha sido el único. Cuando fui a la embajada de Costa Rica en Madrid para pedir información sobre el país y sobre las piedras en particular, la persona que me atendió me dio unos folletos básicos y se quedó extrañada de que yo estuviera tan interesado en la existencia de estas esferas:

—Están al sur de Costa Rica y la verdad es que nadie parece hacerlas mucho caso —me dijo la funcionaria.

Eso fue en el año 1997. Por suerte, la cosa ha ido cambiando y cada año Costa Rica (llamada la Suiza Centroamericana) despierta más interés por el innegable atractivo de sus 29 parques nacionales y reservas biológicas y, como plus añadido, por el misterio que envuelve el origen de las esferas de granito. Porque hay que admitir que la civilización que fabricó tales esferas debió de haber alcanzado un nivel muy tecnológico y cultural muy elevado. Y este es un aspecto en el que está de acuerdo todo el mundo que haya visto de cerca estas moles de piedra que tienen un 95 por ciento de esfericidad, desde el arqueólogo más recalcitrante y conservador hasta el investigador más osado y heterodoxo. Tanto su significado como la fecha exacta de su fabricación son un auténtico enigma. El hecho de que las hayan encontrado en la isla del Caño, donde no existe este tipo de piedra, es una clara muestra

de la importancia que dichas esferas tenían para la cultura del Pacífico Sur, al grado de llevarlas allí en endebles balsas, venciendo múltiples dificultades.

Su descubrimiento oficial no ocurrió hasta una fecha tan tardía como el año 1939, cuando la United Fruit Company (la Mamita Yunay, para los trabajadores) estableció en Costa Rica sus plantaciones bananeras, roturando pantanos y talando bosques extendidos al pie de la cordillera Brunquera, en la zona del delta del Diquís, formado por los ríos Térraba y Sierpe. Fue entonces cuando resurgieron de la tierra y del lodo cientos de esferas semienterradas por su propio peso y por el paso de los años. La arqueóloga estadounidense Doris Stone elaboró un detallado informe (que años más tarde, en 1943, se publicó con el título de *Pre-Columbian Man in Costa Rica*) reconociendo que el misterio la desbordaba y concluyendo que «las esferas de Costa Rica tienen que ser incluidas entre los indescifrados misterios megalíticos del mundo».

Hoy, por desgracia, muchas de ellas se encuentran fuera de contexto, es decir, fuera de los lugares de origen donde en su día fueron localizadas, adornando jardines, parques (como el de la Merced) o edificios públicos de la capital, como en la Corte Suprema de Justicia, la Caja de Seguro Social o la Universidad. Lo mismo ocurre en Palmar Sur donde algunas de las esferas están situadas lejos de la jungla, lugar en el que permanecieron enterradas durante siglos. Con ello, según todos los expertos, se ha perdido un 80 por ciento de la información disponible, necesaria para desentrañar su ignoto pasado. Por esta razón, son sumamente importantes las investigaciones que se pudieron llevar a cabo cuando aún se encontraban *in situ*. Doris Stone fue una de las que tuvo ese privilegio y también el arqueólogo de la Universidad de Harvard, Samuel K. Lothrop, quien afirmó en 1949, al comprobar ciertos alineamientos triangulares, que las esferas marcaban direcciones para navegantes primitivos. Ahora bien, las formaciones que adoptan los alineamientos de las esferas no están siempre en disposición triangular, sino que también las hay formando círculos y en línea recta, lo que despista mucho más a los arqueólogos y acrecienta el misterio de su significado. Lo poco que hasta el momento se sabe de las esferas de Costa Rica —conocidas popularmente como «bolas de los indios» o «bolas celestes»— se puede resumir en estos puntos:

Lugares de ubicación. Casi todas ellas se han localizado en la zona sur del país, siendo el área de mayor frecuencia el río Grande de Térraba, en las plantaciones del valle del Diquís, cantón de Osa, provincia de Puntarenas, y más en concreto cerca de las localidades de Palmar Sur y Palmar Norte. Hoy en día hay un número indeterminado de esferas que se encuentran bajo tierra o semienterradas a la espera del momento oportuno.

Tamaños. Son esferas casi perfectas que llegan a tener diámetros de dos metros y medio (con pesos de hasta 16 toneladas) y otras, en cambio, son muy pequeñas, del tamaño de un balón e incluso de una naranja (se han encontrado piedras de 7,5 centímetros). Sin embargo, los tamaños más comunes están entre 60 y 1,20 de diámetro.

Clase de piedra. Todas ellas están cinceladas en una variedad de piedra de granito (principalmente gabros y areniscas), material que no se halla en las cercanías donde han sido encontradas, sino a más de 20 kilómetros.

Cuándo se hicieron. La época en la que se supone que fueron fabricadas se inició alrededor del año 400, pero es entre 700 y 1400 cuando se incrementa su elaboración. A partir de esa fecha ya no hay constancia de este tipo de construcciones, es decir, aproximadamente cuando llegan los conquistadores españoles.

Para qué. Las teorías son muy diversas y van desde que las esferas marcarían la ubicación de enterramientos funerarios o demarcaciones territoriales, hasta que, según la categoría del difunto o del cacique, así sería el tamaño de la bola que mandaban tallar. Es decir, representaban símbolos de poder, de rango o de prestigio social, pero también podían tener utilidades astronómicas.

Algunos arqueólogos no se «mojan» y prefieren denominar a sus constructores como «la cultura del bosque húmedo tropical del Pacífico Sur» (*Historia de Costa Rica*, de Carlos Meléndez), fuertemente ligados a las culturas contiguas de Chiriquí. Otros, en cambio, prefieren afinar más y adjudican las esferas de granito a los chibchas o muiscas, un pueblo originario de Colombia que se adentró por el sur de Costa Rica, lo cual es bastante improbable porque en la zona de influencia de los chibchas no se ha encontrado ninguna de estas esferas. La teoría predominante hoy entre los arqueólogos es que posiblemente fueron obra de los antiguos borucas, cultura asentada en el valle del Diquís y en la isla del Caño. Como rasgo curioso, en la actual población de Boruca se conserva todavía un ancestral ritual folclórico que data de la época de la colonización, denominada la Fiesta de los Diablillos, festejando el Año Nuevo.

Y hay voces disidentes como la del estoniano Ivar Zapp, afincado en Costa Rica desde el año 1972, que considera que sus constructores fueron los huetares, ubicados en el valle central, en la zona de Turrialba, lo que hoy

compone el llamado Monumento Nacional de Guayabo, el yacimiento arqueológico más importante del país y cuyas ruinas indican la presencia de una ciudad enigmática, con una población de unas 10.000 personas, repleta de numerosos monolitos, petroglifos y lápidas con su borde superior adornado con figuras de animales. Ivar Zapp ha publicado un voluminoso libro, junto con el norteamericano George Erikson, donde recoge el fruto de sus investigaciones, con el título de *La Atlántida en América. Navegantes en el mundo antiguo*. En la conversación que mantuve con él, insistió que el continente perdido de la Atlántida no está tan perdido: «No falta ningún continente —me confesó—. Si los unimos, todos coinciden perfectamente. Tan solo falta el trozo del golfo de México cuando un meteorito cayó hace 70 millones de años, extinguiendo a los dinosaurios. La isla-continente de la Atlántida era toda América. Su capital, Poseidón, de la que habla Platón, no es otra que la actual Costa Rica».

El libro de Zapp muestra (que no demuestra) cómo las técnicas de navegación de los antiguos polinesios son las mismas que las utilizadas por esa civilización enigmática que construyó las esferas. Según él, dos esferas señalan ejes que a su vez apuntan hacia rutas marítimas, alineadas con respecto a una estrella principal que les indicaba el día exacto en el que debían partir. Por eso en las embarcaciones de los huetares se colocaban tres piedras lajas (las *guaras*) tanto en la proa como en la popa, como método de orientación y seguimiento de la estrella fijada.

Fuera de estas especulaciones, lo cierto es que a la cultura del delta del Diquís se le atribuye también el dominio de la tecnología del oro —y que dio fama a toda la zona—, que solían trabajar mediante el método de fundición a la cera perdida. Es frecuente la representación de bellas figuras humanas aladas (chamanes transformados en aves, según la interpretación oficial) y de animales aéreos llamados comúnmente «águilas». Asimismo, tienen en su haber esculturas enigmáticas en piedra representando figuras humanas mayestáticas o espigadas, así como seres con ojos grandes, cráneo achatado y un tubo flexible que surge de su boca y termina en un recipiente adosado a la espalda (una de estas esculturas se conserva en el Museo del Hombre, de París).

Las otras bolas

Posiblemente, muchas personas creen que las esferas son un misterio arqueológico que afecta exclusivamente a Costa Rica. Encontrar más piezas del puzle puede ayudar a su comprensión. Algo parecido ocurre con las llamadas «pistas de Nazca», que siempre han sido estudiadas localmente, basándose para ello en los trazos que se ven desde cierta altura, ignorándose hasta hace poco (yo lo descubrí en 1995) que en la provincia peruana de Palpa continúan esas mismas rectas y se aprecian parecidos dibujos de animales. Digo esto porque se han encontrado esferas de piedra en Estados Unidos (Nuevo México), Guatemala, México, Venezuela, Argentina, Nueva Zelanda, China e incluso en Bosnia. La mayoría son de origen natural. Solo hay que ver las fotografías. Se diferencian de las de Costa Rica en que son localizaciones esporádicas. En el estado de Anzoátegui, Venezuela, existe un pequeño pueblo llamado San Andrés de Onoto, con una gran variedad de estas piedras que coinciden con las de Costa Rica en su diámetro, lo cual no es decir mucho. El geólogo Efraín Franco, en 2008, aseguró que poseen bajorrelieves de animales y que la mayoría tienen una complejidad geométrica y tamaños de casi dos metros de altura que sustentan la hipótesis de que fueron talladas por aborígenes que habitaron en las tierras de Onoto.

En México se han encontrado cientos de esferas pulidas de arenisca y basalto (se han contabilizado unas mil) en la sierra de Ameca, estado de Jalisco, en el término municipal de Ahualulco. Redondas y gigantes, aparecen diseminadas a casi 3.000 kilómetros de Costa Rica. Fueron bautizadas con el nombre de *piedras bola*. Y sus diámetros oscilan entre 1,80 y 5 metros. Casi todas estaban semienterradas; algunas pesaban 20 toneladas. Para los lugareños, son las canicas con las que jugaban los gigantes o los dioses prehispánicos, porque nadie sabe cuándo, cómo y por qué están ahí. Se descubren en 1967 y no se identifican con ninguna cultura. Como suele pasar, el debate está entre los que las consideran de origen natural y volcánico y los que creen que se construyeron. Llama la atención que estas esferas estén concentradas en una zona muy concreta, cuando en realidad, si fueran proyecciones volcánicas, deberían estar en muchos más lugares, debido a la gran cantidad de volcanes que tiene México. Muchas bolas han sido

dinamitadas en busca de tesoros ocultos y los lugareños hablan de una «piedra madre» que fue puesta a rodar y destruida. Pesaba 30 toneladas.

El arqueólogo Mathew Sterling comentó que eran el resultado de artesanía indígena, opinión que tuvo que cambiar al encontrar el valle repleto de ellas. Entonces señaló que todas las tribus prehispánicas hubieran sido insuficientes a lo largo de la Historia para poder esculpir y redondear con tal perfección tantas piedras y de tal tamaño. Lo poco que se sabe es que la zona donde se han encontrado tiene una antigüedad de 40 millones de años. Los geólogos y vulcanólogos buscan explicaciones científicas para ellas y dicen que podrían ser el resultado de cenizas volcánicas cristalizadas y solidificadas, producto de avalanchas de cenizas calientes que fueron tomando formas redondas hasta enfriarse. De eso hará unos 40 millones de años. O bien podrían ser piroclastos, tobas o bombas volcánicas que se redondearon en el aire al ser expulsadas durante una erupción. Con ello intentan justificar la presencia de esas bolas en México y Costa Rica. Lo malo es que esa explicación no convence a nadie cuando se comprueba la esfericidad casi perfecta, su pulimiento y, por si fuera poco, el tipo de roca, que no es precisamente la volcánica.

Robert Charroux, en su obra *Le livre du mysterieux inconnu* (1969) — traducido al castellano con el título de *Nuestros antepasados extraterrestres* — nos habla de otras extrañas esferas situadas en la jungla de Guatemala, sin precisar más datos y detalles. Comenta que son «de una variedad de piedra muy rara en esa región, cuyo diámetro variaba desde algunos centímetros hasta varios metros», transportadas desde lugares alejados de punto. Al parecer, estaban dispuestas en un orden que intrigó a los arqueólogos, descubriendo que representaban nuestro sistema solar y las principales constelaciones del cosmos. Charroux atribuye su construcción a los mayas, deduciendo que en esta cultura «existía una ciencia de la astronomía de la que tenemos indicios en sus monumentos y calendarios».

Sea como fuere, esas bolas son verdaderas obras maestras, de la naturaleza o del hombre, pero sin duda obras maestras.

Mi entrevista con Ifigenia Quintanilla

Quería saber más. Fue una verdadera suerte que el investigador costarricense Carlos Vílchez me hablara de Ifigenia Quintanilla Jiménez, que en 1997 era jefa del Departamento de Antropología e Historia del Museo Nacional de Costa Rica. Concerté una entrevista con ella en su despacho del Museo Nacional de San José, repleto de antiguas fotografías en gran tamaño, donde se podían observar varias de estas esferas en los yacimientos arqueológicos originales. Abordó el tema de las piedras entrando de lleno en los interrogantes básicos, adivinando mis preguntas casi sin formularlas. Me precisó que «estamos hablando de una cultura que se desarrolló en la región arqueológica del Gran Chiriquí y sus constructores posiblemente fueron los antiguos indígenas borucas, porque estos viven allí o cerca de esa zona». Me habló de las tres características que las distinguen de otras: la perfección de la forma, el acabado sumamente fino —se encuentran pulidas la mayor parte— y el hallazgo en conjuntos. A estas tres habría que añadir una cuarta: amplio rango de tamaños, desde 10 centímetros hasta 2,57 metros, la encontrada en el año 1991 en Palmar Sur.

—Hay un aspecto fundamental de las esferas de piedra que viene a desmitificar toda esta serie de hipótesis que ha planteado diversa gente —empezó diciéndome— y es que las esferas siempre están asociadas a determinados restos arqueológicos, como son cerámica, instrumentos de piedra, piezas de oro y otros objetos. Nunca encontramos aisladas esferas de piedra, sino que están asociadas a restos precolombinos. Yo he visitado prácticamente todos los sitios reportados. Las he medido, las he descrito y todavía me faltan algunas por conocer, pero prácticamente podría decir que las conozco personalmente y, si no están movidas, siempre están en asociación directa con materiales de cerámica.

—¿Se ha encontrado el yacimiento original de las esferas?

—Hasta ahora no hemos excavado ningún taller aunque creemos saber dónde se encuentra el principal: en Causot, en el Pacífico Sur. En ese lugar están los yacimientos, los bloques en bruto y esferas terminadas. No lo hemos probado, pero sí es muy importante saber que en la Costa Rica precolombina existe una larga tradición del trabajo en piedra. Tal vez el grado más complicado es cómo las movilizaron. Todo el trabajo que se realizó en las

esferas, como el picado y pulido, ya era ampliamente conocido. Ellos no conocían el metal, como el hierro, por ejemplo.

—¿Cómo lograron hacer una forma tan perfecta y trabajar bloques tan grandes?

—Mi hipótesis es que el gabro y la granodiorita son un tipo de piedra en la que se da lo que se llama una exfoliación, como si fuera una cebolla, que no produce un pico hacia dentro, sino hojas concoidales (en forma de conchas), como descascarillándose, y la roca, de manera natural, va adquiriendo la forma redondeada. Con la caliza no hay problemas, porque es casi como tiza. Es muy probable que los bloques más irregulares los eliminaran por medio de cambios bruscos de temperatura, frío-calor-frío y también usaran guías de madera para lograr los arcos y por medios mecánicos iban dando vueltas a la roca, trabajándola (haciendo el picado y el pulido). Ellos tenían su geometría para lograr los arcos y lograr los ángulos. Se ha pensado en marcos cuadrados. Hay un señor que todavía fabrica esferas en la zona sur de Costa Rica y él hace todavía labrado y pulido y usa arcos de madera, y lo ha logrado.

—¿De qué clase de conocimientos estamos hablando?

—Posiblemente estamos hablando de conocimientos astronómicos y científicos. Porque son muy curiosos los alineamientos y el interés por hacer triángulos rectángulos, líneas rectas con las esferas cuyo significado exacto ahora nosotros no podemos saber, porque la movilización de las mismas fue terrible. La principal zona donde estuvieron las esferas fue utilizada para establecer plantaciones bananeras y esto implica una transformación tremenda del espacio. Por eso muchas esferas y muchos elementos asociados a las mismas fueron destruidos. Yo traté de trabajar con una persona para ver si estos alineamientos tenían algo que ver con los astros. El asunto es que aquí podría haber montículos que obstruyeran la visibilidad. Hay que tener una visibilidad total porque si no cualquier interpretación que se haga puede ser ambigua. Con las esferas de piedra hay que tener varias cosas en consideración: 1. Al haberse fabricado a lo largo de 1000 años, es posible que un conjunto de esferas que uno encuentre ahora haya sido solo un pequeño momento en el que estuvieron así. Puede ser que este conjunto haya tenido un significado muy distinto a una esfera sola quinientos años atrás. Porque fue

mucho tiempo el que se pasaron haciéndolas. 2. No se sabe si la esfera estuvo ahí y el sitio varió posteriormente; o si primero ocuparon el sitio y luego pusieron la esfera. Por eso en la totalidad de los conjuntos hay que excavar y documentar muy bien los procesos. Hay que partir del supuesto de que estas esferas son producto de la acción humana precolombina, de los grupos indígenas que dejaron esa zona entre el año 400 y el 1500. Y 3. Es un proceso de abstracción, donde hay una intención permanente de repetirlo una y otra vez durante más de mil años. Es la representación de la Tierra y de los astros (yo pienso que es lo más factible). Estamos en un sitio de la naturaleza donde se ve el horizonte desde cualquier montaña donde se suba uno, se ve el mar, y la luna, no hay que ir muy lejos, y es muy posible que ellos en esas esferas estén representando su cosmovisión. Pero a la vez, también ellos estaban haciendo representaciones de la naturaleza en el oro y en las «estatuas de base de espigas».

—¿Conocía este pueblo la navegación?

—Totalmente. La isla del Caño, que está a 17 kilómetros de la costa, tiene esferas de piedra y tiene miles de piedras de río que no pueden ser de la isla, porque esta solo tiene riachuelos sin capacidad de arrastre. Por lo tanto, han sido traídas de la cordillera de Talamanca, pertenecientes en concreto al río Térraba. No hay duda a la hora de identificarlas: fueron llevadas del río hacia la isla. La navegación fue una cosa cotidiana y anterior al mismo desarrollo.

—Algo que me ha llamado la atención es ver al menos una esfera que tiene grabada su superficie.

—Solo conocemos con dibujos. Una está en el Museo Nacional y la otra está en el sur. Una tiene una figura que es una mezcla entre lagarto y felino demarcada en dos círculos. Sería como una cara de la esfera. Es muy interesante. Pero en general lo que uno ve es que la intención era formar un bloque esférico, perfecto, sólido. La idea no es redondear una piedra, es darle el acabado de superficie. Cuando están pulidas se quedan como brillantes y la impresión visual que uno se encuentra al verlas es otra cosa. Hay algo muy interesante que también las diferencian de otras manifestaciones y es que la esfera, no importa por dónde se la mire, siempre es igual, arriba, abajo, de medio lado, dándole la vuelta… No querían media esfera, querían la esfera,

un bloque sólido, perfecto. Es la misma reproducción en distintos tamaños. Esta es una cosa a la que se le ha perdido la perspectiva en la interpretación de las esferas. Yo creo que eso es más interesante que otro tipo de asuntos.

—¿Por qué a partir de 1400 dejan de hacerlas?

—Nosotros damos 1300 como límite, aunque es posible que continuaran hasta la llegada de los españoles. Hubo un conquistador que estuvo en 1421 allí, habla de una inundación y todo y no habla de las esferas. Es posible que sí siguieran fabricándolas, pero no tenemos constancia.

Es tan solo parte de la entrevista que le hice y que se publicó íntegramente en el número 87 de la revista *Año Cero*. En el año 2008, la doctora Quintanilla publicó *Esferas precolombinas de Costa Rica*, resumen de sus quince años de investigación. En su obra da un inventario de todas las bolas encontradas hasta esa fecha, que eran 210, aunque en el año 2012 lo actualizó a 290 esferas medidas, fotografiadas y ubicadas geográficamente. Habla de su elaboración con herramientas de piedra (mazas, martillos, cinceles, punteros y abrasivos) y su transporte al lugar de ubicación a base de la fuerza humana de los miembros del poblado en cuestión, un trabajo colectivo a falta de bueyes o de la rueda. En definitiva, para Quintanilla las esferas representan el concepto del mundo que tenían los indígenas. Eran además elementos diferenciadores entre los pueblos, no solo de poder, sino de identidad. No eran marcadores de tumbas porque siempre se han encontrado junto a restos arqueológicos de manufactura indígena que indican la presencia cercana de un poblado. En unos casos se colocaron dos esferas juntas y en otros formando figuras geométricas como triángulos o rectángulos.

Todo un desafío, otro más, todo un misterio arqueológico precolombino, otro más, representado en estas esferas pulidas y perfectas que en el año 2014 la UNESCO consideró dignas de formar parte del Patrimonio de la Humanidad y la Asamblea Legislativa de Costa Rica las elevó a la categoría de símbolo nacional del país. «Pura vida», como diría un tico.

III

EUROPA

GRECIA

«¡Malditos griegos! vosotros habéis descubierto todo; la filosofía, la geometría, la física, la astronomía… no habéis dejado nada para nosotros!
Los griegos nos han puesto en vergüenza no solo por su simplicidad, que es ajena a nuestra edad, sino que son al mismo tiempo nuestros rivales, más aún, con frecuencia nuestros modelos, en los puntos de la superioridad de la que buscar consuelo cuando lamenta el carácter no natural de nuestras costumbres».
FRIEDRICH SCHILLER

Atenas: la calculadora de Antikythera

Una de mis pasiones, una de tantas, es la investigación de los *ooparts*, acrónimo en inglés de *out of place artifact* («artefacto fuera de lugar» en español) y si pueden ser vistos en los museos que están expuestos, mucho mejor. Cuando visité el Museo Arqueológico Nacional de Atenas, me interesaron los objetos de la famosa colección micénica y aquellos descubrimientos que hizo Schliemann en el siglo XIX, en particular las máscaras funerarias de oro, como la de Agamenón. Pero luego mis pasos se encaminaron a ver de cerca el que es posiblemente el objeto más misterioso de la Historia de la tecnología. Es el llamado «mecanismo de Antikythera», que ha dado un vuelco a los conocimientos que teníamos sobre antigua ciencia y tecnología de los griegos.

Tras varios estudios del mismo, hoy sabemos que es un reloj y una calculadora astronómica de bronce, que predice con exactitud eclipses lunares y solares, así como las posiciones del Sol, la Luna y los planetas. Algunos lo han llamado el primer ordenador analógico. Me quise hacer una foto delante de él y me la hice. No siempre se tiene oportunidad de contemplar una maravilla así y, sobre todo, que sea auténtica y no haya desaparecido en el

transcurso del tiempo, como otros *ooparts* que desafiaban los conocimientos establecidos, como fue al caso del artefacto o bujía de Coso.

Fue descubierto en el año 1900 por unos pescadores de esponjas al localizar los restos de un barco romano que portaba cereal y que naufragó en el año 87 a. C. cerca de las costas de la isla de Antikythera. A 40 metros de la superficie, algo había asustado a uno de los buceadores, que gritó a sus compañeros:

—¡Mujeres! Hay mujeres desnudas en el fondo… ¡Muertas!

Cuando el capitán Kondos ordenó a sus hombres que exploraran detenidamente la zona, se supo que las mujeres eran, en realidad, estatuas de bronce a bordo de un pecio romano. Y allí estaba, camuflada, la famosa maquinita…

Desde ese momento todo fueron especulaciones sobre lo que podría ser ese cacharro oxidado, no mayor que una caja de zapatos, con 37 ruedas dentadas y 82 fragmentos de engranajes totalmente herrumbrosos que estaban llenos de coral. Y con inscripciones griegas. Menos mal. El dispositivo, cuando fue construido, se alojó en una caja de madera que se accionaba a través de una manivela. La máquina de Antikythera predecía la fecha exacta de los Juegos Panhelénicos: los Juegos de Olimpia, los Juegos Píticos, los Juegos Ístmicos y los Juegos Nemeos. Lo curioso es que, aunque los Juegos de Olimpia eran los más prestigiosos, los Ístmicos, en Corinto, aparecen en letras mucho más grandes.

En los últimos años, los científicos habían especulado con que el extraño mecanismo podría haber estado vinculado de alguna manera con Hiparco de Nicea (que vivió en el siglo II a. C.) o también con Arquímedes. En resumidas cuentas, se ha demostrado que es una máquina prodigiosa diseñada para predecir acontecimientos siderales, con cálculos basados en las teorías astronómicas de aquella época, y es el único testigo que nos queda (seguro que habría más) de una historia perdida de brillante ingeniería, un producto de genialidad pura, una de las maravillas del mundo antiguo. Alexander Jones, del Instituto para el Estudio del Mundo Antiguo en Nueva York, estima que el mecanismo original contó probablemente con 20.000 caracteres en su parte delantera y trasera. Utilizó tomografía computarizada para revelar nuevas secciones de texto, y dijo que describía las salidas y puestas de

constelaciones estelares en varias fechas durante todo el año. Todo un calendario estelar o «parapegma» más extenso de lo pensado, enumerando al menos 42 eventos diferentes, incluyendo solsticios y equinoccios. También considera que al menos dos personas diferentes realizaron los grabados, lo que sugiere que el dispositivo se realizó en el contexto de un taller o negocio familiar, muy posiblemente en la isla griega de Rodas. Opina que estas características tan sofisticadas tenían un propósito muy definido, que era el de anticiparse al futuro, como una astrología científica a gran escala.

Tuvieron que pasar más de 1.500 años para que un invento europeo se aproximara a ese artefacto, y apareció en la forma de los primeros relojes mecánicos astronómicos. Si los científicos griegos antiguos podían producir estos sistemas de engranaje hace más de dos milenios, toda la Historia de la tecnología de Occidente tendría que reescribirse, o eso al menos es lo que dicen los especialistas que la han analizado e incluso reproducido.

HELLENIKON: LA PIRÁMIDE MÁS ANTIGUA

En el mes de abril de 2005 un grupo de arqueólogos inició las excavaciones para localizar una antigua pirámide oculta bajo una colina de la aldea de Visoko, en Bosnia. El jefe del equipo, Semir Osmanagic, aseguró con rotundidad tener once pruebas fiables de que la montaña Visocica es, en realidad, una colosal pirámide de piedra, la primera de Europa según él. Si sus conocimientos arqueológicos estuvieran a la altura de sus conocimientos históricos, el asunto hubiera dado unos cuantos disgustos, porque creía que la civilización de los ilirios era la responsable de su construcción, unos 12.000 años antes de nuestra era. Como se podrán imaginar, desde entonces ni una sola prueba se ha aportado que valide esas afirmaciones. Un equipo de geólogos dirigido por el profesor Vrabac analizó el sitio en mayo de 2006. Las conclusiones eran claras: el cerro es una formación geológica natural. Se hicieron varias catas y el informe ha sido validado por el Consejo de Investigación y Educación en el Departamento de Minas y Geología de Bosnia y Herzegovina. Asunto cerrado.

Eso no quiere decir que no existan viejas pirámides en Europa. En Francia (la de Fallicon o la pirámide de La Penne-sur-Huveaune) y en lugares tan distantes como Ucrania, Cerdeña o Sicilia hay más. Las de Tenerife son harina de otro costal. Por cierto, el país que concentra el mayor número de pirámides en el mundo no es ni Egipto ni México, sino Sudán, donde se estima que hay unas 255 pirámides de distintos tamaños, erigidas entre los años 1070 y 350 a. C., que contaban con escalones muy empinados. Allí, a lo largo del río Nilo, a miles de kilómetros al sur de Egipto, los nubios construyeron estas pirámides durante la época del reino de Kush, en la Nubia ancestral.

En definitiva, aparte de las 120 pirámides censadas de Egipto, de las decenas que hay repartidas por toda Mesoamérica y las que se encuentran en Asia, existen otras cuantas distribuidas por Europa que están dando algún que otro quebradero de cabeza a los arqueólogos, pues oficialmente no debería haber pirámides en el viejo continente.

Lejos de todas las disquisiciones sobre si las pirámides europeas son pirámides y tan antiguas como las de Egipto, hay una que al menos sí lo es. Está ubicada en el corazón de Grecia, en la península del Peloponeso, y se trata de una bien conservada, dadas las circunstancias, llamada Hellenikon, en la antigua ciudad griega de Ellenika, sobre una colina, con una pendiente de 60° de sus muros exteriores y de unos diez metros de altura en su momento (ahora apenas llega a los cuatro metros), formada por grandes bloques trapezoidales de piedra caliza gris.

La existencia de pirámides en Grecia, dicen que un total de 16, era desconocida para la mayoría de la gente hasta hace poco tiempo. Apenas se han hecho estudios sobre ellas, a excepción de las pirámides en Hellenikon y Ligourion. Tras una excavación efectuada en 1901 y de una breve investigación realizada en 1937 por la escuela americana de arqueología, no se volvió a hacer ningún otro trabajo en estos sitios. En 1938, los arqueólogos americanos fecharon las estructuras en el periodo clásico o helenístico temprano, alrededor del siglo IV a. C. por los restos de cerámica encontrados. Por tanto, de la época de Alejandro el Grande, y la comunidad arqueológica lo aceptó sin más.

Cuando el doctor Ioannis Lyritzis, de la Academia de Atenas, retomó las excavaciones a principios de los años noventa, lo primero que observó fue el gran deterioro en el que estaban sumidas. En su libro *El misterio de las pirámides griegas,* comenta: «En 1991, al visitar las dos pirámides, comprobamos el grado del abandono. Las estructuras estaban cubiertas con crecimiento vegetal y por allí pastaban las cabras». Señala también que muchos de los bloques habían sido quitados y utilizados como materiales de construcción para casas e iglesias ortodoxas cercanas. Incluso algunas de las estructuras fueron utilizadas en la producción de cal, lo que todavía es peor.

El estado de la pirámide en Hellenikon es mucho mejor. Después de las excavaciones del equipo del Dr. Lyritzis, las autoridades locales despejaron y cercaron el sitio, realizando una profunda limpieza de toda la estructura. Hoy se puede contemplar como una pirámide truncada hecha de piedra caliza y de un tamaño reducido, si la comparamos con las de Egipto o Mesoamérica. Su puerta de entrada está orientada al este, al nacimiento del sol, con un arco triangular que da acceso a un corto pasillo que obliga a girar a la derecha y termina en el corazón mismo de la pirámide, consistente en una gran sala central, ahora a cielo raso. No se sabe cómo sería su interior, si estaría pintada y cómo serían los objetos y artefactos que la decoraban, en caso de existir.

Desde la pirámide se ve el lago de Lerna, en el golfo de la Argólida, conocido principalmente como guarida de la mitológica Hidra, una serpiente acuática de múltiples cabezas a la que Hércules dio muerte en el segundo de sus trabajos. Los arqueólogos han confirmado que este lugar sagrado es anterior incluso a la ciudad micénica de Argos. Para más inri, bajo sus aguas estaría situada una entrada al Inframundo que la Hidra guardaba, cual Cancerbero venido a menos.

En el año 2004 ambas pirámides griegas han sido datadas por el método de termoluminiscencia y se han fijado unas fechas escalofriantes. Para la pirámide de Hellenikon la datación es de 2720 a. C. y para la de Ligourion, del 2260 a. C., con más-menos 150 años de error. Esto significa que una de las pirámides griegas fue construida antes que las pirámides egipcias, puesto que la fecha oficial para la pirámide escalonada de Zoser es del año 2620 antes de nuestra era y para la de Keops es del 2550 a. C.

A estos datos hay que añadir ahora los correspondientes a Ucrania, donde los arqueólogos han desenterrado, a mediados de 2006, los restos de una antigua estructura piramidal escalonada cerca de la ciudad oriental de Lugansk, cuya antigüedad supera a las de Egipto en por lo menos 300 años. Fue construida a principios de la Edad del Bronce por un pueblo que veneraba al dios del sol. Es el primer monumento de este tipo y de esta época encontrado en Europa Oriental.

Esta clase de hallazgos obliga a cambiar nuestra concepción de la estructura social y del nivel de desarrollo de los criadores de ganado y granjeros que fueron los ancestros directos de la mayoría de los pueblos de Europa.

¿Quiénes pudieron ser los constructores de la pirámide de Hellenikon? No hay certezas, como es lógico. Por la época en la que está datada, estaríamos hablando tal vez de los pelasgos, un pueblo marítimo. Recuerden que hacia 2600 a. C. comienza en Grecia la Edad del Bronce y las poblaciones neolíticas son aniquiladas por la llegada de unos invasores, los pelasgos, que aportan un progreso técnico desconocido hasta entonces. Son ellos los que usan la carreta e instauran la técnica del trabajo del bronce y el arte cerámico de gran refinamiento. Se desarrolla el comercio marítimo y se construyen nuevas ciudades, como Lerna, cuyas ruinas halladas en las costas del golfo de Nauplia, tal como hemos dicho, se encuentran muy cerca de la pirámide de Hellenikon. En esa época hay otro país cuya civilización estaba también en pleno desarrollo, Creta, con su floreciente cultura minoica y donde se sabe que hubo al menos dos pirámides.

La pirámide de Hellenikon está alejada de las rutas turísticas, si bien tuvo que tener un carácter funerario y sagrado evidente. Su etimología significa algo así como perteneciente a los helénicos, denominación muy amplia y antigua para designar a los primeros griegos. Lo que queda de la pirámide hoy en día está protegido por una cancela de hierro o verja que la rodea, así al menos lo vi yo en mi visita del año 2010. Se la supone cerrada para impedir el acceso a las personas no autorizadas, pero con un pequeño empujón se abre, sin vigilancia alguna. Pude tocar esta auténtica maravilla arquitectónica, aunque algunos arqueólogos se empeñen en decirnos que nunca existieron pirámides en Europa y mucho menos tan antiguas.

A falta de datos, como no podía ser menos, se ha barajado la hipótesis de que sería un importante centro religioso con una clara finalidad astronómica, pues su orientación es muy precisa en relación a los cuatros puntos cardinales.

Hay que ir al historiador y geógrafo griego Pausanias, que en el siglo II escribió sobre ella en su obra *Hellados periegesis* (*Descripción de Grecia*), en la que da una información detallada sobre los monumentos artísticos que visitó y sobre las leyendas relacionadas con ellos. Cuando ve la pirámide, los aldeanos le cuentan que podría ser un lugar de enterramiento de antiguos guerreros. Lo malo es que no se han encontrado huesos humanos. Algunos arqueólogos se inclinan por la posibilidad de que fuera un cenotafio en recuerdo de la primera batalla fratricida por el trono de Argos, que se produjo hará unos 4.000 años.

Habría otra hipótesis. Ni templo ritual ni observatorio astronómico ni tumba, sino algo más profano, con un propósito mucho más práctico: un colector de agua. Los que la defienden, dicen que los antiguos griegos habían aprendido que las pilas de rocas porosas podrían, en los climas del desierto, capturar y condensar cantidades asombrosamente grandes de agua debido a la humedad y las bajas temperaturas de la noche, y que luego se recogían en recipientes de arcilla. Un arqueólogo calculó un almacenamiento de agua de 14.400 galones por pirámide y por día, basándose en el tamaño de los recipientes de arcilla de cada dispositivo. Teniendo en cuenta que un galón equivale a unos cuatro litros, ya pueden hacer el cálculo. Esta teoría tiene su aplicación en la propia naturaleza. Algunos ratones en el desierto del Sáhara colocan pequeños montones de rocas delante de su madriguera y lamen la humedad condensada saciando su sed por la mañana.

Y añadamos una quinta teoría para liar más la cuestión: la pirámide sería un pequeño fuerte para controlar las carreteras de la región. Sea como fuere, nos encontramos ante una pirámide europea más antigua que cualquier otra conocida —hasta que se demuestre lo contrario—, que desafía la cronología de los historiadores y de la que apenas sabemos nada, ni siquiera los propios griegos, que lo saben casi todo.

En toda Grecia se ha descubierto el emplazamiento de 16 pirámides, según los datos aportados por Ioannis Lyritzis, muchas descritas por viajeros

del siglo XIX. Entre ellas estarían las tres pirámides ubicadas en la zona de Epidauro, que son la de Ligourion —y que tendría una base de 14 metros—, datada en 2260 a. C., hoy prácticamente desaparecida; la de Dalamanara, y la de Kampias Nea. De ninguna de ellas queda algún rastro porque sus bloques fueron utilizados para construir iglesias próximas.

Otras pirámides serían la de Sikion, en Argos, y la de Amfion, en Tebas. En la zona de Laconia, también conocida como Lacedemonia, se encontraban dos pirámides más: Viglafion y Taygeto, al lado del monte del mismo nombre. Y en la isla de Creta habría una pirámide cónica con una altura de 8,5 metros y cámara en su interior y otra en Heraklion, su capital.

El investigador noruego Thor Heyerdhal, dos años antes de morir, publicó sus memorias, *Tras los pasos de Adán* (2000), donde hace un balance de su trayectoria y explica su empeño en demostrar la existencia de contactos entre las grandes civilizaciones tres mil años antes de Cristo. Para él, las pirámides fueron construidas en la Antigüedad como monumentos al Sol y servían como altar para acercarse al lugar de donde se pensaba que venía la luz. Creía que en Cádiz hubo, *in illo tempore*, una colosal pirámide con un monumento en su cúspide. También creía que las pirámides de Güimar eran de origen guanche.

Los cíclopes de Tirinto

No hace falta ser un entendido en arqueología para darse cuenta de que Tirinto era una ciudad diseñada para la guerra, con una estructura defensiva poderosa, muy poderosa y hasta exagerada. A unos cinco kilómetros de Nauplión, en la carretera de Argos, nos encontramos con este recinto fortificado impresionante, de doble muralla, con una altura de siete metros, compuesto por bloques de hasta 13 toneladas cada uno, construido hacia el año 1600 a. C., aunque los restos más antiguos son del año 2000 a. C. Todo un alarde constructivo, un despliegue desmesurado, un despilfarro de piedra. ¿Para protegerse de quién?

Las estructuras arquitectónicas más conocidas de la ciudad son las casamatas, una especie de galerías subterráneas con función defensiva, que

presentan triángulos de descarga. Los bloques están ensamblados sin argamasa y sus muros tienen un espesor de entre 7 y 10 metros, aunque en ciertos tramos, como en el bastión meridional, alcanza los 17. Como ven, todo a lo grande. Como si lo hubieran hecho seres gigantescos. Y eso es lo que asombra. En palabras del historiador Pausanias, Tirinto estaba hecha «de enormes bloques sin tallar, tan grandes que ni siquiera dos mulas lograrían mover los más pequeños». Lo dijo en el siglo II a. C. y ya estaba medio en ruinas. Ni catapultas ni arietes podrían derribar la muralla. Solo un terremoto pudo acabar con esa megaciudad micénica.

La leyenda achaca a los cíclopes la construcción de las ciudades de Tirinto y Nemea, esta última a unos 15 kilómetros de distancia de la otra. De hecho, la expresión «murallas ciclópeas» proviene de este sitio. Y ya metidos en harinas mitológicas, les contaré que la creencia en los cíclopes tiene su explicación: surgió tras los descubrimientos de cráneos de seres gigantes con un orificio enorme en el centro de la calavera, lo que hacía que pareciese la cabeza de un hombre con un solo ojo enorme. Estaban viendo el cráneo fósil de un mamut enano (*Elephas falconeri*), y ese gran orificio sería la cavidad de la trompa. De esta manera se habría originado el rumor de una raza de gigantes de un solo ojo que habitaban grutas en una isla del Mediterráneo, tal y como lo manifiesta Homero.

Tirinto es la patria del legendario Hércules y donde se acuña la palabra anfitrión para definir a aquel que invita a su casa, a una comida o una cena. Resulta que Anfitrión era rey de Tirinto, famoso por sus grandes banquetes y fiestas, casado con una bella mujer llamada Alcmena. Mientras el monarca se encontraba en el campo de batalla en la guerra de Tebas, el dios Zeus, amigo de juergas sexuales y de disfraces, adoptó la figura de Anfitrión, sedujo a Alcmena y nació un semidiós llamado Hércules (o Heracles). Fue otro rey de Tirinto, Euristeo, primo de Hércules, quien le encomendó los doce famosos trabajos y uno de ellos era, precisamente, vencer al león de Nemea.

EPIDAURO: UNA ACÚSTICA TEATRAL FABULOSA

Señores, hay dos Epidauros. El Epidauro puerto se encuentra a unos ocho kilómetros del Epidauro Santuario, un lugar donde la gente iba a recibir tratamientos de curación.

Los amantes de la acústica y las medicinas alternativas aquí tienen un pequeño paraíso. No por casualidad eligieron Asclepio, el dios griego de la medicina, y sus sacerdotes este lugar para establecer su templo (el *Asclepión*) y curar en él a todo enfermo que se acercara por esos pagos y pagara, claro. Su clima, sus aguas y su botánica ayudaban mucho a esos menesteres. Luego llegaron los romanos y le llamaron Esculapio, haciéndose célebre su vara o báculo con la serpiente enrollada en su eje, que luego sirvió de símbolo para las escuelas de medicina y la bandera de la OMS (no confundir con el caduceo o báculo de Hermes, que tiene dos serpientes enrolladas y es el símbolo del comercio). Henry Miller, en su obra *El coloso de Marusi*, admite que quedó conmovido: «Ha sido preciso que yo viniera a Epidauro para conocer el verdadero sentido de la paz».

Su teatro es de lo mejorcillo que he visto y eso que en España tenemos unos cuantos teatros y anfiteatros romanos de buena hechura, calidad y genial diseño. En el de Epidauro había sitio para 14.000 personas, todas sentadas (ahora algo menos) y está considerado el más perfecto de la antigüedad griega. Es para verlo. Allí se celebraban fiestas en honor a Dionisios y a otros dioses, siempre que el vino y el espectáculo fueran generosos. En el camino nos encontraremos con numerosos pinos y cipreses, que en Grecia son muy queridos y no tienen las connotaciones mortuorias de otros países. Son árboles de hoja perenne que siempre están verdes, símbolos por tanto de vida eterna. En la Antigüedad aparecieron en tumbas de iniciados en los misterios órficos y el cristianismo los adoptó luego en sus cementerios.

Actualmente su teatro es conocido en todo el mundo porque cada año, desde 1955, se realiza el «Festival de Verano de Epidauro», en el que los actores del Teatro Nacional de Atenas representan tragedias y comedias clásicas, no faltando los tres grandes: Esquilo, Sófocles y Eurípides. Miles de espectadores llegan de todas partes de Grecia y del exterior para participar activamente en el festival y disfrutar del encanto del suelo sagrado del Santuario de Epidauro. Acoge a 12.300 espectadores en 55 filas semicirculares y los oyentes de las últimas filas escuchan perfectamente, con

sorprendente claridad, los diálogos que se pronuncian a 70 metros de distancia. Muchos no se dan cuenta de que están ante el primer teatro equipado con un sutil sistema de sonido. Desde el año 2007 sabemos el elemento clave de su diseño. Han sido investigadores del Instituto de Tecnología de Georgia, en Atlanta (capitaneado por el experto Nico Declercq), quienes han dado con el elusivo factor que convirtió este antiguo teatro en una maravilla de ingeniería acústica. No es la pendiente ni el viento ni la declamación de los actores. Qué va. Resulta que son los asientos. Las filas de asientos de caliza forman un filtro acústico eficiente que silencia los ruidos de fondo de baja frecuencia, como el murmullo de una multitud, y refleja los ruidos de alta frecuencia de los intérpretes sobre el escenario, de un modo que permite a las voces de los actores llegar hasta la última fila del teatro.

Se hicieron más intentos en otros teatros griegos y romanos y no salió igual. Esta espléndida obra atribuida al arquitecto Policleto el Joven, del siglo IV a. C., no ha querido revelar su secreto, hasta ahora… El sonido que un oído humano puede captar va desde los 20 hasta los 20.000 hercios. Cuando el equipo de Nico Declercq experimentó con ondas ultrasónicas y simulaciones numéricas de la acústica del teatro, descubrieron que las frecuencias hasta 500 hercios eran retenidas en el escenario, mientras que las frecuencias por encima de ese valor resonaban entre las filas de asientos. Los arquitectos basaron sus cálculos en la sección áurica y respetaron una relación de 0,619 entre las filas de arriba y las de abajo. Todos los que hemos visitado este teatro hemos hecho esa misma experiencia acústica, llámenla «turistada», desde la cávea y desde la orquesta, y a fe que funciona.

Cuesta creer que el teatro permaneciera enterrado hasta que se empezaron a hacer nuevas excavaciones a finales del siglo XIX. Gracias al pinar que lo había cubierto, el armonioso teatro de Epidauro no fue destruido en la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, se restauró en 1954.

Una vez más nos encontramos ante la evidencia de que nuestros antepasados eran mucho más listos de lo que suponemos. Antes de irse, como suelo recomendar, visiten su museo arqueológico, donde es verdad que todo está muy roto, como diría Gila, pero también es una muestra de lo que albergaba ese teatro o el Asclepion en sus momentos de lozanía.

ITALIA

«En la Edad Media la arquitectura gótica, que se extendía por toda Europa, no penetró en Italia más que tardíamente, con imitaciones incompletas. Las dos iglesias enteramente góticas que existen en Italia, una en Milán y la otra en Asís, son obra de arquitectos extranjeros».
HYPOLITTE TAINE

Roma: la pirámide de Cestio

A primera vista, parece que estamos ante un centro comercial moderno, con esta forma piramidal. Nuevo y reluciente, con ese mármol tan esplendoroso. En una segunda vista, la cosa cambia. Tiene más de dos mil años. Está cerca de la Porta San Paolo, y es uno de los edificios antiguos mejor conservados.

El estilo egipcio triunfaba en la época del emperador Augusto y los nobles con dinero tenían sueños faraónicos. Cestio era uno de ellos. Pegada a la Muralla Aureliana, al sur del Aventino, se eleva al cielo la tumba de Cayo Cestio, quien mandó construirse para sí mismo y su familia en el año 12 a. C. toda una pirámide de 36,40 metros de altura (125 pies romanos) totalmente recubierta de mármol blanco.

Las construcciones funerarias, en este periodo, se realizaban en el exterior de la ciudad. Las tumbas estaban prohibidas dentro de las murallas. Si te acercas verás que tiene inscripciones. Es su testamento en latín, en la cara oriental del monumento, donde el magistrado Cayo Cestio presume de que su morada eterna solo necesitó 330 días para ser levantada. Ni en Egipto fueron tan rápidos.

Fue miembro de una de las cuatro grandes corporaciones religiosas en Roma, el *Septemviri Epulonum*. Los Epulones o septemviros eran siete y formaban el último de los Cuatro Colegios Sacerdotales (otro era el de los augures). Dirigían los épulos que se hacían a los dioses para aplacar su ira y tenían cuidado de advertir los errores ceremoniales que se cometían en los

sacrificios. Épulos eran los convites sagrados a cuyo cargo estaban estos epulones romanos. Pero como adjetivo, el *Diccionario de la Lengua Española* (DLE) define al epulón como «hombre que come y se regala mucho». Así era Cayo Cestio, muy generoso con lo suyo. No reparó en gastos en su viaje al más allá.

La pirámide es de hormigón ladrillo, con sus caras exteriores cubiertas con losas de mármol blanco, que se colocaron sobre una base de mármol travertino. En el lado oeste tiene una pequeña puerta que conduce a la cámara funeraria, a la que no pude acceder cuando visité el monumento. Hace falta un permiso especial. Sería una cámara rectangular cubierta por bóveda de cañón que estuvo decorada con frescos y figuras de ninfas, además de cuatro victorias en las esquinas del techo.

Los orígenes de la pirámide y el autor de la misma fueron olvidados durante la Edad Media, hasta el punto de que se pensó que era la tumba de Remo. Así de frágil es la memoria humana. Su verdadero origen salió a la luz cuando, en las excavaciones impulsadas por el papa Alejandro VII en la década de 1660, se descubrieron las inscripciones en sus caras, un túnel en la cámara de entierro de la tumba y las bases de dos estatuas de bronce.

Junto a la impresionante pirámide de Cestio se ubica el Cementerio Protestante, donde el papa dio su beneplácito en 1738 para que los extranjeros no católicos pudieran ser enterrados con un procedimiento casi clandestino. El enterramiento debía llevarse a cabo por la noche y no les estaba permitido usar lápidas. A principios del siglo XIX, el embajador de Prusia ante la Santa Sede, Wilhelm von Humboldt, consiguió que las cosas cambiaran, al exigirle al papa una tumba adecuada para sus dos hijos fallecidos en Roma, aún hoy visibles. Es un paseo semirromántico (hay muchos árboles y vegetación), y en él te toparás, entre otros hitos, con las tumbas de los poetas John Keats y Percy Bysshe Shelley o con la del pintor Hans von Marées. Y la pirámide de Cestio casi siempre visible por encima de las murallas y vigilante del sueño eterno.

Cumas: la caverna de la Sibila

Los colonos griegos que llegaron a Italia en el siglo VIII a. C. eligieron un lugar espectacular: Cumas. En lo alto de una montaña volcánica, para dominar bien el territorio y además con cuevas en su base. Es la más antigua de todas las colonias. Aún pueden verse restos de los muros de esta antigua acrópolis en su punto más elevado, que fue el templo de Júpiter, antiguo enclave referencial para los navegantes y peregrinos. La entrada de cuatro euros (en 2016) da posibilidades de visitar la acrópolis y la gruta de la Sibila, pero no esperen encontrar muchas emociones. Hoy es la sombra de lo que fue y, si lo destaco a nivel arqueológico, es porque sus enigmas, a diferencia de su belleza, aún siguen vivos.

Abajo del templo está la cueva donde la leyenda dice que se hacían las sesiones del oráculo presidido por la sibila de Cumas. ¿Quiénes eran estas mujeres capaces de predecir el futuro? Se desconoce el significado original de la palabra sibila, aunque se cree que fue el nombre de una vidente de Marpeso, cerca de Troya, que enunciaba sus oráculos en forma de acertijos, escribiéndolos en hojas de plantas. Lo cierto es que la tradición de las sibilas fue trasmitida a los griegos, y de ellos a los romanos, localizándose en lugares concretos. Con el tiempo, sibila se convirtió en un término genérico aplicado a muy distintas profetisas. Varrón (116-27 a. C.) cita diez, repartidas por todo el mundo, entre las que destacaba la de Cumas. No podía faltar.

En tiempos del Imperio romano se mostraba la tumba de la sibila a los visitantes del templo de Apolo. Según la tradición griega, a las sibilas y a las pitonisas se las consideraba relacionadas con Apolo, dios de la profecía. En Delfos masticaba hojas de laurel —el árbol de Apolo— para sumirse en trance profético, o bien se sentaba en un trípode sobre una grieta del terreno, con el propósito de inhalar vapores volcánicos tóxicos. Sea cual fuere el método empleado, se creía que el dios era su inspiración directa, enunciando a través de ella sus ambiguos oráculos. Al igual que Delfos, Cumas ocupa una zona de actividad volcánica, los Campi Flegri, al oeste de Nápoles, donde acudían los romanos patricios atraídos por las caldas construidas alrededor de los manantiales termales.

Dice el periodista Fermín Bocos que hay sitios a los que hay que llegar con un libro bajo el brazo. A Ítaca con *La Odisea*; a Florencia con *Bomarzo*; a Viena con *La marcha Radetsky*; y a Cumas, con la *Eneida*.

No le falta razón. En el Libro Sexto de *La Eneida*, de Virgilio, la sibila de Cumas aparece como guía al más allá, al reino de las sombras. Eneas, el príncipe y héroe troyano que sobrevivió a la guerra, acude en consulta a su santuario: «Una sola cosa te pido —le había dicho Eneas a la Sibila— y es que, siendo fama que aquí está la entrada del infierno, me enseñes el camino para ir a él, a ver a mi amado padre». «Fácil es bajar al Averno, hijo de Anquises —contestó la Sibila— porque abierta está su puerta día y noche, pero lo difícil es volver a la tierra y muy pocos lo han logrado».

Y le dice que se provea de una «rama dorada», es decir, el muérdago —credencial mágica para los druidas y para salir indemne del infierno— y luego le guía por los senderos tenebrosos del Averno. Eneas describe el antro de Cumas como «una caverna profunda, de boca amplia y muy grande, de suelo rugoso, defendida por un oscuro lago y bosques sombríos», situada bajo el templo de Apolo. El resto de la historia es más o menos conocido: Eneas habla con la sombra de su padre, quien le revela el destino de sus descendientes como futuros fundadores de Roma y después, salvando la puerta de marfil, salió a la superficie y volvió junto con sus compañeros para proseguir su navegación.

En este enigmático y oscuro lago del que habla Eneas, situado a cuatro kilómetros de Pozzuoli, no podían ni pueden sobrevolar los pájaros por sus gases ponzoñosos. Rodeado en otros tiempos de bosques sombríos, lo plasmó con mágico estilo el pintor William Turner.

Y algo debe de tener este lugar que atrae energías no muy positivas que digamos. Para que se hagan una idea, el lago en cuestión, que los Borbones donaron en 1750 a una noble familia napolitana, los Pollio, fue comprado en 1991 por el Country Club, por el equivalente a unos 600.000 euros de entonces, en medio de controversias judiciales con el Estado que reivindicaba la propiedad. Detrás de la operación estaba la camorra de la familia Casalesi, que necesitaba el enorme espacio del lago de Averno, de 55 hectáreas, para hacer sus negocios, tan turbios como las aguas. En 2008 volvió a cambiar de manos, pasando a las de un tal Gennaro Cardillo, un empresario hotelero. Pero, según las investigaciones llevadas a cabo por la Dirección Antimafia, Cardillo era solo un hombre de paja que prestaba su nombre al auténtico propietario del lago: Giuseppe Setola, capo del ala más sanguinaria del clan

de los Casalesi. Todas sus propiedades fueron requisadas en 2010. ¿Saben cómo denominó la policía a esta operación?: «Sibila». Muy acertado.

Al realizarse excavaciones en la cueva, a principios del siglo XX, se descubrió que su tamaño era mayor de lo que se pensaba, una enorme galería de 183 metros, con aberturas para iluminación y cisternas de agua adosadas. En 1932 se descubrió en las cercanías otra caverna, que los arqueólogos identificaron como la de la sibila. Se accede a través de una galería de 107 metros de longitud. Hay, además, otras 12 galerías laterales más cortas, que se abren en la ladera de la colina y que sirven de iluminación.

La galería principal termina en un vestíbulo con un par de bancos de piedra. Le sigue una cámara abovedada. Quizá en esos bancos los visitantes esperaban ansiosos su turno para consultar a la sibila, oculta al otro lado de la puerta que separaba el vestíbulo del santuario interior. Al igual que otras aberturas encontradas en oráculos, estas podían producir el estudiado «efecto sonoro especial» que describe Virgilio: «Una gran ladera taladrada y perforada cien veces, con cien bocas de voces susurrantes que trasmiten las respuestas de la sibila». Esa era una de sus claves, de sus enigmas. Lo que Eneas vio, a través de los ojos de Virgilio, fue un enorme peñón bajo el cual se extendía un antro inmenso al que daban paso: «Cien largas galerías con cien puertas: a través de ellas sale, en son de oráculo, la voz de la Sibila hecha cien voces», dice Rilke en una de sus elegías.

El santuario de la sibila de Cumas fue venerado en todo el mundo griego desde los siglos VI o V a. C., pero la mayor parte de lo que puede visitarse en la actualidad corresponde a un periodo algo posterior.

Cuenta la leyenda que Apolo ofreció a la Sibila un regalo, el que ella quisiese, si accedía a ser su amante. La mujer, entonces en la flor de su juventud, tomó un puñado de arena muy fina y le pidió al dios vivir tantos años como granos de arena tuviese en su mano. Apolo, diligente, le concedió su deseo, pero no le advirtió que había cometido un error al no acompañarlo con la eterna juventud. De modo que fue envejeciendo, encorvándose y amojamándose hasta que, agobiada por la edad, se encerró en una botella que hizo colgar en Cumas. Dice Petronio que cuando los niños le preguntaban cuál era su mayor deseo, su única respuesta era: «Quiero morir». Al final tuvieron que colgarla de una jaula en el templo de Apolo en Cumas, pues no

podía ni siquiera moverse, y que vivió nueve vidas humanas de 110 años cada una. Cosas de leyendas.

¿Y qué es eso de los Libros Sibilinos? Fácil. Durante su visita a Roma, la Sibila se había presentado con la forma de una mujer anciana ante el rey Lucio Tarquino, apodado el Soberbio, el último de los reyes legendarios romanos. Y la mujer le ofreció nueve libros proféticos a un precio exorbitante. El monarca, indignado y «soberbio», declinó la oferta con la esperanza de regatear. La Sibila entonces destruyó tres de los libros. Los seis restantes los ofreció al mismo precio que los nueve libros originales. El rey de nuevo cometió el error de rechazarlos, esperando aún un precio más razonable, y la mujer volvió a destruir tres de los libros. Al final, Tarquino se comió su orgullo y compró los tres libros restantes al precio que habían tenido los nueve libros originales.

Este relato no sería más que una leyenda de no ser por la existencia histórica de tres libros sagrados ocultos en el templo de Júpiter que se denominaban los Libros Sibilinos. ¿Serían los originales? Se cuenta que en épocas de crisis serían consultados, por ejemplo, en la trágica derrota ante Aníbal en Cannas, y fueron los que predijeron, acertadamente, que César buscaba convertirse en rey (pues en ellos se afirmaba que solo un rey sería capaz de derrotar a los partos). Lamentablemente, los tres libros que quedaban también sufrieron un destino cruel. En el año 83 a. C. el incendio del templo de Júpiter destruyó todos los manuscritos sagrados, guardados con celo por los servidores de los dioses. Bueno, no con tanto celo, visto lo visto. El Senado entonces envió emisarios a todo el mundo para recolectar un grupo semejante de escritos sagrados, pero sus versos jamás reemplazarían a los originales, escritos en tiempos ya olvidados. Incluso los nuevos libros estaban gafados, porque también perecerían ante el fuego, esta vez ordenado por el general Romano Flavio Stilicho.

Sicilia: las rarezas de Siracusa y Agrigento

Aquí nació, inventó y murió Arquímedes, ese gran sabio que enunció un famoso principio que dice: «Todo cuerpo sumergido en un fluido

experimenta un empuje hacia arriba igual al peso del fluido desalojado» y que comprobamos cada vez que nos metemos en la bañera, y además ideó un «rayo de la muerte». Y no exagero. Su «escudo incandescente» destruyó toda una flota romana que asediaba su Siracusa natal en el año 212 a. C. Un equipo del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), dirigido por el catedrático David Wallace, puso en práctica ese rayo utilizando 127 espejos de bronce y cristal pulido colocados a 30 metros de su objetivo, que era una reproducción en madera de roble de un barco romano. Solo quedaron las cenizas.

En el mismo año que hizo aquella proeza, encontró su destino final y fatal. Se cuenta que, al ser conquistada Siracusa, durante la Segunda Guerra Púnica, un soldado romano le encontró dibujando un diagrama matemático en la arena. Le ordena que le acompañe, pero Arquímedes estaba ese día pasota y tan absorto en sus operaciones matemáticas que ofendió al intruso al decirle: «No desordenes mis diagramas». Fueron sus últimas palabras antes de que el legionario le rebanara la yugular.

El cónsul Marcelo había pedido que lo trajesen con vida ante su presencia. Se quedó muy apenado al enterarse de la muerte tan tonta que tuvo Arquímedes (no sabemos qué castigo sufrió el insensato soldado), y buscó a sus parientes para honrarlos. La tumba debió de ser preciosa, pero cayó en el olvido. Fue descubierta por Cicerón, en el año 75 a. C., en una visita a la isla de Sicilia y la reconoció gracias a un símbolo. ¿Cómo? Resulta que el cálculo del volumen de la esfera fue uno de los descubrimientos que Arquímedes más estimaba de todos los que hizo en su vida. Tanto le impresionó que mandó que en su tumba, a modo de epitafio, se grabase esta figura en recuerdo de sus ideas.

Lo malo es que la tumba fue destruida y hoy solo queda la intuición de dónde pudo estar. Para la posteridad queda la malévola frase de Voltaire: «Hay mucha más imaginación en la cabeza de Arquímedes que en la de Homero».

Situada en el sur de la isla, a Siracusa la baña el mar Jónico y fue la más importante colonia griega en Sicilia. Los dos grandes puntos de interés están separados por solo dos kilómetros. Son el parque arqueológico de Neápolis y la isla de Ortigia, que abarca el centro histórico. Veamos.

1. En el Parque arqueológico Neápolis (*neápolis* significa ciudad nueva), su protagonista principal es el Teatro Griego, una obra maestra de la arquitectura clásica, construido originalmente en el siglo V a. C. En su inauguración se estrenó la obra *Los persas*, de Esquilo. Su aspecto definitivo, el que ve ahora el turista, fue con la posterior reforma de Gerón II en el siglo III a. C. Un teatro completamente excavado en roca calcárea, con lo que eso supone, y un aforo para 16.000 espectadores. Ahora, con la rehabilitación, es para unos 8.000. La merma del tiempo. En 1526, por orden de Carlos V, se utilizaron sus piedras para las fortificaciones de Ortigia.

Junto al teatro se extiende la Latomia del Paradiso (Jardín del Paraíso), una antigua cantera de piedra de la época griega que se hundió con el terremoto del año 1693 y que ahora se ha habilitado como jardín de naranjos y magnolias. En el centro de este jardín tenemos la famosa Orecchio di Dionisio (Oreja de Dionisio), una curiosa gruta excavada en la roca caliza con forma de oreja y con propiedades acústicas asombrosas. Tiene 23 metros de alto y se extiende 65 metros dentro del acantilado. El nombre fue acuñado en 1586 por el pintor Caravaggio —qué genio era y qué genio tenía—, que en su azarosa vida se había exiliado en Sicilia, huyendo de Roma (este hombre siempre huía de algo), después de herir a hachazos a un notario llamado Pascualone y asesinar a un tal Ranuncio Tomassoni por una desavenencia en un juego de pelota. Algo normal en él. La gruta posee su leyenda correspondiente, muy posiblemente creada por Caravaggio. Dice que el tirano Dionisio usó la cueva como prisión para los que le llevaban la contraria y, por medio de su perfecta acústica, escuchaba a escondidas los planes secretos de sus cautivos. Otra leyenda más espantosa afirma que Dionisio excavó la cueva con esa forma para amplificar los gritos de los prisioneros cuando eran torturados. Era malo, muy malo, pero no tanto…

Guy de Maupassant la visitó y escribía en su libro de viajes:

> Ciertos sabios ingeniosos pretenden que esta gruta, puesta en comunicación con el teatro, servía de sala subterránea para las representaciones a las que ella prestaba el eco de su prodigiosa sonoridad; pues los menores ruidos alcanzan allí una resonancia sorprendente. La más curiosa de las Latomias es la de los capuchinos, amplio y profundo jardín dividido por bóvedas, arcos y encerrado entre enormes y blancas rocas.

En el Neápolis también se puede ver el Altar de Hieron II, otro tirano de Siracusa, de tan grandes dimensiones que servía para ofrecer holocaustos a los dioses. Para que se hagan una idea, un holocausto son 100 bueyes y en sus mejores épocas se podían sacrificar hasta 400 toros a la vez en su ara. Sabiendo esto, el sitio impresiona, si bien el gigantesco altar ha llegado a nosotros bastante deteriorado. El turista despistado que no sepa su utilidad, pasará de largo sin pena ni gloria.

2. Y ahora toca hablar de la pequeña isla de Ortigia, el corazón espiritual y físico de Siracusa, todo un museo amurallado al aire libre, con edificios de épocas distintas: griega, normanda, catalano-aragonesa y barroca. Destacan lo que queda del templo de Apolo (pagano) y la Catedral (cristiana), construida encima de los restos del templo de Palas Atenea: simbiosis perfecta. En el interior catedralicio está el altar dedicado a santa Lucía, la abogada contra las enfermedades de la vista, con su retrato y una reliquia de un hueso de su brazo, el húmero, ya un poco rancio.

Para cualquier amante de la arqueología clásica, una visita obligada en Sicilia es el Valle de los Templos. A solo un kilómetro del centro de Agrigento, entre la ciudad y el mar, se encuentra el conjunto de templos y muros que aún quedan de la antigua ciudad de Akragas (llamada así por los griegos y que significa «tierra alta»). Es una zona arqueológica declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1997.

Akragas debía de ser tan espectacular en su época que el poeta griego Píndaro no tuvo reparos en describirla, en el siglo V antes de nuestra era, como «la más hermosa de las ciudades mortales». No debía de conocer muchas ciudades. O sí. Y también añadió algo muy significativo sobre el carácter de sus habitantes: «Construían para la eternidad, pero vivían como si no hubiera un mañana». Fue fundada en el año 581 a. C. y llegó a tener, en sus mejores momentos, una población de 200.000 personas (nada que ver con el censo actual de 55.000).

El término Valle de los Templos lo debió de poner un gracioso. Es equívoco, dado que las construcciones se asientan en un promontorio o cresta entre las montañas que rodean la ciudad por el sur. Nada de valle. Lo normal en los templos griegos. Pese a los terremotos y numerosos pillajes que han contribuido al actual estado ruinoso, la visita merece muy mucho la pena.

Hay dos zonas diferenciadas. En la zona este está el templo de Hércules, el más antiguo, datado en el siglo VI a. C., del que se conservan 9 de las 38 columnas originales, y restaurado en 1924. Para los observadores, en algunas piedras aún se puede ver la chamusquina del efecto del fuego provocado por los cartagineses tras el sitio de 406 a. C. En su día debió de tener el mismo tamaño que el Partenón. También está el templo de la Concordia, con sus 34 columnas de 6,75 metros de altura cada una. Y se conserva gracias a una circunstancia anómala: lo que en un principio pudo ser una salvajada, sirvió para que hoy lo veamos casi entero, porque en el interior del templo griego se ubicó una iglesia cristiana en el siglo VI.

En la zona oeste, el más destacable es el enorme templo de Júpiter o Zeus Olímpico. Habría sido el templo de estilo dórico más grande jamás construido si los cartagineses no hubieran fastidiado su construcción. Hoy se pueden apreciar columnas de 20 metros de altura (serían necesarias 20 personas para abrazar el perímetro de una de ellas) y un atlante pétreo tumbado de unos ocho metros de longitud. El original se halla en el museo arqueológico de Agrigento y lo que hoy se puede tocar y fotografiar es una copia en el mismo sitio arqueológico.

Recuerden que en Agrigento nació el filósofo presocrático Empédocles (siglo VI a. C.), un vegetariano convencido que creía, entre otras cosas, en la transmigración de las almas. Su filosofía se basaba en que todo está formado a partir de cuatro elementos básicos: agua, tierra, fuego y aire. Hasta ahí nada original. Pero también hablaba de dos fuerzas opuestas que actúan sobre ellos: el amor y el odio. Dijo que el amor tiende a unir los cuatro elementos, como atracción de lo diferente, y el odio actúa como separación de lo semejante. En definitiva, que es algo que se puede aplicar en nuestros tiempos, puesto que esos dos sentimientos funcionan como fuerzas configuradoras de la dinámica de todo el universo. Como ven, nada nuevo bajo el sol, pues eso mismo se está diciendo en multitud de libros de la Nueva Era.

Hago un pequeño paréntesis, porque esto me recuerda a una novela de Álex Rovira y Francesc Miralles titulada *La última respuesta* (2009), que dice que Einstein encontró al fin una fórmula matemática que podría integrar las cuatro fuerzas fundamentales de la naturaleza, en la denominada Teoría

del Campo Unificado, y esa fórmula estaría basada, ni más ni menos, que en la «fuerza del amor».

Seguimos con Empédocles. De un sabio a otro sabio. En su senectud, estaba dispuesto a buscar una muerte digna y memorable y, tras considerar varias opciones, decidió arrojarse a la boca del Etna en el año 432 a. C. Sus vecinos supieron de su muerte porque el volcán vomitó una de sus sandalias de bronce. La realidad posiblemente fuera que murió como consecuencia de su imprudencia por acercarse demasiado a un volcán, en su idea de investigarlo de cerca. A un volcán que está considerado el más activo de toda Europa. De esta manera dicen que también la palmó Plinio el Viejo, asfixiado por los gases tóxicos del flujo piroclástico del Vesubio. El escritor alemán Bertolt Brecht, en un extenso poema titulado «La sandalia de Empédocles», nos da su particular versión de los hechos:

Cuando Empédocles de Agrigento
hubo logrado los honores de sus conciudadanos
—y los achaques de la vejez—,
decidió morir.
(…).
Cuando estuvo ante el cráter
volvió la cabeza, no queriendo saber lo que iba a seguir,
pues ya no le atañía a él;
lentamente, el anciano se inclinó,
se quitó con cuidado una sandalia y,
sonriendo,
la arrojó unos pasos atrás…

Ya puestos, en la parte más literaria y más actual, hay que decir que en los alrededores de Agrigento nació el dramaturgo Luigi Pirandello, quien obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1934 y falleció dos años más tarde en Roma. Hoy se ha convertido en museo su casa natal, llamada Kaos, repleta de sus fotos, libros y recuerdos. Antes de morir, había expresado en su testamento que nadie fuera a su entierro y que un humilde carruaje, sin más compañía que el cochero, llevara su cadáver desnudo a descansar bajo la sombra de un pino, entre su casa y el mar. ¿Por qué la llamaron Kaos? Él mismo explica esta elección: «Soy un hijo del caos, literalmente, porque nací

en un pueblo de Sicilia cercano a un bosque llamado Cavusu, cuyo nombre es una corrupción de la palabra griega Kaos».

Palabra que sirvió de inspiración y de título a los hermanos Taviani para hacer una película basada en cinco relatos de Pirandello. Como ven, Sicilia sirve de inspiración y de expiración… «Italia sin Sicilia no grabaría ninguna imagen en el alma: aquí se encuentra la clave de todo». Lo dijo Goethe en 1787 y estoy de acuerdo.

MALTA

«No hay lugar tan diminuto en toda la Tierra donde se puedan visitar vestigios culturales de todos los periodos de la prolongada Historia de la Humanidad, desde la Edad de Piedra hasta el pasado más reciente».
ELADI ROMERO

UNA ENIGMÁTICA CIVILIZACIÓN MEGALÍTICA

Este pequeño archipiélago mediterráneo, cuya superficie total es casi la mitad de la isla de Ibiza, está salpicado de enigmas históricos y prehistóricos. Tres islas que han servido de atracción, refugio e influjo a numerosos viajeros. Según la leyenda, Ulises fue uno de sus ilustres visitantes, retenido aquí por la seductora ninfa Calipso. El apóstol san Pablo desembarcó en el año 60 y su presencia se nota en todos los enclaves religiosos más importantes en los que existe alguna estatua que indica que allí reposó, predicó o bebió un vaso de agua. Los caballeros de la Orden de Malta tomaron posesión de la isla a partir del año 1530 por su situación privilegiada.

Dueños de Malta han sido fenicios, púnicos, griegos y, por supuesto, romanos, musulmanes, normandos y media docena más de invasores. ¿Y antes de los fenicios? Ahora hablaremos de esa civilización. Aquí floreció una ancestral cultura megalítica que dejó templos datados en el año 4500 a. C. En esta fecha algo cambió en Malta. No se sabe si fue debido a que nuevos inmigrantes aportaron técnicas novedosas o bien se produjo algún tipo de evolución o revolución cultural, pero el caso es que se abrió una etapa de construcción que desembocó en el levantamiento de numerosos templos, hasta culminar en el complejo de Tarxien, hacia el año 2500 a. C. El archipiélago maltés se convirtió en la patria de los monumentos de piedra más antiguos del mundo (que aún se mantienen en pie), de un complejo ritual fúnebre que involucraba cementerios subterráneos y un repertorio notable de

formas artísticas. En un archipiélago tan minúsculo (Malta tiene 246 kilómetros cuadrados y Gozo 67) se han localizado nada menos que treinta templos megalíticos de belleza y perfección envidiables.

En algo más de mil años una desconocida civilización megalítica, anterior a la que se había desarrollado en el continente europeo, erigió a sus divinidades templos grandiosos en un lugar apartado, lo que ha hecho pensar que estos míticos navegantes y constructores utilizaron las islas como lugar sagrado.

El santuario u observatorio astronómico de Stonehenge, en Salisbury (Inglaterra), se considera el conjunto megalítico más grande del planeta, construido entre los años 2800 y 1600 a. C. Pero no es el más antiguo. Hoy en día, está admitido que los templos de Ggantija (situados en la isla de Gozo) fueron construidos al menos 3.600 años antes de nuestra era. Al visitar el Museo Arqueológico de La Valletta comprobé que así lo remarcan en un panel comparativo con otras culturas, situando en la cúspide sus templos, por encima incluso de las pirámides de Egipto (si se acepta la cronología oficial que proponen los egiptólogos más ortodoxos).

El *Libro Guiness de los Récords* asevera que los templos megalíticos de Skorba, en Malta, y de Ggantija, en Gozo, son las estructuras más antiguas realizadas por el ser humano que se conservan en pie. Skorba posee en la actualidad una datación que lo sitúa en 4500 a. C. Allí estuvo la primera comunidad neolítica de la isla. Los inmensos bloques de piedra que fortifican el exterior de los dos templos de Ggantija (palabra que, en su lengua local, significa «torre de los gigantes») a modo de muralla, dejaron asombrados a los que lo excavaron en 1827: comprobaron que algunas de sus piedras miden seis metros de altura y pesan hasta cincuenta toneladas. Lo mejor —o lo peor— de todo es que a día de hoy no se sabe a ciencia cierta cómo pudieron ser transportadas hasta allí y luego cómo se izaron. El coronel John Otto Bayer, vicegobernador de Gozo, fue el primero en excavar esos templos y eliminar los escombros, pero lo hizo de manera tan chapucera que se perdió mucha información arqueológica. De esos trabajos apenas se sabe nada, salvo que aparecieron dos cabezas de piedra. Dos años después, en 1829, un artista alemán con el nombre de Von Brockdorff pintó una serie de acuarelas de la

zona del templo, imágenes que muestran piedras y relieves que han sido destruidos desde entonces.

Se sabe que los grandes bloques calcáreos de los templos malteses eran cortados en la roca con instrumentos de piedra, azuelas de sílice o de obsidiana, sin utilizar herramientas de metal. Según la teoría dominante, estos bloques eran transportados deslizándolos sobre pequeñas esferas de piedra, algunas de las cuales se pueden contemplar *in situ*. Cuando se está allí, y se ven las grandes moles al lado de esas bolitas, uno comprueba que algo no encaja en esta hipótesis: las esferas, por muchas que colocaran, se harían añicos por el enorme peso soportado. Esas piedras tenían otra finalidad y ahora lo sabemos: se colocaban en la base, como rodamiento, en caso que hubiera que girar la orientación del templo.

Donde la ciencia falla se recurre a las leyendas, y aquí es donde hacen su aparición los gigantes. Un Sunsuna (mujer gigante) cargó estos bloques sobre su cabeza desde la colina de Ta’Cenec, cerca de Sannat, en la costa sur de Gozo, en el otro lado de la isla, mientras llevaba a su bebé bajo el brazo, para más chulería. Es curioso que leyendas parecidas se encuentren en el norte de España, referidas a los constructores de megalitos en Asturias, Cantabria o Euskadi.

Muchos de estos templos se caracterizan por tener una planta en forma de trébol, típica de estas remotas épocas, con imponentes altares de piedra. Su forma trilobulada se relaciona a menudo con los pechos y las anchas caderas de una mujer fértil, dando argumentos a la teoría de que los templos eran centros de un culto a la fertilidad. El más antiguo de los templos de Ggantija, el llamado Templo Sur o de Sough, datado en 3600 a. C., tiene cinco estancias y en alguna se han encontrado restos óseos quemados. Algunos investigadores lo han asociado con un culto al «fuego sagrado», con un altar provisto de agujeros por los que se vaciaría la sangre, que pudo servir para realizar sacrificios de animales.

Se utilizaron dos clases de piedra. Una pulida para los portales de entrada y las losas del suelo, y una piedra más dura para la construcción de los muros. El interior de las paredes estaba enlucido y pintado de ocre rojo. Los dos templos tienen una forma muy similar, la del trébol, pero con diferencias significativas. El más antiguo es el más grande y el mejor

conservado, incluido su sanctasanctórum. Los tres niveles que tiene el templo se aprecian con una subida del terreno para diferenciar la zona profana de la sagrada.

En mi penúltima visita a estos templos, en julio de 2010, estaban muy deslucidos por el andamiaje de metal que les han colocado, algo que se pensó como provisional y el paso del tiempo dice que ya forman parte del paisaje. Una pena. Se han añadido unos paneles explicativos y uno auditivo en diferentes idiomas, entre ellos el español, algo raro, pues en los cuatro o cinco idiomas en que aparecen siempre las explicaciones de los carteles, el español brilla por su ausencia.

El templo de Hagar Qim (cuya traducción significaría «piedras venerables» o «piedras rectas»), está formado por una serie de monolitos calcáreos que miden cinco metros de alto por uno de ancho. Entre ellos, justo en el medio, hallamos un descomunal menhir de siete metros de alto, que parece hacer de antena de todo el santuario. De hecho, el ingeniero alemán Rudolf Kutzer sugiere que esta clase de monolitos (que contienen cuarzo y mineral de hierro) funcionaban como antenas para recibir señales… Fue en estas ruinas de Hagar Qim donde se descubrió la famosa *Venus de Malta*, descabezada y sin pies, hermosa y precisa en su acabado. Hoy se puede admirar en el Museo de La Valletta.

Cuando el arqueólogo letón Ivar Lissner (fallecido en 1980) visitó Hagar Qim, quedó estupefacto al ver estas columnas y una gran mesa de siete metros, con tres de anchura y 65 centímetros de espesor: «Cargar semejante peso en un vagón de mercancías —escribió— sería imposible sin el auxilio de los medios técnicos más modernos». Uno de sus muros que se ve a la izquierda de la entrada principal contiene el mayor megalito maltés: mide cerca de 5,2 m y pesa unas 57 toneladas. Nada menos.

Entre los templos de Hagar Qim y los de Mnajdra existe un cordón umbilical, un pasillo asfaltado y descendente de medio kilómetro de largo, en un paraje espectacular, bordeado por el mar, que los une. Al llegar a Mnajdra, también bajo la lona de una carpa metálica en forma de semiesfera, uno se topa realmente con tres templos, de dimensiones variables y símbolos pintados en algunos de sus monolitos. La explicación carece de misterio: en octubre de 1996 sufrió un «atentado» por parte de gamberros que se

dedicaron a pintar sus milenarias piedras con cruces y otros grafitis, que a punto estuvieron de forzar que se cerrase la entrada al público. Ya se ha borrado.

En el llamado templo del Medio, el cual posee un pórtico con tres metros de altura, se puede ver, casi agazapado, el único relieve de Mnajdra. Se trata de una extraña inscripción que parece representar el esquema de la fachada de un templo. Por el lugar donde está situado, cercano a la entrada, podría tratarse de un signo identificativo de los cultos sagrados que se realizaban en su interior. En algunas de sus piedras, las más cercanas al altar, se ven talladas cazoletas y pequeñas ventanas, que tal vez sirvieran de oráculo o para dar de comer a los animales que iban a ser sacrificados.

El propósito de los templos de Mnajdra (más antiguos que los de Hagar Qim) es desconocido, aunque su ingeniosa alineación estelar sugiere que se usaban para observaciones astronómicas y ceremonias que señalaban solsticios y equinoccios: en el amanecer del solsticio de invierno, un rayo de sol ilumina uno de los altares interiores y durante el amanecer del solsticio de verano otro rayo penetra a través de una ventana, para terminar sobre otro de los altares del templo.

Muy cerca, a un par de kilómetros, está la Gruta Azul. Espectáculo natural y visual de primera categoría, para recrear la vista, y donde se han encontrado *cart ruts* que mueren en el vacío. Un poco más lejos está la cueva de Ghar Dalam o Cueva Oscura, con los primeros restos de humanos llegados a Malta, datados en 5200 a. C. (procedentes seguramente de Sicilia) junto con elefantes e hipopótamos enanos que desaparecieron en el deshielo de la última glaciación, hace 12.000 años, en la extinción del Holoceno. En Ghar Dalam está la planta nacional de Malta (de la familia de los cardos) y unos *cart ruts* visibles justo cuando se accede al jardín.

Los 7.000 muertos del Hipogeo

Un hipogeo es un sepulcro subterráneo en forma abovedada, eso es al menos lo que nos diría cualquier diccionario, pero el de Hal Saflieni, situado en la localidad maltesa de Paola (que recibe su nombre por el gran maestre de

Malta, Antoine de Paul), rompe los esquemas a los arqueólogos y está considerado como uno de los más intrigantes, no solo de Malta, sino del mundo entero. Por de pronto, su antigüedad se cifra en unos 5.600 años aproximadamente y en su interior se han encontrado nada menos que 29 salas, algunas con unas cualidades acústicas excepcionales y miles de huesos —humanos y de animales—, lo que nos da idea de su finalidad como oratorio y cementerio. Se sabe que corresponden a un total de 7.000 personas, allí enterradas en diversas épocas, durante 1.000 años. En aquella época no podrían ser más de 10.000 personas las que habitaran la isla. El hipogeo no tiene pinta de haber sido construido solamente para almacenar cadáveres.

Este lugar es una de las joyas más valiosas que posee el archipiélago, por muchos motivos. Se trata de un hipogeo prehistórico único en cuanto a sus características, con diversas finalidades y, con toda seguridad, debió de ser el templo más sagrado de la civilización que lo construyó.

La UNESCO lo declaró Patrimonio de la Humanidad en 1980, iniciando un ambicioso plan de restauración y conservación. Se dieron cuenta de que el dióxido de carbono exhalado por la continua afluencia de visitantes atacaba las delicadas paredes de arenisca. El plan de protección empezó en el año 1989, y las obras, para desesperación de todos, se prolongarían once años, hasta que el día 1 de agosto de 2000 sus puertas se abrieron para unos pocos privilegiados. El gobierno de Malta solo admite como máximo grupos de diez personas, que van entrando por turnos espaciados hasta completar un total de 80 personas al día, al menos en los meses de verano. En mi segunda visita a Malta logré una entrada. La visita, que duraba tan solo 45 minutos, me dejó anonadado. Por cierto, la tercera vez que fui, en la primavera de 2016, lo habían vuelto a cerrar por nuevas obras de aclimatación y porque las pinturas corrían peligro de desaparecer debido a la humedad.

La fachada del hipogeo es un tanto decepcionante, pues se trata de una casa, sin la pompa y majestuosidad que uno esperaría encontrar. Cuando llega la hora de la visita, se cruza el hall de la entrada y un funcionario da a cada persona un auricular para seguir la explicación en el idioma elegido. Primero se pasa a una sala donde se exponen varias fotografías y una reproducción de la *Dama Durmiente* que se puede tocar. La verdadera se encontró en el fondo de un pozo destinado a arrojar ofrendas y es una preciosa estatuilla de 10

centímetros de longitud, que nos remite a cultos matriarcales. Posee una belleza en cuanto a su diseño que nos deja pensativos al saber que tiene la friolera de 5.000 años de antigüedad.

Hal Saflieni se podría decir que es un ejemplo perfecto de «arquitectura inversa», es decir, no se construye, sino que se talla laboriosamente en la piedra. Y no se busca alcanzar el cielo con sus moles, sino profundizar en las entrañas de la tierra. El hipogeo consta de salas, cámaras y pasadizos cortados en la roca viva, abarcando un total de 500 metros cuadrados. Las cámaras tienen diversas formas y tamaños y están acabadas en tres niveles de confección. El nivel superior (3600-3300 a. C.), el nivel medio (3300-3000 a. C.) y el nivel inferior (3150-2500 a. C.). La habitación más profunda, en el nivel inferior, está a unos 11 metros por debajo de la superficie de la calle.

El nivel 1, el más antiguo de todos, se compone de varias cuevas naturales ampliadas artificialmente. Aquí se encontraron muchos esqueletos. Luego llegamos al nivel medio, cuyo trabajo de la piedra es más refinado. Hay extrañas pinturas ocres de espirales y círculos en dos de sus salas. Una de ella es la Sala del Oráculo, que tiene forma rectangular y donde hicimos pruebas de reverberación de la voz para comprobar que, efectivamente, la acústica era asombrosa si la voz era grave, con independencia de que fuera de un hombre o de una mujer. En este nivel 2 está la Sala del Santo de los Santos, la más conocida, que reproduce un templo megalítico con sus columnas y techo abovedado en círculos concéntricos, cada vez más pequeños. Esta sala sería un ejemplo de cómo nos hubiéramos encontrado un templo en la superficie si se hubiera conservado su techumbre. Una puerta conduce a otra habitación (que solo se puede ver desde la distancia), a la que llaman la Sala Central. Tiene forma circular, con hornacinas donde tal vez colocaban a sus ídolos.

Vimos unas escaleras descendentes, con siete escalones que terminan abruptamente en un foso de unos dos metros de profundidad, que correspondería ya al tercer nivel. No se sabe qué utilidad tendría y se especula con que quizá arrojaran allí a los cadáveres o tal vez contuviera agua o sirviera para el almacenaje de los cereales. Otra teoría dice que quizá fuera una trampa para los ladrones que, al bajar la escalera en la oscuridad, se despeñarían. Tras finalizar el recorrido establecido, se sube hasta la superficie

por un acceso diferente a la ruta descendente, a través de unas escaleras de caracol que se construyeron ex profeso, casi en el mismo lugar donde se encontró la primera abertura del hipogeo.

El misterio sobre sus orígenes es casi absoluto, tanto que, durante siglos, el hipogeo quedó tan olvidado como la cultura que lo construyó. La llegada de nuevos pobladores a la isla, hace cuatro mil años, fue cubriendo la geografía de Malta de nuevas intenciones arquitectónicas, y el propio templo subterráneo quedó bajo la nueva ciudad de Paola, que está muy cerca de La Valetta, sin que sus habitantes se percataran de que estaban pisando el techo de una reliquia pétrea de su pasado más glorioso. Tuvo que llegar el año 1902 para que un cúmulo de circunstancias aparentemente casuales hiciera que el hipogeo fuera redescubierto por los propietarios del terreno.

Gracias a las excavaciones llevadas a cabo por el arqueólogo maltés sir Themistocles Zammit, cuyo busto se encuentra a la entrada del Museo Arqueológico de La Valetta (el mismo lugar donde se exhibe la estatuilla original de la *Dama Durmiente*), salió a la luz una de las más antiguas y misteriosas estructuras subterráneas de Europa Occidental, por no decir del mundo entero. Zammit no se pudo hacer cargo de las excavaciones en su totalidad y encargó su dirección a Manuel Magri, de la Compañía de Jesús. Pero al poco tiempo lo trasladaron a Túnez y murió en 1907, perdiéndose los valiosos cuadernos donde anotaba todas sus investigaciones. Y con ellos hemos perdido también información, como, por ejemplo, las herramientas con que contaron estos primitivos habitantes del neolítico para tallar aquellas paredes de dura roca y hacer una obra semejante. Pedernales y obsidianas eran materiales a todas luces insuficientes.

Se ha especulado con que pudo tener varias funciones: un centro iniciático donde se practicaba una religión matriarcal relacionada con el mundo de los muertos, un inmenso altar de sacrificios, un oráculo… Primero debió de ser un santuario y luego un cementerio, al igual que ocurre con una catedral cuya finalidad principal es el culto y luego se acaba convirtiendo en camposanto porque la persona allí enterrada pensaba que estaría más cerca del cielo o de Dios. Es casi seguro que en el hipogeo tuvieron lugar sacrificios de animales a su diosa madre, así como ceremonias rituales con el fin de ordenar sacerdotisas y que estas tal vez interpretaran los sueños en un

estado de trance y emitieran predicciones a los consultantes, aprovechándose de las condiciones acústicas de sus salas.

Efectivamente, en algunos huecos de la piedra del nivel intermedio, en la Sala del Oráculo, se ha podido constatar que la voz masculina sufre ciertas variaciones, reverberaciones y deformaciones. Däniken, al comprobar estos efectos acústicos, se dejó llevar por la emoción y en su libro *Profeta del pasado* (1979) insinuó que el hombre del Neolítico había inventado «un antiquísimo equipo de alta fidelidad», nada menos. Su guía le condujo hacia un nicho ovalado excavado en la piedra, desde donde emitió unos estentóreos sonidos prolongados, comprobando cómo sus sílabas inundaban la sala y rebotaban sobre sus paredes. Däniken concluye diciendo que «el hipogeo le corta a uno la respiración. Es algo diferente de todo lo demás». Pero llegó más lejos, diciendo que posee un sistema de aire acondicionado natural mediante el cual la temperatura de todo el edificio permanece constante durante todo el año. Para él «los raíles, los templos y el hipogeo de Malta demuestran que los dioses intervinieron en esta partida». Muy propio de Däniken.

Algunos de los techos del hipogeo están pulidos y decorados en ocre rojo, con formas extrañas, sinuosas, circulares y simbólicas. Parecen representar un arte abstracto o visiones de los chamanes inducidas por algunas sustancias enteógenas. No se ha encontrado hollín en sus techos. La explicación que dan los arqueólogos es que se utilizaron antorchas itinerantes y no fijas.

¿Y si la *Dama Durmiente* fuera un ejemplo de la práctica de la «incubación»?, es decir, la recepción de sueños proféticos o curativos. Esa figura parece anacrónica: la cama y ese vestido no corresponden a una época prehistórica. Parece más bien una sacerdotisa o pitonisa griega que ha entrado en trance y usa el catre para recostarse y predecir acontecimientos futuros.

Siempre se ha creído que si en Malta existe un hipogeo como el de Hal Saflieni, en Gozo debería existir otro con las mismas características. Hay una hipótesis que defiende la triangulación de los templos, es decir, que aquella antigua civilización construía tres estructuras arqueológicas en una zona muy concreta, tanto de Malta como de Gozo, tal vez con una finalidad astronómica.

La diosa madre de Tarxien

Zammit iba de sorpresa en sorpresa. Tras el descubrimiento y excavación de Hal Saflieni, un agricultor informó al arqueólogo acerca de unas piedras halladas en su campo de trigo, en Tarxien, a un kilómetro del hipogeo. Animado por los fragmentos de cerámica desenterrados por el arado, Zammit dio inicio a las excavaciones en 1915, y pronto advirtió que había dado con un templo prehistórico. Allí localizó fragmentos de cerámica desenterrados por el arado y pronto se dio cuenta de que se hallaba ante un enclave prehistórico de gran envergadura. Eran, en realidad, cuatro templos que se construyeron de forma consecutiva (el más antiguo del año 3200 a. C.) y que se utilizaron al mismo tiempo. Algo marcaba la diferencia con anteriores templos: ya no se ven piedras megalíticas, sino bloques tallados con pericia y de tamaños más manejables.

Pronto de descubrió que Tarxien manifestaba un nivel más sofisticado de elaboración, tanto en la construcción como en las decoraciones y esculturas. Su fachada original tenía 34 metros de longitud y 9 metros de altura, siendo la superficie total del complejo (los tres templos más los restos de un cuarto) de casi 6.000 metros cuadrados. El patio central se debió de utilizar para ceremonias masivas. En el interior, las diversas habitaciones estaban cerradas con puertas de madera (cuyos restos no nos han llegado, pero sí sus orificios en la piedra). Ahora bien, el hallazgo más espectacular fue una mutilada talla de piedra de una supuesta deidad femenina, que en su origen debió de tener dos metros y medio de altura. Representa a una persona gruesa a la que sacrificaban toros, cerdos y corderos. Se conserva *in situ* una reproducción de esta diosa partida en dos (la parte superior nunca se ha encontrado), a la que popularmente se ha llamado la *Dama Gorda*, aunque nada indica su género. Algunos la califican como la mayor escultura de piedra que se conoce del neolítico. No habría que descartar que fuera un hombre por su carencia de mamas, como lo son algunas figuras sentadas y corpulentas que se encontraron en Hagar Qim.

Los excavadores descubrieron en dicho altar una caja de piedra que contenía testimonios de sacrificios a animales: un cuchillo de sílex y un

cuerno de cabra, abandonados allí por algún sacerdote o sacerdotisa. Esto habría que relacionarlo con que en la base de la robusta diosa anónima se descubrieron restos de animales carbonizados. ¿Una diosa que exigía su tributo de sangre? En uno de sus muros hay un bajorrelieve en el que se ve, aunque no con claridad, la representación de una cerda con 13 cerditos bajo su vientre.

El altar mayor del templo sur de Tarxien está decorado con diseños de espirales en relieve que, según algunas interpretaciones románticas, podrían representar los ojos de la Diosa Madre. No todas las espirales son iguales y según su diseño y complejidad, así podría ser la finalidad de cada sala o ábside. También hay puntos o pequeñas cazoletas en algunas piedras que podrían ser ornamentales o representar la bóveda celeste. Aparte de todo esto, algo que me llamó la atención fue una especie de sillón pétreo lleno de agujeros, cinco o seis, que al parecer era un «juego de pelota oracular». Según en qué orificio cayera, así sería la respuesta a la pregunta formulada. La pelota se guardaba en un recipiente cónico que está justo a su lado. Por cierto, a modo de curiosidad, cerca de Tarxien, en Qormi, hay un campo de golf de diecisiete hoyos. El terreno no da para un hoyo más.

En muchos puntos de Malta se han encontrado estatuillas de mujeres de anchas caderas, embarazadas u obesas, que para muchos investigadores (como la arqueóloga británica Jacquetta Hawkes) es un claro ejemplo de un antiguo culto mediterráneo a la Madre Tierra, y para otros (como el autor británico James Wellard) es la «glorificación de la obesidad, tan desagradable para los occidentales bien alimentados y tan admirada por todos los pueblos desnutridos». Wellard opina que estas estatuillas de diosas en piedra caliza y en arcilla (de las que existe una excelente muestra en el Museo de Arqueología de La Valletta) podrían representar no a una diosa, sino a una belleza terrestre, porque «la plenitud de sus carnes representa abundancia de alimentos».

Cuando en las culturas del Mediterráneo ya se había abandonado el matriarcado, en estas islas se seguía rindiendo culto a la feminidad, a las diosas madres. Iban contracorriente. Däniken, en su habitual línea, dice que estas diosas-madres gordinflonas maltesas parecen en un estado tal de

gravidez que en el fondo estarían embarazadas con fetos de gigantes… Sin comentarios.

Alrededor del año 2500 a. C. esta cultura desaparece bruscamente de las islas, cuando estaban en su apogeo. ¿Qué pasó? Tan solo nos queda preguntarnos si una epidemia súbita acabó con todos ellos o si el clima atravesó una etapa más seca, lo que pudo afectar a los cultivos. La escasez de comida podría haber llevado a un colapso de las relaciones sociales. Sea como fuere, cuando los colonos de la Edad del Bronce llegaron a las islas, las encontraron deshabitadas. De lo poco que sabemos de este pueblo es que conocía la navegación, dominaba las técnicas de construcción avanzadas y poseía fuertes sentimientos religiosos hacia divinidades femeninas.

Se pasó página. La Edad de los Templos desapareció para ser sustituida, pasado el tiempo, por la Edad del Bronce. Luego llegaron fenicios, griegos, romanos y árabes. Todos estos apenas han dejado vestigios arqueológicos de consideración; en cambio, de esa cultura megalítica, mucho más antigua y aparentemente más atrasada en cuanto a conocimientos, se conservan casi intactos sus vetustos templos.

¿Será casual el hecho de que en el momento en que terminaba la civilización de los templos malteses, comenzaba la construcción de Stonehenge y otras zonas megalíticas de Gran Bretaña?

Cart Ruts: LOS SURCOS INEXPLICABLES

Y vayamos con el que para mí es el enigma mayor de todos, el de los «surcos prehistóricos para carros», mucho más antiguos que sus templos megalíticos. Los habitantes del archipiélago los llaman *cart ruts* y se datan en una época en la que no se había inventado la rueda. ¿Para qué servían, teniendo en cuenta que algunos mueren en el mar?

Son tan profundos que introduje el pie en uno de los surcos y media pierna quedó oculta entre la piedra caliza. Alguien o algo los había tallado para que tuvieran esa forma y esa dirección. Había decenas, cientos, tal vez miles de estos caminos que no conducen a ninguna parte. Mi vista se perdía siguiendo sus contornos y mis pasos se interrumpían cuando intentaba seguir

su rastro. Eran carriles interminables horadados en el suelo, y los libros que yo había leído al respecto no se aclaraban sobre quién los había labrado y utilizado. Sin duda alguna, uno de los enigmas más persistentes y desconocidos del archipiélago maltés.

La primera referencia escrita sobre este asunto data del año 1647, cuando Giovanni Francesco Abela publicó su libro *Malta ilustrada, con sus antigüedades*, en el que sugiere que se utilizaron para trasportar las piedras de las canteras al mar en la exportación a África durante el periodo árabe de Malta (siglos X y XI). También los arqueólogos Rowlan Parker y Michael Rubinstein aportaron su teoría: serían canales artificiales para el transporte de piedras en la construcción de terrazas. Pero tampoco aportaron prueba alguna que demostrara su aserto. El arqueólogo maltés por antonomasia, Themistocles Zammit, aventuró que se crearon para el transporte de materiales en la construcción de los templos, que, *a priori*, parece lo más lógico.

Y cómo no vamos a citar a Erich von Däniken, que en su obra *Profeta del pasado* (1979) los menciona y dice que estos raíles eran un caso ejemplar de actitud errónea por parte de los arqueólogos. Concluye que lo único indiscutible «es que en tiempos prehistóricos ocurrió en Malta algo extraordinario, algo que no se ha vuelto a repetir jamás en ningún otro lugar del mundo». ¿Qué era eso extraordinario que tanto impresionó a este investigador suizo, siempre tan predispuesto a dejarse impresionar por todo? Él estaba convencido de que esta isla «debió de ser un centro importante para alguien y para algo». Ese alguien ya se pueden imaginar quiénes eran: los dioses extraterrestres.

Lo más sencillo es imaginar que son surcos creados o producidos por carros de transporte con ruedas en una época en la que no existían las ruedas. Aunque no compartida por todos, la teoría oficial nos dice que estos carriles tallados en la roca, que van de dos en dos, servirían para trasladar grandes losas de piedra con el objetivo de construir los templos ciclópeos que se encuentran repartidos entre Malta y Gozo. Los que afirman que son fruto de las ruedas o los rodamientos de los trineos que, año tras año y siglo tras siglo, fueron dejando los carros de arrastre prehistóricos se encuentran con el problema de carriles que desaparecen de pronto en barrancos, casas, campos

o acantilados. Muchos quedan cortados al borde de abruptos precipicios o mueren en el mar… Ninguno se dirige de manera directa a Hagar Qim, Mnajdra o Tarxien (en Malta) ni a Ggantija (en Gozo).

Otra anomalía es que presentan diferentes anchos de vía (incluso dentro de un mismo tramo). Son surcos paralelos que tienen aproximadamente un metro de distancia entre ambos, aunque no siempre es así. No presentan una medida estándar. Cuando se observan desde lo alto, gracias a las fotografías de Google Earth, se aprecia que siguen líneas paralelas con trayectorias concretas buscando la dirección cuesta abajo, salvando escarpes y acantilados. Y el hecho de que algunos se crucen es porque hay varias carreteras en un mismo plano. Algunos se pierden en el mar, que es lo más desconcertante y tal vez lo que nos dé la pista definitiva. Nos remonta a dos épocas: una muy antigua, hace unos 12.000 años, cuando se produce el deshielo de la última glaciación (Paleolítico), o bien hace unos 5.000 años, época en la que se produjo una catástrofe mundial que originó otros cuantos mitos sobre el Diluvio (Neolítico).

Se han encontrado «raíles» parecidos en el monte Sirai, en Cerdeña, y el sur de Sicilia, lo que hace que nos replanteemos muchas teorías sobre la unión de estas islas en el pasado. Se ha sugerido que Malta debió de ser en otros tiempos mucho más extensa. Ya lo dijo Glenn Milne al diseñar sus «mapas de inundación», de los que ya hemos hablado. A nivel geológico, en el último periodo glacial estaba unida (junto con las islas vecinas de Gozo, Comino y Filfla) con Sicilia. Al final de esa última glaciación (hace unos 12.000 años) el mar reclamó para sí varias extensiones de tierra, al producirse el deshielo con la consiguiente crecida del nivel del mar Mediterráneo. Gracias a las investigaciones submarinas, se ha comprobado que los raíles continúan a grandes profundidades, surcando las rocas del fondo marino y dando verosimilitud a la unión del archipiélago maltés con otras tierras que estarían emergidas en la Antigüedad.

Al ser de piedra caliza, muchos métodos de datación no son eficaces por no encontrarse en ellos restos de materia orgánica. Por lo tanto, hay que fijarse en los indicios de la geología del terreno y en su propia disposición. El arqueólogo maltés Antonio Bonano piensa que los surcos son dispositivos de los fenicios, lo que significaría que las pistas se hicieron más recientemente,

en el siglo VII a. C. Otros hablan de 5.000 años y se basan en el hecho de que algunos pasen por debajo de tumbas del periodo fenicio (cuyo máximo florecimiento se dio entre al año 1000 y el 500 a. C.) y de sedimentos aún más antiguos.

La mayor concentración de surcos estaría al sur de Mdina-Rabat, dentro de la isla de Malta, en los jardines de Buskett (o Buskett Forest). Hay una zona llamada Ghar il-Kbir con surcos a los que el arqueólogo inglés David H. Trump, en su libro *Malta: Prehistory and Temples* (2002), apodó *Clapham Juction*, porque, según él, se parecían a las vías de la estación de tren de Clapham en Londres. Y además los databa en la Edad del Bronce, en 2000 a. C., gracias a los nuevos colonos que vinieron de Sicilia. Más al sur están los acantilados de Dingli, el punto más alto de la isla (300 metros), con vistas panorámicas sobre el islote de Filfla y otros cuantos *cart ruts* cercanos a la ermita de la Magdalena. Desde allí se ve el Palacio-Castillo de Verdala (construido en el siglo XVI) con fama de albergar el fantasma de una joven mujer, el alma en pena de una sobrina del gran maestre Emmanuel De Rohan, que se suicidó tirándose por una ventana al no querer casarse con el novio que le había asignado su tío.

Uno de los enclaves donde más abundan, dentro de la isla de Malta, es en las cercanías de la localidad de Naxxar, en una zona que denominan Sant Pawl Tat-Targa, aunque no se encuentra ningún letrero que lo diga. Allí pude ver con estupor cómo una cantera próxima estaba amenazando esas rodadas. La erosión y los cultivos han hecho que se haya perdido un valioso legado milenario antes de que seamos capaces de descubrir su total significado.

No está de más que haga una exposición de tres teorías que han intentado explicar el uso dado a estos profundos raíles de Malta:

1. Sirvieron para colar metales fundidos. Se cae por su propio peso, pues estas lingoteras debieron de construirse en una época en que los metales aún eran desconocidos.
2. Eran parte de un descomunal calendario para determinar los solsticios y los equinoccios. Craso error. Los surcos siguen todas las direcciones y suponen un galimatías pétreo cuya interpretación astronómica estaría más que forzada.

3. Sistema de riego o de canalización de las aguas tras las lluvias, para aprovechar los escasos recursos fluviales y llevarlos a zonas de cultivo o de almacenaje (lo sostiene el historiador Stefan Florien). Lo malo es que algunos de estos surcos son ascendentes y, sin la ayuda de un motor (que no tenían) o de unas tuberías (que no se han encontrado), veo difícil el empeño.

La última investigación que se ha realizado sobre los *cart ruts* la llevó a cabo a finales del año 2008 la Universidad de Portsmouth (Inglaterra). Los resultados se publicaron en la revista *Antiquity*. Mottershead, Pearson y Schaefer, los apellidos de los tres científicos que realizaron el trabajo, indican que los surcos tienen forma de U o de V, una anchura entre 4 y 10 cm y una profundidad hasta 67 centímetros, como pude comprobar personalmente. La distancia entre los ejes de surcos varía de 1,35 a 1,55 metros. Muy a menudo pueden desaparecer y luego vuelven a aparecer en una cierta distancia. Concluyen que pudieron ser labrados en la caliza por carros de dos ruedas, pues esta roca subyacente en Malta es débil y, cuando está mojada, pierde alrededor del 80 por ciento de su fuerza. Hasta ahí nada que objetar, pues siempre ha sido la teoría más coherente y aceptada, aunque hay varios aspectos que no están muy claros. Por ejemplo, ¿las rodadas son fruto de ese tráfico o fueron hechas por el hombre para facilitarlo? Otra cuestión es si los vehículos implicados se movían sobre ruedas o sobre trineos.

El estudio dice que cuando las rodadas alcanzaban una profundidad en la que ya no era posible el tráfico por la misma vía, sencillamente porque se atascaban, se abría un nuevo camino. Uno de los interrogantes es por qué no se encuentran rastros de los humanos o los cascos de los animales que tiraron de los carros. Y responden: porque cuando se hicieron los *cart ruts*, una capa de tierra cubría la roca, esa misma que hoy está expuesta a la intemperie.

No hay pruebas que los vinculen con las canteras ni con los grandes templos megalíticos. En casi todos los casos «las huellas de los carros» son completamente ajenas a los santuarios. No cambian su dirección cuando se acercan a los templos. Por lo tanto, muchos de los santuarios debieron de ser construidos con posterioridad y se utilizaron otras vías de trasporte para trasladar y colocar las grandes piedras megalíticas.

Un geólogo ruso de San Petersburgo, Dmitri Ivanov Bekhse, aplicó sus conocimientos a la hora de desentrañar este enigma arqueológico y supone que los *cart ruts* fueron utilizados de alguna manera como las carreteras para unir los pueblos antiguos en la construcción o en la utilización posterior de estas construcciones. Los surcos representarían caminos rurales y las huellas se formaron en el momento en que la piedra caliza no se había endurecido aún, es decir, cuando se encontraba en estado de sedimento de limo calcáreo, parecido a la arcilla, que posibilitaba que los trineos de madera se desplazaran con mayor velocidad. Ese limo, que es similar al que cubre el fondo del mar que rodea a Malta en la actualidad, al final se convierte en piedra caliza. Lo que significa que la edad de los surcos debe de estar muy cerca de la edad de la masa rocosa. Y de nuevo nos remonta a una antigüedad hoy no aceptada.

Desde mi punto de vista, se podrían unir esos dos grandes enigmas prehistóricos de Malta si se encontrara algún día un templo megalítico debajo del agua, como al parecer ya ha sucedido en 1994, cuando un buceador localizó estructuras inequívocas. De ser así, y eso que la noticia apenas se difundió, significaría que fue construido antes de que el deshielo de la última glaciación hiciera subir el nivel del Mediterráneo unos 60 metros (de eso hace 12.000 años). Por tanto, los *cart ruts* sí que podrían ser entonces de esa misma época y conducir a algunos templos que ahora duermen bajo las aguas al encontrarse situados en lo que entonces era la costa. Todo eso, de ser cierto, retrasaría la datación de muchos de sus templos, que ya están considerados los más antiguos de Europa.

INGLATERRA

«Inglaterra es el paraíso de la individualidad, la excentricidad, la herejía, las anomalías, aficiones y humores».
GEORGE SANTAYANA

STONEHENGE: EL CÍRCULO SAGRADO

Uno de mis sueños se cumplió en 2013, cuando pude visitar Stonehenge. ¿No les ha pasado a ustedes que cuando han leído tanto sobre un lugar quieren conocerlo, comprobar por uno mismo por qué suscita tanta expectación en tantas personas? Este enclave británico lo tiene todo: arqueología a raudales, teorías fantasiosas, leyendas merlinescas, misterios insondables… insisto, de todo. Situado en el condado de Wiltshire, hace años que ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad y hace años que no se puede entrar en el interior de su recinto para evitar vandalismos y grafitis, que los ha habido.

Hay tanta información sobre este sitio que raro es el año en que no salen dos o tres nuevas teorías o descubrimientos sobre sus constructores o su finalidad. Como no quiero ser exhaustivo, me limitaré a contar algunos de los aspectos que me han parecido más llamativos sobre Stonehenge y las teorías más punteras que se han dado en torno a por qué está allí.

Se ha dicho que sería un templo, un centro ritual prehistórico alineado con el movimiento del Sol, un lugar de enterramiento, un observatorio astronómico… y ahora se defiende la idea de que además era un hospital. Y lo curioso es que pudo ser todas esas cosas, incluso un calendario solar y agrícola.

Una excavación británica liderada por Tim Darwill, de la Universidad de Bournemouth, y Geoff Wainwright, de la Sociedad de Anticuarios, efectuada en abril de 2008 (la primera en Stonehenge desde 1964), llevó a la conclusión de que ese famoso círculo de piedras atrajo a peregrinos enfermos de toda

Europa, que llegaban creyendo en sus poderes curativos. Una especie de Lourdes del Neolítico. Un número inusual de esqueletos recuperados en el área muestran signos de enfermedades o heridas graves, y el análisis de sus dentaduras evidencian que por lo menos la mitad de ellos no pertenecía al área de Stonehenge. Es decir, que iban allí adrede.

Su construcción no fue flor de un día. Se estima que se desarrolló a lo largo de unas ochenta generaciones, durante unos 1.600 años, rediseñando el monumento con más piedras o cambiándolas de ubicación. Lo mismo que ocurre con una catedral cristiana, que puede empezar a construirse en el siglo XIII y hasta el XVIII no parar de añadir nuevos elementos a su estructura, tanto interna como externa. En su día, Stonehenge tuvo hasta 162 elementos pétreos y hoy quedan bastantes menos. La imagen actual no tiene más de medio siglo de antigüedad: se remonta a 1964, cuando las estructuras líticas fueron trasladadas por última vez. Solo siete de los 25 soportes (y dos dinteles) que se mantienen en pie permanecen inalterados.

¿Y antes había algo allí? Recientes investigaciones arqueológicas (por ejemplo, las realizadas por The Hidden Landscapes Project, de la Universidad de Birmingham, y The Stonehenge Riverside Project, de la Universidad de Sheffield, financiado por National Geographic Society) testimonian que al menos unos mil años antes de la construcción de Stonehenge, la planicie de Salisbury albergaba túmulos con enterramientos colectivos, conocidos como *long barrows*, «túmulos largos». También se han encontrado fragmentos de carbón que se dataron antes del año 7000 a. C., lo que prueba una actividad humana en la zona muy anterior a lo que se pensaba hasta ahora. Luego, con los siglos, y debido a la importancia que todos daban a ese sitio (recuerden que hay un aforismo que dice que «lo importante es siempre el lugar»), todo eso se convirtió en un gran centro, civil y religioso, lo que hoy conocemos como Stonehenge, célebre destino de peregrinación.

Hay dos clases de piedras. Las grandísimas piedras están hechas de *sarsen*, una arenisca local, mientras que las pequeñas son llamadas *bluestones* (piedras de arenisca azulada). Veamos:

1. En la primera fase se colocaron doleritas o piedras azules —una roca peculiar que los geólogos conocen como *spotted dolomite*— y se

transportaron desde Preseli, en Pembrokeshire, una cantera situada en Gales, hasta la llanura de Salisbury, en el sur de Inglaterra. Habrá unos 240 kilómetros de distancia. Con ellas crearon el círculo interno de Stonehenge. Nos situaríamos sobre 3200 a. C. Se colocaron 80 doleritas azuladas, 45 de las cuales aún se encuentran en el monumento. Según investigaciones de Mike Parker Pearson, profesor de Prehistoria británica tardía en el University College de Londres, cada uno de los 80 monolitos pesaba menos de dos toneladas, por lo que pudieron ser arrastrados por grupos de personas o bueyes desde Gales. Los arqueólogos creen que las piedras azules fueron el verdadero corazón de Stonehenge y lo más asociado al poder de sanación. Se han encontrado fragmentos de rocas azules en tumbas que indicarían que la gente las llevaba como si fuera amuletos y luego se enterraba con ellas. Costumbre que se prolongó durante la época romana y en la Edad Media.

2. El círculo externo es posterior y está compuesto de grandes bloques de arenisca de unas 50 toneladas cada uno, que es lo que la gente actualmente asocia al monumento. Estos bloques provenían de una zona ubicada aproximadamente a 29 kilómetros al norte de Stonehenge. Se erigieron alrededor del año 2300 a. C.

El descubrimiento en 2008 de más de sesenta restos de cremaciones datados entre 3000 y 2500 a. C. respalda la imagen de Stonehenge como lugar de culto ancestral. Las nuevas dataciones coinciden con la del entierro del llamado «Arquero de Amesbury» (en el 2400 a. C.), al parecer un hombre rico y poderoso de la época. Los análisis de su cuerpo, desenterrado en 2002, indican que viajó a Stonehenge desde los Alpes suizos. Al parecer, sufrió una herida muy grave en la rodilla, por lo que viajó en busca de cura. Está claro que no lo consiguió. Por cierto, una de sus dagas de cobre procedía de la península ibérica. Por otra parte, el descubrimiento en 2005 del esqueleto de un joven enterrado con un collar de unas 90 cuentas de ámbar en Boscombe Down confirma la idea de que Stonehenge era un monumento de gran influencia fuera de las islas británicas. En efecto, el análisis de las cuentas mostró que procedían del mar Báltico. Iban a curarse o a morir. A realizar

rituales en el convencimiento de que estaban ante un lugar energético de primer orden. Los arqueólogos descubrieron que se celebraron rituales en los que se utilizaba acebo, hiedra y tejo.

Visto lo visto, allí no hay nada casual. ¿Y si además fuera un observatorio astronómico? En 1960, el astrónomo Gerald S. Hawkins realizó experimentos que mostraron que las piedras fueron diseñadas para alinearse y orientarse con los rayos del sol durante los solsticios. De hecho, los principales ejes de dos monumentos importantes británicos parecen haber sido cuidadosamente alineados, uno sobre la salida del sol del solsticio de invierno (Newgrange, en Irlanda) y otro en la puesta del sol del solsticio de invierno (Stonehenge). La colocación de la «Piedra del Altar» como punto focal del monumento es el *axis mundi*, que sirve de indicador para las ceremonias y orientaciones. Finalmente, para identificar el eje principal del solsticio de verano, se debieron de añadir la «Piedra Talón» y la «Piedra del Sacrificio».

Es probable que estas ceremonias representasen ideas sobre la fecundidad, la vida, la muerte y el más allá. Sin embargo, puesto que su construcción comprendió más de 1.500 años, su significado pudo cambiar con el paso del tiempo.

Excavaciones efectuadas a principios de 2007 en Durrington Walls, cerca del monumento de Stonehenge, añaden más datos jugosos, al descubrirse restos de antiguas casas habitadas de forma estacional, usándolas para rituales y ceremonias festivas y funerarias. En tiempos remotos, este asentamiento habría albergado a cientos de personas, convirtiéndolo en la villa neolítica más grande jamás encontrada en Gran Bretaña.

Arqueólogos británicos descubrieron en octubre de 2009 pruebas de lo que creen que es un segundo Stonehenge en la orilla occidental del río Avon. Se encuentra a poco más de 1,5 kilómetros del original. Científicos de la Universidad de Sheffield han bautizado al emplazamiento *Bluestonehenge* (Stonehenge azul), en referencia al color de las 25 piedras de Gales que en un tiempo llegaron a formar el complejo. Las excavaciones sugieren que en ese lugar se erigió un círculo pétreo de 10 metros de diámetro, rodeado por una zanja. Creen que las piedras marcaban el fin del corredor que conduce desde el río Avon hasta Stonehenge: una «ruta procesional» de casi tres kilómetros.

Todo un peregrinaje cuyo destino final era estar en contacto con un lugar de poder, un enclave mágico tocado por los dioses para sanarse física y espiritualmente.

Y atentos a una nueva teoría que señala que Stonehenge fue construido con el fin de producir sonidos vinculados a experiencias religiosas. Sus defensores provienen de la arqueoacústica y argumentan que un equipo de investigadores del Royal College of Art de Londres (RCA) ha descubierto que las piedras azules, cuando se golpean, suenan como campanas, tambores y gongs. Los especialistas sugieren que estas propiedades podrían dar la respuesta a por qué los constructores viajaron tan lejos, a las canteras de Gales, y las transportaron hasta la llanura de Salisbury.

Sea como fuere, de lo que no cabe ninguna duda es de que Stonehenge fue uno de los lugares más sagrados y reverenciados en Europa entre el Neolítico y la Edad del Bronce, desde sus orígenes en 3100 a. C. hasta su cénit mil años después, decayendo su fama y su influencia a partir del año 1600 a. C., hasta el punto de que muchos creyeron erróneamente que fueron los druidas los que levantaron estas moles. Parte de la culpa la tuvo Geoffrey de Monmouth, obispo de San Aspah (1100-1154), que refiere en su *Historia de los reyes británicos* la creencia popular de que el monumento representaba un círculo de gigantes petrificados, de ahí que antiguamente se le conociera como la «Danza de los Gigantes». A este clérigo galés se le atribuye también haber divulgado la leyenda, vigente durante mucho tiempo, de que fue Merlín quien creó Stonehenge con sus poderes mágicos. Desde entonces hemos avanzado bastante en nuestros conocimientos.

¿Glastonbury = Avalon?

Uno de los lugares en Inglaterra más místicos para el movimiento New Age es Glastonbury, una preciosa ciudad de 9.000 habitantes situada al sudoeste del condado de Somerset. Cuando paseas por sus calles, encuentras gran cantidad de tiendas que venden todo lo relacionado con hadas, brujas, druidas, griales y elementos artúricos y de sanación. Libros, amuletos, cartas de tarot, figuritas religiosas, cruces, estrellas, mapas, reproducciones de

megalitos… todo lo que sugiera magia está presente. ¿Por qué tanta concentración de espiritualidad en un lugar tan pequeño?

La clave posiblemente esté en tres lugares: la abadía, el Tor y el Pozo del cáliz. El cronista del siglo XII William de Malmesbury ya escribió que la abadía de Glastonbury es «un santuario celestial en la Tierra». Se dice que fue fundada por José de Arimatea, hermano de Joaquín, padre de la Virgen María y, por tanto, tío de Jesús. Buen currículo. Algunos piensan que este se trajo el famoso Santo Grial y lo escondió en lo que hoy es Chalice Well (pozo del cáliz). Sin embargo, y pese a la tradición griálica que encierra este lugar, el enigma más curioso que entraña es la creencia de que entre sus ruinas se encuentra la famosa tumba del mítico rey Arturo y, junto a este, la de su esposa Ginebra.

En su día me ocurrió a mí, y me imagino que también a muchos de los que leen este capítulo. Y lo que me ocurrió fue formularme preguntas del estilo: ¿realmente existió el rey Arturo? ¿Y la espada Excalibur? ¿Y Merlín? ¿Y la Mesa Redonda? ¿Y el Grial que tanto buscaban? Eran y siguen siendo preguntas que están en la frontera de la Historia y la fabulación. Y siempre que he leído algo sobre el mito del rey Arturo, me pasa lo mismo, no sabría distinguir dónde empieza una (la Historia) y termina la otra (la fantasía).

En el caso de Arturo se fueron añadiendo muchos factores que incrementaron aún más su fama: una espada mágica, un ciclo relacionado con el Santo Grial y un reino perdido en las brumas del tiempo y el espacio llamado Avalon. Para empezar, casi todos recordamos la leyenda del rey Arturo, sobre todo por ciertas películas. No voy a contar su historia. El hecho es que Arturo fue coronado rey con quince años y escogió a un selecto grupo de caballeros, con los que emprendió varias batallas. Posteriormente, instaló su corte en el castillo de Caerleon, situado en Gales, y se casó con la princesa Ginebra (Genoveva, para los italianos), que luego le sería infiel con Lancelot.

Para dar credibilidad a estas sagas había que tener una prueba con cierta consistencia, y qué mejor que encontrar la tumba de Arturo. Y la encontraron.

En 1191, época de esplendor de las leyendas del rey Arturo, los monjes de la abadía de Glastonbury anunciaron que habían exhumado sus restos del camposanto, junto con una cruz de plomo cuya inscripción proclamaba en latín: «Aquí yace sepultado el ínclito rey Arturo en la isla de Avalon»

(*Hicfacet sepultus inclitus rex arturius in insula avalonia*). Más claro, agua. La cruz y todo lo demás se ha perdido hace tiempo, pero se hicieron calcos suficientes para comprobar que el estilo de algunas letras como la N y la C no son del siglo VI, sino muy posteriores.

No importa que se tratara de un burdo fraude relacionado con la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, con la finalidad de aumentar la afluencia de peregrinos. Lo importante en esa época —y en esta— es fomentar el mito. Y a fe que lo han hecho muy bien. Desde ese momento se asoció Glastonbury con Avalon. Una vez más, la Historia con la leyenda.

Para que se hagan una idea, se dieron tres factores bastante sospechosos:

1. La abadía sufrió un incendio en 1184.
2. La tumba, en los terrenos de la abadía de Glastonbury, se descubrió después de que un bardo galés revelara el secreto del enterramiento al rey Enrique II. Cuando los monjes reconstruyen el edificio, encuentran «casualmente» la tumba de Arturo y Ginebra en 1191, a unos quince metros de la entrada sur de la originaria capilla fundada, dicen, por José de Arimatea.
3. Los huesos correspondían a un hombre de 2,4 metros de estatura, con el cráneo hendido y al lado unos huesos pequeños con mechones de cabellos rubios que adjudicaron por ciencia infusa a Ginebra.

En el año 1278 los restos fueron introducidos en un sepulcro de mármol negro y trasladados a una sepultura frente al altar mayor. Hoy en el jardín hay un cartel de madera que indica el lugar donde se encontró esa tumba.

Con el paso del tiempo, el rey Enrique VIII, ansioso por el poder y las riquezas que poseía la Iglesia, mandó disolver y expropiar todos los monasterios del país, incluida la abadía benedictina de Glastonbury. Cuentan que los soldados acusaron al abad, el anciano Michael Whyting, de haber sustraído un precioso cáliz de oro. Como castigo ejemplar fue ahorcado en lo alto de la torre de la colina del Tor y su cuerpo despedazado en cinco trozos. Cuatro de ellos fueron expuestos públicamente en las cuatro ciudades cercanas más importantes y la cabeza quedó en el patio central de la abadía.

Dicen que desde ese momento el lugar está encantado y han sido muchos los que afirman haber visto deambular el fantasma del abad.

Mucho hay que contar de Glastonbury y lo mejor de todo es visitarlo. Recorrer las ruinas de aspecto romántico de la abadía, sabiendo que en sus hallazgos han participado arqueólogos y también entidades de otras dimensiones. Así lo creyó el arquitecto Frederick Bligh-Bond, quien utilizó los servicios de un médium psíquico de talento —su amigo el capitán John Barlett— para investigar, localizar, descubrir y reconstruir los complicados planos de un templo en ruinas que resultó ser la abadía de Glastonbury, el primer templo cristiano de Inglaterra, erigido, según algunos, en el año 166 de nuestra era, aunque la fecha más antigua y más fidedigna la sitúa en el año 705. Estamos hablando de uno de los puntos más enigmáticos de Inglaterra, un lugar inmerso en la tradición y la leyenda. No en vano, aquí se sitúa Avalon, el mítico reino del rey Arturo, en cuya abadía se hallaría enterrado san Patricio y estaría la mismísima tumba del rey Arturo y su esposa Ginebra.

El psíquico John Barlett, a través de la escritura automática, entró en contacto con un personaje del más allá, un monje llamado Gulielmus, o fray Guillermo, que les fue ayudando a trazar los planos de Glastonbury. El «lápiz parlante» de Barlett empezó a escribir en latín antiguo, suministrando detalles de cómo la estructura había sido modificada, e indicando que la capilla estaba situada a 30 metros al este y que tenía unas ventanas hechas con vidrio azul. Todos estos aspectos se fueron confirmando punto por punto. Otras entidades incorpóreas, como un tal Johannes Bryant, que decía haber muerto 1533, les proporcionaron más detalles históricos acerca de Glastonbury. Y otro espíritu, de nombre Awfworld el Sajón, les indicó que excavaran en un lugar donde encontrarían evidencias de una milenaria cabaña tejida con zarzas. De nuevo se comprobó que las instrucciones eran totalmente correctas. A todo este «equipo» de monjes que aparecían en los mensajes psicográficos se les denominó como la «Compañía de Avalon» o los «Vigilantes del Otro Lado». Bligh-Bond no publicó hasta el año 1918 la historia completa de sus experiencias psíquicas y de sus descubrimientos. La tituló *The Gate of Remembrance* (*La puerta del recuerdo*) y, como era de suponer, levantó oleadas de escándalo.

La escultora inglesa Katharine Maltwood publicó en 1929 otro polémico libro, *El templo de las Estrellas de Glastonbury*, dando a conocer su teoría de un conjunto de figuras enormes trazadas sobre el campo de Somerset, al sur de Glastonbury, que estarían delimitadas y definidas por los perfiles naturales de ríos, senderos, colinas, zanjas y terraplenes. Esas figuras, según su personal criterio, representarían los doce signos del zodiaco, en una especie de «templo de las Estrellas» con muchas dosis de paciencia e imaginación para captar su significado: Arturo sería Sagitario, su esposa Ginebra sería Virgo, el mago Merlín Capricornio, y sir Lanzarote, Leo.

Una característica que define Glastonbury para los místicos y esotéricos de todo el mundo es que en este lugar —dicen ellos— se cruzan dos líneas telúricas o líneas energéticas de la Tierra: la línea de San Miguel o del Dragón y la de Santa María, lo que confiere a esta localidad un gran poderío energético. Y el epicentro sería el Tor, una torre situada en la cima de una colina de Glastonbury. La torre es el único elemento que queda de un monasterio medieval, derribado en el año 1275 por un terremoto. Tanto la torre como el monasterio estaban dedicados al arcángel san Miguel, que, en la época cristiana, era el vigilante de la puerta del infierno y el que pesaba en la balanza las almas. Según una leyenda, constituía la entrada al Annwn, el ultramundo oculto donde reinaba Gwyn ap Nudd, rey de las hadas. En el siglo VI, san Collen visitó a Gwyn en el otero, ingresando por una entrada secreta que daba a un palacio. Al verse sujeto a tentaciones, roció el lugar con agua bendita, con lo que el palacio desapareció y el santo se encontró en el otero totalmente solo. Hoy en día son muchos los que suben a la cima a modo de camino de iniciación, como una metáfora del camino de la vida.

ESPAÑA

«Conversé con las rocas y como un amuleto
recogí de las rocas el sideral secreto.
Los números dorados de sus selladas
cláusulas me fueron revelados».
RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN,
Claves líricas (1930)

DÓLMENES, MENHIRES, HADAS, BRUJAS Y ERMITAS

A veces uno se compra libros muy malos que, de malos que son, tienen cierta gracia. Uno de ellos ya tiene un título que no augura nada alagüeño: *Guía extraterrestre del planeta Tierra* (1988), firmado por un tal Marius Alexander, con un tufillo a encargo y a pseudónimo que echa para atrás (en realidad su autor era el periodista catalán Màrius Lleget Colomer). Y lo que más echa para atrás es la selección de lugares que ha elegido para decir que en ellos hay presencia indiscutible de extraterrestres, muchos de ellos relacionados con yacimientos arqueológicos.

Me fui al apartado dedicado a España y… atentos a lo que escribe referente a los petroglifos de Marín, en Pontevedra, en concreto a la llamada Pedra dos Mouros:

> Se trata de una enorme roca de granito sobre la cual se pueden distinguir fácilmente una serie de dibujos que alcanzan casi tres metros de diámetro. Se ha señalado que sus formas circulares representan platillos volantes. Algunas de las figuras pueden ser interpretadas como seres con cascos, semejantes a los que utilizaban actualmente los astronautas. ¿Quiénes eran estos misteriosos visitantes, si es que se trataba de seres llegados desde otro planeta?

Y se queda tan ancho y tan pancho. Y para colmo, remata este apartado diciendo que resulta asombrosa la coincidencia con los dibujos hallados a

miles de kilómetros de distancia (cuevas de Tassili, en Argelia, Hal Tarxien, en Malta, New Grange, en Irlanda, para citar solo algunos ejemplos).

Por si no se han dado cuenta, se está refiriendo a las clásicas espirales tan abundantes en toda la iconografía del Neolítico, de la Edad del Bronce, del Hierro y de cualquier época, al ser un símbolo universal. De eso a decir que son naves alienígenas… ya son ganas de desinformar.

Con todo eso quiero decir que, sin llegar a estos extremos ridículos, hay que ser cuidadosos con los libros que leemos, porque a veces nos intentan «vender la burra», es decir, imponer la teoría del investigador o científico de turno, sin que se sustente en muchos datos objetivos o verificables. El Marius Alexandre este (no me extraña que no quisiera poner su nombre verdadero) deja en mantillas a Erich von Däniken o Peter Kolosimo. Intentar explicar todo lo que ignoramos con el método del «deus ex machina», metiendo a extraterrestres a tutiplén, es infravalorar la capacidad material e intelectual de nuestros antepasados para levantar grandes monumentos o realizar construcciones megalíticas. Bien es verdad que a día de hoy no todo se puede explicar y las leyendas siguen suministrándonos datos y pistas muy valiosas, a nivel alegórico muchas veces, cierto, pero a falta de pan, de crónicas y documentos históricos, buenas son estas tortas.

Y vayamos a lo que importa. El Ministerio de Educación, Cultura y Deporte ha elaborado una página web con la guía de monumentos megalíticos que hay en toda España, clasificados por provincias y especifica algo muy importante:

> Hemos decidido designarlos con la denominación más conocida de dolmen, aun cuando los expertos diferencian con terminología más apropiada entre: galería cubierta, sepulcro de corredor, cista, galería catalana, cofre megalítico… Coloquialmente, y dependiendo de las zonas, también se les conoce como: arcas, arquiñas, mamoas, antas, arquetas u orcas (en Portugal). En muchos pueblos sabremos que están refiriéndose a dólmenes si hablan de: Casa de Moros, Cabaña de Moros, Cueva o Caseta de Brujas.

Recientes estudios han llegado a la conclusión de que en la zona montañosa que se extiende por los macizos del cabo de Creus, sierra de Roda y la Alvera se encuentra la mayor acumulación de restos megalíticos de la península ibérica: 115 en total, y comprenden 100 dólmenes de diferentes

tamaños, 14 menhires y una «piedra de sacrificios», oscilando su antigüedad entre 6.000 y 3.500 años. Todos ellos, sin excepción, se encuentran a menos de 150 kilómetros de la costa. No olviden este dato. Repentinamente, hace 3.500 años dejaron de construirse de forma tan misteriosa como lo fue su origen.

Un punto importante para entender estas construcciones que desafían el tiempo es que nos pone en consonancia con las creencias religiosas del hombre del Neolítico, con su concepto del más allá, su culto a los astros, sus ciclos agrícolas y con las tradiciones populares que surgen posteriormente a raíz de la interpretación que de estos dólmenes y menhires dan las culturas siguientes. Surgen por tanto leyendas y cuentos sobre sus fabulosos constructores, en los que se mencionan símbolos comunes como el caballo, el toro, el laberinto, la espiral, el sol, la luna, el hacha, la serpiente o la diosa madre que aparecen de forma recurrente en los mitos de numerosas culturas.

El ensayo *Los símbolos de la Prehistoria* (2011), de Raquel Lacalle, doctora en Geografía e Historia por la Universidad de Sevilla, desvela que el espíritu religioso del hombre nació antes del Neolítico, como puerta de acceso al conocimiento de las creencias religiosas en la Prehistoria. Dice que los cimientos estructurales de la religiosidad paleolítica estarían construidas a partir de cuatro elementos: la existencia de dioses, la existencia de complejos rituales, la existencia de chamanes y el culto a la naturaleza. Los monumentos megalíticos serían reflejo de ese culto a los muertos y adquieren además una indudable función social al legitimar las estructuras de poder.

Según Lacalle, su tipología se agruparía en dos grupos diferentes:

1. Construcciones de tipo funerario: cistas, sepulcros de corredor, galerías, tholos y cuevas artificiales.
2. Construcciones no funerarias: menhires, alineamientos y crómlechs.

Y todos ellos se erigen dentro de una creencia vinculada a una diosa madre de la naturaleza, gobernadora del ciclo de muerte y resurrección cósmico. Fue el arqueólogo australiano Gordon Childe quien declaró públicamente que hubo una «religión megalítica» difundida y exportada por colonizadores mediterráneos, teoría que cada vez gana más adeptos. Fue

también él quien dijo que la arquitectura megalítica llegó a la península ibérica desde el Mediterráneo oriental y de aquí pasó a las islas británicas y norte de Europa.

Otro gran misterio reside en el empeño de transportar grandes piedras de canteras que solían estar muy alejadas geográficamente del lugar de emplazamiento. ¿Manías? Qué va. Se buscaba la piedra perfecta y no dudaban en desplazarse a cientos de kilómetros. Porque solían ser pedruscos que poseían abundante cuarzo en su composición, acompañado a veces de ciertas cantidades de pirita. Para expertos en radiestesia e investigadores de geobiología, la propiedad conductora y amplificadora de la energía que posee el cuarzo, unida al magnetismo de la pirita, realizaría la misión de canalizar y emitir un tipo de energía telúrica. Por otra parte, estos megalitos se asientan en los nudos o ramificaciones de las redes Hartmann, que son las líneas de fuerza que tendría la estructura electromagnética del planeta, investigadas por el doctor E. Hartmann, médico de la Universidad de Heidelberg. Esta red no es ninguna elucubración.

Todo esto nos da una dimensión diferente a la hora de entender la realidad que vivían nuestros antepasados. En los dólmenes se ha apreciado una zona neutra interior, ya que la red Hartmann se aparta en las cuatro direcciones y rodea al dolmen como una especie de estuche de protección. El menhir, por el contrario, atrae la red Hartmann, que se deforma para adaptarse a esa atracción, de manera que la red se encuentra concentrada bajo los menhires, tanto en sentido norte-sur como este-oeste. Por lo tanto, de ser ciertos estos aspectos, los menhires actuarían como captadores y emisores de energías. No es muy científico que digamos, pero nos daría otro punto de vista sobre su ubicación y funcionalidad. Y tal vez podamos imaginar que nuestros antepasados conocían y sabían utilizar las fuerzas de la Tierra y del cosmos y que las usaban en beneficio de la agricultura, ya que convertían en más fértil un perímetro dado. Y eso sí que está demostrado, por ejemplo, en los megalitos de Bretaña.

Una vez que intuimos para qué se construyeron, surge la pregunta de quién lo hizo. Y aquí entramos de lleno en el campo de las leyendas populares. De las alineaciones o crómlechs de Carnach, situados en la costa sur de Bretaña, dicen que cada piedra sería un soldado de una legión romana,

convertidos de esta guisa por uno de los primeros misioneros cristianos, san Cornelio, que llegó a ser papa de Roma. En el dialecto del país se les llama *les sourdadets san Cornely* y aseguran que solo se desplazan el día de Navidad para ir a beber a las fuentes más cercanas. Tan fantástico como decirle al visitante que fueron construidos por los galos para ser utilizados como templo por los druidas. Los galos se encontraron con estos menhires, con una antigüedad de al menos veinte siglos antes de ellos.

Los bretones dicen que los dólmenes los trajeron a Bretaña los *korreds*, unos elfos de la oscuridad tan fuertes que podían acarrear enormes y pesadas piedras a sus espaldas. Respecto de ellos, cuenta Nancy Arrowsmith, recogiendo leyendas del occidente francés:

> Los dólmenes fueron usados por los celtas como señales astronómicas, como lugares de reunión sagrados. Pero los celtas desaparecieron y solo nos quedan los *korreds* para contarnos la historia de las piedras. Las gentes del lugar todavía honran a estos genios antiguos que primero trajeron las piedras al lugar y ahora viven en cuevas bajo estas piedras. Los elfos de los dólmenes son muy corrientes en Bretaña, donde aparecen bajo una miríada de nombres distintos, pero pueden verse en los Pirineos y en Cornwall.

Según nos dice Serge Hutin, en Bretaña a los dólmenes se les considera las habitaciones de los *Poulpiquets* o de los *Kerions*, pueblos enanos que antiguamente vivían en el país y cuyo recuerdo se conserva en la región.

Lo cierto es que cada dolmen suele estar ligado a una remota leyenda, a un ser mágico o a una costumbre ancestral. Existen creencias supersticiosas que les atribuyen virtudes curativas o de balizas de tesoros ocultos. Gigantes, enanos, duendes, brujas, lamias, hadas, magos… son candidatos a construir estos monumentos y por esta razón han recibido nombres como «casas de hadas», «el baile de las brujas», «cuevas de moros» o «huertas de gentiles», entendiendo las palabras *moros* y *gentiles* como pertenecientes a una raza ancestral, precristiana y de gran tamaño. El dolmen de El Villar (Álava) se nutre del ambiente brujeril característico de los monumentos megalíticos vascos, ya que recibe el sobrenombre de «la Choza de la Hechicera».

San Isidoro de Sevilla, tomando la versión de san Agustín, decía, allá por el siglo VII, que los dólmenes estuvieron habitados por unos enanos célticos que se llamaban *dussi* o *dusios*. En su época ya existían tradiciones

irlandesas que aseguraban que fueron construidos por la raza de los hijos de la diosa Dana, los *tuatha de Danann*. Según un tratado que hicieron los *tuatha* con los milesios, se retirarían a vivir en los *sidhs*, las tumbas funerarias neolíticas que se pueden encontrar por toda Irlanda. Ocuparon el reino subterráneo de los túmulos y algunas islas inaccesibles. A los *tuatha* se les atribuye, a partir de entonces, la construcción de los monumentos megalíticos, de eso hará unos cinco mil años, convirtiéndose en la Gente Menuda.

La Bretaña francesa o las islas Baleares no concebían el transporte, manipulación y construcción de esta clase de megalitos sin la intervención de seres gigantescos. En Francia, llevan el nombre de Gargantúa, en honor del mítico gigante popularizado por Rabelais. Las «taulas» (mesas) menorquinas son un buen ejemplo de esta asimilación, considerándose como las mesas de los gigantes. Existe un poema de Costa i Llobera dedicado al talayot (torreón) mallorquín de Ses Païsses (muy cerca de Artá) que dice:

> ¿Quién te hizo? ¿Cuál es tu nombre?
> ¿Qué mano fuerte levantó tus rocas?
> ¿Fue acaso la raza muerta de los antiguos gigantes
> quien te dejó para memoria eterna?

En Llanes (Asturias), donde a las xanas las llaman *injanas*, dicen que fueron ellas las autoras de las pinturas rupestres de la cueva del Pindal, atribuyéndoles, asimismo, la construcción de algunos de los dólmenes de la región.

En el concejo de Eilao se halla el dolmen de la «Llastra da Filadoira», cuya construcción se debe a un ser mítico —«una mujerona»— que llevaba las piedras encima mientras iba *filando* (hilando) con una rueca y el huso. Hacía dos cosas a la vez sin ningún problema. La tradición de la hilandera como hacedora de megalitos está muy generalizada por varios puntos de España. Se atribuye esta misma leyenda al dolmen de Pradias (concejo de Ibias), siendo aquí la portadora de las losas una *moura*. Creo que es suficiente para darnos cuenta de que allí donde encontremos una construcción megalítica hay una leyenda alrededor o un lugar ancestral y mágico conectando lo terrestre con lo celeste, lo pagano con lo sagrado.

Mehnires cristianos

Dos palabras que parecen antagónicas: menhir y cristiano. Sin embargo, en la vida práctica no lo son. La costumbre de cristianizar un lugar dedicado a dioses paganos era harto frecuente. Si era un menhir, se le grababa una cruz o se colocaba esta sobre su cúspide, se rociaba con agua bendita y listo. Es sorprendente el caso del menhir de Duzec en Francia, al que no solo se colocó una cruz en su cima, sino que además se labró la figura de Jesús crucificado y otros elementos religiosos. O bien se levantaba una iglesia o una ermita donde antes había un templo precristiano, porque «lo importante es el lugar sagrado», no tanto lo que se edifique encima, no lo olviden. Lo que ya no era tan frecuente es que se respetaran el dolmen completo o el menhir de turno.

El «pedrón» de la iglesia de Santiago, en Padrón (La Coruña), es un buen ejemplo de ello, al estar bajo el altar mayor. En su origen, casi seguro que fue un pequeño menhir que luego se transformó en miliario romano enclavado en la orilla de la ría de Arosa y al que, según la leyenda, se ató la barca que portaba el cuerpo del Apóstol Santiago. La parte superior está horadada (muy posiblemente allí iba incrustada una cruz) y en el hueco se depositan monedas. Es un ejemplo de integración o de sincretismo.

Cuando se levantó la ermita románica de Santa Margarita, en Olot (Gerona), en el municipio de Santa Pau, en la comarca de La Garrocha, se hizo con dos características anómalas. Primero, en el centro del cráter de un volcán apagado (menos mal) y, segundo, junto a un menhir de extraña forma, lo que nos hace pensar en antiguos ritos relacionados con la Madre Tierra. En Folgueroles (Barcelona), se encuentra la ermita de Sant Jordi, y la puerta de entrada está junto al dolmen de Puigseslloses.

Esta actitud y proceso de reconversión de los elementos pertenecientes a cultos anteriores se ha dado, de forma generalizada, en todas las religiones. Muchos lugares fueron cristianizados mediante la edificación de ermitas sobre diversos enclaves prehistóricos o megalíticos. De este modo, la iglesia de Valmuza (Salamanca) está edificada sobre un túmulo.

La capilla de Santa Cruz, en Cangas de Onís, es quizá el ejemplo más conocido y representativo, construida sobre un dolmen que se puede ver desde arriba, protegido por un buen cristal que a veces se empaña. El dolmen de cinco losas tendrá unos 5.000 años y está situado justo bajo la iglesia edificada en el año 437. Se cree que fue el primer templo cristiano que se construyó en Asturias y, por tanto, en España, después de la invasión por los árabes. También se dice que la lápida de consagración es el primer monumento literario de la Reconquista. Sin salirnos de Asturias, en la ermita de Nuestra Señora del Monsacro, en Oviedo, con nave de planta octogonal, se encuentra el llamado pozo de Santo Toribio, que da acceso a un dolmen.

En Portugal, puede encontrarse un curioso caso de cristianización de un dolmen, cerca de Valverde, en la comarca de Montemoro-Novo: el Dolmen-Capilla de San Brissos o capilla de Nuestra Señora del Libramiento, encalada construcción del siglo XVII.

De este modo, los espacios y elementos anteriormente mencionados fueron reutilizados por los cristianos, conviviendo en la mayoría de los casos símbolos paganos con cristianos. Un ejemplo de esta mezcla de elementos podemos verla en el yacimiento paleolítico de Buendía (Cuenca), donde hay cazoletas excavadas en la roca, junto a pequeños agujeros para recoger el agua de lluvia —también dotada de sacralidad cuando se deposita sobre la roca—, los cuales han sido unidos en los extremos para que tenga la forma de un crucifijo.

Si no puedes ir contra ello, únete, lo asimilas y lo transformas poco a poco en lo que quieres. Buena estrategia.

TESOROS SOÑADOS, TESOROS BUSCADOS

Cada vez que visito el Museo Arqueológico Nacional (MAN) de Madrid, entro en una auténtica cápsula del tiempo. Y mis pasos se encaminan hacia una serie de objetos que ya son visita obligada y casi ritual. Son tres tesoros, dos visigodos y uno tartesio. Son esos tres precisamente y no otros, porque todos ellos tienen una curiosa historia que contar. Ver de cerca las piezas originales de oro de tres hallazgos arqueológicos españoles, ya míticos, es un

lujo. Tesoros que en su día despertaron la codicia, la ilusión y los sueños de mucha gente, y de paso avivaron la Historia.

Al contemplar las piezas del tesoro de Aliseda me traslado a 1920. No había mapas ni chivatazos ni medios ni planificación. O tal vez sí. Los hermanos que se hicieron con él no se lo podían creer y los objetos encontrados (un brasero, un vaso de plata, un espejo de bronce, una jarra de vidrio con jeroglíficos, así como 285 objetos o fragmentos de oro), los llevaron a varias joyerías de Cáceres para sacar un dinerillo rápido. Al no ser profesionales, sino pardillos, fueron descubiertos por las autoridades locales. Pero la historia es aún más apasionante y comienza pocos años antes, en 1916, cuando la mujer de un portugués llamado Manoel da Silva soñó tres veces consecutivas con el hallazgo de un gran tesoro oculto en esa localidad extremeña. El luso, que no era nada iluso, barruntó que podría ser un sueño profético y, provisto de pico y pala, se fue a excavar el terreno. Tras varios días de intentos frustrados, no encontró absolutamente nada por mala suerte o por falta de pericia. Porque el lugar era el correcto. El dato lo menciona el folclorista Publio Hurtado, a la sazón presidente de la Comisión de Monumentos de Cáceres, como prueba de que alguna vez aciertan los que sueñan con ocultos tesoros:

> Hace cuatro años, un jornalero portugués llamado Manoel de Silva, muy dado a fantasear con hallazgos de tesoros (que en su tarea escarbadora había descubierto algo muy curioso cerca de la fuente de las Doncellas, junto a Cáceres), juraba y más juraba que cerca de la Aliseda existía un gran tesoro, fundándose en que su mujer (de la familia de las Cuervas, de esta capital) había soñado, una, dos y tres veces con aquel, y llevado de la esperanza de encontrarlo, fue a la Aliseda varias veces y, ayudado de otro obrero, removió la tierra en todos los lados, hasta en el mismo sitio donde los condueños del tejar lo descubrieron hace pocos días. El portugués murió mendigando el pasado año y nosotros hemos visto realizados sus sueños dorados.

Cuatro años después de esa infructuosa búsqueda, dos hermanos de Aliseda, Victoriano y Jesús Rodríguez, se encontraban cavando en el suelo, tratando de recoger tierra y convertirla en barro para hacer tejas, tarea casi rutinaria. Y en plena faena, asomó una pieza de oro. Y al lado de esa, muchas más. Aquel domingo de febrero de 1920, sin saberlo, habían encontrado el ansiado «tesoro de Aliseda». Intentaron sacar provecho a tan providencial hallazgo que no era «moco de pavo»: ni más ni menos que tres anillos de oro

y amatista, jaspe y ágata, tres collares, dos brazaletes, cinco sortijas y hasta 354 piezas que incluían platos y cinturones de oro. Y además un brasero de plata, un espejo de bronce y una jarra de vidrio de origen egipcio.

Se subieron a un tren con destino a Cáceres para intentar vender las piezas en diversas joyerías, pero nadie se las compró porque todos pensaron que eran robadas. Alguien les denunció y al final los detuvieron. Los dos hermanos prestaron declaración ante la Guardia Civil, vieron su buena fe y no hubo penas ni castigos para ellos. El Gobierno averiguó que ese tesoro era del siglo VII a. C. y que seguramente eran piezas del ajuar funerario de una princesa tartesia. Lo requisaron todo y se lo llevaron al Museo Arqueológico de Madrid, recibiendo los hermanos una indemnización económica.

En Aliseda hoy en día se puede ver una reproducción del tesoro y además tiene su propia calle en el municipio, con placa conmemorativa y un centro de interpretación. ¿Y qué pasó con el portugués buscador de tesoros, el tal Da Silva? Pues murió en la indigencia, triste y desilusionado, tras haber intuido la presencia de uno de los tesoros más importantes de la península ibérica, adivinado por un sueño de su mujer.

No fue el único que perdió la cabeza y la hacienda en la búsqueda de riquezas del subsuelo. Esta «fiebre del tesoro» que se dio en Aliseda la investigó la periodista Israel J. Espino. Una vecina del pueblo, Ana Liberal, le contó que su abuelo Victoriano Muñoz, antiguo guarda verde de la zona, encontró más de una vez a gente excavando por la noche porque, según decían, habían soñado que a pocos metros del tesoro de la dama tartésica se encontraba, aún oculto, el tesoro del caballero. Esos sueños, de momento, no han dado sus frutos.

Y vayamos ahora con los dos tesoros visigodos, porque ambos están relacionados con la búsqueda de una de las reliquias más preciadas del mundo judeocristiano, junto con el Santo Grial y el Arca de la Alianza. Me refiero a la Mesa de Salomón. Hay referencia a ella en las crónicas árabes tras la invasión del año 711 y no queda claro si esa mesa, que estaba en posesión del reino toledano, cayó en manos musulmanas o los godos fueron capaces de ocultarla antes en lugar seguro. Resulta que en 1858, por mera casualidad, se encontraron en Guarrazar, en el término municipal de Guadamur, a unos 11 kilómetros de Toledo, varias coronas votivas, cruces y cadenas de oro. El

detonante de su aparición fueron unas lluvias torrenciales que causaron el desmoronamiento del terreno donde estaba el monasterio de Santa María de Sorbaces, en un antiguo cementerio. Las coronas y el resto de piezas habían sido ocultadas en dos «cajas» revestidas de hormigón romano, junto al sepulcro y esqueleto de un presbítero llamado Crispinus (al que habían enterrado en 693). Cada caja fue encontrada por una persona distinta. No vamos a detallar aquí todas las peripecias y tropelías que sufrió este tesoro, siendo las coronas de Recesvinto y Suintila las dos joyas más preciadas. La primera se puede ver en el MAN y la segunda fue robada en 1921. De la Mesa, ni rastro, así que se pensó que debía de estar en otro emplazamiento secreto visigodo.

Y atentos a este dato. Además de zafiros de Sri Lanka de gran transparencia, esmeraldas, amatistas, perlas o calcedonias azuladas, las coronas godas tienen piedras de vidrio y son de dos tipos diferentes: las realizadas mediante silicatos de calcio, que son las normales y ordinarias; y las realizadas a través de silicato de plomo, que son las anormales o extraordinarias. ¿Por qué? Porque la evidencia histórica más antigua que tenemos de esa técnica de fabricación está en un tratado italiano de 1612 titulado *El arte de la vidriería*. O sea, mil años después de que los godos crearan sus preciosas coronas votivas con vidrio de plomo, todo un reto medieval. No me dirán que no es un descubrimiento «godoso»…

En 1926 se encontró otro tesoro de esa misma cultura y entonces se avivaron las esperanzas de que estuviera allí la tan cacareada Mesa de Salomón. Fue en la finca Majanos de Garañón, en Torredonjimeno (Jaén), en las ruinas del cementerio de una antigua iglesia visigoda. Se encontraron coronas y otros objetos godos, muy godos y con mucho oro. El labriego que lo halló creyó que se trataba de hojalata dorada y de cristales de colores, dándoselo a sus hijos pequeños como juguete. Años después, lo poco que quedaba fue vendido a anticuarios y muchas de sus piezas desaparecieron en manos de especuladores o sencillamente fueron fundidas. Son muy significativos estos dos lugares, por cuanto la leyenda asegura que la Mesa de Salomón fue escondida en la Cueva de Hércules, pensándose que sería Toledo dicha ubicación; pero en Jaén, en concreto en la Peña de Martos, también existe otra Cueva de Hércules, por lo que la búsqueda se complica.

Los aquí reseñados son tres tesoros que dieron un giro importante a los conocimientos de esas dos culturas, la tartésica y la visigoda, tres hallazgos arqueológicos comparables, por ejemplo, a la *Dama de Elche* o al Tesoro del Carambolo.

Ciudades asolagadas

Hay ciudades sumergidas a las que se podría denominar las «otras Atlántidas», es decir, aquellas tierras que *in illo tempore* se hundieron o anegaron en alguna parte del mundo, dando pie a leyendas locales.

Todo resto que huela a antiguo, misterioso y sumergido se identifica con el mítico continente, exista o no base para mantener esa hipótesis. Los ejemplos al respecto son varios. Angelos Galanopoulos, un científico griego, opinó que la Atlántida pudo haber sido Creta porque en las excavaciones realizadas en Thera, una de las islas volcánicas del mar Egeo, descubrieron una ciudad micénica de 1500 a. C. oculta bajo un manto de material volcánico.

Muchas de estas búsquedas han tenido un fin menos científico y más materialista. En el verano de 1973, Maxine Asher, una mística norteamericana obsesionada por localizar la Atlántida, persuadió a la Universidad Pepperdine de California para que costeara un viaje a España en busca de esta isla desaparecida. Según ella, era el lugar idóneo porque, «en mi opinión, las vibraciones son allí más fuertes». Cerca de cincuenta personas se apuntaron para el viaje, a un costo de 2.000 a 2.800 dólares cada una. Al poco tiempo de llegar, Ms. Asher anunció, en un artículo periodístico, que en la mañana del 18 de julio (vaya fecha que fue a elegir), tres buzos habían encontrado una ciudad sumergida con calles y columnas a tan solo 14 millas de la costa de Cádiz. Ella calculaba una antigüedad de al menos 6.000 años y, por supuesto, era «el más grande descubrimiento de la Historia del mundo». El gobierno español, todavía vivía Franco, comenzó una investigación, llegando a la conclusión de que la historia de Asher era un fraude y un timo a la vez. Maxine Asher desapareció entonces durante un tiempo, para resurgir, como el ave fénix, organizando otra expedición con la participación de otros

cuantos pardillos, esta vez rumbo a Irlanda, para continuar la búsqueda de ciudades sepultadas por el mar.

En España, aparte de la búsqueda de la Atlántida por las aguas de Cádiz y Huelva, tenemos en el norte de la Península ciertas aldeas, pueblos y hasta reinos completos sumergidos que han dado pábulo a numerosos «cuentos de viejas» en donde los detalles de la catástrofe se exageran a medida que se van contando una y otra vez. En la costa de Morbihan (en Bretaña) se habla de una ciudad sumergida llamada Berbido, habitada por unos seres fuertes y robustos que han calado hondo en la toponimia hasta el punto de que todavía se sigue utilizando una expresión popular cuando se habla de un muchacho que tiene estas características físicas: «Es tan fuerte como los de Berbido». Algún día —aseguran— emergerá de las profundidades del mar y volverá a ocupar su sitio bajo el sol.

Sugestión o no, lo cierto es que muchos marineros, cuando pasan por determinadas latitudes, dicen que pueden oír campanas de iglesias que surgen de las profundidades del océano. Algunos pescadores aseguran que, al atardecer, si el mar está tranquilo, pueden distinguirse con cierta claridad las torres y los tejados de las casas de pueblos fantasmales que yacen bajo sus tranquilas aguas. En Galicia se habla de ciudades habitadas por razas legendarias como los «mouros» o los «gentiles», vinculadas a un tiempo inmemorial y al paganismo. Ciudades que hoy se encuentran bajo las aguas de un lago o del mar. En sus leyendas se remarca especialmente el carácter de no cristianos de sus pobladores, atribuyéndoles prácticamente una vida de continua depravación e idolatría, característica moral esta que el cristianismo explotó convenientemente, haciéndoles merecedores de todo tipo de castigos, incluida su desaparición de la faz de la tierra por iniciativa de un santo, de Dios, la Virgen o de Jesucristo, por el único motivo de no brindar hospitalidad a tan egregios personajes o por mantener obstinadamente una conducta herética y pecaminosa. Leyendas piadosas que ocultan catástrofes geológicas.

Recordemos que, históricamente, Galicia fue sede durante casi un milenio de un foco de heterodoxia, lo cual, unido al hecho de que en sus tierras son muy numerosas las «lagoas» que contienen en su interior una localidad «asolagada» (o sumergida), lleva a una conclusión fácil de

imaginar. Existen relatos sobre un castigo divino infligido a sus remotos y antiguos moradores, los cuales tienen tres claras connotaciones. Por un lado, se castiga a una raza legendaria de hombres, no gallegos y no cristianos, de conducta aparentemente inmoral; por otro, se les aplica un castigo ejemplarizante, desproporcionado a su delito, que suele ser su definitiva desaparición bajo las aguas. Por último, casi siempre hay un hombre bueno que ofrece hospedaje o limosna al peregrino o mendigo camuflado, siendo advertido, en compensación y agradecimiento, de la inminente inundación que va a sobrevenir, para que se ponga a salvo con toda su familia y ganado (de nuevo los ecos del Diluvio y los cientos de Noés repartidos por todo el mundo). Son ecos de una supuesta memoria arcaica que se reflejan de esa manera. Por ejemplo, antes de abandonar el pueblo de Valverde de Lucerna, en Sanabria, el mendigo se sacudió el polvo de sus pies y, cogiendo el cayado, dijo: «Donde clavo este bastón, que salga un borbollón». Y tanta agua salió que inundó el lugar, sumergiendo por completo el pueblo. Solo la casa del humilde panadero que le dio cobijo se salvó.

Lo cierto es que el lago de Sanabria se formó hace unos 10.000 años como consecuencia del deshielo de la última glaciación. ¿Ven por dónde voy? El llamado «mar de Castilla» es uno de los lagos de origen glaciar más grandes de Europa y eso genera leyendas. Y a Miguel de Unamuno, que pasó unos días en el balneario de Bouzas en 1930, le impresionó tanto la historia de Lucerna que se inspiró en ella para su novela *San Manuel Bueno, mártir*.

Tras el duro castigo, se convierten en ciudades sumergidas cuya existencia ocular se pone de manifiesto en fechas mágicas. Y una de esas fechas ya se puede imaginar que es durante la noche o la mañana de San Juan. Hay tantas que el escritor Sánchez Dragó escribió en su *Gargoris y Habidis*: «Conque a la chita burlando existen más ciudades asolagadas en Galicia que soleadas en el resto de España».

En la literatura medieval, como la *Crónica de Turpin*, incorporada al *Codex Calistinum* (siglo XII), se menciona una ciudad inundada con el nombre de Lucerna. Otra con ese mismo nombre se encuentra en el interior del lago de Sanabria (Zamora). Dicen que las campanas de Lucerna se pueden escuchar en la mañana sanjuanera por todo aquel que se acerque y «se halle en gracia de Dios». Tras un somero análisis, parece claro que el mito de

la ciudad sumergida de Lucerna tiene antecedentes franceses (la Luisierne de las *chansons* francesas), localizándose en distintas lagunas españolas por encima del paralelo 42, debido a la difusión de las noticias por los peregrinos que recorrían el Camino de Santiago procedentes del camino francés.

En cambio, existe una leyenda que se separa sustancialmente del resto de ciudades sumergidas en un lago. Existió el reino perdido de Lyonesse, que se situaría enfrente de *Land's End* (el Fin del Mundo), en el extremo suroeste de Inglaterra, y en España tenemos la ciudad de Duguím (Duyo), sumergida en las costas del Finisterre (el Fin de la Tierra) en el extremo noroeste de la península ibérica, en la llamada Costa de la Muerte. Hoy solo hay mar bravío cuando antaño, según sus respectivas leyendas, hubo palacios. Duyo sería la capital de los ártabros (uno de los pueblos indígenas asentados en la Gallaeci del siglo III a. C.) y lugar de paso de las naves que cubrían la ruta del ámbar y del estaño entre Galicia y las islas británicas, cuyo emporio fue cegado por las aguas porque desde la noche de los tiempos se rendía culto, no a un gallo como en Antioquía (otra ciudad asolagada), sino a un enorme cáliz, posiblemente reminiscencias del Santo Grial.

George Borrow, «Jorgito el inglés» para los amigos, autor de *La Biblia en España* y viajero decimonónico, cuando llegó a esta zona gallega anotó en su diario:

> Por una playa de blancura deslumbradora avanzamos hacia el cabo, meta de nuestro viaje. En aquella playa se alzaba en otro tiempo una ciudad comercial inmensa, la más orgullosa de España. En la bahía, hoy desierta, resonaban entonces millares y millares de voces, cuando las naves y el comercio de toda la tierra se concentraban en Duyo.

En España, el lago de Sanabria, el de Carucedo, Maside o Isoba cuentan con leyendas similares y campanas que se oyen —o eso dicen— en la noche de San Juan.

TURQUÍA

«El café perfecto debe ser negro como la noche, ardiente como el infierno, fuerte como el pecado y dulce como el amor».
PROVERBIO TURCO

ÉFESO: LA CIUDAD DE LA DIOSA

Si hubiera ciudades femeninas y masculinas, Éfeso sería de las primeras. Y no hace falta ser un lince para darse cuenta. En primer lugar, se dice que su fundación se debe a un grupo de amazonas lideradas por la reina Apasa, nombre que viene de Apis y significa abeja. El historiador griego Estrabón menciona el mito de que a Éfeso durante un tiempo se la llamó Esmirna por una amazona, y Plinio el Viejo indica otros nombres que se le habían dado antes, la mayoría femeninos: Álope, Traquia, Ortigia, Amorges, Hemonio y Ptelea.

Construida a orillas del mar Egeo, es mencionada por los hititas como la capital del reino de Arzawa. En el segundo milenio antes de Cristo tenía un templo dedicado a Cibeles y en el año 560 a. C. el rey de Libia, Creso, en uno de sus actos generosos, regaló a los efesios cuatro gigantescas columnas que quitaban el aliento al más templado, para que construyeran un nuevo templo a la diosa Artemisa, ya que el anterior había sido destruido por los sumerios. Y esta obra de arte se convirtió en una de las Siete Maravillas del mundo antiguo. Artemisa era equivalente a la Cibeles de los frigios, a la Isthar babilónica, a la Astarté fenicia y a la Diana de los romanos, todas ellas representaciones de la Diosa Madre. Hablar de Inanna/Ishtar/Astarté, con relaciones lunares, es hablar del origen de muchos mitos y cultos femeninos que se repiten en diferentes culturas y tiempos.

Apasa, Esmirna, Cibeles, Isthar, Astarté, Artemisa, Diana… Y por si todo esto fuera poco, la Virgen María elige esta localidad para instalar su

última morada acompañada de san Juan, que ya había escrito el Apocalipsis en la isla griega de Patmos y ahora le tocaba escribir su Evangelio, algo que pudo hacer sin problemas gracias a que se salvó del martirio que le había preparado el emperador Domiciano. Fue el apóstol más longevo, nada más y nada menos que noventa y cuatro años (según san Epifanio).

Pablo de Tarso estuvo durante dos años en esta ciudad predicando la nueva religión y las pasó canutas en su Gran Teatro (con capacidad para 25.000 personas), por empeñarse en decir que los ídolos paganos hechos por el hombre no podían ser adorados en una ciudad donde Artemisa, en aquella época, era la gran diosa, señora y reina del cotarro. Al orfebre Demetrio y a otros fabricantes de exvotos del templo, les sentaron muy mal esas soflamas y se encargaron de propagar el bulo de que ese tal Pablo venía a destruir su negocio, como así era. Y el de Tarso tuvo que poner los pies en polvorosa, fuera de los límites de Éfeso, para seguir disfrutando de unos años más de vida. Hoy queda una sola y mísera columna de las 127 que llegó a tener el templo, como triste testimonio de lo que fue. Y para colmo, está sin el capitel corintio que adornaba a todas ellas y que ahora sirve de apoyo para el nido de alguna que otra cigüeña. Nos queda imaginar cómo cada año, en el mes de abril, se celebraban espectáculos en honor de Artemisa. La ciudad llegaba a albergar a un millón de visitantes que venían incluso de Jerusalén y Atenas.

En el templo se veneraba a la «Señora de Éfeso» y llamó mucho la atención su iconografía, tradicionalmente interpretada como si tuviera múltiples pechos accesorios o testículos de toros sacrificados, hasta que una excavación del yacimiento del Artemision, en 1988, despejó el enigma. Esas protuberancias en realidad eran multitud de perlas de ámbar con forma de lágrima, que habían adornado la imagen primitiva de la *xoana* de madera y con dos venados a sus pies. En todos los casos se trata de alusiones directas a su culto relacionado con la fertilidad, los nacimientos y la juventud de la mujer. Si bien también se relaciona con la naturaleza, por lo que se la representa como cazadora.

Creso no solo era asquerosamente rico sino también protector de sabios y artistas (el fabulista Esopo pasó por su corte). En lugar de pagar él solito todos los gastos del nuevo templo, promovió una suscripción pública en la que los ciudadanos donaron algo de su dinerillo para que lo sintieran más

suyo. Finalmente, el templo se levantó majestuoso en la ciudad y así estuvo durante dos siglos. Sin embargo, la tragedia llegó en el año 356 a. C., cuando el pastor Eróstrato, con muchas menos luces que el templo, provocó un incendio por puro afán de protagonismo. Consiguió lo que buscaba, como lo prueba que hoy recordemos su nombre. Ya lo dijo Valerio Máximo: «Se descubrió que un hombre había planeado incendiar el templo de Diana en Éfeso, de tal modo que, por la destrucción del más bello de los edificios, su nombre sería conocido en el mundo entero».

Los efesios, que sabían de la obsesión de ese tarado por conseguir fama, hicieron lo posible para que nunca fuera recordado. Su nombre nos ha llegado gracias al historiador Estrabón, que se propuso ser de lo más riguroso en sus datos, y así Eróstrato consiguió lo que quería: pasar a la posteridad como un cretino pirómano.

Esta historia tiene un curioso epílogo: veinte años después Alejandro Magno ocupa la ciudad de Éfeso tras vencer a los persas y reside en ella por un tiempo. Es entonces cuando se entera de la historia del templo de Artemisa y descubre que había sido destruido la misma noche en la que él había nacido en Pella: el 20 de julio del año 356 a. C. Fue esta «casualidad» la que interpretó como un aviso divino y ofreció a los efesios la reconstrucción de su templo, siempre que estuviera dedicado a su persona, algo que no aceptaron del todo para no desvirtuar la esencia de un templo que únicamente debía estar dedicado a la memoria de Artemisa. Para no quedar mal con él, los efesios le contestan de manera diplomática: «No convendría a un dios como vos que construyera un templo a una diosa». La frase funcionó y el rey de Macedonia se mantuvo al margen, aunque aportando grandes sumas de dinero. Una vez terminado, el nuevo templo (que hace el número tres en nuestra cuenta) contó al menos con un retrato del propio Alejandro, hecho por Apeles, el más famoso pintor griego.

En el año 190 a. C. la ciudad pasó a depender del Imperio romano y fue a partir de la época de Augusto cuando se construyeron la mayor parte de los grandes edificios que un turista observa hoy en día. Así siguieron las cosas hasta que en el año 263 de nuestra era llegaron varias hordas de godos que no compartían los gustos estéticos de los griegos y los romanos, y mucho menos

sus creencias religiosas. El historiador latino Jordanes lo contó de esta manera tan lacónica:

> Respa, Veduc y Thuruar, líderes de los godos, embarcaron y navegaron a través del Helesponto hacia Asia. Allí arrasaron varias populosas ciudades y prendieron fuego al renovado templo de Diana en Éfeso.

Esa barbaridad supuso un punto final al esplendor de una ciudad y un templo al que solo hicieron sombra otras seis maravillas del mundo, todas ellas con un mismo y trágico destino: su destrucción, menos las pirámides de Egipto, que desafían las invasiones, la climatología y al mismísimo tiempo.

Otro de los atractivos de Éfeso es la llamada Casa de la Virgen. Dice la leyenda que llegó por estos pagos en el año 37 y permaneció en la localidad unos once años, hasta que murió. ¿Murió? Teológicamente habría que hablar más bien de una ascensión, tránsito, asunción o dormición, que de todas estas maneras se puede llamar a la no muerte de María con la ayuda de unos cuantos angelitos que la suben al cielo. No hay unanimidad sobre el año en que falleció. Baronio, en sus *Anales*, se apoya en un pasaje del *Chronicon* de Eusebio para asumir que María murió en el año 48. Da igual la fecha. Lo importante es que existe una sólida tradición que ubica a la Virgen en Éfeso los últimos años de su vida.

El problema radica en que la hipótesis más oficialista y vaticanista ubica esta última casa en el valle de Cedrón, cerca de Jerusalén. Es conocida también como iglesia de la Asunción, cuyos orígenes se remontarían al periodo bizantino (siglo V), y de esa época sería la cripta excavada en la roca viva, que es el elemento de mayor relevancia turística y religiosa para el peregrino de Tierra Santa. El interior del templo custodia las tumbas de los padres de María, Ana y Joaquín (nombres que solo aparecen, para que vean cómo son las cosas, en un Evangelio apócrifo) y también la de su esposo José.

Durante los seis primeros siglos nada se supo sobre la tumba de María en Jerusalén. Y luego, al correr el rumor, la actual iglesia ha sido compartida, como si fuera una jugosa tarta, por griegos, armenios, sirios, coptos y musulmanes. ¿Musulmanes? Sí, también ellos, debido a que el profeta

Mahoma, en su «viaje nocturno» que le llevó en un instante de La Meca a Jerusalén, visualizó una luz sobre dicha tumba de la Virgen María.

En cambio, la otra casa, la de Éfeso, permaneció en el olvido. El templo de Artemisa se hizo añicos por culpa de guerras y terremotos y con la ayuda inestimable de los godos. Sus piedras y columnas sirvieron para construir la basílica de San Juan y otros edificios. Si eso ocurrió con el Artemision, imaginen lo que pasaría con una humilde casita construida en lo alto de una colina, con fama de santa. Lo que sí se conservó fue la memoria de que en ese lugar se hacían ritos de fertilidad ayudados por el agua de un manantial, al que atribuían propiedades salutíferas.

Hasta finales del siglo XIX nadie ponía en duda que la mansión en la que la Virgen murió o ascendió estaba en Jerusalén y allí iban los devotos que querían rezar o besar las piedras del lugar histórico en el que María pasó sus últimos años. Hasta que surge una monja que dice otra cosa en la ciudad alemana de Dülmen. Se llamaba Ana Catalina Emmerick y afirmaba saber la ubicación exacta de su auténtica casa. Y no señala precisamente a Jerusalén, sino al oeste de la actual Turquía.

Emmerick nunca salió de su convento agustino en Agnetemberg, en la localidad de Dülmen, y era célebre por sus éxtasis, visiones y estigmas. Recibió revelaciones de Cristo y de la Virgen en las que le indicaban aspectos desconocidos de sus vidas. Una de esas comunicaciones celestiales le dijo el lugar al que se fue a vivir María con san Juan tras la crucifixión de su Hijo. Revelaciones que recibe una Semana Santa de 1822, las escribe en su diario y muere dos años después considerada como una mujer santa, aunque hasta el año 2004 no fue declarada beata. Daba datos tan precisos a nivel geográfico que un sacerdote jesuita francés, el padre Gouyet, en el año 1880 se propuso buscar y encontrar la casa de la Virgen. Viajó hasta Éfeso con un equipo de excavación y fijó su «centro de operaciones» a unos nueve kilómetros al norte de la ciudad, en lo alto de una colina llamada Bülbül, de 400 metros de altura.

A las pocas semanas confirmó que la información revelada por la monja alemana marcaba perfectamente el lugar en el que se encontraba la capilla de Panaya Kapulu, que en turco significa «Puerta de la Virgen». El padre Gouyet se basó, entre otras descripciones, en este párrafo:

> Después de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, María vivió tres años en Jerusalén, tres en Betania, y, al final, nueve en Éfeso. No estrictamente en la ciudad: Su casa estaba situada a tres leguas y media de allí, sobre una montaña que se ve a la izquierda viniendo de Jerusalén, y que asciende con una leve pendiente hacia la ciudad. Desde allí se ve Éfeso a un lado y el mar a otro (…). En medio se ven hileras de árboles magníficos, después estrechos senderos conducen sobre la montaña, cubierta de un verdor agreste. La cumbre presenta una planicie ondulada y fértil de una media legua de circunferencia: es ahí donde se estableció la Santa Virgen.

Según Emmerick, la Virgen preparaba las comidas en la cocina de fuego que estaba en el centro del cuarto, y muy cerca había una fuente de agua, en el monte de Pion, donde los cristianos de la región solían celebrar cada año la fiesta de la Virgen. Las excavaciones encontraron restos de los cimientos de una casa, así como algunos pedazos de carbón. Los análisis científicos llevados a cabo con el Carbono 14 revelaron que aquellas huellas databan del siglo I y del IV de nuestra era. Lo que se ve actualmente es una reconstrucción de la casa efectuada en el siglo VII, con modificaciones posteriores, siendo la última de 1951.

Además de estas revelaciones marianas y celestiales, existen al menos otras dos pruebas para determinar que la Virgen pudo haber estado en Éfeso. La primera es la basílica de San Juan Evangelista, muy cerca donde estuvo ubicado el templo de Artemisa, construida por el emperador Justiniano en el siglo VI sobre la supuesta tumba del santo. Y la segunda, es que en el año 431 d. C. se convocó el tercer concilio para aceptar que María es *Theotokos*, la Madre del Dios, y de esta manera condenar a Nestorio como hereje. En dicho concilio se redactó un texto en el cual se señaló que en Éfeso existía una iglesia dedicada a la Virgen en aquella época. Sería la primera de toda la cristiandad.

Monseñor Andre Timoni, arzobispo de Esmirna, junto con una comisión de eclesiásticos y seglares, convencidos de la veracidad de los hechos, le otorgó la categoría de Lugar Santo. Un gesto que quedó respaldado en 1896, cuando el papa León XIII visitó el lugar, algo que ha servido para que cada año visiten la casa unas cuatrocientas mil personas, entre ellas muchos musulmanes que consideran a María la madre del profeta Jesús.

Como ocurre con cualquier creencia religiosa arraigada en el pueblo, al final acaba teniendo ribetes supersticiosos, y no tanto por el agua que brota

en los alrededores de la casa de Éfeso, a la que se considera terapéutica, como por la costumbre de escribir deseos en un papel, en una cinta o en un pañuelo y luego anudarlo en el árbol que crece al lado de la Casa de la Virgen. Cuando el papel o la cinta caen al suelo por sí solos, el deseo queda cumplido. Al final las ramas del árbol estaban tan adornadas con estas cintas que la Iglesia decidió no erradicar esta costumbre, sino cambiarla de lugar, y se empezaron a poner los papelitos en la reja que circunda la capilla. Y de nuevo pasó lo mismo. Actualmente hay que ir a la tapia situada en el sendero descendente, donde se encuentra la fuente sagrada de tres caños, agua que bebe el devoto con fe y esperanza, siempre que no se tenga aprensión a las avispas que pululan a sus anchas, sobre todo en verano.

La tapia es un hervidero de papeles blancos y de colores, cada uno de los cuales contiene un anhelo. Me recordó un poco al Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén, donde los judíos insertan entre las rendijas de los bloques de piedras sus papelitos cargados de súplicas y plegarias para que lleguen más rápidamente al cielo, al ser considerado el Muro, al igual que la Casa de la Virgen, lugar sagrado. Otro «árbol de los deseos», en su más pura esencia, lo encontré en las inmediaciones de la mágica Cueva de los Siete Durmientes, también en Éfeso. Eso en el año 2008, porque en marzo de 2013, cuando regresé de nuevo, ya no había cintas, aunque al menos estaban las ramas.

Las revelaciones de Sor María Jesús de Ágreda

Las revelaciones de Emmerick obtenidas por hilo directo con la Virgen no son las primeras ni las únicas que han sido trasmitidas así. Una monja soriana del siglo XVII llamada sor María Jesús de Ágreda, de la orden concepcionista franciscana, tuvo similares fenómenos místicos. Tampoco salió de su convento a pesar de sus numerosas bilocaciones a Nuevo México y Arizona. Son revelaciones parecidas a las de Emmerick, aunque no coincidentes y a veces contradictorias. En la información recibida por sor María Jesús de Ágreda, la Virgen reside un tiempo en Jerusalén después de la ascensión de su hijo Jesús y luego se va a Éfeso acompañada de san Juan, si bien aquí no

tiene lugar su tránsito a los cielos. Según confiesa sor María Jesús, es la propia Virgen María quien le «dicta» la *Mística Ciudad de Dios*, una obra con un contenido tan heterogéneo que, a la postre, ha significado su descalabro en el santoral católico, quedándose tan solo en simple Venerable. En el capítulo I del libro VIII detalla dos posadas en las que viven durante su permanencia en Éfeso una vez que han salido de Jerusalén, tras recorrer unos mil kilómetros de distancia:

> En Éfeso vivían algunos fieles que desde Jerusalén y Palestina habían venido. Eran pocos; pero en sabiendo la llegada de la Madre de Cristo nuestro Salvador, fueron a visitarla y a ofrecerle sus posadas y haciendas para su servicio. Pero la gran Reina de las virtudes, que ni buscaba ostentación ni comodidades temporales, eligió para su morada la casa de unas mujeres recogidas, retiradas y no ricas, que vivían solas sin compañía de varones. Ellas se la ofrecieron por disposición del Señor con caridad y benevolencia, y reconociendo su habitación, interviniendo en todo los ángeles, señalaron un aposento muy retirado para la Reina y otro para San Juan. Y en esta posada vivieron mientras estuvieron en aquella ciudad de Éfeso.

Pero la Virgen no se queda en Éfeso el resto de su vida. Aquí difiere con el relato de Emmerick, porque regresa a Jerusalén para pasar los tres últimos años de su vida en la casa donde tuvo lugar el cenáculo, es decir, la Última Cena, y allí le comunican el tránsito que va a tener. Cuando llega el día, que no es el 15 de agosto como ha proclamado la Iglesia, lo hace rodeada de los apóstoles. Tiene en ese momento setenta años de edad. Lo dice en el capítulo 19:

> El sagrado cuerpo de María santísima, que había sido templo y sagrario de Dios vivo, quedó lleno de luz y resplandor y despidiendo de sí tan admirable y nueva fragancia que todos los circunstantes eran llenos de suavidad interior y exterior… Los apóstoles y discípulos, entre lágrimas de dolor y júbilo de las maravillas que veían, quedaron como absortos por algún espacio y luego cantaron muchos himnos y salmos en obsequio de María santísima ya difunta. Sucedió este glorioso tránsito de la gran Reina del mundo, viernes a las tres de la tarde, a la misma hora que el de su Hijo santísimo, a trece días del mes de agosto y a los setenta años de su edad, menos los veintiséis días que hay de trece de agosto en que murió hasta ocho de septiembre en que nació y cumpliera los setenta años.

Y luego la monja de Ágreda nos da unos valiosos datos cronológicos muy útiles para teólogos e historiadores que crean en la ciencia infusa:

> Después de la muerte de Cristo nuestro Salvador, sobrevivió la divina Madre en el mundo veinte y un años, cuatro meses y diez y nueve días; y de su virgíneo parto, eran el año de cincuenta y cinco. El cómputo se hará fácilmente de esta manera: Cuando nació Cristo nuestro Salvador tenía su Madre Virgen quince años, tres meses y diez y siete días. Vivió el Señor treinta y tres años y tres meses, de manera que al tiempo de su sagrada pasión estaba María santísima en cuarenta y ocho años, seis meses y diez y siete días; añadiendo a estos otro veinte, y un años, cuatro meses y diez y nueve días, hacen los setenta años menos veinte y cinco o seis días.

Para rematar la faena y poner fin a la polémica teológica sobre la posible muerte y ascensión de la Virgen, el 1 de noviembre de 1950 el papa Pío XII impuso el siguiente dogma a todos los católicos:

> Por nuestra autoridad afirmamos, declaramos y definimos como un dogma divinamente revelado que la Inmaculada Madre de Dios, María siempre virgen, terminada su vida terrestre fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celeste. Por lo que si alguien, lo cual a Dios no le agradaría, pusiera voluntariamente en duda lo que ha sido definido por nosotros, que sepa que ha abandonado totalmente la fe divina y católica.

¿Una nueva revelación? Algo así debió de tener Pío XII para afirmarlo con tal rotundidad y encima con amenaza incluida. Muy claras no debía de tener la Iglesia las ideas en esta cuestión para que el dogma no se estableciera hasta mediados del siglo XX. Si la Virgen, efectivamente, fue elevada a los cielos en cuerpo y alma, una de las consecuencias inmediatas que podemos extraer es que se ha cargado de un plumazo las ilusiones de los arqueólogos por encontrar algún día el esqueleto, la momia o los pocos restos óseos que queden de la Madre de Jesús.

Y si ya nos parecen demasiadas dos casas-tumba asociadas a la última morada de la Virgen, la de Jerusalén y la de Éfeso, hay una tercera para asombro y desesperación de los eruditos. Bien es verdad que esta última cosecha menos votos para ser considerada la auténtica. Me refiero a la que está ubicada en Murree, en el actual Pakistán, cerca de la frontera de Cachemira. Según la teoría de Andreas Faber-Kaiser y otros investigadores, la Virgen habría acompañado a Jesús en su huida a la India, tras haber sobrevivido «milagrosamente» a la cruz. Su madre no aguató tanta penalidad en el viaje y murió en el camino, ya muy cerca del punto de destino, que era Srinagar, en Cachemira. Desde entonces se llamó Murree en memoria de

María, la Madre de Jesús (hasta el año 1875) y desde entonces es conocido como Pindi Point. La tumba ha sido reconstruida y la sepultura se conoce por el nombre de *Mai Mari de Asthan*, significando «lugar de descanso de la Madre María». De acuerdo con la costumbre judía, la tumba está orientada de este a oeste y para muchos creyentes no hay ninguna duda de que debajo de esas piedras está el cadáver de María, ignorando los pobrecillos que ya lo había dejado bien claro el dogma de Pío XII.

Capadocia y su reino subterráneo

Cuando se viaja a un lugar lejano hay dos posturas posibles: la de los que leen todo lo posible sobre el mismo y la de los que quieren dejarse sorprender. Las dos tienen argumentos a favor y en contra y sirven para determinados lugares, pero no para las ciudades subterráneas de la Capadocia. Yo soy de los primeros. Me empapé de toda la información que pude conseguir antes de ir a Turquía, volar a la Capadocia desde Estambul y descender a las entrañas de Kaimakli, una de las treinta y siete ciudades subterráneas que quedan, de las doscientas que dicen que existirían en los momentos de su mayor esplendor. Me leí de todo: folletos, libros turísticos, novelas y obras heterodoxas como las de Erich von Däniken, *La respuesta de los dioses* (2003), que, siguiendo su línea habitual sobre los astronautas ancestrales, defiende la tesis de un contacto extraterrestre con esta población de Anatolia y la promesa de que algún día regresarán a la Tierra. Una buena empanada de datos.

Me hubiera gustado visitar Derinkuyu, pero «a falta de pan buenas son tortas». Kaimakli está situada a 19 kilómetros de Nevşehir y fue abierta al público en 1964. Se encuentra debajo del lugar llamado Kaymakli Kalesi (Fortaleza de Kaymakli), conocido antiguamente con el nombre de Enegüp. Las casas del pueblo se construyeron alrededor de los centenares de túneles que formaba esta ciudad. Descendí los primeros tramos, los cuatro primeros pisos de los ocho que dicen que tiene. La iluminación y la ventilación son perfectas, por eso, incluso los claustrofóbicos, entran sin miedo hacia sus entrañas, sin sensación de agobio. Yo lo hice acompañado de unas cuarenta

personas, lo que no es hacerlo en las mejores condiciones. Demasiada humanidad en esos estrechos pasillos.

No pude elegir. Derinkuyu tiene más literatura de misterio, es la ciudad más profunda y la que en su día fue más poblada, pero nuestra guía, Burçu, lo desaconsejó, pues hay que bajar muchos escalones y no todos los miembros del grupo, con un buen abanico de edades, estaban en la misma forma física.

Me compré el libro de Omer Demir, el arqueólogo que más ha investigado y escrito sobre estas ciudades, jubilado en la actualidad, que vive en Derinkuyu. Pronto me percaté de que había dos enfoques muy diferentes: la teoría oficial y la teoría heterodoxa. La oficial asegura que todas esas ciudades fueron construidas por los primeros cristianos a partir del siglo IV para huir de las persecuciones de los romanos. Una estupidez como otra cualquiera. Un trabajo ingente y ciclópeo para salvar su piel, hecho por unas personas que despreciaban la vida y que prácticamente buscaban el martirio. Muy pocos se lo creen. De hecho, el alemán Martin Urban, que efectuó los primeros estudios sobre la zona entre los años 1960 y 1970, hace una datación de estas ciudades subterráneas entre los siglos VII y VIII a. C.

La otra teoría, más convincente, pero más inquietante, asegura que los cristianos se encontraron con esas ciudades ya construidas y que las utilizaron para refugiarse en algunos casos, pero sobre todo para vivir, pues la temperatura en su interior es de unos 14 grados estables, mientras que en la superficie, dependiendo de si es verano o invierno, las temperaturas oscilan entre la tiritona y el achicharramiento.

Entonces, si no las construyeron los primeros cristianos, ¿quién lo hizo?

Se nota a la legua que hicieron falta unos conocimientos de ingeniería más que avanzados y sofisticados. Eso lo puede confirmar cualquiera que sepa de construcción, de albañilería, de minas o de ingeniería técnica. Cuanto más atrás nos vayamos en el tiempo, más punzante es el enigma, pues evidencia que nuestros antepasados, en lugar de ser tan lerdos y prehistóricos como se constata en los libros de texto de primaria, eran mucho más inteligentes e ingeniosos de lo que suponemos. Si tampoco fueron los romanos, de los que no hay evidencia ninguna, serían los macedonios en el siglo IV a. C., o los frigios o los hititas, lo que hace remontar la cronología al año 1500 a. C., y no es una mera especulación el decir esto, porque se han

encontrado utensilios hititas en algunas de las ciudades que no fueron habitadas por cristianos ni otomanos, es decir, que se hallaron vírgenes, intactas, como si fuera una tumba egipcia sin expoliar. Y eso es lo que ocurrió con la ciudad número 37.

En el libro de Jeoffrey Lamec *Capadocia*, se dice que en la cima de algunas de estas ciudades se han encontrado restos de lo que fueron pequeños refugios construidos en piedra que servían de guarida a los vigías apostados en ellas. La idea generalizada es que ante la proximidad de un peligro para la comunidad, los vigías se comunicaban mediante espejos reflectantes de una colina a otra, y así la población se ocultaba a tiempo en las galerías subterráneas. En el caso de que el enemigo lograse identificar una de sus camufladas entradas y penetrara en su interior, tenían un plan B, que consistía en huir por galerías que obstruían a su paso con grandes bloques de piedra, y luego descendían a niveles inferiores. Era muy importante que no descubriesen sus canales de ventilación, pues su hallazgo por el enemigo podría costarles un disgusto.

Eso es lo que dicen los arqueólogos. El dilema es dilucidar de qué enemigos estamos hablando. Lamec analiza uno de los misterios: ¿cómo es posible que estando en un terreno tan blando se hayan conservado tan bien? La explicación está en que la superficie excavada se endurece por efecto de la oxidación aproximadamente en las primeras cuarenta y ocho horas de estar en contacto con el aire, y con el tiempo se forma una capa dura que alcanza los seis centímetros de espesor.

Muchos de los que llegan a Nevşehir, la «capital» de la Capadocia, epicentro neurálgico de la región y centro de operaciones para visitar algunas de estas ciudades, ignoran que hasta los años sesenta del siglo pasado se desconocía incluso su existencia. Siempre habían estado allí, ocultas, bajo sus pies. Tan solo algunas leyendas hacían mención a la presencia de esta clase de ciudades infraterrenas. Se dice que el historiador ateniense Jenofonte, en su libro *Anábasis*, escrito en el siglo IV a. C., hace la referencia más antigua a estos poblados. En la batalla de Cunaxa, Ciro muere y el ejército espartano debe retirarse. Cuando Jenofonte pasa por la Capadocia en su regreso hacia Grecia, interroga a un muchacho y este le confiesa la existencia de una ciudad subterránea donde viven sus familiares. Jenofonte cuenta que estas gentes

excavaban debajo de la piedra caliza y la toba volcánica y porosa sus casas, capaces de albergar hasta 20.000 almas, y que se comunicaban unas con otras a pesar de existir varios kilómetros de distancia. Escribió:

> En los pueblos las casas se hallan bajo tierra. El acceso a las viviendas es tan estrecho como la boca de un pozo. Sin embargo, las estancias son amplias. Los animales también son descendidos pero a través de aperturas más amplias, camufladas de tal forma que desde la superficie son prácticamente imperceptibles. Todo el ganado: ovejas, cabras, vacas, aves de corral y sus crías son introducidos en las galerías más próximas a la superficie mediante escaleras. En el interior los habitantes elaboran una cerveza de alta graduación y un excelente vino a partir de las uvas de la región. En el momento de nuestra partida nos obsequiaron con pellejos de oveja llenos de este vino que cargamos sobre nuestras mulas.

Eso, que no falte vino ni cerveza, que así los peligros son más llevaderos. La ciudad de Kaimakli, por ejemplo, es de las más antiguas. Sus ocho niveles la otorgan una profundidad aproximada de 45 metros. Solo cuatro están abiertos al público y en su interior, además de pasillos y túneles (se han contabilizado unos 100 que comunican la ciudad subterránea con las viviendas actuales), hay establos y abrevaderos (cerca de la periferia), salones comunitarios, habitaciones familiares, lagares, salas de reuniones, cuevas sepulcrales y hasta cocinas con un sistema ingenioso para que el humo no delatara su presencia en caso de peligro. Un humo absorbido por la propia roca porosa…

Las áreas más importantes del tercer piso son las despensas, las bodegas y las cocinas, en las que hay una especie de molinos construidos con andesita. Esta piedra no fue traída del exterior, sino que proviene de las lavas que estaban debajo de la toba y que se extrajeron al ir excavando. Cuentan con 57 hoyos de trituración y mezcla, en los que se colocaban placas de cobre de 10 centímetros, desmenuzándolas y preparándolas para poder derretirlas posteriormente. Esta técnica se conoce desde los periodos prehistóricos. El tercer nivel es el más amplio de Kaimakli por el número de habitaciones de que dispone. En el cuarto piso están las despensas, las bodegas y los lugares para colocar o encajar en el suelo los cántaros y las tinajas. La cantidad de despensas existentes en un área tan pequeña refuerza la idea de que el número de habitantes era enorme.

En la mayoría de las paredes se ven numerosos nichos, en los que se colocaban candiles o lámparas de aceite de lino que permitían iluminar las estancias. Era un aceite llamado *bezir*, de color dorado, procedente de las semillas de lino, que suponemos que fue traído de otras regiones, ya que en la zona no se ha encontrado ningún lugar donde se produjese. El calor que desprendían estos candiles se aprovechaba también como calefacción en caso de necesidad.

Se visitan los cuatro primeros niveles completos —porque dicen que los cuatro inferiores están llenos de escombros— y se pueden ver las grandes ruedas de piedra, las de molino, llamadas *tirhis*, de 1,5 metros de diámetro y de unos 500 kilos de peso, que cerraban entradas y sellaban y aislaban un nivel de otro. No se traían del exterior, sino que se esculpían y tallaban dentro de la ciudad subterránea. En el centro de la piedra hay un agujero en el que introducían un cilindro de madera que les permitía rodar el pedrusco y obstruir el túnel de marras. Y hasta hicieron una pequeña capilla rupestre, con una nave y dos ábsides, en los que aún se pueden apreciar restos de pintura. Muchas viviendas particulares de la superficie tenían su propia entrada de acceso directo a la ciudad subterránea.

He visitado Kaimakli y Ozkonak. Todas ellas son auténticas megalópolis que disponían de ventilación, desagües y letrinas o fosas sépticas. Los misterios se amontonan en el momento en que uno va descendiendo por sus pasillos. La roca es térmica por su capacidad de mantener una temperatura constante, los canales de ventilación sorprenden, cuando metes la cabeza por uno de ellos, notas la corriente de aire que se genera en su interior. Además hay rústicos «interfonos» para comunicarse con el interior y con el exterior a través de un alarde de ingeniería difícil de explicar. Entre los pisos existían unos huecos de comunicación de unos diez centímetros de diámetro, gracias a los cuales, en tiempo de invasión, podían avisar a los otros pisos sin necesidad de pasar por los túneles.

No hay olores, ni humedades, ni sensaciones desagradables como las habría si bajáramos a una cueva, una bodega o un sótano de una casa que ha estado deshabitado durante mucho tiempo.

A día de hoy, 2017, se tienen localizadas de manera oficial unas 38 ciudades (otras versiones hablan de 96) con nombres tan sugerentes como

Derinkuyu, Kaymakli, Ozkonak, Mazi, Tatlarin, Aksar, Kirsehir, Meziköy, Acigöl, Güzelyurt y Saratli (que cuenta con tres niveles y un total de 40 habitaciones, por lo que también es conocida como Kirkgöz, «cuarenta ojos»). El número total de ciudades ocultas ha sido estimado en no menos de doscientas e incluso trescientas. Un censo elaborado en el año 1993 hablaba de 198, muchas sin explorar. La mayoría de ellas estaban comunicadas entre sí, por túneles kilométricos, constituyendo una auténtica sociedad subterránea compuesta por cientos de miles de habitantes. Por ejemplo, Derinkuyu y Kaimakli están a una distancia de ocho kilómetros, unidas por un túnel de unos dos metros de ancho. Se sospecha que 30 de esas ciudades podían haber estado comunicadas entre sí.

Y siguen apareciendo más. Una nueva ciudad subterránea fue encontrada a finales de 2014 y podría ser la urbe en el subsuelo de mayor extensión en toda Capadocia y quizá en el mundo. La institución TOKI (Administración para el Desarrollo Habitacional de Turquía), al remover un terreno de 45 hectáreas para la construcción de viviendas, se encontró con esta gigantesca área arqueológica, con galerías e iglesias, toda una inmensa ciudad con pasajes de hasta siete kilómetros de largo.

¿Y para qué tantas ciudades? ¿Tanta población había en aquellas épocas? Aquí aparece otro de esos datos sorprendentes que hacen chirriar los goznes de la ortodoxia. Según la entrevista que le hizo Javier Sierra al arqueólogo turco Abbas Ataman (y que aparece en su libro *La ruta prohibida y otros enigmas de la Historia*), si hacemos la suma total, cabrían un millón doscientas mil personas en el interior de todas ellas. Está claro que no había tanta gente por aquellos lares. Como mucho, podrían estimarse unos 50.000 habitantes en todos los poblados de la región de Capadocia. Entonces, ¿para qué este alarde de majestuosidad? ¿Para qué tanto derroche físico y tecnológico, si lo que se pretendía era huir del enemigo? No encaja esa hipótesis, ya que un enemigo avispado y bien adiestrado, a la mínima sospecha de que se escondían bajo tierra, les hubieran ahumado o intoxicado con productos nocivos por cualquier abertura que hubieran encontrado. Ocultarse así de un posible ejército no parece una estrategia muy inteligente, además de ser muy costosa. Creo que el peligro era otro y mucho más potente y duradero. Sigan leyendo.

Derinkuyu, situada a 29 kilómetros de Nevsehir y abierta al público desde 1965, en turco significa «pozo profundo» (qué curioso, porque eso indica lo que parece más evidente: que la población que vivía en la superficie conocía de su existencia, pero para ellos era un secreto de Estado que pasaba de padres a hijos, puesto que el nombre antiguo es Melahopea o Melegop). Es la más grande de todas las localizadas hasta el momento. Los arqueólogos menos timoratos dicen que hay sitio para 10.000 personas. Tiene unos veinte niveles bajo tierra, con más de 100 metros de profundidad, aunque solo hay excavados once y se pueden visitar ocho. En el nivel 7 hay un pozo que desciende a 85 metros y aparentemente no está comunicado con ninguno de los 52 pozos de ventilación o chimeneas de aireación excavados en línea recta en la roca viva.

Estas ciudades han permanecido ocultas durante mucho tiempo y han pasado por diferentes avatares. No eran los mismos peligros los que había en la fecha de su construcción que cuando llegaron los primeros cristianos. Eran ciudades que se iban acondicionando según los gustos o circunstancias sociales. Estaban provistas de pozos de agua y falsos pozos para confundir al enemigo en caso de que tuviera aviesas intenciones de contaminar su agua potable, y hasta había un espacio destinado a catacumbas para enterrar provisionalmente sus cadáveres en caso de que no los pudieran llevar a la superficie.

El hecho de que en la zona hayan sido descubiertos relieves e inscripciones de la Edad del Bronce, así como pasajes subterráneos, llamados *potern*, utilizados en el sistema de defensa de las ciudades hititas, refuerza la creencia de que este pueblo vivió y contribuyó a la construcción y expansión de las ciudades. Si se remontaran a los hititas, quiere decir que estaban construidas desde hace al menos 3.500 años, y aun así la primera ciudad se descubre en el año 1963, y por casualidad. Fue la de Derinkuyu, mientras se hacía la reforma de una vieja casa que se derrumbó dejando al descubierto el «secreto», nada menos que la entrada a una galería subterránea que conducía a otras y otras, hasta que se dieron cuenta de la envergadura de la ciudad que acababan de localizar, llena de objetos y utensilios que pertenecían a distintas épocas, entre ellas la de los primeros cristianos.

Puestos a especular, el mero hecho de que estas ciudades permanecieran ignoradas hasta hace unos pocos años indica lo poco observadores que somos los humanos, incapaces de ver lo evidente, o lo bien camufladas que estaban. Su secreto se transmitía de padres a hijos con la condición de no revelar a un extraño su existencia.

Es normal que no se encuentre ningún indicio arqueológico de las épocas neolíticas o de los hititas, porque seguramente desaparecieron con los pueblos que llegaron después de ellos. Y surgieron numerosas leyendas. No son pocos los investigadores que creen que la existencia de estas megalópolis debajo de tierra dio origen a mitos como Agharta, Shambala o Belovodié.

Veamos el origen y la posible causa principal de la existencia de estas ciudades. Fue el investigador Andrew Collins quien se percató de que hacia el noveno milenio antes de Cristo, Turquía sufrió una era glacial que duró 500 años. Y los habitantes de estas regiones, más altos que nosotros, decidieron refugiarse del frío y la nieve del exterior excavando ciudades en el interior, en las que la temperatura era siempre constante. No es el único que apunta hacia esta hipótesis. Graham Hancock y Colin Wilson defienden que existieron civilizaciones desarrolladas en el Paleolítico, mucho antes de Mesopotamia o Egipto, que se esfumaron tras la llegada de la última glaciación. Para todos ellos, aquel cambio climático de hace 12.000 años colapsó el curso de la Historia por un tiempo y a la vez dio un nuevo impulso para que surgiera otro paradigma y otra visión del mundo, basados esta vez en el sedentarismo y la agricultura.

Es decir, sus constructores huían del frío, de un cambio climático brutal, y no se les ocurrió mejor manera de sobrevivir que excavar. Haciendo alarde de unos conocimientos insospechados. Luego, cuando se fueron, los hititas, frigios, romanos y cristianos se aprovecharon y readaptaron esas urbes. Y eso nos plantea muchos interrogantes asociados a su manera de construir, porque cualquier experto sabe que a partir de 20 metros bajo tierra se necesita oxígeno supletorio para respirar, y sabemos que ciertas ciudades de la Capadocia tienen túneles de más de 100 metros de profundidad y no se han derrumbado. Un queso de gruyer que hoy día sería difícil de ejecutar.

Y, repito, ¿por qué tantas habitaciones para una población tan exigua?…

Hiérapolis-Pamukkale: una puerta directa al infierno

Dice la *Edda de Snorri*, libro sagrado de la mitología escandinava: «Hacia abajo y hacia el norte está el camino del infierno». Con esas coordenadas geográficas no es extraño que muchos se pierdan o que digan haber localizado las auténticas entradas al Inframundo, en plural, porque no hay una sola, sino muchas y en distintos lugares. Algunas hacia al norte, otras hacia el sur, pero siempre hacia abajo…

La ubicación exacta de la puerta, al parecer, no la sabe ni Cancerbero, y eso que es su guardián. Hay que fijarse en las leyendas, que son las miguitas de pan que nos señalan el camino de varios enclaves geográficos, firmes candidatos a ser entradas sulfurosas de las mismísimas Calderas de Pedro Botero. Leyendas que a veces rescatan, proclaman y resucitan las noticias de prensa.

En el mes de abril de 2013 se publicó que un grupo de investigadores italianos había hallado algo importante en la antigua Hierápolis, ciudad helenística situada al suroeste de Turquía, donde hoy se encuentra la turística Pamukkale. El hallazgo era una cueva que, según ellos, podría corresponder a la Puerta de Plutón (el Hades de los griegos). Y el titular periodístico rezaba: «Han descubierto la auténtica puerta al infierno». Pobres diablos. Se basaban en documentos históricos que aseguraban que esta entrada al Averno estaba rodeada de vapores letales, tal y como escribió en el siglo I a. C. el geógrafo griego Estrabón, quien cuenta que «este espacio está lleno de un vapor tan denso y brumoso que apenas se puede ver el suelo. Cualquier animal que pasa por el interior encuentra la muerte de súbito».

Estrabón dejó escrito que existían tres *plutonion* —tal como se conocían estos lugares en griego—, que se ubicaban cerca de cuevas o lagos, con extrañas propiedades físicas y químicas que los hacían muy peligrosos. Uno de ellos estaba en una colina entre las ciudades turcas de Aydin y Nysa; otro cerca del lago del Averno, en Nápoles (que debe su nombre a esta creencia), y un tercero, al que Estrabón dedicó especial atención, en la ciudad frigia de Hierápolis.

¿Los *plutonium* eran puertas del infierno? Pues no. La de Hierápolis es una cueva subterránea con columnas jónicas e inscripciones a Plutón y Kore,

divinidades del Inframundo, puesto que hay dióxido de carbono. El hallazgo no era novedoso, pues ya se sabía de su existencia desde los años sesenta, pero se desconocían su ubicación exacta y su forma.

Pamukkale es famosa por sus piscinas de carbonato de calcio, y el agua termal de las mismas surge precisamente del manantial de la cueva del *plutonium*. Eran los eunucos de Cibeles, la antigua diosa de la fertilidad, los únicos que sabían el secreto para poder entrar en las cuevas y salir airosos de allí. Estrabón cuenta que «sostienen la respiración lo más que pueden». Por la cuenta que les traía.

Los especialistas dicen que los peregrinos lo tenían como un lugar sagrado donde se bañaban en las piscinas, luego dormían cerca de la cueva y, gracias a una dosis adecuada de esos gases mefíticos, recibían durante el sueño alucinaciones que les servía para diagnosticar su enfermedad y curarse, si es que se curaban. Y estas propiedades las atribuían al poder de Plutón. Gases similares emanaban de la grieta donde estaba situado el templo de Apolo, en Delfos, gracias a los cuales las pitonisas entraban en trance y profetizaban. Otra cosa es que acertaran.

No por casualidad, el *plutonium* que existe cerca de Nápoles, en Pazzuoli, en el interior del lago Averno (que no podían sobrevolar los pájaros), se encuentra en las inmediaciones del mítico antro de la sibila de Cumas, del que ya hemos hablado. En la primera parte de la *Divina Comedia* de Dante, dedicada al infierno, en su canto tercero hay una terrible frase que está escrita en el dintel de la Puerta del Infierno, con caracteres negros: «¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!».

Hierápolis (que significa «ciudad sagrada») estuvo funcionando hasta que los cristianos, en el siglo VI, lo destruyeron. Cambio de época. Cambio de mentalidad y de creencias. Cuando se pasea por las tumbas de sus tres necrópolis, se comprueba que muchas están rodeadas de cal. La misma que forma las estructuras caprichosas de Pamukkale, con su famoso «castillo de algodón».

Es curioso, porque arriba hay un paisaje de ensueño, asociado a la vida, que atrae hoy a miles de turistas; abajo, un paisaje asociado a la muerte, que atrajo a miles de peregrinos griegos y romanos en busca de aguas curativas

que aliviasen sus enfermedades o, en su defecto, en busca de su último descanso.

IV

ÁFRICA

«Pues sí, África nos habla.
Nos envía al carajo y hace bien».
GEORGE SIMENON

EGIPTO

> «Porque yo, Sinuhé, soy un hombre y como tal he vivido en todos los que han existido antes que yo y viviré en todos los que existan después de mí. Viviré en las risas y en las lágrimas de los hombres, en sus pesares y en sus temores, en su bondad y en su maldad, en su debilidad y su fuerza.
> Como hombre, viviré eternamente en el hombre y por esta razón no necesito ofrendas sobre mi tumba ni inmortalidad para mi nombre».
> MIKA WALKARI, *Sinuhé el egipcio*

LAS CÁMARAS OCULTAS

En uno de los magistrales y enigmáticos cuentos de Jorge Luis Borges —*El Aleph*— se dice, casi al final del mismo y de sopetón: «Los fieles que concurren a la mezquita de Amr, en El Cairo, saben muy bien que el universo está en el interior de una de las columnas de piedra que rodean al patio central… Nadie, claro está, puede verlo, pero quienes acercan el oído a la superficie, declaran percibir, al poco tiempo, su atareado rumor».

Los libros, los medios de comunicación, las agencias de viajes, las películas… nos repiten incesantemente que debemos conocer un país que nunca deja indiferente. Distintos escritores han centrado y basado los argumentos de sus novelas en Egipto, desde Agatha Christie hasta Terenci Moix. Yo lo he visitado en cuatro ocasiones y es verdad que siempre hay algo nuevo que descubres y que te sorprende. Egipto forma parte de la ruta de cualquier viajero exótico y esotérico que se precie.

La meseta Gizeh, Sakkara, Dashur, Karnak, el Museo de El Cairo, Abydos, Dendera, el Valle de los Reyes, Abu Simbel… lugares que resuenan con eco de misterio. En 1945 se encontraron diversos Evangelios Gnósticos, como los de Tomás, María y Felipe, en la localidad de Nag Hammadi, con una antigüedad que los remonta al siglo II. En 1987 un equipo de japoneses de la Universidad de Waseda, en Tokio, lograron detectar con su radar la existencia de todo un laberinto de pasillos y cámaras huecas en el interior de

la pirámide de Keops. En 1993 se descubre una losa dentro de uno de los conductos de ventilación de la Cámara de la Reina de dicha pirámide. En septiembre de 2002, casi diez años después de tan fantástico descubrimiento, se anuncia de manera oficial la apertura de la misma o, mejor dicho, la realización de un pequeño agujero en su centro para que pase el diminuto robot Upuaut a ver qué hay detrás de ella. La retransmisión por National Geographic Channel nos mostró que había una cavidad vacía y al final otra nueva puerta, esta vez lisa, sin guarniciones de metal.

Lo que desató la admiración de propios y extraños fue el descubrimiento de las momias del oasis de Bahariya, en una zona llamada el Valle de las Momias de Oro, enorme necrópolis de 6 kilómetros cuadrados, en cuyas galerías se calcula que pueden descansar más de 10.000 momias de época grecorromana. Solo se dio permiso para su divulgación en 1999, coincidiendo con el estreno de la película *La Momia*. Qué casualidad…

Cada nuevo hallazgo y cada teoría generan más expectación. Un escaneado con radar, hecho por investigadores japoneses en 2016, reveló que detrás de los muros de la tumba de Tutankamon hay dos huecos o cámaras, en las que se ha detectado presencia de material metálico y orgánico. Están seguros al 90 por ciento de esta hipótesis. Ahora bien, si hay al menos dos cámaras secretas, ¿qué pueden albergar? La teoría del arqueólogo británico Nicolas Reeves es que se trataría del sepulcro de Nefertiti, camuflado en una de las paredes de la tumba de su hijo adoptivo, el faraón Tutankamon, cuya repentina muerte habría motivado el uso improvisado de esta recámara. Eso explicaría que KV 62 (la denominación oficial de la estancia) fuera tan pequeñita y estuviera tan abarrotada de objetos. Sencillamente, no hubo tiempo de hacer un sepulcro con el boato que hubiera merecido. En ese sentido, se ha apuntado que la Tumba de los Monos (WV 23), en el ramal occidental del Valle de los Reyes, era la destinada a Tutankamon y la usurpó su sucesor Ay.

Intrigas, conspiraciones, «juegos de tronos» y mucha historia que falta por desentrañar aún. Lo primero que detecta el viajero al visitar cualquiera de sus templos o tumbas son los jeroglíficos de sus columnas y paredes, donde está grabada gran parte de su historia mágica. Y no está de más recordar que la palabra jeroglífico —según el egiptólogo R. A. Schwaller de Lubicz— se

decía en egipcio *Medú Neter*, que a su vez significa «palabras divinas» o «palabras de los dioses». Historiadores, escritores, astrónomos, geólogos y místicos han dirigido allí sus pasos en busca de inspiración. En 1781 el erudito francés Antoine Court de Gébelin aseguró que los 22 arcanos mayores de las cartas del Tarot eran un «libro mudo» que contenía las enseñanzas secretas del dios Toth.

Por supuesto, hay dos Egiptos diferenciados: el del mundo árabe, que son sus habitantes actuales, y el del mundo egipcio, representado por los restos arqueológicos de personas que vivieron, trabajaron y murieron en estas tierras. No hay viajero (incluso turista) que vuelva defraudado, a pesar del tórrido calor, los mosquitos, las tiendas, los pedigüeños y los guías. Egipto da para eso y para más.

El problema surge cuando intentamos averiguar el origen de esta fastuosa civilización. Los egiptólogos cuentan con una lista de reyes que aparece en el templo de Abydos, dividida en cinco secciones verticales y tres horizontales: empieza con el reinado del faraón Menes en el año 3100 a. C. y finaliza con el de Seti hacia 1300 a. C., abarcando un periodo de casi 1.700 años. ¿Y antes de Menes? Cualquier manual de egiptología nos dirá que nos hallamos ante un periodo oscuro con reyes predinásticos, un linaje que abarcaría una cantidad de años impensable para cualquier historiador y mucho más si ya habían gobernado dioses, semidioses y espíritus de los muertos. Tal cual.

Contamos con tres fuentes históricas diferentes para averiguar quiénes eran estos legendarios gobernantes anteriores a Menes: Manetón, el Papiro de Turín y la piedra de Palermo, todas ellas con valiosa información a la vez que dudosa aceptación por los modernos egiptólogos. Y advierto que nos metemos de lleno en una cronología prohibida que hace rechinar los dientes a cualquier historiador. Para el físico y matemático André Pochan, egipcios y caldeos llevaron observaciones astronómicas durante más de treinta mil años. El historiador Beroso nos habla de la friolera de 432.000 años y Diodoro de Sicilia, un famoso historiador griego del siglo I a. C., que empleó treinta años en escribir una Historia universal, visitó Egipto y allí fue asesorado por los sacerdotes de aquella época que le dijeron que los primeros monarcas del país del Nilo reinaban desde hacía 23.000 años.

Y por si fuera poco, Manetón, sumo sacerdote de Egipto en el siglo III a. C., nos proporciona la siguiente lista, cuyas cifras no concuerdan con lo que nos han dicho, ni siquiera el reinado de Menes. Gracias a los fragmentos recogidos por Eusebio de Cesarea, esto es lo que anotó el escriba Manetón:

DINASTÍAS	DURACIÓN	ÉPOCA
De los 9 dioses	13.900 años	30544 a. C.
De los semidioses	1.255 años	16644 a. C.
Primer linaje de Reyes	1.817 años	15380 a. C.
Otros 30 reyes	1.790 años	13572 a. C.
Diez reyes de This	350 años	11782 a. C.
Espíritus de la Muerte	5.813 años	11432 a. C.
I Dinastía (Menes)	253 años	5619 a. C.

En general, se habla de tres grandes etapas:

—Los Neteru o dioses que gobiernan durante 13.900 años.
—Los Shemsu-Hor, semidioses y espíritus que gobiernan durante 11.025 años.
—Desde el rey Menes y las dinastías siguientes.

Si todos estos reyes hubieran sido figuras inventadas o mitológicas, ¿para que tomarse el trabajo de inventar la duración de sus reinados, más aún con cifras tan exactas? El Papiro o Canon Real de Turín comienza con una relación de dioses y reyes míticos y cita expresamente a Ptah, Horus, Maat y Ra. El primer nombre de un faraón humano aparece en el epígrafe 2.11 y se cita como «Meni». Contiene los nombres de unos 300 monarcas en orden cronológico, incluyendo a los hicsos extranjeros, así como la duración de todos sus reinados en años, meses y días. El mismo rigor para los dioses predinásticos que para los faraones dinásticos. Esto es lo que ha hecho decir a estudiosos de esta milenaria cultura, como John Anthony West, en su obra *La*

serpiente celeste: «La civilización egipcia no fue un desarrollo, sino una herencia. Todo está allí desde el primer momento».

Dejemos de lado estas «cronologías imposibles», un tanto mareantes, y vayamos a otros mareos, porque hay veces que las maravillas artísticas y religiosas son tan abrumadoras que provocan síndrome de ansiedad en algunos turistas (el caso de Italia con el «síndrome de Stendhal» o el de Israel con el «síndrome de Jerusalén»). En Egipto este efecto se duplica, si cabe, por el calor. Muchos son los que dicen haber tenido alguna experiencia sagrada y psíquica, de mayor o menor intensidad, en sus templos. Crowley afirmó que estuvo en la Gran Pirámide en el mes de abril de 1904 y se le apareció una entidad incorpórea, llamada Aiwass, que le dictó durante tres días los tres capítulos que constituyen *El libro de la ley*, donde expone su célebre máxima de: «Haz tu voluntad, será toda la Ley». E hizo su santa voluntad todo lo que quiso y le dejaron. La nueva religión de Thelema encontró aquí su fundamento, y también predijo una nueva era en la historia de la humanidad, el Eón de Horus. Y Crowley sería su mesías, claro.

El periodista inglés Paul Brunton, autor de *Egipto Secreto* (1936), pasó una noche en la Cámara Real de la pirámide de Keops, con permiso del pachá. Se había preparado física y psíquicamente para la experiencia, ayunando durante tres días. A las pocas horas él mismo relata que «comenzó a insinuarse en mí la extraña sospecha de una presencia que rompía la soledad». Entró en contacto con dos «sumos sacerdotes de un antiguo culto egipcio», vestidos con túnicas blancas, quienes le condujeron a una «sala de aprendizaje». Le revelaron que en la pirámide se conserva el recuerdo de estirpes remotas. Brunton llegó a afirmar que estos espíritus le llevaron a una estancia que se encuentra a muchos metros de profundidad por debajo de la gran pirámide, estancia que, hasta el momento, no ha sido descubierta.

Otro que habló de una «cámara secreta de los archivos» fue el vidente Edgard Cayce. Dijo que se encontraría con documentos y objetos provenientes de los habitantes atlantes instalados en Egipto. Según él, existiría un pasadizo que va desde la pata delantera derecha de la Esfinge hasta la entrada a la cámara secreta. Según las propias palabras pronunciadas por Cayce mientras se encontraba en estado de trance:

> Allí dentro se encuentra una Biblioteca —llamada también el Salón de los Registros— que custodia el registro de los acontecimientos transcurridos en la Atlántida desde los tiempos en que la Esfinge fue edificada, así como de los logros de su portentosa civilización. También alberga un registro de los contactos que esta mítica civilización tuvo con otras naciones, así como la crónica de la destrucción del mítico continente y los cambios que se produjeron en el mundo como consecuencia. La biblioteca guarda registros de cómo se construyó la gran pirámide de la iniciación —la pirámide de Keops—, que junto a la Esfinge no son más que copias de objetos ya existentes en la Atlántida, ahora sumergida. Pero la Atlántida resurgirá de nuevo del fondo de los océanos. La Esfinge ha sido desde su construcción el centinela que guarda el secreto y el acceso a la biblioteca, a la cual nadie tendrá acceso hasta que llegue el tiempo adecuado [378-16; 29 de octubre, 1933].

Hasta que ese momento llegue (si llega), otro método de revivir aspectos del pasado es el utilizado por el doctor Wood durante sus investigaciones arqueológicas en el templo de Karnak en el año 1955. Se valió de la colaboración de la sensitiva Miss J. Beaumont (más conocida con el pseudónimo de Rosemary) para averiguar aspectos de la fonética del egipcio antiguo y de la vida de los faraones. Revelaciones que no se pueden demostrar. Ese es el problema.

No hace falta ser entendido en arqueología para que nos invada una sensación de asombro al contemplar lo que aún queda en pie en Karnak, incluida su sala hipóstila y su lago sagrado. Tenemos el testimonio del joven Jean-François Champollion cuando tenía poco más de veinte años, que escribió lo siguiente al enfrentarse por vez primera a Karnak: «No intentaré describir la impresión que me produjo el gran propileo y, sobre todo, el pórtico del gran templo… Permanecimos dos horas en éxtasis».

Lo cierto es que el nombre de Karnak, tomado del vecino poblado moderno (el-Karnak), se emplea para designar, no a un solo templo, sino a un vasto conglomerado de capillas y otras construcciones, hoy en ruinas, que pertenecen a diferentes periodos y constituye lo que en egipcio antiguo se denominó *Ipet-isut*, es decir, «el más selecto de los lugares». Muchos de los que visitan este enclave coinciden en afirmar que nada produce una emoción tan abrumadora y duradera como este aparente caos de templos, muros, obeliscos, columnas, estatuas, estelas, patios, relieves, santuarios, lagos… y, sobre todo, una capilla apartada y dedicada a la diosa Sekhmet, con su estatua de basalto negro… No digo más.

El templo dual de Kom-Ombo

A pesar de su originalidad, el turista no le suele prestar mucha atención al templo de Kom-Ombo. Más de uno podría pensar que se trata de uno más de los muchos templos que se construyeron durante la época ptolemaica en el Alto Egipto —unos tres siglos antes de Cristo— y es verdad a medias. Como ocurrió en Dendera y Edfu, el templo actual reemplazó a un antiguo santuario de menores proporciones y con más solera en cuanto al misterio. Si el viajero observa bien, comprobará que la estructura de Kom-Ombo es dual y distinta de las demás existentes en el resto del país. Los tours turísticos incluyen su visita. Está situado a dos kilómetros al sur del pueblo del mismo nombre. Ya se haga en crucero por el Nilo o en autobús, es la última parada entre Luxor y Asuán. Lo que le hace original y diferente es que no se encuentra situado en un llano, como otros, sino que ocupa la cima de una pequeña altiplanicie. Por esta razón, tiene aspecto de Acrópolis, ya que domina el río Nilo desde una altura de quince metros.

En mi primer viaje a Egipto hubo tres complejos arqueológicos que me sorprendieron más que las pirámides o la esfinge. Tal vez porque no me lo esperaba. Me refiero al Serapeum, Abydos y Kom-Ombo. En el Serapeum de Saqqara, que por sí solo merecería un capítulo, se exhiben un total de 24 nichos con enormes sarcófagos de granito. Pero enormes. Ataúdes gigantes de color negro, cada uno de los cuales pesa unas 65 toneladas y mide ocho metros de largo y cuatro de ancho. Muchos están cerrados con losas de la misma piedra. Dicen que allí se enterraban toros. Ni rastro hay en el recinto de las momias de los toros sagrados que simbolizaban a Apis ni de nada orgánico, desde que Auguste Mariette descubrió estas tumbas en 1851. Todos vacíos. Y ni una sola inscripción. Se cerró en 2002 para restaurarlo y se ha reabierto en 2012. Cuando vayan a Egipto, no se lo pierdan bajo ningún concepto. Y luego opinen ustedes mismos.

Y vayamos de nuevo al templo de Kom-Ombo. Había leído que durante la construcción se pronunció una serie de conjuros mágicos para crear una protección especial, una suerte de barrera invisible a lo largo de todo el perímetro del edificio. Nada más llegar notas que, en vez de una entrada en la

fachada, tiene dos. ¿Por qué? Porque está dedicado a dos dioses, a dos cultos, a dos formas de energía, a dos polaridades: al dios *Haroeris* (una de las manifestaciones solares de Horus, en concreto, a Horus el Viejo) y al dios *Sobek* (que representa lo acuático, la fuerza de las emociones). Aquí radica gran parte de su misterio: hay una puerta de luz y una puerta de oscuridad. Merece la pena estar atento al singular diseño interior de este doble templo: cada una de sus entradas corresponde exactamente con una doble serie de puertas que se prolongan de una punta a otra del edificio. Tiene dos pasillos que rodean los vestíbulos y dos capillas (en lugar de una, como era costumbre) y dos cámaras de ofrendas y dos santuarios, uno al lado del otro.

El lado derecho de la fachada principal está dedicado al dios cocodrilo, Sobek, y junto a la puerta se puede ver una pequeña cámara o capilla en cuyo interior se conservan todavía unos pequeños cocodrilos momificados (cuatro) en honor a uno de los dos dioses que comparten el culto en Kom-Ombo: Sobek, llamado *Suchos* por los griegos. Este dios fue muy favorecido por las Dinastías XII y XIII. Muchos de los gobernantes de ese periodo eligieron llevar el nombre de Sebekhotep (que significa «Sobek está satisfecho», no sabemos de qué). Su principal lugar de adoración estaba en el oasis de El Fayum y su templo se levantaba en la ciudad de Shedet, que los griegos llamaban muy acertadamente Cocodrilópolis, donde existía un lago con un saurio protector. Es curioso observar cómo algunas imágenes cristianas de san Jorge clavan su lanza, no a un dragón, sino a un cocodrilo. Una de ellas, que se conserva en el Museo del Louvre, tiene forma de caballero con rostro de halcón. En otras palabras, Horus alanceando a Set metamorfoseado de esa guisa. Para que luego digan que muchas leyendas cristianas no tienen su origen en leyendas paganas. Sobek dio lugar a una tríada de dioses, convirtiéndose en esposo de Hathor y padre de Khonsu, los cuales también tienen sus respectivos templos en Kom-Ombo.

El juego de las polaridades en este recinto sagrado se pone de manifiesto a través de dos esculturas de las que actualmente tan solo quedan unos pequeños fragmentos. Las investigaciones realizadas por el equipo francés de Blanche Mertz a principio de los años ochenta determinaron —a través de sus biómetros de Bovis— que la estela pétrea dedicada a Haroeris estaba deliberadamente cargada con 12.000 unidades de energía vibrante y que

correspondía al lado positivo del templo. Una intensidad de 18.000 unidades sería, según sus palabras, «un lugar con un campo de fuerza tan sublime que solo un iniciado poseía la facultad de soportarlo». De otro lado, se encuentra la estela de Sobek (paralela, a unos cuatro metros de distancia de la de Haroeris), simbolizando las fuerzas de la tierra, cuyas unidades de medida descendieron bruscamente a 1.000 (un lugar debilitado que puede resultar nocivo para hombres, animales y plantas). La conclusión a la que llegaron —y que quedaron plasmadas en su libro *Pirámides, catedrales y monasterios*— fue que el pequeño menhir que representa a Horus tiene bajo su centro una concentración de varios rayos H (llamados así en honor del doctor Ernest Hartmannn, que descubrió esta red telúrica en forma de cuadrícula orientada de norte a sur y de este a oeste, siendo la anchura de cada rayo de 21 centímetros) y emite una poderosa energía, permitiendo al hombre recargarse en unos pocos minutos. Por el contrario, la piedra dedicada a Sobek tiene los rayos H separados en las cuatro direcciones y es el lugar ideal para descargarse de un exceso de energía o de estrés.

Esta función terapéutica del templo de Kom-Ombo se aprecia claramente en varios de los jeroglíficos que se muestran sobre las paredes del mismo. En una atenta observación podremos apreciar instrumental médico y quirúrgico para realizar operaciones, así como la postura correcta para dar a luz (que es en cuclillas), o una serie de esclavos o prisioneros de guerra, todos ellos sin un brazo, que, a primera vista, no tienen mayor particularidad salvo una pequeña hendidura sobre sus cabezas. La explicación hay que buscarla en el rumor de que tocando el rostro de cada uno de estos esclavos uno se podía liberar de enfermedades, transmitiendo, por un acto mágico, sus dolencias a la piedra.

MEMNON: LAS ESTATUAS QUE CANTAN

Los que viajan a la zona de Tebas y van a visitar el templo funerario de la reina Hatshepsut, a la ida o a la vuelta deberían hacer una parada para contemplar los impresionantes colosos de Memnon que se encuentran a un lado de la carretera principal. De momento —y ya verán por qué lo digo—

son dos grandes estatuas de más de 15 metros de altura, muy deterioradas, pero que aún conservan la grandeza de su pasado. A simple vista, tienen poco o nada de interesante salvo las proporciones. Ahora bien, que el viajero avispado no se deje engañar por la apariencia desastrosa y desoladora que tienen. Ambos colosos representan al rey Amenofis III, ya sin rostro (el mismo que construyó el templo de Luxor) y fueron erigidos alrededor del año 1400 a. C. en plena Dinastía XVIII. En un principio flanqueaban la entrada al templo funerario de este faraón, que era el padre de Amenofis IV, el famoso Akhenaton, que tantos quebraderos de cabeza y estragos causó a su reino por su disidencia religiosa.

El inmenso templo quedó prácticamente destruido por el paso del tiempo y, sobre todo, por un virulento terremoto que resquebrajó las estatuas en el año 27 a. C. Hoy lo único que queda en pie son estos dos colosos, que tuvieron que ser reconstruidos, piedra por piedra. Lo que llama la atención de estas estatuas es que su finalidad no era la meramente decorativa para el mausoleo. Si hemos de creer antiguos relatos que se refieren a ellas, las mismas emitían un extraño sonido cuando los rayos del sol del amanecer tocaban sus labios pétreos. Otra versión precisa que esta extraordinaria cualidad la empezó a adquirir uno de los colosos a raíz del citado terremoto. Los numerosos testigos que visitaron estos monumentos a partir de aquella fecha aseguraban que la estatua dejaba oír, a la salida del sol, un ruido análogo al de un lamento. Fueron muchos los que durante siglos acudieron a este lugar para ser testigos del fenómeno. Uno de ellos fue un viajero inglés —Charles Perry— que lo visitó en el siglo XVIII y recogió esta ancestral creencia en su libro *A View of the Levant* (1743): «La más septentrional se dice que es la estatua de Memnon y está cubierta por un gran número de inscripciones griegas y latinas; son muchos los testimonios de personas que aseguran haber escuchado claramente un sonido a la salida del sol».

Una explicación que se ha manejado es que el sonido estaba provocado por la fuerte dilatación que experimentaba la piedra con los primeros rayos de sol, después de haber estado expuesta durante toda la noche a las frías temperaturas del desierto tebano, lo cual producía una vibración audible. Otros hablan de un sofisticado mecanismo tecnológico que ha desaparecido. Evidentemente, el nombre de las estatuas —Memnon— no es egipcio, sino

que proviene de una antigua leyenda griega. Cuando ocurrió el terremoto, eran los helenos los que gobernaban Egipto (las dinastías Ptolemaicas) y decidieron que estas estatuas tan singulares, capaces de emitir sonidos melódicos, debían hacer referencia al dios Memnon, hijo de la Aurora (o Eos), la diosa del amanecer, que saludaba alegremente a su madre cuando aparecía temprano por la mañana. Se cuenta que en el año 130 de nuestra era el emperador romano Adriano tuvo la oportunidad de escuchar por tres veces los sonidos de este coloso, que estuvo «cantando» unos cuantos años más, hasta que otro emperador, Septimio Severo (193-211), a la vista del deterioro de las estatuas, las mandó reparar con la mejor de las intenciones. A partir de ese momento, el alma de las piedras desapareció, el misterio musical que albergaba su interior enmudeció, convirtiéndose en lo que son ahora: dos gigantes mudos que ya no pueden relatar al viajero la grandeza de su pasado en la gran necrópolis en la antigua ciudad de Tebas.

Algunos astroarqueólogos e investigadores de lo insólito, como el ruso Andrew Tomas, atribuyen el sonido a algún complicado mecanismo científico activado por los rayos del sol, que fue inadvertidamente dañado durante los trabajos de restauración. «Evidentemente —dice Tomas en su obra *No somos los primeros*— aquel dispositivo debió de ser demasiado sensible para las toscas e incompetentes manos de los ingenieros romanos».

Estas atrevidas conjeturas están basadas, en parte, en el hecho de que se han encontrado testimonios donde se hace referencia a «piedras animadas» o «piedras parlantes», en los textos del fenicio Sanchuniathon (sobre el año 1193 a. C.) o del patriarca cristiano Eusebio, que se basó en datos de historiadores más antiguos que él, como el sacerdote Manetón o Arnobio. Varios documentos egipcios hacen referencia a estatuas mágicas consideradas como el soporte físico del *ka* o doble del difunto, por las que se podía entrar en comunicación con el espíritu del muerto o del dios. Esto dio lugar a las llamadas «estatuas parlantes», cuyos discursos se han conservado en los papiros. Su función era claramente oracular. Se cuenta que una estaba en el oasis de Siwa. En el año 332 a. C., Alejandro Magno, cuando ya había vencido a los egipcios y se había hecho proclamar faraón en el templo de Ptah bajo el nombre de Meriamon Aleksandres, decidió ir a Siwa para consultar al oráculo de Amón —en forma de estatua— sobre lo que le iba a

deparar su destino. Normalmente las respuestas se hacían por escrito, pero, tratándose de un personaje de tanta alcurnia y enjundia, el dios se dignó a hablar. Y habló. Tanto, que la conversación fue más larga de lo previsto. A la pregunta de si le concedía la posesión del mundo entero, el dios Amón respondió escuetamente con un sí. Qué ironía. Alejandro murió a los treinta y dos años de edad en Babilonia. Por supuesto, los egiptólogos explican este fenómeno de las «estatuas parlantes» como supercherías de los sacerdotes ventrílocuos o pulsadores de resortes. Seguramente estaban en lo cierto, pero este no era el caso de los dos fantásticos colosos de Memnon.

¿Solo dos? Un equipo de arqueólogos de doce países se puso manos a la obra en 1998 para encontrar cuatro nuevos colosos del citado faraón. La que más ímpetu ha puesto ha sido la arqueóloga armenia Surizian, quien decidió salvar este lugar un tanto abandonado y deteriorado debido a la irrigación de los campos vecinos, para que recuperara su esplendor. Y ella, junto con su marido Rainer Stadelmann, exdirector del Instituto Arqueológico Alemán, consiguieron que esta zona entrara en la lista de los cien monumentos más amenazados del mundo elaborada por la Word Monument Fund.

Dentro de unos pocos años los colosos de Memnon, de cuarzo rojo y de alabastro, van a ser seis, eso sí, todos mudos. Por si fuera poco, también se ha descubierto una estatua de 3,60 metros de altura, de Tiya, la esposa de Amenofis III, que reposaba bajo la pierna izquierda de uno de los colosos reales. Y cavando, cavando, en el subsuelo se han encontrado más objetos… Ni más ni menos que 84 estatuas de la diosa leona Sekhmet.

Lucio Apuleyo, quien visitó Egipto en el siglo II a. C. escribió, por puro asombro, algo que sería profético: «¡Oh, Egipto, Egipto! De tu sabiduría solo quedarán fábulas, que a las generaciones venideras parecerán increíbles».

Los profundos secretos de Abydos y Seti

El templo de Abydos, ya les dije, es el otro que me impresionó profundamente, porque ofrece muchos elementos interesantes para el visitante. Uno de ellos es la lista oficial de todos los faraones, todos los que precedieron a Seti I y a su hijo Ramsés (Dinastía XIX), en el gobierno de

Egipto (todos, menos los considerados ilícitos y malditos como Akhenaton o la reina Hatshepsut, que sufrieron la *damnatio memorae*). Otro atractivo es el Osirión, un cenotafio de piedra maciza construido para el dios Osiris, que se encuentra a 12 metros por debajo del nivel del templo. Parcialmente anegado por el agua, es un enigmático monumento funerario dedicado a la memoria de este legendario dios construido con bloques de granito, algunos de 100 toneladas de peso, perfectamente angulados y pulidos a espejo. Presenta una serie de interrogantes sobre su función y datación francamente embarazosos para los egiptólogos. Por ejemplo, cuenta con varias canalizaciones que debieron de ser usadas en la Antigüedad para rituales que recreaban el origen del mundo saliendo de las aguas primigenias.

Por tener, tiene hasta una leyenda urbana que se ha repetido en los foros de misterio y que corresponde a las «máquinas de Abydos». Nada más entrar en el templo veremos una impresionante sala hipóstila y en uno de sus dinteles se aprecia el diseño de supuestos submarinos y helicópteros, lo cual revelaría una tecnología prodigiosa. ¿Qué hay de verdad en ello? El egiptólogo y divulgador Nacho Ares ya explicó en algunas de sus obras que Ramsés II, un faraón casi tan fecundo en la construcción de templos como en la procreación de descendencia, tenía la costumbre, como otros antes, de «apropiarse» de templos y monumentos construidos por sus predecesores. Para ello, lo que hacía era tapar el cartucho del faraón constructor del templo con un parche de argamasa, y sobre ese «parche» colocaba el cartucho con su nombre. Pues bien, según Ares, si superponemos los caracteres jeroglíficos del cartucho de Seti I con el de Ramsés II, junto al deterioro del estucado, surgen esas formas caprichosas que solo a ojos de un occidental contemporáneo podrían parecer máquinas modernas. Pero no lo son. Fin del misterio.

En sus orígenes, Abydos fue una necrópolis y luego se convirtió en un importante centro de peregrinación, a donde muchos iban a sanar sus dolencias. Es mencionado por los autores clásicos como el templo en donde se conservaba la reliquia más importante de Osiris, la cabeza. Y quizá el mayor misterio que alberga no es visible a los ojos y reside en la vida de un personaje increíble. Se hacía llamar Omm Seti (su verdadero nombre era Dorothy Eady) y, sin tener ninguna preparación académica, provocó un paso

de gigante en el conocimiento profundo del templo de Abydos. Según confesó, tuvo una vida pasada como sacerdotisa de Isis en dicho templo, en una época en la que el faraón Seti se prendó de ella, quedó embarazada y más tarde se suicidó. Parece un culebrón, pero entonces quedó una deuda pendiente que solo sería saldada cuando ella volviera de nuevo a encarnarse en la Tierra, como así hizo en Londres en 1904. Tras una serie de peripecias, Eady descubrió su facultad de premonición y la de recordar estos acontecimientos en una reencarnación pasada y decidió ir a Egipto. Cuando por fin llegó al templo de Abydos, en 1956, se dio cuenta de que lo conocía a la perfección sin haber estado nunca allí. Los guardianes, sabedores de su fama, la pusieron a prueba para que en la oscuridad recorriera las salas, algo que hizo sin ninguna dificultad. Sus conocimientos del antiguo Egipto eran tan amplios y asombrosos que algunos prestigiosos egiptólogos, como Selim Hassan, la reclutaron como asistente y asesora en sus respectivas excavaciones. Tenían un profundo respeto por esta *excentric lady*, como así la llamaban cariñosamente, y tomaban muy buena nota de sus revelaciones, viajes astrales y premoniciones, pues siempre acertaba.

Fue capaz de saber dónde iban colocados los más de 2.000 bloques de relieves que estaban diseminados por el suelo del templo, a la intemperie, a la espera de que algún arqueólogo encontrara su lugar exacto para reconstruir muros, columnas y paredes. Ella lo hizo y con paciencia fue colocando cada bloque en su lugar sin mostrar ninguna duda. Además, comunicó que quedaban por descubrir los restos de un fastuoso jardín en las afueras del templo. El arqueólogo Edward Ghazouli le hizo caso y encontró raíces y restos de lo que fue un magnífico jardín al sudoeste del templo, justo donde ella dijo. De los vaticinios de Omm Seti quedan por confirmarse los que se refieren al hallazgo de una cámara subterránea en Abydos con numerosos tesoros del templo y fragmentos de papiros que contienen partes sustanciales del diario del faraón Seti, escritos de su puño y letra. Murió en 1981 y está enterrada no muy lejos del templo que durante tantos años fue su casa. Con sus antecedentes, no es descabellado pensar que también acertará.

En relación con Seti I y su tumba (la KV17, que es la más decorada de todas las del Valle de los Reyes y ha estado cerrada durante los últimos treinta años) se asocia un misterioso pasadizo descendente que ha mantenido

en jaque a investigadores durante dos siglos. Es un túnel profundo, peligroso, claustrofóbico y casi interminable. En 1817, fue Belzoni el primero en tratar de desentrañar el enigma. Retirando toneladas de escombros, el italiano logró avanzar 90 metros, pero se vio obligado a desistir ante la dificultad y el riesgo que entrañaba la empresa. El jeque Alí Abd el-Rassul tomó el relevo. Ayudado por decenas de trabajadores, consiguió avanzar hasta los 137 metros, pero el pasillo no parecía tener fin. Zahi Hawass decidió continuar con el desafío en el año 2007. Tras casi tres años dieron por terminada su tarea al recorrer un total de 174,5 metros. ¿Qué había al final? Esperaban que el pasadizo llevara hasta una cámara secreta —la «habitación K»— con fabulosos tesoros del faraón o su verdadero enterramiento, pues hasta el momento no se han encontrado objetos del ajuar funerario, a excepción del bellísimo sarcófago y también la momia (descubierta en buen estado, dadas las circunstancias, en el escondite de Deir el Bahari en 1881). Los resultados finales han sido un poco decepcionantes. Los arqueólogos egipcios se han encontrado con otro pasadizo descendente de unos 25 metros de longitud, de apenas dos metros y medio de ancho, así como una escalinata compuesta por 54 peldaños. Este pasadizo termina con una falsa puerta en la que puede leerse un texto en hierático que dice: «Subir la jamba de la puerta y hacer el pasaje más ancho». Habría que aplicar el refrán: «Nuestro gozo en un pozo», y nunca mejor dicho. Hawass explicó, como pudo, que el túnel terminaba de forma abrupta en ese punto, a 98 metros de profundidad, tal vez porque la muerte de Seti I debió de interrumpir los trabajos en la tumba ¿Es el final de un misterio que ha durado casi 200 años? ¿Semejante esfuerzo constructivo para nada? Parece que así es.

Y una buena noticia. En 2016 se ha abierto la tumba de Seti I al público (junto con la de Nefertari) para incentivar un poco más el turismo, muy decaído en estos últimos años con tantos atentados yihadistas. Ahora bien, si la quieren ver y transitar por sus pasadizos, tendrán que pagar 1.000 libras egipcias (unos 100 euros). La pasta es la pasta y Seti es Seti.

TÚNEZ

«La sola invocación del nombre posee magia. Desarrolla toda una reputación de misterios que devastaron deliciosamente mis edades menos maduras».
TERENCI MOIX

LA SOMBRA DE CARTAGO

Tiene siete lugares declarados Patrimonio de la Humanidad y, por si fuera poco, es un país literario y peliculero. Ciertos paisajes de *En busca del arca perdida*, *La guerra de las galaxias* o *Piratas…* son muy tunecinos. Es un país que ha servido de paso, parada y fonda para fenicios, cartagineses, griegos, romanos y árabes, pueblos que poblaron y despoblaron, construyeron y destruyeron a su antojo. Un país que, transcurridos los siglos, dejó de ser campo de batalla para convertirse en terreno de aventuras palaciegas y placenteras, donde el relax, la holganza y la pitanza fueron la divisa de algunos de los literatos de más fama del siglo XIX, desde Oscar Wilde hasta Flaubert, pasando por Maupassant y Bernanos, que vivieron, escribieron y amaron mientras se tomaban un refrescante té de menta en las playas de Hammamet.

En definitiva, Túnez es un país de contrastes cuyos límites son la costa turística y el desierto de los bereberes, que vive y sobrevive entre la riqueza suntuosa del norte y la pobreza tórrida del sur, entre la tolerancia islámica y la intransigencia de las viejas costumbres, entre la monotonía de lo cotidiano y el encanto de la novedad.

Y cuando se habla del pasado arqueológico de Túnez (la Tunicia de los franceses) hay que hablar de Cartago. La partida de nacimiento legendaria de esta ciudad fija el año 814 a. C. Su historia comienza con la salida de una princesa fenicia (llamada Dido o bien su nombre tirio, Elisa) de Tiro, donde reinaba su hermano el rey Pigmalión. La princesa llegó a Túnez y consiguió

comprar a los nativos «cuanta tierra pudiese abarcar una piel de buey». Aceptaron el trato sin darse cuenta de que era una hábil estratagema para que algo aparentemente finito se convirtiera casi en infinito, al ir cortando la piel en finísimas tiras para abarcar así más territorio. Los habitantes del lugar descubrieron uno de los más viejos timos, el de dar gato por liebre. De esta singular manera, según la leyenda, se delimitó la ciudadela de Byrsa, palabra que quiere decir «piel de buey», núcleo a partir del cual surgió Cartago.

En la *Eneida* de Virgilio se comenta cómo Eneas naufraga frente a las costas de Cartago, es acogido por Dido y surge un tórrido amor entre ambos (en esa zona hace mucho calor), pero finalmente Eneas abandonará a la princesa para seguir rumbo a Italia y Dido se suicidará clavándose un puñal en el corazón. Escribo esto mientras escucho de fondo la obertura de la ópera de Henry Purcell *Dido y Eneas* (1682), para ponerme en situación. Este argumento legendario no deja de ser un anticipo de todas las tragedias amorosas medievales, incluidas las de Romeo y Julieta y los amantes de Teruel.

Cartago fue una antigua colonia fenicia (situada a 20 kilómetros al noreste de la capital de Túnez) y hoy se ha convertido en un brumoso recuerdo. Sus ruinas, no obstante, son visita obligada para comprobar *in situ* lo que pudo ser, lo que fue y lo que es ahora. Cuando vemos tanta piedra y columna diseminada y tanta calzada que ya no lleva a ninguna parte, tan solo nos queda pensar que Cartago, a pesar de todo, fue el centro de un imperio comercial que se extendía por toda la cuenca del Mediterráneo occidental, gobernada por una oligarquía de comerciantes. Fue el lugar donde nacieron o ejercieron su actividad personajes que dejaron su huella en la Historia: Magón, padre de la agricultura y autor de los famosos tratados de Agronomía; militares de la talla de Amílcar, Aníbal y Asdrúbal; escritores como Lucio Apuleyo y Tertuliano, y santos varones como san Cipriano y san Agustín.

Sin olvidarnos de Hannón, marinero cartaginés que en el siglo V a. C. llegó al golfo de Guinea bordeando la costa africana, en un periplo temerario, sin saberse bien qué técnicas de navegación utilizó. El relato de su expedición, con 60 barcos y 30.000 personas entre hombres y mujeres (toda una ciudad flotante), se conservó inscrito en uno de los principales templos

de Cartago, en el de Baal Moloch, que los griegos identificaron con Cronos. De aquella inscripción, en idioma púnico, nada queda y lo que nos ha llegado es una transcripción en un manuscrito medieval del siglo X, encontrado en Heidelberg, y donde se dice que pasaron por las columnas de Hércules y fundaron varias colonias hasta llegar a la desembocadura de Camerún. Durante el periplo se encontraron con todo tipo de peripecias y, entre ellas, destaco las siguientes curiosidades:

> XVI. Dejamos aquello de prisa, por temor, y durante cuatro días de navegación vimos de noche la tierra envuelta en llamas. En medio había una llama altísima, mucho más que las otras, que llegaba, al parecer, a las estrellas. De día vimos que se trataba de una montaña muy alta, llamada el Carro de los Dioses.
>
> XVII. Navegando desde allí durante tres días, pasamos corrientes ardientes de lava, y llegamos a un golfo llamado el Cuerno del Sur.
>
> XVIII. En el extremo más lejano de esta bahía había una isla como la anterior, también con un lago en el cual había otra isla llena de salvajes. Desde lejos, la mayor parte eran mujeres con cuerpos peludos, a las que nuestros intérpretes llamaron gorilas Las perseguimos, pero no pudimos capturar a ningún hombre, pues todos ellos, acostumbrados a trepar por los precipicios, se escaparon, defendiéndose tirándonos piedras. Cazamos tres mujeres, que mordieron y magullaron a los que las cogían, no dispuestas a seguirles. Las matamos al fin y, desollándolas, llevamos sus pieles a Cartago. No navegamos más allá porque se acababan nuestras reservas».[10]

Y así termina el manuscrito. Pobres gorilas.

Uno de los aspectos más macabros y cruentos de la Historia de Cartago lo representa el *Tofet*, es decir, el santuario púnico del dios Baal y su esposa Tanit. Se sabe que en este lugar se sacrificaba a niños que pertenecían a familias nobles (recientes investigaciones aseguran que eran niños enfermos). Los sacrificios se ofrecían a Baal Hammon y a partir del siglo V a la diosa Tanit. Su frecuencia era tanta que se calcula que hubo más de 70.000 niños muertos, más bien asesinados ritualmente, incinerados en hogueras. El sacrificio (denominado *molk*) era un tributo para rejuvenecer al dios, garantizando la prosperidad y la fecundidad del pueblo. Una salvajada con su correspondiente justificación sagrada. A veces, los sacerdotes sustituían al niño por un toro o una oveja, pretendiendo así engañar a los dioses púnicos. La consecuencia funesta es que durante el asedio de Cartago por los griegos de Agátocles (en 310 a. C.) los sacerdotes atribuyeron esta desgracia a los

cambios producidos en sus rituales. Para remediarlo, se sacrificaron 500 niños, escogidos esta vez entre las familias más ilustres. Las cenizas de los pequeños eran depositadas luego en urnas de cerámica y enterradas en el suelo, donde con una estela se marcaba el lugar. De esta manera, los niños, dicen, eran divinizados.

Algunas de estas estelas funerarias las pude ver en el Museo del Bardo, en Túnez capital. Sobre todo, el obelisco denominado *Estela del sacerdote y el niño*, descubierta en 1921 en el Tofet y que representa a un sacerdote de perfil con un gorro cilíndrico y que levanta la mano derecha en un gesto de bendición, mientras con el brazo izquierdo sostiene a un niño pequeño. Su importancia radica en el hecho de que es el único objeto arqueológico que ha aparecido relativo al ritual del *molk*.

Por su situación estratégica, Cartago fue objeto de invasiones reiteradas. Sus primeros enemigos naturales fueron los griegos y luego los romanos. El poder de esta colonia fue tan elevado que Catón, un senador romano que se la tenía jurada a Aníbal, finalizaba siempre sus discursos con la famosa frase *Delenda est Carthago* («Hay que destruir Cartago»). Dicho y hecho. Tras tres guerras púnicas, la arrasaron totalmente. Una leyenda atribuye la destrucción de Cartago al hecho de que los romanos lograron averiguar el «nombre secreto» de la ciudad y, como bien saben los entendidos, este conocimiento confiere tal poder que con solo pronunciarlo quien lo hace tiene su control.

Más tarde, Cartago fue reconstruida por Julio César, que fundó en ella una de las principales ciudades del Imperio romano. De hecho, era la segunda ciudad más poblada, tras la propia capital, con un censo que llegaba a las 700.000 almas (según Estrabón). Al final, los romanos sufrieron en sus propias carnes la suerte que habían corrido sus anteriores pobladores: los vándalos de Giserico ocupan Cartago hacia la mitad del siglo V, siendo recuperada luego por los bizantinos (en 533) y conquistada finalmente por los árabes (en 698). En fin, que si las piedras hablasen más bien gritarían de dolor y angustia por lo que han tenido que ver, soportar y padecer. Por eso y por mucho más que me callo, hoy Cartago forma parte del patrimonio de toda la humanidad por decisión de la UNESCO.

Por cierto, algunos ignoran que Troya, Éfeso y Cartago fueron tres centros de fabricación de lentes pulidas de aumento. Fue descubierto un

conjunto de 16 lentes (2 de cristal de roca y 14 de vidrio) por arqueólogos franceses en 1902, en el yacimiento de Cartago. Todas son plano-convexas y se encontraron juntas en el interior de una caja. Están datadas en el siglo IV a. C. y esta clase de lentes fueron pulidas utilizando un tipo de herramientas que hasta ahora nos resultan desconocidas.

Robert Temple, en su obra *El sol de cristal*, resume su búsqueda de esta tecnología óptica de la Antigüedad, que se encuentra resguardada en diversos museos del mundo, de la siguiente manera:

> Están las lentes cartaginesas, las lentes micénicas, las lentes minoicas, las lentes de Rodas y las lentes de Éfeso, que son cóncavas y no convexas, y que reducen las imágenes hasta un 75 por ciento, lo que las hace adecuadas para los miopes… y también están todos los objetos romanos de cristal que se usaban para aumentar… Y esto sigue y sigue. No solo un libro, sino diez, serían necesarios para poder realizar siquiera una somera descripción de todas ellas.

Eran muy buenos navegantes y eso ha generado la teoría de que los púnicos estuvieron en América antes que Colón y se han encontrado rocas con supuesta escritura fenicia que lo atestiguan. La piedra de Paraíba, en Brasil, sería una prueba y uno de los grandes misterios de la arqueología, para el que aún no se tienen respuestas. La verdad es que todo el mundo se apunta el tanto de haber llegado antes que el pobre Colón. C. M. Boland establece que las exploraciones cartaginesas en América se produjeron en tres periodos antes de nuestra era: en 480, 310 y 146. Esta última fecha correspondería a la destrucción definitiva de Cartago por los romanos. Una parte de la flota púnica atravesaría el Atlántico perseguida por la flota romana, y esta diáspora es la que explicaría el hallazgo de monedas y clavos de barcos romanos en las costas de Venezuela. Y lo bueno es que regresaron. Al menos algunos. La presencia de piñas y maíz en mosaicos, pinturas y estatuas romanas antiguas son la prueba de que había contactos y comercio entre los dos lados del Atlántico: esos productos se podían conseguir solo en las Américas.

Un consejo: si visitan las ruinas de las Termas de Antonino, con su columna de 15 metros de altura, que es lo que queda del *frigidarium*, no se olviden de ver las deterioradas tumbas púnicas que se encuentran a la entrada (a las que casi nadie presta atención). Para los coleccionistas de hechos estúpidos, fíjense en los carteles repartidos por varios lugares que prohíben

sacar fotos en dirección al palacio presidencial por razones de seguridad de Estado. Es todo un espectáculo ver a los turistas hacer malabarismos para lograr enfocar sus objetivos al monumento ruinoso de turno sin que la media docena de soldados armados hasta los dientes sospechen que se está haciendo espionaje de alto nivel. La verdad es que se trata de pura paranoia militar, ya que lo único que se ve del palacio es parte de sus torres con la bandera tunecina. Espero que eso ya haya desaparecido y se puedan hacer fotos con total libertad.

Y puestos a recordar anécdotas históricas, una le ocurrió al general Patton, relacionada con su creencia en la reencarnación. Resulta que fue enviado a África como comandante del Primer Cuerpo del Ejército Acorazado, con el que desembarcó en Marruecos en 1942, y se dirigió a la antigua Cartago para ver qué se sentía en un lugar con tanta Historia. Y ante sus ruinas y sus muros empezó a recordar detalles increíbles que le remontaban a una de las vidas pasadas de las que hablan los creyentes en la reencarnación. Estaba acompañado por el capitán J. F. Adams, que fue testigo de este suceso, al que Patton le comentó que estaba reviviendo algunas batallas que habían tenido lugar allí mismo hacía más de dos mil años, así como la destrucción de Cartago por los romanos. Señaló entonces una extensión de arena conocida como Sebkak er-Riana y recordó que antaño fue un gran lago, un dato exacto que no sabemos si conocía previamente, pues la ciudad de Cartago estaba rodeada de un lago que hoy está seco. «Yo ya he estado aquí antes», le confesó al mayor Codman.

Esta convicción de que tuvo existencias previas la expresa en un fragmento de un poema escrito en 1944:

> Así, a través de un cristal oscuro
> veo la larga era de la guerra,
> donde luché con muchos uniformes,
> con muchos nombres; ¡pero siempre era yo!

EL DJEM: EL ANFITEATRO ENCANTADO

Cuando Túnez se convierte en parte del Imperio romano por la fuerza, afloran otro tipo de construcciones adaptadas a la moda de los nuevos conquistadores. Y entre todas destaca el anfiteatro de El Djem, también llamado Coliseo de Thysdrus. Alguna escena de la película *Gladiator*, de Ridley Scott, fue rodada allí. Hagan memoria.

Se conserva de maravilla. De hecho, ocupa el cuarto lugar en importancia después de los coliseos de Roma, Capua y Pozzuoli. Construido en el siglo III por el emperador Gordiano, lo hizo a su estilo, gordo, con 122 metros de ancho y una capacidad cercana a 40.000 espectadores, que suena a exagerado, pero El Djem era entonces una ciudad con más de 150.000 habitantes (más que en la actualidad) que servía de granero a Roma. A su indudable valor arqueológico hay que añadir otro aspecto no menos trascendente. En el año 238 los ricos comerciantes protagonizaron una sangrienta revolución por la subida de impuestos decretada por el tiránico emperador Maximiano, insensible a las protestas de sus súbditos. A lo que no fue insensible fue a la masacre de las tropas del recaudador. Hubo revuelta, sublevación, golpe de Estado y proclamación como emperador de Gordiano I, procónsul de África, y lo hicieron en el mismo coliseo. Su reinado fue efímero. Duró en el cargo un suspiro, unas cinco semanas, y no solo porque fuera un anciano de ochenta años de edad, con un pie en la tumba. Las crónicas dicen que cuando se enteró de que su hijo Gordiano el Joven había sido derrotado y muerto por Capeliano, en la batalla de Cartago, se suicidó abrumado por el dolor y, sobre todo, acosado por las tropas romanas.

Ya ven que este anfiteatro es un buen refugio para diversas leyendas que circulan abiertamente por sus arcadas, pasadizos y galerías. Una de ellas asegura que en el interior del circo se conserva a día de hoy un tesoro escondido y que la joven (abstenerse los chicos) que sea capaz de matar un cordero y hacer con él un buen cuscús y de su lana una alfombra será la elegida por los dioses para encontrarlo. Esa joven, virgen para más señas, todavía no ha aparecido.

Otra leyenda, más bien superstición, afirma que las casas cercanas, construidas con el saqueo de los bloques de piedras del milenario anfiteatro, quedan a salvo de la entrada de escorpiones y serpientes venenosas, ya que tienen la virtud de alejar a estas alimañas. Esta creencia, sea cierta o no, ha

generado una rapiña continua, haciendo que el edificio se utilizara como cantera (y más en la época de Mohammad Bey, que en 1695 abrió una brecha para desalojar a unos rebeldes que se refugiaron en su interior). Como para encontrar allí un tesoro.

Y hablemos de otra fémina ¿Qué pasó con la legendaria reina bereber llamada Kahena? Era una líder que se opuso a la invasión árabe en el siglo VII. No gustó mucho a los musulmanes que una mujer les opusiera resistencia y aplicaron la táctica de la «tierra calcinada», quemando 150.000 hectáreas de olivos de El Djem. La reina (apodada por los historiadores franceses de manera cursi «la Juana de Arco bereber») y todos sus fieles seguidores se refugiaron entonces en el anfiteatro y los árabes lo sitiaron para forzarla a rendirse por falta de agua y víveres. Así estuvieron cuatro años. La sorpresa fue mayúscula cuando sus enemigos la vieron aparecer con peces vivos. Esto sirvió para disparar aún más la hipótesis de que existía un túnel que unía el coliseo con el mar en Salakta. E incluso se habla de otro túnel que conduciría nada menos que a las catacumbas de Susa, a través del cual se llevaban a los cristianos muertos para ser enterrados. Demasiada distancia para ser verdad. La leyenda termina no muy bien para nuestra heroína, diciendo que Kahena fue traicionada por un amante despechado que cortó la cabeza a la reina y se la envió al cacique musulmán. Fin del asedio.

En fin, que sepan que en este lugar de Túnez se levantó el edificio más grande que Roma tuvo en toda África. La obra habla por sí sola; hay que pasear por su graderío y bajar hasta sus fosos para entender la dimensión del hermano pequeño del Coliseo romano. El Djem, como Cartago, forma parte de ese gran patrimonio mundial de la Humanidad, con un pasado encantador digno de ser contado en *Las mil y una noches*.

MALI

«Nuestro destino nunca es un lugar,
sino una nueva forma de ver las cosas».
HENRY MILLER

DOGONES: HEREDEROS DE LOS DIOSES

Era una noche cerrada, sin luna, muy sofocante y muy estrellada… Parece el inicio de un cuento de hadas. Y casi lo es. Nos dirigíamos al poblado dogón de Ogol-du-Haut, en Sangha, iluminado con la luz tenue de una linterna que tenía el poder de atraer a todos los mosquitos. El objetivo no era otro que visitar a Pangalé Dolo, uno de los nietos de Ogo Temmelí, el viejo anciano que reveló por vez primera los secretos de los rituales dogón al antropólogo francés Marcel Griaule, cuando se acercó por estos parajes en los años treinta del siglo XX.

Recorrí varias calles polvorientas y laberínticas antes de entrar en una casa de adobe. Tras los saludos de rigor en el patio de su casa, en la más pura penumbra, Pangalé me sugirió apagar la linterna. El poblado carece de luz eléctrica y durante unos segundos todos los habitantes de la vivienda dejaron de moverse y hacer ruido. Sabía de mi interés por conocer algo más de los mitos y la compleja cosmogonía dogón, información que solo pueden revelar los más ancianos. Un tabú que ningún joven se atreve a transgredir.

Pude entrever —más que ver— que la figura de Pangalé Dolo (por cierto, un apellido que llevan todos los habitantes de Sangha) era la de un hombre de unos setenta y cinco años, delgado y con el rostro surcado de arrugas que indicaban no solo su veteranía, sino una vida cargada de trabajo y experiencias en un país donde la esperanza de vida es tan solo de cuarenta y cinco años.

Fue toda una aventura preguntarle y escribir sus respuestas. Necesité dos traductores. El sabio Pangalé solo sabía hablar dogón y uno de mis intérpretes se lo traducía al otro al bambara y al francés para, a su vez, darme una versión más o menos legible de las ideas abstractas y cósmicas que estaba intentando transmitirme. El dogón ni siquiera es un idioma homogéneo. Los 300.000 dogones que actualmente existen en la República de Mali están dispersos por diversas zonas: en la meseta, en el acantilado y en la llanura de Bandiagara, de tal manera que hablan unos 80 dialectos diferentes y no siempre se entienden entre ellos, debiendo hacerlo en bambara o en fulfuldé, la lengua de los peuls, la segunda más utilizada en Mali después del bambara.

Escribir a la luz de una linterna con coleópteros de diversa ralea merodeando por el entorno no era nada fácil. Hablaba pausadamente, como el maestro que cuenta un relato para que ninguno de los detalles esenciales se escape a la comprensión del alumno. Me indicó que la estrella más importante de su cosmogonía es Sigui, que se puede ver cada sesenta años. Me dijo que el lugar donde se ve por vez primera la estrella es un poblado llamado Dogoru Yuga. La persona que la ve se lo comunica al resto de las aldeas. Luego va a visitar a unos extraños diablos llamados *Andubolom* (aunque Griaule los menciona con el nombre de Andumbulu) para pedirles que confirmen el avistamiento de la estrella Sigui.

Uno de los ejes principales de las costumbres dogón son sus exóticas máscaras. Pangalé me confirmó que el origen de las mismas está en tan singular estrella: «La aparición del Sigui coincidió con las máscaras y por aquel entonces estas pertenecían a las mujeres y luego pasaron a ser de los hombres». Le pedí que me definiera el Sigui y lo hizo con estas escuetas palabras: «El Sigui no es de nadie y nadie lo puede tener». Se estaba refiriendo a la ceremonia más importante de los dogón, que se celebra cada sesenta años, cuya finalidad es la renovación del mundo. «Puedes ver un Sigui, pero no dos». El último Sigui o la fiesta de las «madres de las máscaras» se realizó en el año 1967. El que tenga suerte podrá ver el siguiente en 2027.

Dos de las máscaras que intervienen en esta ceremonia sagrada son la *kanaga* y la *sirigi*. La primera representa a su dios principal Amma y simboliza «la estrella de la vida» de seis puntas: la cabeza, los brazos, las

piernas y el sexo. La máscara *sirigi* representa y reproduce «una casa de pisos e indica el arca y su descenso», según palabras de Griaule y Dieterlen. El escritor Robert Temple, en su obra *El misterio de Sirio* (1975), es mucho más arriesgado en sus conclusiones, dice que «cualquiera puede ver que parecen cohetes». En su mitología, Amma crea a los tres maestros Nommo, mitad hombres y mitad peces, y del Nommo Q surgen los cuatro antepasados que crearon a su vez a los primeros hombres que se repartieron en cuatro grandes familias. El primer Nommo descendió a la Tierra a bordo de un arca volante y humeante para sembrar la vida, y esa arca estaba dotada de 60 compartimentos.

Algo que caracteriza a los poblados dogón es que, gracias a su aislamiento voluntario, sus costumbres legendarias apenas han cambiado desde que en el siglo XII se asentaron en esta zona. Una de esas tradiciones es la Sociedad de la Máscara. A ella pertenecen exclusivamente los hombres de la clase alta (la de los agricultores y administradores), todos los cuales deben estar circuncidados. Su indumentaria se compone de una máscara de madera, representando un animal o un oficio, una especie de túnica de paja decorada con tiras de cuero y numerosos brazaletes y adornos. Este traje ritual solo se lleva para asistir a las ceremonias funerarias, un espectáculo insólito, ya que se debe izar el cadáver a las cuevas situadas en la falla de Bandiagara, con una maniobra tan arriesgada como circense. Cuando un dogón muere, lo entierran con un objeto que caracterice su profesión. Por ejemplo, si fue un tejedor dejan una lanzadera al lado de su cuerpo o si fue un albañil dejan una plomada. Si el difunto es una mujer, parte de sus pelos se echan en una vasija de cerámica o calabaza y allí se abandonan sin que nadie lo puede tocar, con la seguridad de que su alma se va a reencarnar.

Los pueblos dogón afirman que los Nommos (sus dioses primordiales venidos del espacio exterior) volverán y que cuando lo hagan será el «día del pez». La primera indicación de su regreso será la aparición de una nueva estrella en el cielo: la «estrella de la décima luna» y entonces los Nommos aterrizarán en la Tierra con su arca, la ruidosa nave que escupe fuego. Los dogón distinguen con mucha claridad entre la nave que aterriza, ardiente y rugiente, que según ellos trajo a los Nommos a la Tierra, y la nueva estrella

que apareció en el cielo, lo que parece ser una referencia a una base mayor estacionada en órbita.

El anciano Pangalé me habló de las siete categorías de los «dioses del agua» o Nommos. Para los dogón, estos instructores son los padres de la humanidad, los dispensadores de lluvia y amos de las aguas. No los consideran dioses lejanos y ajenos a sus actividades. De hecho, uno de ellos, llamado Nomosai, el más maligno de todos, es el encargado de sacar el alma del difunto fuera del poblado, en dirección sur, que no regresará hasta que alguien de la familia ponga el mismo nombre y apellido al próximo niño.

Otro de sus dioses es llamado Nomoñana, gracias al cual «la gente sueña con el agua y el agua está presente en su sueño». Pangalé, llegado a este punto, hizo una respiración profunda y se levantó pausadamente:

—Es tradición dogón no contar todos los secretos de una sola vez —me dijo.

Me fui de su casa con la sensación de haber acariciado secretos primordiales que se remontan a cientos de años.

Las teorías de Robert Temple se han popularizado y extremado hasta el punto de afirmar en su libro que los seres anfibios denominados Nommos no regresaron a su planeta de origen, que estaría orbitando alrededor de Sirio C, sino que se quedaron en nuestro Sistema Solar, en concreto en un satélite de Saturno llamado Febe, sugiriendo que podría ser la «estrella de la décima luna», cuyas anomalías en la rotación indicarían que fue adaptado por estos seres extraterrestres para su habitáculo. Es mucho sugerir, creo yo.

Pero aquí no queda la cosa a la hora de pasmarse. Desde Febe se acercarían periódicamente a la Tierra para seguir visitando a los dogones, instruyéndoles. ¿Y algo más? Juan José Benítez, que estuvo en este lugar realizando un documental para la serie *Planeta Encantado* (2003-2004) no habla del satélite Febe, sino que dice que la «estrella de la décima luna» pudo ser lo que hoy denominamos una nave nodriza o portadora, un vehículo de gran luminosidad y tamaño que durante un tiempo se posicionó sobre el lugar elegido para el contacto. En su capítulo «Mali, los señores del agua», cuenta Benítez cómo llegaron a decirle que estos Nommos capturaban a seres humanos y se alimentaban de los dogón desde hace mil años —e incluso lo siguen haciendo en nuestros días— introduciendo sus lenguas bífidas por los

orificios de las narices de sus víctimas, extrayéndoles la sangre. Pangalé Dolo de eso no me habló, pero confesó a Benítez que los Nommos continuaban bajando a la Tierra y lo hacían por el arco iris. Los describe con el cabello largo hasta la cintura y la mitad inferior del cuerpo como la cola de un pez. No tocaban el suelo al desplazarse…

Los hombrecillos rojos

El pueblo dogón es tan celoso de sus costumbres animistas y tan enemigo de influencias externas, que el rechazo a ser islamizados les obligó a salir de sus tierras de origen, que se sitúan en el antiguo Imperio mandé o mandinga, cerca de las costas de Senegal y Guinea, para adentrarse en estas inhóspitas y áridas zonas, sin que ningún río bañe su territorio. Pero a su llegada, en el siglo XII, se encontraron con un pequeño problema: allí vivían los *thelemes* (también llamados bana o tellem), una población autóctona —«los hombrecillos rojos», como se les llamaba— de raza enana que se adornaban con pinturas rojas, con sus viviendas troglodíticas colgadas de la pared rocosa de la falla de Bandiagara, con los que convivieron durante un tiempo. Los estudios arqueológicos y antropológicos llevados a cabo por el Instituto de Antropología de la Universidad de Utrecht (Países Bajos) entre 1964 y 1974, han demostrado que en las grutas de la falla de Bandiagara los *thelemes* habitaron la región entre el siglo XI y el XVI.

Estos *theleme* habían expulsado, a su vez, a un misterioso pueblo de pigmeos que se fueron de la selva (cuando había selva) rumbo a Camerún y Gabón. A estos se les atribuyen dos cualidades prodigiosas: la construcción de las casas en la vertical del acantilado y la posesión de unos poderes especiales que les permitían elevarse del suelo gracias a la repetición de unas palabras o mantras mágicos. Al final, los *thelemes* corrieron igual suerte que los pigmeos y tuvieron que largarse hacia la frontera de Burkina Faso, porque el carácter agricultor de los dogones (con sus cultivos de mijo, arroz y maíz, base de su alimentación) les fue impidiendo la caza de animales salvajes. Emigraron al sur y las viviendas vacías fueron ocupadas por las tribus dogón que las convirtieron en tumbas y graneros. Ahí empezó la convivencia en

solitario de un pueblo enigmático, cargado de conocimientos ancestrales trasmitidos oralmente por unos dioses cósmicos.

Es un país (el dogón) dentro de un país (Mali) y cualquiera que visite esta zona del África Occidental, sin adentrarse por las calles empinadas de estos poblados, se irá sin conocer la esencia más genuina, porque bambaras, peules, bozos, tuaregs, mandingas… hay en otras naciones africanas. Los dogones únicamente están en Mali y en una zona muy concreta: en los espectaculares acantilados de Bandiagara.

Cuando en 1931 Marcel Griaule decidió realizar un estudio a fondo sobre sus creencias y costumbres, cuando estaban ubicados en el Sudán francés, no sabía que esta aventura le iba a llevar veintiún años de su vida. En 1946, Griaule regresó junto con Germaine Dieterlen para seguir el curso de sus investigaciones, y el antropólogo decidió pasar treinta y tres días en la puerta de uno de los hombres más famosos por su sabiduría, Ogo Temmelí, un cazador que se había quedado ciego al explotarle un arma, para que le revelara algunos de sus viejos secretos cosmogónicos. Fue así como el mundo occidental se pudo enterar de que un pueblo culturalmente atrasado y «primitivo», como los dogón, tenía unos conocimientos del universo muy precisos y detallados. Sabían de la existencia de Sirio A, la estrella más brillante de la constelación del Can Mayor, a 8,7 años luz de la Tierra (que los dogón conocen como «sigi tolo»: la estrella de la fundación), y de los derroteros de Sirio B (a la que sus mitos denominan como Digitaria o *Po Tolo*) muy poco brillante y solo descubierta en enero de 1862 por el astrónomo norteamericano Alvan Graham Clark, de Boston, y fotografiada en 1970 (es una enana blanca de una densidad asombrosa). Y, lo que es más sorprendente, también le hablaron a Griaule de Sirio C (llamada Sorgo hembra o *Emme ya*, el «sol de las mujeres»), intuida en 1995 por los astrónomos franceses Daniel Benest y J. L. Duvent. Esta estrella sería cuatro veces más liviana que Sirio B y tendría un satélite girando a su alrededor al que llaman «nyan tolo»: la estrella de las mujeres. Pero todas las búsquedas de Sirio C han sido infructuosas y desde 2001 la mayoría de los astrónomos dicen que dicha estrella no existe.

Los mitos dogón han acertado en cuanto a la duración de la órbita elíptica de Siro B alrededor de Sirio A (cincuenta años) y en la composición

densa y compacta de Sirio B, que no está hecha de ninguna materia conocida: «Más pesada que toda la materia de la Tierra» (los dogón llaman a esta sustancia *sagala*). Solo en 1926 fue revelada la superdensidad de Sirio B gracias al físico sir Arthur Eddington. Unos 30 kilos por centímetro cúbico. Por ejemplo, si tomáramos una cucharada de su materia, de sagala, pesaría 1.000 kilos. Si un humano viviera allí, su estatura no alcanzaría un centímetro.

¿Quién transmitió estos conocimientos a los dogón? Ya he referido que ellos hablan de unos dioses instructores, una especie de antiguos astronautas, criaturas anfibias a las que denominan Nommos, los señores del agua, que vinieron del espacio, en concreto de Sirio, para civilizar y evangelizar al mundo.

Las pinturas de Songo

Su árbol más emblemático es el baobab, del que aprovechan casi todo. La madera se emplea en los utensilios de la vivienda y las herramientas, y como leña para hacer fuego. De la corteza extraen cuerdas para sacar el agua de los pozos o para izar los cadáveres en las necrópolis ubicadas en la falla. Las hojas del baobab las utilizan para hacer salsa, y de los frutos carnosos —que llaman «pan de mono»— sacan una sustancia que les sirve para confeccionar pan y hasta sonoras maracas aprovechando las pepitas secas del mismo. Y eso sin olvidar que los baobabs, algunos con más de quinientos años de antigüedad, otorgan protección al poblado contra los malos espíritus.

—Las mujeres y los niños que no estén circuncidados tienen prohibido ver estas pinturas.

Estas palabras, dichas por Nouhoum, uno de los guías locales de Songo, retumbaron en nuestros oídos mientras nos mostraba una impresionante pared con cientos de pinturas distribuidas a lo largo de un abrigo rocoso. Fue una afirmación rotunda y extraña que nos dejó atónitos. Se estaba refiriendo a las mujeres del poblado y, en general, a todas las mujeres de piel negra. Nuestras acompañantes femeninas, todas ellas mujeres blancas, respiraron con alivio.

El lugar era impresionante, pero no supuse que además era sagrado y prohibido.

¿Qué ocurre si una mujer negra transgrede esta prohibición y se acerca por estos parajes? «Pues que morirá en el acto», fue la lacónica respuesta del guía. En Songo se encuentra algo que da sentido a su cultura: unas pinturas rupestres, las únicas en todo el País Dogón, que nos ponen sobre la pista de unos extraños símbolos e ideogramas cargados de belleza y de un profundo y oculto significado. Songo se encuentra a unos 15 kilómetros de la localidad de Bandiagara (el mismo nombre que la meseta y la falla geológica donde están asentadas las principales tribus), en dirección al poblado de Sevaré, por una pista de tierra que resulta casi impracticable si se va en la época de las lluvias. El pueblo de Songo tiene la arquitectura típica dogón: graneros con techo cónico de paja y casas de adobe. Hay que traspasar el poblado por sus laberínticas calles, seguidos por una cohorte de chiquillos, para poder ascender por una colina de unos cien metros de altura. Lo primero que llama la atención es que no tienen el aspecto de ser pinturas tan antiguas y mucho menos rupestres. Los tres colores predominantes (el rojo, el blanco y el negro) parece que han sido utilizados recientemente. Tenía su lógica:

—Se repintan cada tres años, cada vez que se realiza la ceremonia de la circuncisión de los niños, pero la antigüedad de estas pinturas no la podemos datar. Los padres de nuestros padres no recuerdan desde cuándo están aquí.

Nouhoum era solemne y sincero en sus palabras. Intentaba explicar que esas pinturas tenían cientos de años y que representaban diferentes tótems de animales que a su vez simbolizaban a las cinco familias o clanes de la localidad. Se sabe que este refugio se utilizaba desde el año 1886 como lugar sagrado para hacer las circuncisiones y otros ritos.

Las pinturas son un libro encriptado para quien sepa leerlo y descodificarlo. Muchos de sus garabatos señalan que el poblado fue creado originariamente por cinco ilustres familias que se llaman Karambé (los que actualmente gobiernan Songo), Diagoné (los primeros que vinieron a este lugar), Guindó (los encargados de hacer todos los preparativos de la circuncisión), los Sebá y los Degogá. Lo más sorprendente es que los actuales miembros de estas cinco familias no conocen todos los símbolos que las definen y representan. Son conocimientos secretos que se heredan de padres a

hijos. Pude ver animales protectores y máscaras rituales, pasando por ideogramas o figuras con la más diversa intencionalidad, que ocultan un mensaje conocido por el más viejo de cada familia y que tan solo debe transmitir cuando esté a punto de morir. ¿Y qué ocurre si muere antes de revelarlo?, fue mi duda.

—Los dogón saben con antelación cuándo van a morir —fue la enigmática respuesta de Nouhoum.

La figura de un ciempiés dibujado en la pared estaba simbolizando que las cinco familias siempre se han llevado bien entre sí. En el saliente superior de esa cueva aprecié una gran pintura, de perfiles animalescos indefinidos, que debía de tener su significado totémico por el lugar donde había sido dibujada y por el tamaño de la misma. Había cientos de dibujos, algunos sin repintar, lo que evidenciaba al menos dos categorías en cuanto a su tratamiento e importancia.

Tombuctú: la reina del desierto

Tuve la impresión de haber llegado a Tombuctú cinco siglos tarde. Lo que vi en el año 2000 no es, ni por asomo, lo que se debió de ver en el año 1500. En aquella época, Tombuctú era otra cosa… Pero también tengo la impresión de que fui un privilegiado al ver sus mezquitas enteras antes de la barbarie yihadista de 2012.

Tombuctú fue el epicentro del tráfico de caravanas del Sáhara y del tráfico fluvial del Níger. Aquí se concentraba el comercio de oro, de sal y de todo aquello que se pudiera comprar y vender. Sin olvidar que era uno de los núcleos espirituales de más prestigio de toda África. Un viejo refrán, que aún se repite, habla de aquellos años gloriosos: «La sal viene del norte, el oro del sur y la plata de la tierra del hombre blanco; pero la palabra de Dios y los tesoros de la sabiduría únicamente se encuentran en Tombuctú«. No era una afirmación exagerada.

En esta legendaria ciudad estaban las principales escuelas coránicas, las mejores mezquitas (de las cuales hoy se conservan tres, bueno, se conservaban, pues los islamistas ya han hecho de las suyas) y las más

afamadas universidades que en el siglo XIV rivalizaban con la de Córdoba. Tombuctú, que en lengua *tamachek* de los tuaregs significa el «pozo de Buctú», una ciudad de cien mil habitantes en el siglo XVI y, según la crónica árabe del sabio Amhed-Baba (siglo XVII), la ciudad contaba ya con varios siglos de existencia. Había sido fundada a finales del siglo quinto de la Hégira, es decir, a finales del siglo XI (muy probablemente en 1077), por tuaregs de las tribus de Iddenan y de Imeddider. Con el tiempo recibió pomposos títulos como la Perla del Sudán y la Reina del Desierto. Hoy en día de reina tiene poco y no se ven por ninguna parte ni perlas ni seda, aunque sí mucho desierto.

Ciertamente, Tombuctú se convirtió en un foco intelectual y espiritual de renombre en todo el mundo árabe. El geógrafo granadino León el Africano escribió que «el comercio de libros era el más floreciente de todos» y comprobó cómo 20.000 alumnos seguían cursos de asignaturas tan diversas como Lógica, Matemática, Derecho, Teología y Gramática en sus *medersas* o universidades coránicas y en la mezquita de Sankoré. Tanto esplendor ocasionó envidias y conflictos. En 1460 el emperador de Songay, Sonni Ali, se apoderó de la ciudad y Tombuctú empezó el camino de la decadencia, que se acentuó en 1591 cuando un ejército marroquí, al mando de un andaluz llamado Yuder Pachá, atacó y venció al Imperio sonrhai (o songay) de Gao. Este fue el principio del fin. Desde entonces no ha levantado cabeza, por más intentos que ha hecho.

Tombuctú vive del mito, de la leyenda de sus glorias pasadas, que se ha transmitido de boca a oído, siendo muy pocos los que han estado allí para comprobarlo. Ni siquiera el protagonista de la película de Luis García Berlanga *París-Tombuctú* llega a alcanzar esta ciudad. Era lógico, parte de su misterio radica en su difícil accesibilidad, que la convierte en un «oscuro objeto de deseo» digno de conseguir. De hecho, muchos fueron los viajeros y exploradores europeos que intentaron llegar a sus dominios sin que nadie lo consiguiera. En 1824 la Societé de Geographie de París propuso un premio de 10.000 francos para el primero que entrase a esta ciudad y diese una buena descripción. Únicamente tres aventureros europeos alcanzaron Tombuctú a principios del siglo XIX: el escocés Gordon Laing (1826), el francés René

Caillié (1828) y el alemán Heinrich Barht (1853), no todos con la misma suerte.

El mayor Alexander Gordon Laing llegó a Tombuctú el 8 de agosto de 1826, después de un penoso viaje por Trípoli, Ghadamés e In-salad. El jeque, en primera instancia, lo recibió a él y a su séquito con los brazos abiertos y con todos los honores, porque creía que procedían de la realeza británica, y le permitió curar unas heridas que había recibido en un combate contra los tuaregs. A las dos semanas, tal vez por orden de los fulani (también llamados fellata), el jeque le ordenó salir de la ciudad, pero ya era demasiado tarde… Su pista y su cuerpo se pierden.

René Caillié se enteró de su desaparición cuando estaba alojado en la ciudad de Djenné. Aprendió árabe, se convirtió al islam y se hizo pasar por comerciante egipcio. De esta guisa penetró en Tombuctú el 20 de abril de 1828, en compañía de una caravana de camelleros y pronto averiguó la suerte que corrió su colega de aventuras: fue asesinado por la tribu de los fulani al ser considerado un espía. Sintió que en Tombuctú había cierta antipatía al hombre europeo, y más si era un infiel. Caillié, no obstante, pasó inadvertido y pudo recoger algunas pertenencias de Gordon antes de irse de una ciudad tan hostil. No estuvo más de dos semanas y regresó vivo para contarlo y cobrar el premio.

Heinrich Barth, gran explorador del Sudán central, apodado *Abd el Krim*, llegó a Tombuctú el 7 de septiembre de 1853, haciéndose pasar por musulmán, después de haber atravesado el Sáhara. Residió allí cerca de seis meses bajo la protección de Bajaí y de los tuaregs, proporcionando a Europa, además de los detalles que confirman los datos suministrados por Caillié, un plano sumario de la ciudad y una buena historia sobre el país.

En algo coincidieron todos los viajeros que pisaron las calles de esta desértica ciudad: en la profunda decepción que les causó el verla. No me extraña. «¿Dónde están las cúpulas deslumbrantes, las bolsas con polvos de oro y de marfil, las caravanas que mencionan los libros?», se preguntaba el escritor francés Paul Morand.

Allí solo hay desvencijados edificios de adobe, calles sin asfaltar, hornos cónicos para hacer el pan, tormentas de arena, casas donde habitaron los primeros intrépidos viajeros antes citados y tres mezquitas que son el

testimonio mudo de un pasado esplendoroso, sobre todo la de Sakoré y la Gran Mezquita de Djinguereyber. Yo la vi intacta. En el año 2012, los islamistas terroristas de Ansar Dine, no contentos con haber destruido siete mausoleos de Tombuctú y con haber derribado la Puerta del Fin del Mundo de la mezquita Sidi Yayia, arremetieron contra la Gran Mezquita armados de cinceles y azadas, con el objetivo de destruir las tumbas que se encontraban en su interior. Esta mezquita, la joya del patrimonio arquitectónico de Tombuctú, fue construida en 1327 por el poeta granadino Abu Haq Es Saheli, por encargo de Kanku Moussa, uno de los grandes emperadores de Mali, previo pago de 170 kilos de oro. Esta curiosa historia se cuenta en la novela *El arquitecto de Tombuctú*, del escritor y exministro Manuel Pimentel.

Pero a Tombuctú se la ha llamado también «la Misteriosa». ¿Por qué este apelativo? Porque estaba cerrada a cal y canto para los infieles y eso le confería un aura de solemnidad y un tufillo de peligrosidad. Se corrió el rumor de que nadie podía entrar allí sin arriesgar su vida. Se fue hilvanando una fama de impenetrable, de ciudad enigmática que debía de estar repleta de tesoros inmensos vedados al hombre blanco que no fuera musulmán. Para qué más.

El escritor y viajero francés Félix Dubois se hizo eco de esta fama y publicó su libro *Tombouctou la Mystérieuse*, donde nos habla del sombrío periodo que va de la dominación targui en 1861 a la caída del Imperio fellata. Los tiranos tuaregs que gobernaron la ciudad empezaron a destruir y robar casi todo lo que tenía valor y un buen número de sus habitantes se fueron a poblados más seguros. «Habiendo dejado de ser Tombouctou la grande —dice Félix Dubois a finales del siglo XIX—, se convirtió en lo que hasta entonces jamás había sido: Tombouctou la misteriosa».

Treinta y cinco años de régimen de terror hicieron mella en esta ciudad sahariana, hasta el punto que el comandante francés Réjou, cuando la vio, se refirió a ella con estas palabras en 1895: «Tombuctú presentaba el aspecto de una vasta ruina. Los habitantes, no teniendo fe en la duración de la ocupación francesa, no hacían en sus casas ni las reparaciones más urgentes».

Ya sabemos que «el que tuvo retuvo», eso nos dice al menos el refrán, y a veces es cierto. En el caso de Tombuctú ha retenido poco y es preciso echarle mucha imaginación y ser muy generosos en nuestras apreciaciones. A

pesar de todo, sí encontré uno de los secretos mejor guardados de los que le confiere el apodo de ciudad «invulnerable». Su perímetro está rodeado por 333 tumbas correspondientes a 333 santos del islam. Cada una en un lugar estratégico: una al lado, precisamente, de la casa de Gordon Laing. Son 333 poderosos talismanes en los que creen los tuaregs, los songais y los «Armas», aunque a decir verdad no han solido protegerla mucho de invasores inoportunos.

Yo me adentré en su territorio a la vieja usanza, tras recorrer parte del río Níger en una pinaza (nombre que reciben en Mali las embarcaciones) durante tres días, desde la ciudad de Mopti. La distancia es de unos 400 interminables kilómetros, pasando por el fascinante e inmenso lago Debo, que se nutre durante todo el año de la corriente del Níger. «Un auténtico mar —escribe Dubois—. Sus orillas son invisibles, ya que no hay montañas en la lejanía que delaten sus límites».

El premio es Tombuctú: la Puerta del Desierto, la ciudad prohibida al extranjero, el reino de los tuareg donde acaba el África animista y negra y empieza el África musulmana y blanca. En la actualidad, es un enclave peligroso por la situación política en la que se encuentra y ya no puede vivir del turismo. Las únicas caravanas de camellos que llegan a la ciudad provienen de las minas de sal de Taoudeni, a unos 650 kilómetros al norte, un lugar en el que, por su lejanía y aridez, está enclavada la principal cárcel de presos políticos. Tras un viaje de tres semanas, los camellos entran en Tombuctú con su pesada carga, siempre por la noche, con sigilo y cuando todo está en calma. Esto tiene su finalidad: si los animales se asustan y se desbocan, podrían romper los bloques de sal que transportan, de 18 kilos de peso, en pequeños fragmentos que ya no valdrían tanto.

La aventura de Yuder Pachá

Uno de los capítulos más apasionantes y desconocidos de la Historia de España es la insólita gesta africana que realizó Yuder Pachá, un morisco granadino natural de Cuevas de Almanzora (Almería). La rebelión en las Alpujarras de los moriscos en 1568-71 fue una de las causas de su definitiva

expulsión. Algunos muchachos fueron a parar al palacio de Al-Malek de Marrakesh, entre ellos el joven Yuder (llamado así porque al parecer exclamaba con frecuencia la palabra «joder»). Destacó en la batalla de Alcazarquivir (1578), lo que le granjeó el nombramiento de caíd de Marrakesh. El sultán Al-Mansur quería conseguir oro, marfil y esclavos de donde él creía que procedía, de la Curva del Níger, y allí mandó, en octubre de 1590 a Yuder Pachá con un ejército de 4.000 granadinos y 500 europeos, más 60 cristianos liberados por Yuder de la *sajena* (cárcel) del jerife, 1.500 lanceros moros y 1.000 auxiliares a cargo de los 8.000 camellos que portaban las provisiones y el material de campaña. Era la primera vez que un gran ejército atravesaba con éxito el gran desierto del Sáhara. Hasta entonces todos murieron en el intento, como los 20.000 marroquíes que, en su idea de conquistar las minas de sal de Teghaza y Taoudeni, desaparecieron tragados por las arenas. El doctor A. Richer, en el libro *Les Tuareg du Niger*, cita la leyenda negra de que en cuanto un ejército se pone en marcha por este desierto les precede un terrible *simún*, el viento abrasador de los desiertos de África y de Arabia, que acaba con los ánimos y la vida de todos ellos.

Una vez vencido uno de sus peores enemigos —el Sáhara—, Yuder tenía que vencer a otro: al Imperio sonrhai, sede de los emperadores askia. La batalla se libró cerca de Tondibi, cuando el aksia Ishaq II de Gao le salió al paso con un ejército de 40.000 hombres el 13 de marzo de 1591. Para contrarrestar el efecto de los cuatro cañones que llevaba Yuder y el fuego de los arcabuces, el askia ideó el ardid de mandar contra él un rebaño de bueyes, pero estos animales se volvieron, asustados por las armas de fuego «que sonaban por primera vez bajo el cielo del Sudán», según una crónica árabe de la época, y desbarataron sus propias filas.

Vencieron y entraron en Gao y Tombuctú. La conquista de Yuder Pachá supuso para Marruecos una fuente de ingresos extraordinarios, con los que construyó edificios fastuosos. Según relatan Jaspar Tomson y Laurence Madoc, en *The English Voyages*, comerciantes ingleses afincados en Marrakech hablan de enormes cargamentos de oro de unos seis mil kilos cada uno llegados de Mali (que aún no se llamaba así), además de pimienta, cuernos de unicornio, madera y esclavos. Llegó a Marrakech «un tesoro tan infinito que no se tiene noticias de ninguno parecido». Tanto dinero había que

se produjo una extraña alianza entre Al-Mansur y la reina Isabel I de Inglaterra, que pudo cambiar la Historia de España. El sultán sugirió invadir conjuntamente la península ibérica, un proyecto que venía acariciando desde hacía años, con la aquiescencia de Inglaterra, reforzada tras su victoria sobre la Armada Invencible. Según los pocos historiadores que se han ocupado de este oscuro episodio, el proyecto falló fundamentalmente por la muerte de ambos soberanos y por la actitud del ejército que llegó al Níger y decidió quedarse. A Al-Mansur no le gustó el pacto que hizo Yuder con el soberano askia (le perdonó la vida a cambio de 100.000 piezas de oro y mil esclavos, respetando a la población). El sultán decidió enviar a otro pachá para sustituirle, otro español llamado Mahmud ben Zergún, que atravesó el Sáhara en plena canícula en tan solo un mes. Yuder buscó un refugio secreto y al cabo de un tiempo decidió volver de su exilio para hacerse cargo de la colonia, ordenando la muerte de los cinco pachás enviados por Al-Mansur.

Yuder y sus hombres pasaron a ser unos apátridas, así que decidieron convertir la Curva del Níger en su propia patria, en una Nueva Andalucía. Los conquistadores se mezclaron con la población autóctona y Yuder construyó edificios, kasbas y canales, dejando de enviar oro a Marruecos. Llegó a tener 15.000 hombres, españoles en su mayoría, robándole de esta forma lo mejor del ejército a Al-Mansur y desbaratándole sus planes expansivos hacia el norte, hacia la península ibérica. Yuder consiguió que la comunidad de los *arma*, así llamados los descendientes de esos conquistadores por ser los primeros en atravesar el desierto con armas de fuego, se independizara del sultán de Marruecos. Una machada.

Tombuctú está hermanada desde 1996 con Cuevas de Almanzora. El espíritu de Yuder sigue uniendo a estas dos poblaciones tan distantes.

ZIMBABUE

«Entre las minas de oro del interior y entre los ríos Limpopo y Zambezi hay una fortaleza construida con piedras de un tamaño sorprendente, y que parecen no estar unidas con mortero… Está rodeada de colinas sobre las que hay otras similares en el sentido que carecen de mortero, y una de ellas es una torre de más de 22 metros de altura. Los nativos llaman a estos edificios Symbaoe, que según su lengua significa palacio».

VICENTE PEGADO,
capitán de la guarnición portuguesa en 1531

Las míticas minas del rey Salomón

Me encantan los lugares que han inspirado novelas o películas. Cuando uno evoca el África negra, suelen venir a la mente dos retos, dos búsquedas y dos hitos fundamentales en su exploración: las minas de oro del rey Salomón y las fuentes del Nilo. En un caso nuestros pasos nos llevarán a Zimbabue. En el otro, a varios países como Etiopía, Uganda y Tanzania.

El primer reto tiene un carácter más arqueológico porque durante dos siglos exploradores árabes y europeos buscaron las fabulosas y míticas minas de Ofir, lugar del que Salomón extraía sus tesoros. Los exploradores portugueses del siglo XVI lo asociaron a la leyenda del Preste Juan, un rey cristiano todo poderoso cuyos dominios incluían la región de las minas e intuían que Ofir tenía que encontrarse en algún lugar de África, en concreto en Etiopía. Pero fue en la antigua Rhodesia del Sur donde se encontraron unas misteriosas estructuras de piedra que, por su magnitud, se creyó que debían de ser las minas del rey Salomón, situadas en la zona denominada Gran Zimbabue, un centro minero de una nación de lenguaje bantú que prosperó hasta el siglo XV.

Conocidas a través de la Biblia, de la Torá y el Corán, las supuestas minas han provocado siempre la curiosidad y la ambición de muchos

investigadores, exploradores, aventureros y arqueólogos. Se redescubren en 1867 gracias a Adam Renders, un viejo cazador de elefantes, que años más tarde se lo cuenta a Karl Mauch, un intrépido explorador y geógrafo alemán, y este se percata de que están ante el mayor yacimiento arqueológico del África subsahariana y se atreve a decir que han encontrado el palacio de la reina de Saba (por suponer, que no quede).

Lo que no sospechaban es que sus indagaciones inspiraron la famosa novela *Las minas del rey Salomón*, de sir Henry Rider Haggard, que la escribió de un tirón, en trece semanas y media, y la publicó en septiembre de 1885. Es considerada la primera novela de aventuras inglesa ambientada en África, lo que dio un impulso económico a su bolsillo, con 30.000 ejemplares vendidos en un año solamente en Inglaterra, y un impulso mediático a ese lugar que hizo que más arqueólogos se interesaran por sus fascinantes ruinas. Tan solo cambió unas cosillas en su ambientación: las minas de Ophir las colocó, por las buenas, en el Gran Zimbabue; al famoso cazador blanco Frederick Selous lo convirtió en Allan Quatermain, y a los zulúes en la tribu kukuanas. Y todo listo. A Rider Haggard le picó el gusanillo de continuar la saga de su protagonista, dado el éxito obtenido, con unas cuantas secuelas y precuelas. Incluso su figura fue utilizada por el novelista gráfico Alan Moore para que formara parte de su «Liga de los hombres extraordinarios».

Tuvieron que pasar unos años más hasta que fueran investigadas esas monumentales estructuras por un especialista. En este caso fue Theodor Bent y vio que estaban situadas a 1.140 metros de altitud, lo cual presentaba dos ventajas: una buena observación y vigilancia y además una protección natural contra la mosca tse-tsé, que suele habitar en zonas más bajas, y así sus habitantes evitaban la letal enfermedad del sueño. Bent dijo, sin muchas pruebas, que la «torre cónica» de unos nueve metros de altura, por la forma que tenía, debía de ser la representación de un culto fálico y, ya puestos, el Gran Recinto habría sido un observatorio astronómico. Todo a ojo, claro. Pero de oro, nada de nada. Bent concluyó que la ciudad era obra de fenicios o alguna tribu semítica de origen árabe. Cualquier cosa menos admitir que era obra de negros. En esa época, los poblados del África negra eran de adobe y materiales vegetales.

Su torre cónica, situada junto al muro exterior, es la que más asombro y expectación levantó, estimulando la fantasía de investigadores y cazatesoros, ya que no desempeña ninguna función aparente al carecer de puertas, ventanas y escaleras. Antes medía nueve metros y ahora no pasa de los siete, al haber sido dinamitada en busca de riquezas ocultas.

Fue el arqueólogo inglés David Randall-Maciver quien excavó parte del recinto a principios del siglo XX, y dató esta cultura entre los años 1000 y 1500, descartando lo de la reina de Saba y demás zarandajas sobre influencias europeas o semíticas, pues sus contemporáneos pensaban que una construcción de esa complejidad, tamaño e importancia no la pudieron haber hecho los africanos. Gertrude Caton-Thompson confirmaría en 1929 la hipótesis de su origen bantú, aunque apuntando una posible influencia árabe en las torres.

Estas ruinas sirvieron de aliciente para el germen de un nuevo estado independiente, que ya no se llamaría Rhodesia, sino que a partir de 1980 sería rebautizado con el nombre de Zimbabue (fue colonia británica entre 1888 y 1979), en honor a la fortaleza que les representaba. En ese yacimiento apareció el *Ave de Zimbabue*, una escultura tallada en piedra negra y considerada el emblema nacional de esta nación y que se ve en las banderas, en los escudos de armas y también en los billetes y monedas.

Los arqueólogos actuales piensan que la Gran Zimbabue fue un gran centro comercial activo desde el siglo IV que entabló sus negocios con Arabia y otras lejanas partes del mundo en el siglo XI y tal vez fue un centro esclavista de primer orden, por el volumen de piedra que tuvieron que manejar para construir aquella gran ciudad. En su apogeo, Gran Zimbabue llegó a tener unos 18.000 habitantes.

Si esas no son las minas del rey Salomón, ¿existe algún otro lugar donde se hayan encontrado? Pues sí. En el año 2008 un grupo internacional de arqueólogos (de Estados Unidos, Europa y Jordania) descubre un yacimiento de cobre en Khirbat en Nahas, en Jordania, datado en la misma época del rey Salomón y que ha dado pie a creer que el mítico tesoro del rey judío no era de oro (como se pensaba), sino de cobre. Según Thomas Levy, de la Universidad de California y director del referido grupo, hay claros indicios de que hace unos 3.000 años Salomón poseía grandes e importantes yacimientos mineros

de cobre en este lugar, los mismos que le sirvieron como suministro para fabricar armas y herramientas y más cerca de Jerusalén que Zimbabue. Otros arqueólogos, como suele ocurrir, se han opuesto a esta teoría e incluso algunos llegan a negar que el mismo Salomón tuviera una existencia histórica, así que no digamos nada de su tesoro o de sus minas.

Salomón parece una franquicia. Se le atribuye la autoría del Eclesiastés, el Libro de los Proverbios y el Cantar de los Cantares, pero desde hace siglos se tomó por costumbre añadir a algunos objetos y libros la palabra «Salomón» como si fuera una divisa de ganadería o una marca de fábrica que insuflaba sabiduría y autenticidad, o incluso consideraciones legendarias y mágicas. Y daba igual que fuera un anillo, una mesa, un espejo, un sello, una mina, un nudo o un grimorio de hechizos (por ejemplo, *Las Clavículas de Salomón*).

La antigua ciudad de Gran Zimbabue se compone de tres áreas diferenciadas que serían el resultado de las obras realizadas por sucesivos reyes, que fueron trasladando el centro del poder desde las colinas hasta el valle. Otros opinan que cada una respondía a una función diferente: el Conjunto de la Colina sería un complejo religioso, el Conjunto del Valle el lugar residencial de los ciudadanos, y la Gran Cerca el palacio real.

La ciudad fue abandonada alrededor del año 1450, sin saberse bien las razones. Pudo ser por el declive del comercio, el agotamiento del oro, o quizá la inestabilidad política y la escasez de alimentos y agua debida a cambios climáticos. La primera noticia que aparece en las fuentes europeas sobre Gran Zimbabue es una carta dirigida por el explorador Diogo de Alcáçova al rey de Portugal en 1506. Para entonces el lugar estaba deshabitado y no le daban mayor importancia.

Es todo una rareza. No hay nada igual en toda África. ¿Cómo es que esta técnica constructiva no pasó a sus sucesores y no volvió a ser utilizada en el África Austral? Gran Zimbabue, por esta razón, se revela como un cúmulo de enigmas, tanto antes como ahora. Porque, por desgracia, en la actualidad, siendo rico en recursos naturales, se ha convertido en el tercer país más pobre del mundo, en el que solo el 30 por ciento de la población tiene trabajo. Debido a su gran inflación, el gobierno empezó a imprimir tantos billetes que en 10 años se convirtieron en los multimillonarios más míseros. En 2015

retiraron su moneda de la circulación y entregaron 5 dólares americanos por cada 175.000 billones de dólares propios. Parece de chiste.

TANZANIA

ZANZÍBAR: TRAS LOS PASOS DE LIVINGSTONE

El mundo de la esclavitud nos lleva al otro punto que quería tratar, con destino en Tanzania, siguiendo los pasos de Stanley y de Livingston, que querían encontrar las fuentes del Nilo Blanco. Un punto principal de abastecimiento era la isla de Zanzíbar, crucial emporio de las especias y centro del esclavismo.

En *El sueño de África* (1998) Javier Reverte describe de esta singular y poética manera la impresión que le causó Zanzíbar y la Ciudad de Piedra (Stone Town) cuando la vio por vez primera:

> Los olores sensualizaban el aire de la Ciudad de Piedra. Cruzaba junto a mujeres que dejaban tras de sí un rastro de jazmines; luego vibraba cerca de mis narices el aroma a clavo que salía del interior de una tienda de especias; después eran la canela, el cardamomo y el perfume del jengibre; y más allá, la fragancia del té de yerbabuena y los potentes efluvios de un café arábigo. Oler se convertía en Zanzíbar en un acto de hedonismo supremo.

Surgida de las más fantásticas leyendas, Zanzíbar fue a la vez infierno de africanos y paraíso de sultanes. El archipiélago de Zanzíbar hoy pertenece a la República de Tanzania, y lo forman las islas de Zanzíbar, Pemba y Mafia. El doctor Livingstone, una buena persona que iba en busca de salvar almas, quedó horrorizado por el comercio de esclavos y contó que Zanzíbar apestaba, que era sucia, miserable e insalubre. Escribió: «El hedor durante la noche es tan fuerte que se podría cortar una rebanada y abonar con ella todo un jardín».

Envuelta en un halo de exotismo, hoy «la isla de las especias» corteja a los turistas con sus playas de cocoteros, pero muchos ignoran que fue el

epicentro de las grandes exploraciones en busca, entre otros misterios, de las fuentes del Nilo. Livingstone, Burton, Speke, Cameron, Stanley… compraron aquí los víveres, las herramientas, las armas, las caballerías; contrataron porteadores y rastreadores y algunos hasta compraron casas y montaron toda la intendencia necesaria para aventurarse a unos parajes tan ignotos como hostiles, en misiones que se prolongaban durante años… Y muchos perdieron la vida en el intento.

Incluso el doctor Samuel Fergusson, el personaje literario de Julio Verne, salió en globo desde Zanzíbar para buscar las fuentes del Nilo en su novela *Cinco semanas en globo* (1863). Rimbaud, traficante de armas por el África Oriental, siempre había querido ir a Zanzíbar, anunciándolo en muchas ocasiones en sus cartas a su hermana, aunque en una de las últimas ya avisó: «Quizá no vaya a Zanzíbar, ni a ninguna parte».

Un símbolo de Zanzíbar y de esas expediciones es el hotel The Africa House. Allí estaba el viejo club inglés de los días de gloria del imperio y de los años de la decadencia, que continuaría hasta la independencia de Zanzíbar en 1963. Evelyn Waugh, el escritor británico admirador de Mussolini, pasó allí bastantes horas de cháchara y escribiendo. Realizó un largo viaje por esos lares, que después nos contaría en su libro *Un turista en África*, donde confesaba que los lugares más hermosos del continente eran los Matopos de Zimbabue —que en aquellos días aún era una parte de la Rhodesia hija de Cecil Rhodes— y las tierras de Kenia y de Tanzania. A Waugh tampoco le gustaba la capital, con unas calles llenas del hedor de «clavos, copra y frutas podridas».

Con todos estos antecedentes, a la llegada a Zanzíbar en el año 2004 quería comprobar por mí mismo si olía tanto a especias o si era tan especial como tantos viajeros aseguraban. Me pareció una isla con encanto, y si bien es verdad que las calles laberínticas de su capital olían a todo, con multitud de tiendas, con un único semáforo en sus calles, con las paredes a las que les faltaba una mano de pintura y repletas de pastiches anunciando a los candidatos de unas próximas elecciones, no por eso me decepcionó. Me interesaba conocer de cerca aspectos históricos relacionados con varios personajes culturales, muy diferentes entre ellos, pero que han dejado una gran huella. Uno en la música moderna y otros en las exploraciones africanas.

El músico no es otro que Freddie Mercury, el líder de Queen, y quise buscar el lugar exacto de su casa natal. Su padre era un parsi de la India que había sido diplomático. Nació en esta isla casi por accidente y le pusieron el nombre de Farrokh Bulsara. Allí vivió hasta los ocho años de edad. La tarea *a priori* parecía fácil, pero que no lo fue tanto debido a que en Stone Town, de población mayoritariamente musulmana, no quieren guardar memoria de un hombre al que no consideran un ejemplo a seguir. Hoy su vivienda es un restaurante y, por supuesto, no hay ningún cartel ni placa que lo diga.

El otro objetivo era pisar los lugares en los que estuvo el doctor Livingstone, un humanista y misionero escocés adelantado de su época, que también participó en varias búsquedas de descubrimientos geográficos y arqueológicos, pero que, sobre todo, intervino activamente en favor de la abolición de la trata de negros. Livingstone partió desde Zanzíbar, donde hoy se conserva la casa que utilizó como cuartel general, para sus incursiones en el interior del enigmático continente negro. La Historia le recordará por siempre jamás gracias al famoso encuentro con el periodista Henry Morton Stanley, que también desembarcó en Zanzíbar cuando partió en su busca al dársele por desaparecido. El periodista Stanley lo encontró en el poblado de Ujiji, a las orillas del lago Tanganica, en noviembre de 1871, a la sombra de un mango. Y entonces, sin tenerlo premeditado, le hizo célebre aquel irónico saludo:

—El doctor Livingstone, supongo.

Tras su muerte, dos años después, y antes de ser repatriado a Inglaterra, el cadáver de Livingstone hizo escala en Zanzíbar por última vez…

En el centro urbano de su capital, Stone Town, junto al jardín botánico, se emplaza el Museo Nacional. Exhibe diversas colecciones arqueológicas de relevancia, en especial los descubrimientos de fósiles del *Australopithecus boisei*, así como la sórdida historia del comercio de esclavos de Zanzíbar. Se ven restos de su pasado, de su gran importancia estratégica, tanta que un proverbio árabe dice: «Cuando suena la flauta en Zanzíbar, África baila hasta los grandes lagos».

De Zanzíbar también dijo el periodista-explorador Henry Morton Stanley: «Zanzíbar es la Bagdad, el Isfahan y el Estambul de África Oriental». Para muchos, todavía lo sigue siendo.

Decían los viajeros del siglo XIX que, antes incluso de divisar las costas de Zanzíbar, sabían que se acercaban a la isla por el fuerte aroma que desprendían sus plantaciones de especias. No es una exageración, ya que en la segunda mitad del siglo XIX Zanzíbar llegó a producir el 90 por ciento del clavo mundial. Claro que, por otra parte, el explorador David Livingstone dejó escrito en 1866 que la isla merecía el nombre de Stinkibar por el hedor (*stink* en inglés) de los restos orgánicos acumulados en la playa. Hoy, Zanzíbar sigue siendo una mezcla de esas dos visiones: de perfume y de hedor, de belleza y de decadencia, como corresponde a esos lugares de leyenda a los que ha tocado ejercer de paraísos soñados.

Nombres como Tombuctú, Samarkanda, Constantinopla o Zanzíbar contienen en sí mismos la fuerza necesaria para evocar esa clase de paraísos exóticos.

Se calcula que entre 1832 y 1837 se vendieron en Zanzíbar alrededor de un millón de esclavos. De allí partían las caravanas de captura hacia el interior del continente y en la isla se hacinaban los apresados para la venta. Aunque el antiguo mercado de esclavos fue arrasado en 1873 para levantar en su lugar una iglesia cristiana, todavía quedan en la isla restos de mazmorras, cuevas y cadenas, en los que puede intuirse el horror de aquellos años.

El comandante británico Thomas Smee, que visitó Zanzíbar en 1811, describió así el ritual de la venta de esclavos:

> El espectáculo empieza hacia las cuatro de la tarde. Los esclavos avanzan en fila por orden de edad… Se les ha sometido a una limpieza a fondo y se ha untado su piel con aceite de coco para que luzcan lo mejor posible… La procesión avanza por el mercado y por las principales calles, con el propietario repitiendo en una cantinela las cualidades de sus esclavos y los altos precios que se han ofrecido por ellos. Cuando uno de ellos llama la atención de un espectador, la procesión se detiene y da inicio un proceso de inspección que, por su minuciosidad, no tiene parangón con ningún otro celebrado en los mercados de ganado de Europa.

La Royal Geographic Society adquirió en años siguientes un papel protagonista, y los míticos exploradores Richard Burton, John Speke, David Livingstone y Henry Stanley acudieron a la isla para preparar sus expediciones. Al final, las fuentes del Nilo Blanco fueron localizadas «oficialmente» en el lago Victoria en 1862. Mérito de Burton y Speke. Y se

dio por cerrado un asunto que había dado muchos quebraderos de cabeza. En 2006 una expedición británica al mando de Neil McGrigor dijo haber descubierto que el Nilo no nace en el lago Victoria, sino que lo hace 106 kilómetros más al sur, en el interior de la selva ruandesa. A la longitud establecida del Nilo habría que sumarle, pues, el recorrido del río Kagera, uno de los que desembocan en el lago Victoria. Sus 6.756 kilómetros medidos por GPS empezarían aquí y sus aguas tardarían tres meses y medio en llegar a Alejandría. Una pasada.

Pero hay otras fuentes famosas del río Nilo y esas ya habían sido exploradas y reconocidas en cierto lugar de Etiopía. Me refiero a las fuentes del Nilo Azul. Como suele pasar en estos casos, el que se arrogó pomposamente su descubrimiento, el aristócrata escocés James Bruce, no lo hizo. Dijo haberlo conseguido él solito en 1770, situándolas en el lago Tana de Etiopía. Y así fue reconocido por los geógrafos británicos durante mucho tiempo. Pero cometió tres errores imperdonables. No fue el primer occidental en llegar a aquel lugar y él lo sabía. Otros europeos habían llegado allí 150 años antes y el primero de todos fue un jesuita español llamado Pedro Páez Jaramillo. El segundo error fue desacreditar a sus predecesores, pues Bruce, como protestante convencido que era, no sentía ningún respeto —más bien sentía desprecio— por los dos jesuitas que habían estado antes que él (Páez y Jerónimo Lobo, diez años después de Páez), considerándolos portugueses, falsarios, impostores y agentes de Roma. Afirmó que ambos hablaban de las fuentes del Nilo de oídas, sin haber estado nunca allí. Bruce no da una. El tercer error fue compararse con don Quijote de la Mancha para mayor gloria suya y del rey Jorge III. En fin. Hoy Bruce es desacreditado por todo lo que acabamos de comentar y porque muchos historiadores sospechan que la obra en cinco volúmenes que publicó en 1790, *Viaje en busca de las fuentes del Nilo*, está llena de inexactitudes e invenciones. En palabras de Alan Moorehead, es un aventurero «engreído, dogmático, que embrolla y exagera las cosas». Vamos, que James Bruce ha quedado para la posteridad como lo que no quería: un auténtico fanfarrón.

Volvamos a la casa donde se alojó Livingstone para preparar su expedición, que está situada en las afueras de Stone Town y desde hace años es la sede de la oficina de turismo de Zanzíbar. Allí se alojó el misionero

británico en 1866, antes de emprender su último viaje. La historia es de sobra conocida. Sin dar noticias durante cinco años, se envió una expedición de socorro encabezada por el ambicioso Henry Morton Stanley, que también partió de Zanzíbar, a la que definió como «la más bella de las perlas oceánicas». La habitación que solía ocupar el misionero anglicano en este caserón construido por orden del sultán Majid en 1860 se puede visitar toda la semana por unos pocos chelines tanzanos.

Dos puntos de encuentro obligado son la catedral anglicana de St. Joseph y el mercado de esclavos: lugares interesantes por su valor histórico, no artístico. La catedral fue construida gracias al empeño del obispo colonial Edward Steere, que comenzó las obras un año después de que se cerrara el mercado de esclavos en 1873 y que se yergue en el mismo lugar que ocupara aquel. El prelado recurrió a lo que tenía más a mano, piedras de coral y cemento, para levantar este imperecedero homenaje a todos los africanos a los que arrebataron su libertad. Su tumba está detrás del altar y su retrato es visible en una de sus paredes.

La catedral guarda también un vestigio del explorador británico. En un pilar está colgada una cruz tallada con la madera del árbol que da sombra actualmente a la tumba de Livingstone, ubicada en la aldea de Chitambo, en Zambia. Los duchos en Historia se preguntarán: «Pero ¿Livingstone no está enterrado en la catedral de Westminster, en Londres?». Así es. No obstante, su corazón se quedó para siempre en África y allí reposa todavía dentro de una caja de hojalata. El traslado de su cadáver desde las orillas del lago Tanganika, donde falleció en 1873, hasta Bagamoyo, en las costas del Índico, para que pudiese ser embarcado rumbo a Inglaterra, fue una epopeya. Los sirvientes del doctor, encabezados por su fiel Chouma, recorrieron 1.600 kilómetros con el cadáver a cuestas (embalsamado con sal y alcohol), sorteando las iras de los poblados nativos, para quienes un cuerpo sin enterrar era la encarnación de todas las desdichas.

El explorador, antropólogo y cónsul británico Richard Burton dejó en sus diarios una desgarrada descripción del mercado de Zanzíbar en 1856, que no deja indiferente:

> Los negros aguardaban en fila, como animales. Todos estaban espantosamente delgados, las costillas les sobresalían como aros de barril y no pocos tenían que acuclillarse, enfermos, en el suelo. Los más interesantes eran los niños, que sonreían como si les agradara el examen degradante e indecente al que eran sometidos ambos sexos y todas las edades. Las mujeres componían un espectáculo depauperado y mísero.

Junto al templo pude contemplar un monumento que pone un nudo en la garganta. Están representados varios esclavos de piedra metidos en un foso que unen sus cuellos con férreas cadenas para recordar al mundo un horror no tan lejano en el tiempo. Una visita a la isla de la Prisión, situada frente a la Ciudad de Piedra y convertida durante años en «almacén de esclavos», o a la casa del desalmado Tippu Tib, uno de los mayores traficantes árabes, nos puede dar una idea del auge comercial de Zanzíbar en los negros tiempos de la esclavitud.

Recuerden: «En África no hay fronteras, ni siquiera entre la vida y la muerte». Lo decía el poeta senegalés Leopold S. Senghor, que llegó a ser presidente de su país.

V

ASIA

«Yo he venido a Asia, no con el propósito de recibir lo que vosotros me deis, sino con el de que tengáis lo que yo deje».

ALEJANDRO MAGNO

INDIA

«Si tienes paciencia, en India la perderás y si no la tienes,
en India la encontrarás».
ADAGIO HINDÚ

METALURGIA EN DELHI: LA COLUMNA INOXIDABLE

La India fue de los primeros países que visité una vez que tuve tiempo y dinero suficiente para emprender mis aventuras viajeras en busca de lugares sagrados, de culturas exóticas, de religiones diferentes a la mía, de tradiciones mágicas y de monumentos espectaculares. Y cuando regresas ya no eres el mismo. Parece un tópico, pero no lo es.

Seguro que ya lo saben, pero, por si acaso, se lo cuento: a las afueras de la capital de la India, hacia el sur, se hallan las ruinas de la que fue la primera ciudad islámica. En el patio del templo de Qutub Minar, en Nueva Delhi, se levanta la Torre de la Victoria, el minarete islámico más alto del mundo, con 72,5 metros de altura, que empezó a edificarse en el siglo XII. La imponente figura de la Torre de la Victoria se va estilizando a medida que asciende hasta el cielo: empieza con un diámetro en la base de 14 metros y termina en la cúspide con un estrechamiento de 2,50 metros. Simboliza el dominio islámico sobre la ciudad (eso dicen). La Torre tiene cinco niveles distintos, cada uno de ellos con una balconada. Algo impresionante, aunque no es lo que quiero destacar.

La mayoría de los que nos hemos acercado a ese enclave buscamos otra cosa. A los pies de la Torre se encuentra la mezquita de Quwwat-ul-Islam, la primera que se construyó en la India (eso dicen). Una inscripción sobre su puerta oriental informa con tono arrogante y casi desafiante que fue edificada con material obtenido de la demolición de 27 templos idólatras (léase hindúes y jainistas). Un dato a tener muy en cuenta.

Ya dentro de su patio hay que buscar un pilar, pilastra o columna de hierro fundido que mide casi siete metros de altura, pesa seis toneladas y

¡ojo! no se oxida. Es fácil localizarlo. Se conoce por *Iron Pillar* y ha despertado el interés de profanos y especialistas en cuanto a sus cualidades, fecha y rareza. Construido con un 99 por ciento de puro hierro, el pilar es la muestra del alto nivel en metalurgia que poseían los herreros de la antigua India. Al tener una mínima presencia de otros elementos como el azufre, indica que el hierro fue sometido a un proceso de tueste y posterior fundido con carbón vegetal. El pilar llama la atención de los arqueólogos y los metalúrgicos a la par, puesto que, a pesar de tener más de 1.600 años de antigüedad, no presenta ningún tipo de corrosión.

Hay quien añade más misterio al asegurar que es una especie de iceberg férreo, del que solo se ve una tercera parte. En realidad no tiene 7, sino 18 metros de altura (eso dicen). Lo que se ve es una columna visible que no sobresale del suelo más que 6,60 metros. Se podría asegurar que está «férreamente» asentada al terreno. Tal vez eso justifique la inscripción profética que tiene en su base: «Mientras yo me sostengo, se sostendrá el reino hindú». Se trata de un pilar de hierro forjado con una aleación de sustancias que no permite la oxidación y que está lleno de contradicciones.

Veamos. La mayoría de las veces podemos leer que es el famoso «pilar de Asoka» (emperador que vivió en el siglo IV a. C.), erigido por el emperador Chandragupta. Pero, por un lado, no es ese el pilar de Asoka, y, por otro, hubo varios monarcas con el nombre de Chandragupta antes y después de Cristo, según sea de la dinastía de los Maurya o de los Gupta.

Entonces, ¿de qué fecha estamos hablando? El pilar tiene una inscripción en la que se explica que fue construido como un homenaje al dios Vishnu y en memoria del rey Chandragupta II (siglo V), amante de las artes y coronado por una imagen del dios Garuda. Así que ya tenemos la fecha de su edificación. La mezquita, en cuyo perímetro se ubica la columna, se construyó en el año 1193 y está considerada la primera de la India, pero el pilar es del año 400, lo que quiere decir que el templo se construyó alrededor de esta columna que ya se debía de considerar sagrada.

Yo estuve en la India en el mes de septiembre de 1988, y algún que otro monzón me tocó en suerte. Siendo un lugar tan húmedo, me extrañó aún más que esa columna no se oxidara y eso que la observé lo más cerca que pude. Por aquel entonces no había ninguna verja metálica que protegiera la

columna como la hay ahora y pude hacer el ritual preceptivo y supersticioso que me indicaron, una de esas tonterías para turistas con la idea de sacarles algunas rupias. Consistía en apoyar mi espalda sobre la columna e intentar tocar los dedos de mis manos, algo que pude conseguir gracias a la ayuda de un hindú, que, por unas pocas rupias, casi me descoyunta el brazo y me disloca las articulaciones de la mano. Pero lo hice. Junté por fin mis manos. Lo que se pretende con este gesto es formular un deseo que se cumplirá si los dedos se acaban tocando, por las buenas o por las malas… También dice la leyenda que si es así, se volverá a visitar la India. Una tradición oportunista y con ánimo de sacar un dinerillo al turista de turno. A falta de una fuente de los deseos… Pero ahora, con la verja de hierro, la tradición se ha evaporado.

El propio Erich von Däniken tuvo que corregir sus afirmaciones iniciales al escribir en 1986 la siguiente frase en su obra *¿En qué me he equivocado?*:

> Asimismo se corrigió al paso del tiempo la noticia proveniente de Delhi sobre cierta pilastra vetusta de hierro que no se corroía bajo las inclemencias meteorológicas: entretanto este objeto se ha oxidado en diversos puntos, según he podido comprobar con mis propios ojos.

Si Däniken hubiera conocido un informe posterior, tal vez habría vuelto a cambiar de opinión. En julio de 2002, los metalúrgicos del Instituto Indio de Tecnología de Kanpur anunciaron que habían solucionado por fin el misterio del pilar de Delhi. Su informe dice que durante los tres años siguientes a su erección se habría formado una fina capa compuesta de hierro, oxígeno e hidrógeno (a la que llaman *misawite*), que protege el pilar del hollín. La protección se formó por catálisis, gracias a una concentración importante de fósforo, debida a que en la fabricación del hierro por los antiguos indios mezclaban directamente el mineral con carbón de leña.

Los investigadores indios han aventurado que la columna de hierro inoxidable fue fabricada mediante un proceso conocido como «soldeo de fragua». Para ello, se habrían colocado uno sobre otro hasta 200 cilindros sólidos de hierro fundido, que habría sido sometido a un eficaz proceso de tueste y fundido con carbón vegetal. Aun así, resulta difícil explicar cómo consiguieron la pureza de la columna, cifrada en el 99,78 por ciento, algo que

nuestra metalurgia actual puede obtener pero que se antoja más complejo comprender que se consiguiera en aquel tiempo.

En otras palabras, el secreto de esa aleación es que contiene una inusitada proporción de fósforo. El hierro actual posee un 0,05 por ciento de fósforo mientras que el material de esta columna contiene el 1. De esta manera, el fósforo crea una película capaz de quemar el oxígeno exterior y proteger el conjunto de la corrosión y los estragos del tiempo. El hierro así tratado es más resistente y duradero. Lo que no han dicho los expertos es cómo pudieron conocerse tales técnicas en tiempos tan remotos.

Con este caso tenemos el ejemplo perfecto de un conocimiento perdido y ahora rescatado. Y no olvidemos que de la India procedía la «pasta» o lingotes de *wootz* para luego confeccionar, forjar y elaborar el famoso «acero de Damasco», con esa materia prima tan específica cuyo contenido en carbono llegaba al 2 por ciento, acompañado de una técnica de forja y temple muy precisa y todo ello a baja temperatura, otro enigma metalúrgico que también ha sido desvelado en estos últimos años (eso dicen).

Resulta que hay más columnas. La realidad es que ha existido una fábrica metalúrgica en el pasado que se encargó de hacer objetos con unas aleaciones que resisten sin problema alguno el paso del tiempo sin oxidación, estén en zonas secas o húmedas. Se fabricaron varias columnas de hierro, con igual calidad, aunque no tan conocidas como la del patio de Qutub Minar de Delhi. El doctor L. Daswani, de la Universidad de Bangalore, reveló que ciertos textos científicos indios proporcionaban las fórmulas exactas para hacer distintos tipos de aleaciones de hierro inoxidable, con un contenido de este mineral de hasta el 99,5 por ciento. Una de estas columnas se encuentra en las laderas de la colina piramidal de Kudasaadri, en el estado de Karnataka, al sur de la India. Y otras estarían en los templos de Puri y Konarak, ambos en zonas costeras.

Y en Europa también hay una. Para verla hay que ir a los jardines de Kottenforst, en Bonn (Alemania), donde se encuentra una columna rectangular denominada, a nivel popular, «Hombre de Hierro». Como se pueden imaginar, no presenta señal alguna de herrumbre. Es mencionada por vez primera en las crónicas del siglo XIV como divisoria de caminos, marcando el límite del mercado local, una calzada de piedra y un acueducto,

siendo su antigüedad probablemente mayor. La columna se prolongaría 30 metros bajo la superficie (eso dicen).

El legendario puente de Rama

Hay leyendas que dejan huella y otras que crean polémica. La del llamado «puente de Rama» trae cola y no solo por su largura. Desde hace cientos de años se ha pensado por parte de los indios, sobre todo los hinduistas y musulmanes, que esa curiosa cadena de bancos de arena, coral y rocas, alineados de manera curvilínea y a muy poca profundidad bajo el océano Índico, no era una construcción natural y ni siquiera hecha por manos humanas sino por dioses. El puente recorre unos 30 kilómetros entre la India y Sri Lanka, la antigua Ceilán, y a pesar de que las leyendas lo afirmaban una y otra vez, no había geólogos que lo confirmaran. Ahora bien, con la llegada de las fotografías por satélite, la cosa ha cambiado. No hay nada como tener vista de águila para ver claramente una especie de cordón o brazo de material sólido submarino que une ambas orillas.

Cuenta la epopeya del *Ramayana* que el puente de tierra fue construido para servir a Rama, héroe legendario hindú, en una de sus misiones más importantes. Tenía que cruzar las aguas hasta llegar a la gran isla y rescatar a su mujer Sita de las garras del rey demonio Ravanna. El ingeniero en caminos, puentes y canales fue el dios mono Hanuman, ayudado de su hueste simiesca, que lo construyó en un santiamén, es decir, en tiempo de dioses. Muy popular en la India, Rama es considerado la séptima encarnación o avatar terrestre de Visnú y se le representa como un joven de piel azul, a veces portando un arco. Para la mayoría de los creyentes hindúes, esta historia no es un mero mito, sino un episodio real en la Prehistoria del país.

Desde entonces, el puente de Rama ha atraído la atención de muchos místicos, etnólogos, geólogos y arqueólogos que afirman tener pruebas acerca de que se trata de una construcción artificial. Piensan que se construyó para facilitar el tránsito de personas y mercancías en la época en que el nivel del mar era más bajo, allá por la última glaciación. De eso hará unos diez mil

años. Cuando los hielos glaciares retrocedieron, el nivel del mar ascendió y, con ello, el puente quedó, en teoría, bajo las aguas.

¿De verdad hace más de diez milenios pudo existir una civilización en el subcontinente indio tan avanzada como para construir algo semejante? Si han leído el apartado «Qué ocurrió hace 12.000 y hace 5.000 años», tal vez tengan una idea más clara.

Se ha dicho, por parte de investigadores de la Universidad india de Bharathidasan, que la edad de los materiales no supera los 3.500 años y que el nivel del mar en esa área era más bajo que el actual. Milenio arriba o abajo, no cambiaría mucho la cosa si al final resulta que es artificial. Y eso es lo que afirma el Dr. Badrinarayanan, exdirector del Servicio Geológico de la India, y dice que los materiales de ambos bancos se colocaron en el fondo arenoso para formar una calzada. Y no haría falta recurrir a los dioses.

En octubre de 2002 decenas de periódicos y servicios de noticias en Internet anunciaron que la Agencia Espacial Norteamericana, NASA, había descubierto una prueba que mostraba la autenticidad de esta antigua leyenda india y que consistía en fotos tomadas por los astronautas desde el transbordador espacial. Y es que cada cierto tiempo sale alguna noticia nueva sobre este supuesto puente, que incluso ha generado no ya debates arqueológicos, que esos son constantes, sino debates políticos en el Parlamento hindú con respecto a su origen y funcionalidad.

No todos hablan de Rama. De acuerdo con otra leyenda más antigua, la primera persona que había atravesado este puente fue Adán, para llegar a cierta colina en Sri Lanka, ahora llamada el Pico de Adán, encima de la cual se mantuvo erguido y a la pata coja durante 1.000 años como penitencia por sus pecados. El daño que hizo la dichosa serpiente del Paraíso…

Según ciertos manuscritos medievales, el puente quedó sumergido no hace demasiado tiempo. Fue tras una tormenta violenta o un tifón en el año 1480. Esto parece indicar que antes de aquel año la construcción era visible y transitable desde las islas de Mannar, cerca del noroeste de Sri Lanka, hasta Rameshwaram, en la costa sur de la India. En fin, un mar de dudas, y nunca mejor dicho, en el que las leyendas insisten en la veracidad de un puente que ya está descubierto, pero al que falta ponerle la etiqueta de natural o artificial, de humano o divino, con lo que eso supone…

Lo curioso de ese estrecho entre Sri Lanka y la India es que, siguiendo la línea del puente, podría construirse una especie de canal transitable para facilitar el tráfico marítimo, además de un puente de verdad para el tráfico rodado e incluso de ferrocarril, y podría servir de base a una gigantesca central eléctrica que, aprovechando la fuerza de la marea, generaría grandes cantidades de energía eléctrica. ¿Saben a quién se le ocurrió esta idea hace muchos años?: al escritor Arthur C. Clarke, que vivió en Sri Lanka hasta su muerte, conocía de sobra esas leyendas y fue el autor de la novela *Cita con Rama* (1973), una de las más premiadas del género, al haber recibido los premios Nébula, Júpiter, Hugo, Locus, John W. Campbell y el de la Asociación Británica de Ciencia Ficción. Todos. Ahí es nada. Y también es autor de la novela *Fuentes del paraíso*, en la que trata de la construcción de un colosal puente sobre el estrecho de Gibraltar, que también tiene lo suyo y es un viejo macroproyecto que algún día verá la luz.

INDONESIA

«Pero el camino de la magia —como, en general, el camino de la vida— es y será siempre el camino del Misterio. Aprender una cosa significa entrar en contacto con un mundo del cual no se tiene la menor idea. Es preciso ser humilde para aprender».

PAULO COELHO, *Brida* (1990)

JAVA: BOROBUDUR Y SU MONTAÑA DE BUDA

En septiembre de 1993 hice un viaje cuyo destino era la isla de Bali, pero me juré que, si tenía la posibilidad, iría a Java para visitar un icono de la arquitectura y arqueología oriental, lo que algunos denominan «la octava maravilla del mundo», aunque este título lo ostenten otros monumentos a cual más impresionantes.

Y esa ocasión se presentó. Disponía de tres días libres antes de regresar a España para lanzarme a la aventura de coger un ferri en el puerto de Gilimanuk que me llevara, en una media hora de travesía, al puerto de Ketapang, en la isla de Java… y desde allí en una buseta hasta un *lodge* cercano al volcán Bromo para hacer noche. Al día siguiente, antes del amanecer, visité el volcán acercándome hasta sus faldas montado a caballo, en fila india como el resto de los que estábamos allí. El volcán está a 2.329 metros de altura y es el más activo de la isla de Java: ha entrado en erupción más de 50 veces en los últimos 250 años. A las cuatro de la madrugada abren la valla, para que el ascenso sea menos penoso, antes de que los calores hagan acto de presencia y podamos llegar a la cumbre con el frescor del amanecer. Las nubes y las blancas fumarolas sulfurosas son visibles. Todo un espectáculo.

Al día siguiente tocaba ir a Borobudur y los templos de Prambanan. Si Borobudur es la estructura budista de mayor tamaño en el mundo, el conjunto de Prambanan es la más importante y más grande construcción hinduista del

país. Ambos se encuentran en el centro de la isla, a una distancia relativamente corta de Yogyakarta, que también visité.

Cuando años más tarde visité los templos de Angkor, en Camboya, me recordaron poderosamente a estos de Prambanan por su diseño y estructura. Curiosamente, se empezaron a edificar en el siglo IX, la misma época de los que hizo la cultura jemer. Me hubiera gustado estar mucho más tiempo contemplando y disfrutando de estos edificios sagrados dedicados a la trimurti hindú (Brahma, Visnú y Shiva), pero para mí en esa excursión javanesa el plato fuerte era Borobudur.

Apenas a 40 kilómetros de distancia de la antigua capital del sultanato, Yogyakarta, hace más de mil años, budistas devotos construyeron el santuario más grande y extraño de toda Asia. Con enormes moles de piedra cubrieron toda una montaña, convirtiéndola en un recinto sagrado para mayor gloria de Buda. En el siglo XIX Borobudur era solo un recuerdo, un sueño milenario perdido en las junglas de Java. Pero esto cambió con la dominación colonial del Imperio británico. Thomas Stamford Raffles, a la sazón vicegobernador de Java, oyó hablar por primera vez en 1814, durante un viaje de inspección, de las historias increíbles de una colina selvática llamada Borobudur. Decían que el príncipe heredero de Yogyakarta visitó el lugar en 1757 y se encontró con un «caballero» encerrado en una «jaula», y que poco después el príncipe enfermó y murió. Desde entonces, los indígenas contemplaban con gran temor el recinto sagrado y preferían mantenerse alejados de la montaña maldita.

Raffles decidió enviar al ingeniero neerlandés H. C. Cornelius a inspeccionar ese curioso lugar. Cuando llegó, vio un edificio escalonado en forma de cúpula, con seis terrazas cuadradas y tres escalones de remate semicirculares, que se alzaba ante él hasta una altura de 35 metros, con 500 imponentes estatuas de Buda metidas en lo que parecían estupas (estructuras huecas en forma de campana), con 1.460 bajorrelieves y cuatro grandes escaleras, junto a las cúpulas campaniformes que adornaban, como si fueran coronas, la terraza circular superior. Aquello era muy distinto a otros templos budistas.

Sin embargo, hasta la fecha los arqueólogos no han hallado documentos que contengan datos más precisos sobre este monumento religioso. Poco

después de su descubrimiento, se halló en la plataforma superior, debajo de una estupa, una urna metálica cerrada con un retrato también metálico, lo que significaba que Borobudur habría sido un gigantesco relicario. Por tanto, la urna podría haber contenido los restos mortales del legendario Buda o de algún *bodhisattva*. Sin embargo, el objeto del sensacional hallazgo ha desaparecido y puede que haya sido destruido; es el único que podría poner fin a las especulaciones sobre si Borobudur es el sepulcro de uno de los grandes fundadores religiosos de la Historia universal.

Curiosamente, no se han encontrado indicios de lugares representativos para la celebración de rituales. Borobudur parece un símbolo petrificado del sistema cósmico del budismo y al mismo tiempo una representación simbólica del camino de la iluminación. Estar allí recorriendo sus terrazas y estupas, con estatuas sedentes de Buda en perfecta meditación, genera una paz difícil de explicar.

La doctrina budista propone la aspiración a convertirse, mediante sucesivas reencarnaciones, en un *bodhisattva*, una especie de semidiós. Esto se consigue cuando el iluminado alcanza el nirvana y se une a la naturaleza, recorriendo un camino que atraviesa tres esferas. Precisamente estos niveles de la iluminación son los que parece simbolizar Borobudur. Las dagobas de piedra, unas estructuras en forma de campana que parecen capillas, tienen unas aberturas en forma de rombo que ofrecen una visión limitada de 72 estatuas de Buda sentado.

La estupa central, que está situada en el nivel más elevado y que sobresale por encima de todo lo demás, sigue siendo un misterio en la actualidad. Es probable que originalmente no contuviera ninguna estatua de Buda y que simbolizara el nirvana, el reposo definitivo del alma y la liberación del círculo infinito de la transmigración. Por consiguiente, muy posiblemente Borobudur, a falta de pruebas concretas sobre su finalidad, fuera concebido como una colina mágica, un camino iniciático que permitiera a los fieles alcanzar niveles cósmicos cada vez más altos y les ayudaba a despertar. Solo cuando una nueva religión, el hinduismo, conquistó Java, esta obra monumental cayó en el olvido, y con ella la peregrinación y la finalidad que se perseguía.

Si tuviéramos una vista cenital o un dron con cámara, lo veríamos con forma de mandala, perfectamente circular y simétrico y la clave para descifrar en parte su misterio reside en el número 72. Hay 504 estatuas de Buda en posición de loto, de las cuales 72 están dentro de estupas perforadas a modo de celosías, y las 432 restantes bajo pabellones abiertos en las balaustradas de las galerías entre terrazas. El número de Budas disminuye según se va ascendiendo en las plataformas. Nada es casual en esta estructura, otra cosa es que lo comprendamos. Está compuesta de nueve plataformas:

—Las tres superiores, circulares, son denominadas Arupadhatu (mundo sin forma).
—Las seis inferiores, de forma cuadrada, se denominan Rupadhatu (mundo de las formas).

Las estupas que contienen en su interior un buda tienen forma de campana. Las aberturas de las mismas en los dos primeros niveles circulares son romboidales, mientras las de las estupas de la plataforma superior son cuadradas.

Por lo que se refiere al número 72, sus referencias son abrumadoras. Hay 72 estupas campaniformes y en la Kábala hebrea hay 72 ángeles a los que se puede invocar si se conocen sus nombres. Y para varios autores este número tiene que ver con la precesión de los equinoccios.

CAMBOYA

«*La utopía está en el horizonte*. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá».
EDUARDO GALEANO

ANGKOR: LAS CATEDRALES DE LA JUNGLA

Cuando visité Egipto, me dijeron que el templo de Karnak era el más grande del mundo. Me pareció exagerado. Luego comprobé que en realidad lo que ocurre es que ese complejo de templos de Karnak posee la sala hipóstila de columnas más grande del planeta, o que es el mayor templo dedicado a un solo dios (en este caso Amón-Ra).

El templo más grande está en Camboya. Se trata de Angkor Wat, construido por la cultura khemer o jemer, alrededor del año 1150. Las ruinas actuales son mucho menores que el complejo religioso edificado en su momento, el más grande del mundo, con un área cuatro veces mayor que la Ciudad del Vaticano. La gigantesca ciudad —la mayor urbe preindustrial del mundo, llegó a tener una superficie de 3.000 kilómetros cuadrados— y está salpicada por más de mil templos. Una joya que ha resistido el paso del tiempo a pesar de invasiones, guerras, bombardeos e inclemencias atmosféricas. Lo han bautizado como «la octava maravilla del mundo», y no les falta razón a quienes lo aseguran. Pero hay tantas octavas maravillas…

Durante los nueve primeros siglos de nuestra era hubo varios reinos camboyanos independientes que se llevaban a mal traer, siendo los dos más importantes el de Funan y el de Chenla. Y así estaban las cosas hasta que en el año 802 apareció por fin alguien con las ideas claras, visión de futuro y temple férreo para unir a todas las tribus y reinos dispersos en uno solo y crear un imperio jemer poderoso. Ese líder era Jayavarman II, que se hizo llamar *devaraja*, palabra sánscrita que significa «rey de dioses» y monarca

universal, porque la modestia no suele ser una característica de estos emperadores con ínfulas divinas. Se puso a construir los primeros templos en una zona donde el dominio del agua era fundamental para que el imperio no fuera flor de loto de un día. Y no lo fue. Los visitantes no suelen fijarse en los complejos sistemas hidráulicos que pusieron en marcha en la ciudad imperial. Canales, fosas, terraplenes y grandes depósitos, conocidos como *barays*, formaban parte de una red hidráulica montada por los jemeres entre los siglos XI y XIII, y que funcionó hasta su caída. Llegó a tener 1.000 kilómetros de longitud en todo su territorio. En los *barays* almacenaban el agua sobrante de las lluvias que caían durante el verano monzónico, que luego se utilizaba para irrigar los campos.

La primera noticia que se tuvo en Europa de los hoy célebres templos de Angkor Wat no procede de Henri Mouhot, sino de un misionero franciscano español llamado Marcelo de Ribadeneyra. En un libro de 1601 hablaba de «una gran ciudad en el reino de Camboya», con «muros curiosamente labrados» y con grandes edificios de los que tan solo quedaban ruinas. La información le había llegado de otros misioneros españoles y portugueses que llegaron hasta Longvek, a pocos kilómetros al norte de Phnom Penh. *La Breve y verdadera relación de los sucesos del reino de Camboya*, de fray Gabriel Quiroga de San Antonio, publicada en 1604, fue la primera en citar el nombre de Angkor Wat al referirse a «un templo de cinco torres llamado Angor».

A lo largo de sus más de seis siglos de Historia este reino se fue expandiendo progresivamente a costa de sus vecinos. Se piensa que en su época de máximo esplendor, tenía una población muy elevada —expertos como Bernard-Philippe Groslier la cifran en hasta 1,9 millones de habitantes —, en una metrópolis de 1.000 kilómetros cuadrados, una extensión comparable a la de toda el área metropolitana de Nueva York. Londres alcanzaría un tamaño similar siete siglos después. ¿Cómo pudieron los habitantes de la antigua Camboya construir un imperio tan inmenso repleto de templos tan grandiosos? La respuesta es simple, gracias a que los jemeres eran muy listos y construyeron una extensísima red de canales y embalses para poder gestionar el agua, de tal forma que podían evitar las inundaciones,

abastecer las crecientes extensiones dedicadas al cultivo de arroz y acumular las reservas hídricas durante la estación seca.

En el siglo XII, en su fase de expansión, se construyó Angkor Wat (*wat* significa templo en el idioma jemer) gracias a Suryavarman II y a la mayor gloria del dios Visnú y su figura ególatra. Dice la leyenda que el rey quiso ubicar el templo en un lugar del agrado de los dioses, por lo cual soltó un buey en la llanura y resolvió construir el templo allí donde se tumbase. Un método de lo más científico.

Tras su abandono a finales del siglo XVI, Angkor fue lentamente sepultada por la selva, con la única excepción del templo de Angkor Wat, que permaneció habitado por monjes budistas. La publicación en 1863 del relato de Henri Mouhot *La vuelta al mundo*, en el que se da una descripción detallada de las ruinas de Angkor, fue la primera noticia oficial que difundió su existencia en Occidente. Desde entonces son conocidas como «las catedrales de la jungla».

Visité sus espectaculares ruinas en octubre de 2015. Están situadas 5 kilómetros al norte de la ciudad de Siem Riep, en el oeste de Camboya. Había muchos alicientes allí: Angkor Wat, Angkor Thom, descubrir el «estegosaurio de Ta Prohm», conocer de cerca la decoración y la orientación de sus templos, ver *in situ* lo que antes había visto en algunas películas como *Tom Raider*, etc.

Había leído que al poco de empezar a desbrozar esos templos invadidos por la jungla, los arqueólogos se dieron cuenta de que las estatuas, bajorrelieves, murales, galerías, etc., absolutamente todo evidenciaba unos conocimientos arquitectónicos precisos, una religiosidad latente, una belleza lujuriosa y una orientación astronómica concreta. Se reveló al mundo un imperio desconocido lleno de incógnitas. Cuando en Europa estábamos sumidos en la Edad Media, en este lugar del lejano Oriente se pensaba, se actuaba y se construía a lo grande.

Números precesionales

Sabida es la tesis de Graham Hancock, expuesta en su libro *El espejo del paraíso* (2001), de que en la más remota antigüedad debió de existir una

tradición astronómica en diferentes culturas del planeta, que llevaba a sus guardianes y transmisores a promover la construcción de estructuras que imitaran sobre la tierra la forma y la posición de algunas estrellas y constelaciones. Marcaban el lugar a su manera. Hancock habla de las grandes pirámides de Egipto, de los centros ceremoniales de México, de las líneas peruanas de Nazca, de las islas de Pohnpei y de los templos de Angkor. Concluye que actúan como calendarios astronómicos que determinan el movimiento de los astros con una desconcertante precisión. Y todo relacionado con la «precesión de los equinoccios». Hancock habla de la disposición de estos enclaves distribuidos por todo el planeta siguiendo separaciones de 72 grados o múltiplos de ese número. De esta forma, todo obedecería a una lógica universal, a un plan meticulosamente diseñado para levantar templos en puntos muy concretos del globo terrestre, en una suerte de red de «puertas estelares» hacia el Más Allá.

La elección de esa cifra no sería caprichosa, sino que respondería a una constante astronómica que implica que cada 72 años las estrellas se desplazan un grado por la bóveda celeste, es decir, 72 años es el tiempo que tardamos en desplazarnos un grado a lo largo de la eclíptica, de ahí que esa cifra esté presente en la arquitectura y en los mitos de estas culturas, delatando el conocimiento de la mecánica celeste. Visto lo visto, no nos debe extrañar que el número 72 lo encontremos una y otra vez en los mitos procedentes de distintos lugares del mundo.

La astrónoma Jane B. Sellers (en su obra *The Death of Gods in Ancient Egypt*) sigue esa misma línea y dice que con este número estamos en condiciones de conocer, «cargar» y poner en marcha un antiguo programa de ordenador que ha estado dormido durante miles de años, para señalar o recordar acontecimientos dramáticos del pasado o que van a llegar en el futuro. Números precesionales, simbólicos y míticos que arrojan luz a diversas leyendas un tanto oscuras. Veamos:

—12 es el número de las constelaciones del zodiaco.

—30 es el número de grados asignados a lo largo de la eclíptica a cada constelación zodiacal.

—72 es el número de años necesarios para que el Sol complete un desplazamiento precesional de un grado a lo largo de la eclíptica y 36 para completar medio grado. 108 sería grado y medio y el número 54 (la mitad de 108).
—360 (30 x 12), el número total de grados de la eclíptica.
—2.160 (72 x 30) sería el número de años necesarios para que el Sol complete un recorrido de 30 grados a lo largo de la eclíptica, o sea, atraviese por completo cualquiera de las doce constelaciones o casas zodiacales.
—4.320 (2.160 x 2), número de años necesarios para que el Sol complete 60 grados, o dos constelaciones zodiacales.
—25.920 (2.160 x 12 o también 360 x 72) sería el número de años contenidos en un ciclo precesional completo a través de las doce casas del zodiaco. Es el «Gran Año».

Estos números, según Sellers y Hancock, constituyen los ingredientes básicos de un «código precesional» o «antiguo programa informático» que aparece una y otra vez en los mitos antiguos. Para ver la importancia del número 72 en diversos mitos, tengamos en cuenta lo siguiente:

1. Recuerden que el complejo budista de Borobudur (en Java) consta de 72 estupas con el Buda en los niveles superiores y todos ellos con el mismo mudra.
2. Según Plutarco, cuando Set capturó a Osiris en el arcón de la fatalidad, lo hizo en presencia de 72 «camaradas divinos».
3. En la Kábala es el número secreto de Yhavé y se habla de 72 ángeles a los que se puede invocar.
4. El alfabeto camboyano tiene 72 letras.

Todo puede ser una mera casualidad, es verdad, pero hace tiempo que dejé de creer en las casualidades. En el complejo de Angkor Thom lo comprobé. Parece construido en honor de la precesión de los equinoccios. El templo budista de Bayón, que está en su interior, posee 54 torres decoradas con más de 216 gigantescas y misteriosas caras de piedra (dicen que de Buda). El acceso está flanqueado por 108 estatuas de piedra, con los dioses

situados a la derecha y los demonios a la izquierda. Como hay cinco puertas de acceso, 108 por avenida (54 a cada lado) con un número total de 540 estatuas. Todos son números precesionales.

En uno de los murales de Angkor Wat está representado el extraño mito del «batido del océano de leche» para obtener el néctar de la inmortalidad. Se ve a 54 devas y a 54 asuras (o demonios) tirando de la serpiente Naga. Total: 108 dioses en esa cosmogonía hindú. Y no olvidemos que 108 son los nombres principales de Visnú, y los picos del monte Meru, y las cuentas del rosario budista (el yapa mala).

Según la tesis de Hancock, los templos principales de Angkor imitarían sobre el suelo la constelación del Dragón en el cielo, con una alineación que apunta hacia el 10500 a. C. (misma fecha que la alineación del cinturón de Orión con las tres pirámides de Gizeh). Para Hancock, Draco y Orión se interrelacionaban al estar en posiciones estelares opuestas; a medida que una emergía sobre el horizonte con la precesión, la otra caía. Operaban como una balanza a través del cielo, de norte a sur. Por tanto, Hancock sostiene que Angkor fue una especie de marcador o mojón geodésico para reflejar la constelación que en 10500 a. C. se encontraba marcando el norte geográfico.

Espero que no se hayan mareado con tanto número. A poco que nos paremos a pensar, parece que todo obedece a un plan misterioso, a un mensaje oculto donde lo esencial quedó preservado en medio de un relato de corte mitológico y camuflado en una arquitectura sagrada. A la gran mayoría les pasó desapercibida esta información adicional, pero no así a los iniciados.

Es importante señalar que Angkor Wat está edificado sobre una colina natural a modo de gran pirámide, coronada con cinco imponentes torres comunicadas entre sí por galerías y rodeada de un lago. Todo un microcosmos de la mitología hinduista, simbolizando el monte Meru, el *axis mundi*, morada de los dioses. Sería la culminación del templo montaña de estructura escalonada. En la bandera de Camboya aparece este templo mostrando tres de sus torres.

En 1901 el viajero y escritor francés Louis-Marie-Julien Viaud, más conocido como Pierre Loti, visitó las ruinas camboyanas, aprovechando su estancia en Saigón como oficial del ejército francés. En su libro *Un pèlerin d’Angkor* (*Peregrino de Angkor*) escribió:

> Casi estaría a punto de creer, si no fuera porque es imposible, que los artistas de nuestro Renacimiento vinieron a buscar sus modelos en estos muros, que en su época, sin embargo, llevaban ya tres o cuatro siglos durmiendo en medio de selvas completamente ignoradas por Europa… En el fondo de las selvas de Siam, he visto alzarse la estrella vespertina sobre las grandes ruinas de Angkor.

Malraux y el robo de Banteay Srei

Dedicado al dios hindú Shiva, el templo de Banteay Srei fue construido principalmente de arenisca roja, lo que permitió hacer unos elaborados relieves en los muros que aún hoy en día pueden observarse. Es el único del complejo de Angkor que fue construido por mujeres, a finales del siglo X, y dicen los entendidos que es el más bonito de todos. Un *ranking* difícil de establecer, pues cada templo tiene su encanto. Se le llama la «ciudadela de las mujeres» y alberga una anécdota cuyo protagonista fue el escritor francés André Malraux, que, antes de ser ministro de Cultura en el gobierno del general De Gaulle, tuvo un pasado turbulento en el que destaca el robo de algunas piedras y estatuas. Este episodio, lejos de ocultarlo, queda reflejado en su novela *La vía real*. Tenía entonces veintitrés años.

La cosa pasó como sigue: el 13 de octubre de 1923 André, su esposa Clara Goldschmidt y su amigo Louis Chevanson se embarcaron en Marsella rumbo a Indochina, y no solo para hacer turismo. Antes de casarse se dedicaba a la compraventa de libros pornográficos, algo que no le daba mucho dinero, y buscó otras vías de financiación. La venta de arte parecía un buen negocio en una época en que la arqueología no estaba muy regulada. Eligieron Banteay Srei y arrancaron unos bajorrelieves del templo, no demasiado grandes, para luego poder sacarlos del país. La primera parte del plan funcionó, pero a los cuatro días fueron descubiertos en Phnom Penh, detenidos y trasladados a Saigón, donde fueron sometidos a juicio y condenados en 1924 a tres años de cárcel. El panorama no pintaba nada bien. Cuando la noticia llegó a París, los amigos de Malraux se pusieron a hacer campaña para que le liberaran. Nombres como André Gide, André Breton, Max Jacob, François Mauriac y Louis Aragon firmaron una carta a las

autoridades vietnamitas pidiendo el indulto para Malraux. Por entonces, esta zona camboyana estaba bajo la administración de Vietnam.

La Corte de Saigón accedió a las súplicas (y tal vez a algo más) y dejó salir libres a André y Louis, cambiando la cárcel por una sustanciosa fianza. Durante el juicio, Malraux aprovechó para llamar la atención sobre la falta de protección del patrimonio arqueológico, algo que sirvió para que desde ese momento tuvieran más cuidado con los expolios y los desaprensivos.

¿Un estegosaurio en Angkor?

Cuando uno repasa la lista de *Ooparts* (*out of place artifact*, «artefactos fuera de lugar»), aparece la figura de un animal prehistórico situado en uno de los templos de Angkor, el de Ta Prohm, célebre por la película *Tom Raider*, donde Angelina Jolie (alias Lara Croft) hacía sus cabriolas. Sabiendo que el templo está datado en el siglo XII, la cosa tiene su enjundia. ¿Es realmente un estegosaurio o es una broma? No hay nada mejor que estar en el lugar de los hechos, documentarse un poco y sacar conclusiones, que son las que voy a exponer ahora.

Para empezar, Ta Prohm es un templo en su origen hinduista (luego budista), que se encuentra abandonado y semiengullido por la vegetación, ramas y raíces de los ficus o los enormes árboles de *Tetrameles Spung*. Ahora tiene mejor aspecto que cuando fue descubierto en el siglo XIX. Todo el templo está tallado y decorado con imágenes de esa enigmática cultura jemer. Si queremos ver al bicho, hay que localizar una jamba de una puerta. No había manera. Tuve que preguntar a mi guía, pues, de lo contrario, se me hubiese pasado por alto. Esta clase de motivos ornamentales son frecuentes en el templo, casi todos ellos con una serpiente estilo uróboros que rodea los grabados. Lo que más abunda son los motivos vegetales o simbólicos, con algunos animales de difícil filiación.

El supuesto estegosaurio de Ta Prohm es un animal corpulento, con cuatro patas y unas placas que le brotan de la espina dorsal hasta la cola. Si lo comparamos con un estegosaurio tipo, tal como lo describen los paleontólogos, el tamaño de la cabeza es completamente distinto. Disponía de

cuatro espinas al final de la cola que no aparecen en la figura de Angkor, y, por contra, el animal del grabado tiene cuernos u orejas, mientras que el verdadero estegosaurio no.

Comprobé que las placas dorsales aparecen también en otras imágenes, lo que nos lleva a pensar que se trata tan solo de adornos vegetales que el artista colocaba alrededor de los grabados. Entonces, si no es un estegosaurio, ¿qué es? Unos creen que representa un rinoceronte muy mal hecho. No se parece en nada al rinoceronte de Sumatra, que sería la referencia más cercana en que inspirarse.

No hay que olvidar que en el momento de su construcción, a finales del siglo XII por iniciativa del rey Jayavarman VII, este templo lo hizo en honor a su madre y al dios Visnú, aunque luego se convirtió al budismo, que se instauró como religión nacional. Y sirvió como monasterio budista durante mucho tiempo, llegando a alojar a unas 12.000 personas. Tras su muerte le sucedió Jayavarman VIII, quien adoptó de nuevo la religión hinduista y destruyó parte del templo. Partiendo de esa base histórica, y si nos vamos al campo de la mitología hindú, para mí la explicación más convincente es que se trata de un jabalí sagrado, en concreto de Varaha, uno de los muchos avatares del dios Visnú. Lo que parecen ser las placas de un estegosaurio serían pétalos de la flor del loto o vegetación decorativa.

Observando imágenes del jabalí sagrado que se encuentra en el templo de Khajuraho (India) y comparándolas con el animal de Ta Prohm, se ven las semejanzas. Algunos quieren ver en estas placas triangulares una especie de aureola al estilo de los santos cristianos. Sea de una manera o de otra, de dinosaurio nada de nada.

El número 605

El número 0 apareció en Occidente en el siglo XIII, en una publicación de Fibonacci (Leonardo di Pisa), quien lo había aprendido de los árabes. ¿Y ellos, de quién? El glifo maya que simbolizaba el cero nunca salió de las Américas, los babilonios lo representaban con signos de puntuación, los romanos no lo conocían y los egipcios no supieron sacarle todo su jugo.

Se ha pensado que la referencia más antigua al cero procedía de un círculo inscrito en un templo de Gwalior (India) que data del siglo IX. El arqueólogo y matemático Amir D. Aczel, tiene su propia teoría, expuesta en el libro *En busca del cero* (2016). Halló el número 605 escrito en una estela de piedra del siglo VII (desaparecida durante la dictadura de los jemeres rojos y luego recuperada), dentro de un almacén cerrado al público, a unos 6 kilómetros de Angkor Wat. Se encontró en 1931 y contiene una inscripción referente a una escritura de venta con menciones de esclavos, cinco pares de bueyes y varios sacos de arroz blanco. La inscripción lleva la fecha 605 de un antiguo calendario. Así pues, sería dos siglos más antiguo que el del templo de Gwalior. Conocer y utilizar el número cero supuso el salto cualitativo y cuantitativo que ha permitido a la humanidad evolucionar en multitud de disciplinas científicas. Hoy la estela se puede ver en el Museo Nacional Camboyano, que está en la capital Phnom Penh, y esperemos que no vuelva a desaparecer más.

Un imperio que hizo aguas: declive y caída de Angkor

¿Qué sucedió para que una civilización tan prodigiosa terminara derrumbándose en el siglo XV? Una vez más la respuesta está en el agua. Para poder construir Angkor Wat tuvieron que deforestar la práctica totalidad de la llanura de Angkor. Sin árboles, las lluvias se vuelven cada vez más escasas, incluso durante el monzón, además de tornarse torrenciales e imprevisibles. Perdido el control sobre el agua, Angkor terminó viniéndose abajo unas décadas más tarde y la población se vio obligada a marcharse. En el siglo XV, los reyes abandonaron su ciudad, se fueron a la costa y los tailandeses saquearon la urbe en 1431. Los jemeres construyeron otra ciudad, Phnom Penh, la capital de la Camboya moderna.

Hasta ahora, los historiadores han achacado la caída de los jemeres a factores como la guerra con el ejército expansionista de Siam y otros pueblos extranjeros, también a la superpoblación, a la conversión de su emperador al budismo o a cambios en los patrones comerciales. Un grupo de investigadores, liderados por Mary Beth Day, de la Universidad de

Cambridge, cree haber encontrado la explicación a esa diáspora. Un largo periodo de escasez de lluvias, unido al mal mantenimiento de las infraestructuras hidráulicas que montaron los jemeres, estaría detrás de su debacle.

Un equipo de arqueólogos liderado por el australiano Damian Evans anunció en junio de 2016 el descubrimiento oficial de Mahendraparvata gracias a la conocida técnica de sondeo y escaneo del terreno por medio de láser (apodada LIDAR), nada que ver con la era del machete que marcó la expedición del francés Henri Mouhot en 1860. Una ciudad que tiene más de mil años, completamente subterránea y su hallazgo supone que la imponente capital del Imperio jemer fue casi cuatro veces mayor a lo previamente estimado. Y lo que queda…

VIETNAM

«Yo odio Vietnam. No hay ni un solo caballo en todo el país.
¡No tienen caballos en Vietnam! …
Hay algo intrínsecamente malo en eso».
ARLISS HOWARD

Santuario de My Son

Si uno va a Vietnam, como yo hice en 2016, descubrirá dos cosas de inmediato: su comida es una de las mejores del mundo y se notan aún las cicatrices de la calamitosa guerra que mantuvo con Estados Unidos, por lo que apenas quedan ruinas arqueológicas destacables.

Y comprendí que les gustaban mucho las tradiciones, las leyendas y los cuentos. No deja de ser curioso que en un país que oficialmente es comunista, en todas las casas y comercios exista un altar budista. Por no hablar de una religión muy original, colorista y ecléctica, de creación propia, que se llama *caodaismo*. Ya de entrada, tienen una leyenda que habla de su origen fabuloso como «hijos del Dragón y el Hada». Cuentan que Lac Long Quan, de una fuerza sobrehumana, era hijo de un rey dragón y, debido a sus victorias sobre numerosos monstruos acuáticos, se casó con en el hada Au Co. De tal unión conyugal nació algo raro, nada menos que una bolsa que contenía 100 huevos, que se convirtieron luego en 100 niños: 50 se fueron con el padre hacia el mar y los 50 restantes se quedaron en las regiones montañosas con su madre. El mayor se autoproclamó rey del país, adoptando como nombre el de Hung Vuong e instituyó una nación con el nombre de Van Lang, que es el actual Vietnam. Con esos antecedentes no es de extrañar que se hayan encontrado restos humanos de hace 5.000 años y que los propios vietnamitas se consideren un pueblo elegido y muy especial, con 53 grupos étnicos.

Visité el país de arriba abajo, desde Hanói a Saigón (que ahora llaman Ho Chi Minh City), y quise dejar hueco para visitar un santuario arqueológico que, a primera vista, no despierta mucho interés para nadie, hasta que se conoce. En las cercanías de Hoy An, a unos 40 kilómetros al sur, tenemos My Son. Dicho de una manera clara, fue el centro espiritual de un enigmático reino llamado Champa, que floreció del siglo IV al XV. Lo que queda ha sido declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad.

Estas ruinas están compuestas por setenta templos y construcciones de distinta índole, de influencia hinduista, ubicadas en el valle Hon Quap, junto al río, en plena selva de la provincia Quang Nam, en el mismo centro geográfico de Vietnam. Las setenta construcciones de My Son están ahora distribuidas en diez grupos, nombrados con las letras del abecedario para identificarlas y seguir correctamente el itinerario. Los grupos arqueológicos más importantes son el A, B, C y D. Como si fueran vitaminas. El paso del tiempo y los bombardeos durante la guerra de Vietnam han deteriorado gran parte de las estructuras que componen My Son, pero por fortuna veinte de esas construcciones presentan un buen estado de conservación.

Salvando las distancias y los estilos, My Son es un santuario similar a los templos de Borobudur (Java, Indonesia), Pagan (Birmania) y Ayutthaya (Tailandia). En una guía turística leí que era «el hermano menor» de Angkor. Y tan menor… Este santuario fue utilizado por el reino Champa especialmente para sus ceremonias, rituales y sacrificios sagrados y también como lugar para el descanso eterno de reyes y princesas Cham. El signo real era un parasol, emblema de la absoluta autoridad del *rayá* (rey) quien tenía poder sobre la vida y la muerte.

En su origen, esta civilización se dedicó a la piratería de la costa del mar de China y eso les acarreó rivalidad con los vietnamitas del norte y los jemeres del sur. Cuando Marco Polo llegó a Champa, en 1235, el reino pasaba por una etapa de estabilidad y prosperidad. Dicen que su soberano poseía muchos elefantes domesticados. El misionero franciscano Odorico de Pordenone llegó a este lugar durante el reinado de Che A-nam, soberano que se había liberado de la tutela vietnamita en 1326, y constató la riqueza del país, así como la supervivencia de la salvaje costumbre india de sacrificar a las viudas en la pira funeraria del marido. El reino de Champa, en la segunda

mitad del siglo XIV, cayó en manos del aventurero Che Bamg Nga, que en dos ocasiones saqueó Hanói (1371 y 1377) hasta que, «tanto fue al cántaro a la fuente», que acabó asesinado. A partir de entonces las invasiones vietnamitas contra este reino se repitieron de modo cíclico, debilitándolo, hasta que en 1471 ocuparon Vijaya, la saquearon, se llevaron como prisioneros al rey y toda la familia real Champa, y perdieron de manera definitiva la independencia.

A finales del siglo XV dos nuevas potencias se repartirán la hegemonía en la península de Indochina: al este, Vietnam, y al oeste, Tailandia. Aquellos miembros del grupo Cham que huyeron del reino Champa, en el siglo XV, se fueron convirtiendo al islam. No todos. Tras su ocaso, My Son se fue desvaneciendo, sepultado por la maleza y olvidado durante siglos, hasta el año 1885, en que fue redescubierto por los franceses. Y se empezó a hablar de nuevo de este legendario reino.

Las construcciones que más llaman la atención son las «torres Cham», de ladrillo rojizo cocido, que están divididas en tres zonas con propósito simbólico: la base representa la Tierra, la parte central representa el mundo espiritual y la parte superior de la torre representa el reino entre el cielo y la tierra.

A día de hoy todavía pueden verse los cráteres que dejaron las bombas estadounidenses y los agujeros de bala sobre una pila de ladrillos rojos, que están rodeados de maleza. Es lo único que queda del grupo arqueológico A de My Son. Esos ladrillos en otros tiempos contenían parte del grandioso templo dedicado al dios Sambhubhadresvara. Son los únicos restos visibles de una grandiosa torre conocida como torre A1, que llegó a medir 24 metros de altura. La verdad es que ha tenido muy mala suerte y un pasado trágico: primero, la torre fue devastada por un incendio en el siglo VII debido a la invasión china, posteriormente fue reconstruida para, al final, ser de nuevo destruida por los americanos durante la guerra de Vietnam en 1969.

No hay apenas indicaciones ni carteles explicativos. La sensación del visitante es de descubrimiento propio, sin que le agobien con datos, pues no los hay, lo que le da un cierto encanto. En sus templos volví a ver rostros felinos y monstruosos, con colmillos y ojos saltones, esculpidos como si fueran guardianes del lugar, muy similares a los que vi en diferentes lugares

de Mesoamérica y en Colombia. Y una especie de demonios con alas y cuernos en las esquinas, de aspecto amenazante y vigilante. Por el lugar que ocupaban estaba claro que hacían funciones de protección. Los rituales hinduistas tienen muy clara la importancia de esa clase de figuras y bajorrelieves en los que muestran escenas y motivos de su mitología: apsaras, flores, elefantes, leones, músicos, bailarines y seres monstruosos abundan en sus templos sagrados.

El grupo arqueológico D, en el centro del complejo de My Son, alberga un pequeño museo del sitio, con unos cuantos objetos diseminados sin mucha gracia ni elaboración en cuanto a su estructura y colocación. Se ven unas esculturas, parte de la decoración de los templos champa, que fueron recuperados tras los bombardeos, e incluso se exhiben algunas bombas y proyectiles que no llegaron a explotar y que estaban al lado de esculturas de Buda con la postura del loto, como un curioso contraste entre lo bélico y lo místico. Algunos están apoyadas contra la pared, como un triste recuerdo de algo que nunca tuvo que ocurrir. De hecho, durante la guerra de Vietnam, My Son fue utilizado como base de operaciones del Vietcong y, por ello, toda esa zona estuvo minada. Aunque el área ha sido limpiada, recomiendan no salirse de los caminos delimitados. Así lo hice, que hay viejas minas antipersona que las carga el diablo.

Hoy los cham siguen existiendo como minoría étnica y siguen construyendo torres con ladrillos rojos por todo el sur del país, pero no tienen nada que ver con las de sus antepasados. Las piezas que se recolectaron en los templos y torres, más de 300 objetos fechados desde el siglo VII hasta el siglo XV, sirvieron para alimentar el Museo Cham, ubicado en Danang. En los años ochenta, varias de estas esculturas se donaron o se perdieron. Es la mayor colección de arte Cham del mundo. Muy poco, es verdad, pero pudo ser peor.

El yacimiento de My Son sigue siendo, a pesar de todo, un referente único de esta cultura guerrera, casi desconocida, que comerciaba con metales preciosos, esclavos y animales con China, Taiwán, Indonesia, Japón e India, y en la que en el siglo XII el rey Indravarman IV cubrió las pagodas de láminas de oro, utilizando, según dice la leyenda, cerca de 1.500 kilos del

metal precioso. Ostentación, poderío y soberbia. Un pueblo que daba tanto valor al oro como al ladrillo y al simbolismo espiritual.

LAOS

«¿El misterio de las cosas? ¡Qué sé yo qué es el misterio!
El único misterio es que haya quien piense en el misterio.
Quien está al sol y cierra los ojos
al principio no sabe qué es el sol
y piensa muchas cosas llenas de calor.
Mas abre los ojos y ve el sol
y no puede ya pensar en nada
porque la luz del sol vale más que los pensamientos
de todos los filósofos y de todos los poetas».
FERNANDO PESSOA

LA LLANURA DE LAS TINAJAS GIGANTES

No he estado allí aún, pero ¿no les ha pasado nunca que cuando ven la imagen de un extraño lugar arqueológico o un objeto misterioso les apetece ir a verlo cuanto antes? No está precisamente *al lao*. Cuando decida ir, tendré que dirigirme a la llanura de Xieng Khouang, porque allí se encuentran esparcidas, por casi un centenar de enclaves de las montañas del norte del país, miles de tinajas de piedra de un tamaño más que considerable que se remontan a época megalítica. Ya no hablamos de esferas líticas como en Costa Rica o México. Estos artefactos tienen una forma precisa y han fascinado a historiadores y científicos desde su descubrimiento oficial en la década de 1930.

Datarlas es complicado. Dicen que son de la Edad del Hierro (en un amplio arco cronológico de 1.000 años comprendido entre el año 500 a. C. y el 500 d. C.). Se han contabilizado alrededor de 3.000 tinajas de piedra gigantescas (algunas de hasta tres metros de altura y varias toneladas de peso). La mayoría están hechas de piedra arenisca y otras elaboradas en granito y piedra caliza. Debido a que los frascos tienen bordes, se presume

que originalmente podían estar tapadas, aunque nunca se han encontrado las tapaderas, lo que lleva a pensar que estuvieran hechas de madera. Y la madera ya sabemos que resiste mal el paso del tiempo.

Los frascos, jarras, contenedores o tinajas (cada uno los llama como quiere) parecen haber sido fabricados con técnicas y un grado de conocimiento de los materiales impropios de la época. Se supone que los habitantes de la llanura utilizaron cinceles de hierro para su fabricación, aunque nada se sabe de la cultura que las talló. Según una leyenda local, poco imaginativa, fueron creados por una raza de gigantes cuyo rey necesitaba un lugar para almacenar su vino de arroz. Hablan de un monarca malvado, llamado Chao Angka, que oprimía a su pueblo tan terriblemente que apelaron a un rey sabio, en el norte, llamado Khun Cheung, para liberarlos de una vez por todas. Y Khun lo consiguió tras entablar una gran batalla en la llanura. Y lo festejó a lo grande, no durante días sino durante siete meses. Para ello mandó construir las jarras en las que almacenar el *lao* (un licor de arroz típico de Laos) para que no le faltara bebida a su pueblo.

Algunos arqueólogos creen que sirvieron para almacenar alimentos o para recolectar el agua de lluvia de los monzones y suministrarla a las caravanas de los viajeros. Son zonas donde las lluvias son solo de temporada, por lo que los frascos representarían una valiosa reserva de agua fácilmente disponible en las rutas comerciales.

Pero la mayoría de los especialistas opinan lo que en su día dijo Madeleine Colani, una geóloga y arqueóloga francesa, que en 1930 hizo el primer estudio de las jarras y especuló acerca de su uso. Según ella, sirvieron de urnas con fines funerarios, pues encontró en algunas restos humanos incinerados. También fue la descubridora de una cueva cercana a la zona 1 en la que las paredes tenían signos evidentes de humo, llegando a la conclusión de que se trataba de un crematorio, y las jarras eran los recipientes donde, una vez incinerados, se guardaban los restos. Según Colani, los diversos emplazamientos de las jarras se reparten a lo largo de lo que antiguamente fue una ruta comercial, que desde la India, atravesando Tailandia y Laos, llegaba a la costa de Vietnam.

Excavaciones de arqueólogos japoneses apoyan esta interpretación, con el descubrimiento de restos humanos y cerámica en torno a las tinajas. Se

cree que los cuerpos fueron dejados dentro de los frascos para que se descompusiera el tejido blando y se secara antes de ser incinerado. Una vez cremados, las cenizas habrían sido devueltas a las urnas.

No fue hasta 1994 cuando el profesor de la Universidad de Kagoshima Eiji Nitta volvió a realizar un estudio acerca del asunto y llegó a la conclusión de que el uso funerario de las jarras fue contemporáneo a la construcción de las mismas. Su hipótesis es que serían un monumento funerario simbólico para marcar los entierros de los alrededores. Julie Van Den Bergh, en investigaciones realizadas en 2004, llega a una conclusión parecida, al creer que la Llanura de las Jarras fue un sitio utilizado para las prácticas mortuorias de la cultura de la zona. Pero, a diferencia de Nitta, cree que las jarras podrían actuar como elementos para impedir la deshidratación de los cadáveres. No todos están de acuerdo con esta hipótesis. ¿Por qué construir tinajas de piedra tan elaboradas, que requerían muchas horas de trabajo, si se podía hacer la inhumación de cadáveres de otra manera? ¿Y cómo podemos explicar el uso de una técnica tan sofisticada? La mayoría de los jarrones de piedra arenisca se ha fabricado utilizando una técnica de modelado muy avanzada, pero las hay también de granito, un material más duro y más difícil de trabajar y moldear con un cincel de hierro.

Se han identificado al menos 90 agrupaciones de tinajas, con un número variable que se extiende desde un único ejemplar hasta 400. Las tinajas varían en altura y diámetro, con un tamaño que oscila entre uno y tres metros, todas talladas directamente en la roca, lo que tiene más mérito. No están decoradas, a excepción de un solo artefacto que tiene un bajorrelieve de un antropomorfo, que se ha definido como «Hombre Rana». Los investigadores han vislumbrado un paralelo con las pinturas de la cueva de la roca de Huashan, en la provincia china de Guangxi. Los dibujos, que datan de entre el año 500 y el 200 a. C., representan a grandes seres humanos con los brazos levantados y las rodillas dobladas.

Una tradición local relata que los frascos fueron moldeados utilizando barro, arena, azúcar y productos de origen animal, en una especie de «cemento» maleable. Y tendría que haber un horno para hacer todos estos artefactos. Los lugareños creen que la cueva que se conoce como «el sitio número 1» sería un horno donde fabricaban y cocían.

Por desgracia, la Llanura de las Tinajas o las jarras megalíticas es uno de los sitios arqueológicos más peligrosos del mundo. La fuerza aérea de los Estados Unidos lanzó más de dos millones de toneladas de bombas de racimo en el territorio de Laos (la más grande serie de bombardeos desde la Segunda Guerra Mundial). Esparcidas por las llanuras hay, literalmente, miles de toneladas de bombas, minas terrestres y otros artefactos explosivos militares sin detonar, que contaminan más del 35 por ciento de la superficie total de la provincia y siguen amenazando las vidas de las 200.000 personas que ahora viven en Xieng Khouang.

El gobierno de Laos tiene previsto promover la solicitud de Patrimonio de la Humanidad, además de facilitar la recuperación de los fondos de la minería de la zona. En la actualidad, solo se pueden visitar siete de estos lugares, sobre todo en las zonas 1, 2 y 3, que son las más seguras. La zona 1 tiene 334 jarras. Me gustaría ver fotografías aéreas de la zona y su distribución en el suelo, porque, sabiendo lo que sabemos, no me extrañaría nada que, si no han sido removidas de sus sitios originales, adoptaran unas formas que nos podrían dar una pista sobre su uso y función. Ahí lo dejo caer…

ISRAEL

«Seymour dijo en una ocasión que todo lo que hacemos en nuestra vida es ir de un pedazo de tierra santa a otra».
JEROME DAVID SALINGER

EL DOMO DE LA ROCA PRODIGIOSA

Y del Asia más oriental nos vamos ahora a la Asia más occidental u Oriente Medio, para buscar uno de los ombligos del mundo. En el mundo cristiano hay tres rutas de peregrinaje hacia tres lugares santos que han movilizado ideas, creencias, esperanzas y confrontaciones. Me refiero a Roma (los romeros), Jerusalén (los palmeros) y Santiago de Compostela (los peregrinos). Los tres son «lugares de poder», «puntos calientes», «ciudades santas». Las tres son Patrimonio de la Humanidad, las tres han dado mucho que hablar y en las tres no puedes hacer excavaciones arqueológicas a riesgo de que te encuentres con tu historia remota.

Y por si no lo saben, hay otros dos lugares santos más y están en España: Santo Toribio de Liébana (en Cantabria) y Caravaca de la Cruz (en Murcia), de esos que dan indulgencias plenarias si vas en su año jubilar o con motivo de algún acontecimiento sonado. En los cinco he estado, he tocado sus piedras, he rezado donde había que rezar, he admirado el paisaje y a su paisanaje y me he recargado energéticamente.

Está claro que para otras religiones existen otras ciudades santas; por ejemplo, para un hindú será Benarés, para un musulmán La Meca y para un judío Tiberíades; pero lo bueno que tiene Jerusalén es que es santa para las tres religiones monoteístas. Es el epicentro místico para un cristiano, un musulmán y un judío, y eso, que en principio debería ser una ventaja, creadora de un remanso de paz y de espiritualidad, se ha convertido en origen de uno de los lugares más agitados a nivel político, religioso y geoestratégico.

Dentro de Jerusalén, está la famosa Explanada de las Mezquitas o Monte del Templo, el punto clave donde todo ocurrió en el pasado y donde todo puede pasar en el futuro. Allí estuvieron el primer y segundo templo de Salomón y ese pedazo de tierra se lo disputan todos, alegando extrañas convicciones religiosas y mandatos de Yavéh, Alá y Dios.

Al pisar la explanada me noté raro, con sentimientos encontrados, íntimos y profundos de ser un privilegiado. Y por un momento me vino el recuerdo de esos grupos fundamentalistas y apocalípticos que quieren reconstruir el tercer templo de Salomón, con lo que eso supone. Quieren la llegada del Mesías, porque si en ese lugar empezó todo, aquí quieren que termine todo. Y esta sensación me invadió durante todo mi recorrido por Israel y, especialmente, por Jerusalén.

Jerusalén, la ciudad que los árabes llaman *el-Quds* (la Santa), es el tercer lugar santo de la religión islámica, después de La Meca y Medina. Inicialmente, en sus plegarias los musulmanes se volvían hacia Jerusalén —y no hacia La Meca— porque fue en esta ciudad donde Mahoma tuvo la experiencia de ser transportado en su «vuelo nocturno» antes de subir al cielo. Y el lugar de partida fue una roca, una voluminosa piedra que ha sido objeto de culto por parte de tres culturas y tres religiones desde hace muchos siglos.

Muchos historiadores de las religiones están de acuerdo en considerar que la gran roca que se exhibe en el interior de la Mezquita de Omar (también llamada «Cúpula de la Roca») ejerce de atracción para miles de peregrinos, al considerarla sagrada. Y es así porque, según las leyendas, sería parte del antiguo monte Moirá, donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo y donde, mil años antes de Jesucristo, el rey Salomón erigió el primer templo. El epicentro de la sacralidad de Jerusalén gira en torno a su roca mágica, a modo de *axis mundi* que comunica simbólicamente los cielos con la tierra.

El actual santuario que protege la roca, ubicado en la colina del Templo, es denominado Mezquita de Omar, pero no nos confundamos: ni es mezquita ni es de Omar. Se dice que Omar fue el primero que construyó una pequeña mezquita de madera como lugar de oración, aunque fue el califa Abd-al-Malik (685-705) quien hizo edificar el magnífico Domo de la Roca, terminado en el año 691, que se alza en el centro de la explanada. Por eso es

más correcto llamar a este templo Domo de la Roca, en lugar de Mezquita de Omar, pues este no la construyó y además allí no se celebra culto.

Pero dejémonos de sutilizas semánticas y vayamos al edificio octogonal que se encuentra en el punto más alto del antiguo templo judío, llamado por los árabes *Haram es-Sharif* («el Noble Santuario»). Como curiosidad, conviene decir que algunos gobernantes musulmanes posteriores, al ver tan grandiosa obra, tuvieron la osadía de procurar que el magnífico edificio les fuera atribuido a ellos. Así ocurrió con el califa al-Mamun, de la casa de los abbasíes, que trató de usurpar para sí ese honor. Con motivo de unas reparaciones que hubo que hacer en el año 813, ordenó a los albañiles que sustituyeran la placa original que atribuía la obra a Abd-al-Malik por otra con su nombre, a ver si colaba. Pero cometieron un pequeño fallo… se olvidaron de cambiar la fecha original.

Con la ocupación de Tierra Santa por los cruzados, la Mezquita de la Roca fue convertida en una iglesia cristiana llamada Templum Domini, con los caballeros templarios de propietarios durante un cierto tiempo. A partir del siglo XI vírgenes y santos adornaron el interior del Domo. Los antiguos peregrinos empezaron a llevarse piezas y esquirlas de la Roca, a modo de reliquias, como recuerdo sagrado. Para frenar este desvalijamiento progresivo, los reyes la hicieron recubrir con mármol y levantaron una reja de hierro que se conserva hoy en día. Durante los 300 años de dominación de los cruzados, tanto judíos como musulmanes tenían prohibido el acceso a la Cúpula y, por tanto, a la Roca. Con la reconquista musulmana de la ciudad de Jerusalén, Saladino eliminó todo signo de presencia cristiana, a excepción de la verja de hierro, pues la debió de considerar útil para el mismo fin: aislar el lugar de los fieles impetuosos. Decoró el interior a su gusto, añadiendo un revestimiento de mármol que todavía existe.

Desde la plaza del Muro de las Lamentaciones se accede a la Explanada de las Mezquitas por una rampa, y con una buena e intimidatoria vigilancia policial. Imponentes en su *skyline* están la Mezquita de Al-Aqsa (la más grande de Jerusalén) y el Domo de la Roca. Previamente estuve en el Muro, sector masculino (ya saben que está divido por géneros), con la kipá blanca reglamentaria en la coronilla, para depositar mi papel escrito con un deseo

que luego introduje en una rendija de las piedras, cuyos huecos estaban atestados de papelitos.

La Roca, así con mayúsculas, tiene distintas rugosidades, y una leyenda dice que en una de sus esquinas conserva la huella del pie de Mahoma junto con un cabello del Profeta. ¿Cómo dejó allí su huella? En una de las suras del Corán (la número XVII titulada «El viaje nocturno» o «Los hijos de Israel») se describe la ascensión de Mahoma al séptimo cielo, al que fue conducido por el Arcángel Gabriel y donde recibió la iluminación al contemplar el rostro de Dios:

> Loado sea quien hizo viajar a su siervo por la noche desde la Mezquita Sagrada hasta la mezquita más remota, aquella a la que hemos bendecido su alrededor para hacerle ver parte de nuestras aleyas (signos).

Fue en ese momento cuando, para los fieles musulmanes, dejó su huella. La yegua Al-Boraq, que le trasportó, es «brillante y veloz como el rayo», y la tradición la representa como un ser alado, con cara de mujer, cuerpo de caballo y cola de pavo real. Esta misma roca se la disputan los judíos al decir que en ella el patriarca Abraham casi sacrificó a su propio hijo Isaac si antes Yavéh no se lo hubiera impedido. Y esto nos lleva a la cuestión de la finalidad exacta de la construcción del Domo de la Roca. Para ello se han expuesto tres teorías. Una afirma que se trata de un edificio que conmemora el Viaje Nocturno del Profeta y su Ascensión. Otra sostiene que quiso rivalizar con la Kaaba de La Meca en las peregrinaciones musulmanas, pues en tiempo de los omeyas intentaron orientar hacia *el-Quds* la tradicional peregrinación de los musulmanes a La Meca. Y la tercera hipótesis afirma que es un monumento que recuerda y refuerza la presencia de la nueva fe —el islam— en la ciudad del judaísmo y el cristianismo.

La gran roca sagrada, de unos 61 metros de perímetro, está situada bajo la cúpula dorada de la mezquita, y es visitada por miles de peregrinos de Tierra Santa cuando pueden y las revueltas políticas lo permiten. Al aproximarte a ella notas en el ambiente perfumes diversos, como de ámbar, almizcle, jazmín y, sobre todo, olor a «humanidad», y luego al irte se te queda parte de su fragancia. La magia de la piedra y la hermosura del

santuario que la alberga hicieron decir al geógrafo Mukaddasi, un árabe nacido en Jerusalén en 946:

> Al alba, cuando la luz del sol da sobre la cúpula y el tambor refleja sus rayos, entonces este edificio constituye una visión maravillosa, tanto que no me ha sucedido nunca encontrar en todo el Islam otra que la iguale; ni he oído jamás hablar de algún edificio construido en época pagana que pudiese rivalizar en gracia con este Domo de la Roca.

La Cúpula de la Roca es fuente inagotable de leyendas. Además de lo ya dicho con respecto a Abraham y Mahoma, allí ofrecía sus sacrificios el rey sacerdote Melquisedec. En este lugar Jacob vio la escala que conducía al cielo, por la cual subían y bajaban ángeles, y allí estuvo Arauná, el jebusita, cuando se le apareció el ángel en el momento de extender su mano para destruir Jerusalén, y a quien el rey David compró el terreno para erigir un «altar de las ofrendas de Israel» y poner fin a la peste. Es el mismo terreno sobre el que más tarde Salomón levantó su templo y donde solía colocar el arca de la Alianza. Aquí, en definitiva, rezaba Mahoma, llegando a decir que una sola plegaria en la roca sagrada valía más que mil en cualquier otro lugar.

Los más radicales fundamentalistas judíos consideran que ese lugar será el escenario de los trágicos «acontecimientos finales», situando allí el Armagedón, la lucha final antes del segundo advenimiento del Mesías. Los musulmanes, por su parte, creen que allí mismo se reunirán al final de los tiempos —lo llaman La Hora— tanto Jesús como el Mahdi, para emprender juntos la destrucción total del mal y la conversión de judíos y cristianos «a la auténtica religión», es decir, el islam.

Y muchos pierden allí el juicio. Son ciertos individuos que se sienten impelidos a ir a Tierra Santa para recorrer enclaves que vio y tocó Cristo en la última etapa de su vida, personas atraídas por una fe irrevocable, sea de la religión que sea, en busca de una experiencia sobrenatural. Entre ellos están los que se creen mesías, los visionarios, los inadaptados, los turbados, los espiritualmente exacerbados. Son quienes padecen del «síndrome de Jerusalén» y están literalmente embriagados por la Ciudad Santa. En términos médicos, es un trastorno disociativo histérico: los enfermos generan otra personalidad que luego no serán capaces de recordar. Se trata de una quiebra del sentido común ante la sobrecarga espiritual que flota en el ambiente, ante

tanta religión, ideología, historia, mitología, concentradas en cada piedra de esta ciudad. Una ciudad amada y disputada a la vez, con las evidentes consecuencias de guerras, cruzadas, conquistas, masacres, intifadas, éxodos, milagros, profecías, reliquias, intolerancia, arte, salmos, recogimiento y cultura.

Desde luego, cuando uno visita el corazón de Jerusalén como yo lo hice en 1990, sobre todo la ciudad vieja, rodeada por una muralla y dividida en cuatro barrios: el judío, el armenio, el cristiano y el musulmán, con sus controles militares, sus cacheos, sus recelos, con el conflicto palestino más latente que nunca, se da cuenta de que, a nivel geoestratégico y a nivel espiritual, este lugar sigue siendo muy importante. Aquí empezaron muchas cosas y tal vez aquí terminen otras. Ya veremos.

Arqueología bíblica

Se cuenta que un intelectual cristiano que consideraba la Biblia en toda su literalidad, hasta en sus menores detalles, fue abordado en cierta ocasión por un colega que le dijo:

—Según la Biblia, la Tierra fue creada hace cinco mil años aproximadamente. Pero se han descubierto huesos que demuestran que la vida ha existido en este planeta durante centenares de miles de años.

La respuesta no se hizo esperar:

—Cuando Dios creó la Tierra, hace cinco mil años, puso a propósito esos huesos en ella para comprobar si daríamos más crédito a las afirmaciones de los científicos que a su sagrada Palabra.

Una prueba más de que las creencias rígidas conducen a distorsiones de la realidad. Y el uso inadecuado de la arqueología por parte de algunos intérpretes de la misma puede suponer un peligro que no favorece a nadie.

A finales de los años ochenta, el escritor alemán Werner Keller publicó *Y la Biblia tenía razón*, un *best seller* que intentaba demostrar, con pruebas y seudopruebas arqueológicas, la existencia de ciertos hechos bíblicos. En Francia fue traducida con el pretencioso título de *La Biblia rescatada de las arenas*. Son obras de divulgación que quieren hacer creer al público que las

investigaciones arqueológicas pueden «ayudarnos a comprender e interpretar el manual de nuestra fe» y que «prueban la autenticidad de las Escrituras» (como afirmó J. A. Thompson).

Hasta el siglo XIX la comunidad científica —no así los creyentes— pensaba que la Biblia no tenía demasiado valor histórico, lo que produjo una reacción por parte de algunas sociedades y grupos religiosos, tanto judíos como cristianos, para defender la postura contraria. Por tanto, la arqueología parecía el medio más seguro para hacer triunfar esta verdad y restregar esas pruebas en las narices de los escépticos. Y fue en ese contexto como se comenzó a hablar de una nueva disciplina llamada «arqueología bíblica». Los descubrimientos en estos últimos años demuestran que, lejos de dilucidar esta confrontación a favor de un bando o de otro, están originando nuevos problemas, porque los vestigios materiales que van saliendo a la luz no siempre corresponden al periodo bíblico.

Un ejemplo de ello lo tenemos con la ciudad de Jericó. Se están descubriendo varias ciudades superpuestas y aún no se sabe cuál de todas ellas corresponde a la que se menciona en la Biblia. En el capítulo 6 del *Libro de Josué* se narra el derrumbamiento de la muralla al son de las trompetas de Josué, pero las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento de la Jericó antigua, Tell es-Sultán, no han revelado ninguna muralla fechable en la época de la conquista. Por otra parte, el suelo de Palestina no es el de Egipto y eso hace que no se hayan conservado tan bien los restos de su pasado. Las lluvias han terminado pudriendo el cuero, la madera y el pergamino, soportes en los que fueron escritos los relatos bíblicos originales. Por eso, los rollos encontrados en 1947 en Qumran, en las cercanías del mar Muerto, han supuesto un hallazgo de incalculable valor. No fueron desenterrados, sino encontrados en jarrones metidos en cuevas casi inaccesibles.

Como han sugerido algunos investigadores, dado que esta arqueología bíblica está ligada a un terreno y no a un periodo histórico, debería recibir el nombre de «arqueología sirio-palestina». Esto hace que compartamos la afirmación que hizo R. de Vaux en el sentido de que existe un buen y un mal uso de la arqueología en su relación con la Biblia.

Entre los mejores pioneros hay que citar a Flinders Petrie (que hizo sus descubrimientos en Egipto) y a Bliss. A partir de 1920, la arqueología

palestina comenzó de nuevo, tras el trágico lapsus de la Primera Guerra Mundial, y se organizó en Jerusalén un Servicio de Antigüedades dirigido por J. Garstang, de la Universidad de Liverpool. Después de la Segunda Guerra Mundial volvieron a comenzar las excavaciones en una zona que estaba viviendo sus complejos problemas políticos, empleando métodos más perfeccionados. En 1961 se impulsó esta disciplina. Una misión italiana, que excavaba en el teatro de Cesarea, descubrió una piedra que llevaba una inscripción:

(…) S TIBERIEUM
(PON)TIUS PILATUS
(PRAEF)ECTUS IUDA(EA)E

La segunda línea menciona a Poncio Pilatos y es el primer y único testimonio epigráfico sobre este funcionario romano, que vivió en Judea durante la época de Jesús. Sin embargo, este hallazgo tan importante presenta dos dificultades: ¿Qué significa la palabra «Tiberieum» de la primera fila, y por qué se atribuye a Poncio Pilatos el título de prefecto y no, como dicen el historiador Tácito y los Evangelios, el de procurador?

Los expertos lo explican diciendo que esta inscripción atestigua el deseo de Pilatos de honrar al emperador que reinaba durante el periodo en el que él ejercía su cargo en Judea: entre el año 26 y el 36 de nuestra era. El que se le atribuya el cargo de prefecto es porque ese era el que tenía en vida, pero durante el gobierno del emperador Claudio (41-54) el título de procurador se convirtió en el habitual de los gobernadores. Resuelta la anomalía.

Es un simple ejemplo de los muchos que podría esgrimir en los que se adecúa la pieza arqueológica con lo que dice la Biblia. Con la ciudad de Ur de Caldea, al sur de Babilonia, pasó algo parecido. Sería el lugar de nacimiento tradicional del patriarca hebreo Abraham (Génesis 11, 31), lo que hizo que Werner Keller, fiel a su línea, diera por buenas las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo por sir Leonard Wolley, entre los años 1922 y 1929. Además de las tumbas reales de Ur, se encontraron estratos de arcilla a bastante profundidad y Keller afirmó que eso era la primera prueba arqueológica de la realidad del Diluvio Universal. Con un par.

«Nos encontramos ante el mayor descubrimiento arqueológico que puede escribir una nueva Historia de las culturas que vivieron hace miles de años en esta área, situada entre Europa, Asia y el antiguo Oriente Medio». Con esta afirmación tajante, Frederick Hiebert, de la Universidad de Pensilvania y director arqueológico de la expedición de Sinop, dejaba suficientemente claro el valor de su hallazgo. Empleando cámaras submarinas y complejos sensores de control remoto, el equipo de submarinistas liderado por Robert Ballard, famoso por haber descubierto el *Titanic* en 1985, fue capaz de divisar pequeñas estructuras, como vigas de madera y herramientas de piedra con perforaciones, que constituyen evidencias de la presencia de una cultura humana hace unos 7.000 años en las orillas del mar Negro, lo que refuerza la hipótesis de la existencia de una gran catástrofe que hizo cambiar el régimen hídrico en este lugar.

Más complicado es hallar restos de la Torre de Babel. La Biblia cuenta que los descendientes de Noé construyeron una especie de rascacielos en Babilonia para poder acercarse al cielo, arrogancia que hizo enfadar tanto a Yavéh que «embrolló el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó por toda la tierra» (Génesis 11, 9). Desde que la arqueología decimonónica efectuase las primeras investigaciones en la legendaria ciudad de Babilonia, todo parecía indicar que la famosa torre de Babel fue en realidad un zigurat, una de las antiguas torres escalonadas de la cultura sumerio-babilónica. Sin embargo, las investigaciones realizadas por un grupo de arqueólogos austriacos en Borsippa, a 120 kilómetros al sur de Bagdad, han venido a demostrar el error. Allí se ha descubierto una torre que debió de ser similar a la de Babel, si no idéntica. Al igual que sucede con las famosas puertas de Babilonia, la torre pudo haber estado cubierta en su parte más alta con ladrillos de loza azul sobre los que se habían representado animales imaginarios. Por desgracia, la situación política y el aislamiento actual de Irak dificultan las investigaciones.

¿Y Sodoma y Gomorra? ¿Eran tan depravadas que merecían su extinción? La mayor parte de las referencias a Sodoma y Gomorra aparecen en el libro del Génesis. Ambos reinos estaban situados en la llanura del Jordán, al norte de donde hoy se encuentra el mar Muerto, un lugar de tierras fértiles. En particular, Sodoma se describe como una de las ciudades más

grandes al este del río Jordán y formaba parte de una ruta comercial común protegida por torres y gruesas murallas. De acuerdo con la Biblia, Sodoma fue destruida por Yavéh después de que dos ángeles no fueran capaces de encontrar hombres justos entre sus muros. Tras décadas excavando, en 2015 unos arqueólogos de Nuevo México creyeron que habían encontrado las ruinas de una ciudad de la Edad del Bronce que coincidía con la descripción que da el Antiguo Testamento de Sodoma. Las razones que esgrimen son varias: sería la ciudad estado más grade de la región, tal y como se describe en la Biblia, y además fue abandonada repentinamente.

Uno de los arqueólogos, Collins, para su ubicación exacta se basó en el libro de viajes de la monja gallega Egeria o Etheria, que fue en peregrinaje a Tierra Santa en el siglo IV. También en la Torá se menciona que los reinos de Sodoma y Gomorra y otras tres ciudades eran conocidas como las «Ciudades del Llano» situadas en el valle del río Jordán, en la región sur de la tierra de Canaán. En las excavaciones arqueológicas aparecieron trozos de cerámica vitrificada, algo que solo se puede conseguir si la ciudad fue sometida a muy altas temperaturas, lo que explicaría la leyenda de la mujer de Lot, que fue convertida en estatua de sal al mirar la deflagración.

Los descubrimientos más interesantes que se van produciendo en estos territorios son publicados por *Artifax*, una revista de noticias trimestral publicada por el Instituto de Arqueología Bíblica. Uno de ellos fue un antiguo sello de arcilla con el nombre de la ciudad de Belén, lo que constituye una prueba tangible de su existencia.

Por citar un último acontecimiento de cierta trascendencia, en octubre de 2016 se procedió a reabrir la tumba de Jesús en la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén. Lo hicieron científicos del National Geographic y de la Universidad técnica de Atenas. Y con ello se reabrió también el polémico debate con respecto a uno de los dogmas más importantes del catolicismo, cual es la resurrección de Jesucristo, teniendo en cuenta que se localizan otra decena de supuestas tumbas repartidas por todo el orbe, desde Cachemira hasta el norte de Japón. Casi cinco siglos ha permanecido sellada la tumba en el interior de la basílica (la última vez que se abrió fue en 1555). La apertura reveló —entre otras curiosidades— que, tras la gran capa de material de relleno que quedó al descubierto al desplazar la losa de mármol, existe una

segunda lápida grisácea con una cruz grabada sobre su superficie. Es la losa en la que supuestamente se depositó el cuerpo de Cristo una vez bajado de la cruz…

Los tres tipos de peregrinación

Durante la Edad Media se pusieron de moda tres tipos de peregrinación a lugares santos, para aquellos que podían y querían hacerlo:

1. La primera empieza a partir del siglo III. Los peregrinos visitaban lugares citados en la Biblia por los que habían transitado Cristo, la Virgen, los apóstoles y los santos, fundamentalmente Belén y Jerusalén. La monja Egeria es un buen ejemplo de esta modalidad.
2. La segunda es aquella en la que se visitan los lugares en los que, todavía en vida, habitan determinadas persona tenidas por santas. Es el caso de san Antonio, san Hilarión o Simeón el Estilita, todos ellos eremitas que veían interrumpida su soledad, su meditación y su ascetismo por un flujo constante de turistas religiosos, muy pesados y cansinos, que iban buscando su consejo o tocar sus pies o sus vestiduras para obtener beneficios físicos y espirituales que les compensaran la larga caminata. Como, por muy santos que fueran, no tenían el don de la inmortalidad, al fallecer, sus tumbas siguieron siendo focos de peregrinaje, porque sobre ellas se construyen santuarios.
3. La tercera modalidad de peregrinación es la visita a las reliquias de los santos y mártires en los templos que contienen el cuerpo o parte de él. Bajo la premisa de Basilio de Cesarea, «una vez partido el cuerpo, la gracia permanece intacta… una pequeña o ínfima reliquia posee el mismo poder que el mártir que no fue partido», se generó un lucrativo comercio de reliquias condenado, entre otros, por san Agustín, porque allí donde hubiera un dedo de san Cucufato, un *Lignum crucis*, un cráneo de san Juan Bautista, un clavo de Cristo o un molar de santa Apolonia, era un lugar propicio de peregrinación y, por tanto, de beneficios espirituales (más etéreos) y económicos (más tangibles).

VI

OCEANÍA

«Hay tres cosas en la vida que nunca puedes olvidar: el primer salario que ganas, la primera mujer que amas
y la primera isla de los Mares del Sur que ves».
JOSEPH CONRAD

La sorprendente expedición tolemaica al Pacífico

Con admirable precisión, nos dice Carlos Canales lo siguiente en uno de los capítulos del libro colectivo *Enigma* (2005):

> A comienzos del siglo XVII la navegación oceánica de altura era ya un hecho. Los grandes navegantes portugueses y españoles habían circunnavegado el globo, descubierto continentes y surcado todos los mares de la Tierra. Sin embargo, seguía existiendo un gran problema: aunque era relativamente sencillo calcular la latitud, no se podía decir lo mismo de la longitud, problema que no pudo ser solventado hasta muy avanzado el siglo XVIII, pero para asombro de arqueólogos, geógrafos, cartógrafos y marinos, una curiosa investigación iniciada hace tan solo unas décadas está a punto de demostrar algo increíble, la posibilidad de que los navegantes de la Antigüedad Clásica contasen con instrumentos capaces de medir la longitud.

Y nos cuenta la fascinante historia del capitán Rata y del navegante Maui que fueron enviados por Ptolomeo III Evergetes, faraón de Egipto, hacia oriente, con la misión de comprobar lo que aseguraba el jefe de la biblioteca de Alejandría, Eratóstenes de Cirene, quien no solo afirmaba que la Tierra era redonda, algo en lo que estaban de acuerdo la mayoría de los sabios, sino que además tenía un diámetro de cuarenta mil kilómetros… y acertó. La expedición fue dotada del material técnico más avanzado que se conocía, con las mejores y más rápidas naves de vela y remo —probablemente trirremes— y algunos instrumentos de navegación entre los que destacaba el *tanawa*, llamado por los portugueses, en el siglo XV, *torquetum*. ¿Qué era el *tanawa*? ¿Hasta dónde llegó la expedición greco-egipcia del año 232 a. C.?

Fue un serio intento de circunnavegación de la Tierra y todo indica, según las pruebas encontradas, que la expedición de Maui alcanzó, al menos, la lejana costa de América del Sur, en concreto Chile, y quizá la isla de Pascua. Una vez llegado a Chile, se cree que la expedición se dividió en dos buscando un paso marítimo a través del continente americano (como siglos más tarde harían españoles y portugueses). Maui fue al norte, llegando a México y Hawái, y Rata al sur, supuestamente bordeando Chile y Argentina.

En 1970 el epigrafista y zoólogo británico Barry Fell logró traducir una inscripción encontrada en la roca en Sosorra, en la Cueva de los Navegantes,

situada en la costa de Irian Jaya (Nueva Guinea oriental), que decía: «La Tierra está inclinada. Por lo tanto los signos de la mitad de la eclíptica atienden al sur, la otra mitad crece en el horizonte. Esta es la calculadora de Maui».

En islas como Pitcairn, Fiji y otras de Polinesia se han hallado inscripciones muy similares. La solución definitiva al enigma la aportó el investigador Richard Sanders cuando decidió construir la máquina representada en la roca. Las pruebas realizadas demostraron que con el *tanawa*, que se compone de tres discos articulados y de visores, era posible medir el cambio angular en la distancia entre la Luna y la estrella Altair, de la constelación del Águila. Y con ello obtenía una razonable estimación de la longitud. Todo un logro: eso es adelantarse unos cuantos siglos.

Ciertamente, alcanzara o no las costas de América, la expedición demuestra que la navegación oceánica en la Antigüedad no solo era posible, sino que los antiguos navegantes contaban con conocimientos náuticos e instrumentos enormemente sofisticados y que conocían la Tierra mucho mejor de lo que hoy en día sospechamos.

De ser todo cierto, las consecuencias son más que interesantes y sorprendentes para un etnólogo. Para los polinesios, Maui es el nombre de un héroe y semidiós que creó las islas Hawái, y además, en su honor, una de las islas del archipiélago recibe ese nombre. Su nombre lo podemos encontrar en lugares repartidos por diversas zonas del océano Pacífico, desde Nueva Zelanda a Tonga. Y por si esto fuera poco, a Maui se le considera el creador del primer perro. Normal. Los egipcios llevaban perros consigo. Todo esto nos lleva a preguntarnos la importancia de esta expedición, porque, según los mitos, los nativos polinesios tomaron a Maui y a Rata como dioses y los veneraron. Barry Fell lo tenía claro: Rata y Maui fueron los padres fundadores de Polinesia.

Y es normal que el almirante Piri Reis tuviera tanta información cuando elaboró su famoso mapa en 1513 y que dijera que se basó en cartografía de la época de Alejandro Magno. Muchos enigmas se resuelven sabiendo algo de Historia.

Como última curiosidad, la factoría Disney se ha vuelto a dejar llevar por los estereotipos y en la película *Vaiana* (2016) ha representado al

semidiós Maui como un hombre obeso, algo que no ha gustado nada a los polinésicos, que lo tienen idealizado.

TONGA: LA PUERTA MEGALÍTICA DE HA'AMONGA

Hay libros que te disparan la imaginación y te contagian unas ganas locas de viajar. Cuando leí el libro de Jorge Sánchez *Mi viaje a los archipiélagos del Pacífico* (1992), aprendí muchas cosas nuevas de las treinta islas que menciona y que recorrió una por una, y me impresionaron especialmente el trilitón de Ha'amonga'a Maui (traducido sería algo así como «losa de Maui») en Tongatapu y una palabra nueva que no conocía hasta entonces: legamonismo.

La isla era Tongatapu, la capital del reino de Tonga, donde Jorge pasó unos días como viajero, no como turista, y los vendedores de máscaras ya ni le acosaban. Él sabía que diseminadas a lo largo de más de 700.000 kilómetros cuadrados al sur del océano Pacífico hay 176 islas que conforman el reino de Tonga, y que en una de ellas se alza uno de los monumentos megalíticos más enigmáticos y extraños del Pacífico: un trilitón, que es un símbolo, un tótem de referencia y el orgullo nacional del archipiélago.

Se trata de un megalito inusual, con forma de puerta de unos cinco metros de altura y seis de ancho, repleto de leyendas por centímetro cuadrado sobre quién, cómo y por qué se alzó en ese lugar. Todo indica que era la entrada a un recinto ceremonial y real. Lo malo es que ese recinto ha desaparecido. Jorge decidió pasar una noche encima o debajo del mismo, si le dejaban. Y le dejaron. Un vendedor, que además era predicador mormón, se hizo amigo suyo y cogió confianza suficiente con él como para revelarle la siguiente información sobre el mayor enigma que posee esa isla y uno de los mayores de todo el océano Pacífico que, de ser cierta, desvelaría unos cuantos enigmas:

> Como veo que no eres como los demás *palagis*, de esos que cargan grandes mochilas es sus espaldas y solo vienen a hacer fotos marchándose a los cinco minutos, te voy a contar algo más acerca de la historia de este trilitón, que me ha sido trasmitido de generación en generación desde hace 700 años. El undécimo Tui Tonga era de origen divino. Durante su reinado los tongoleños ampliamos nuestros dominios por el Pacífico sur. Nos desplazábamos en kalias o canoas dobles. Fue en una de ellas como, desde la isla de Futuna, trajimos unos bloques coralíferos que servirían para la erección de este trilitón que tienes enfrente, el único en todo el Pacífico. En realidad se trata de un observatorio astronómico, necesario para los grandes viajes de nuestro pueblo

> polinesio entre los tres vértices que conforman nuestro triángulo: Nueva Zelanda-Isla de Pascua-Hawái, siguiendo la dirección de la Vía Láctea y orientados por las estrellas más brillantes de su contorno. Nuestro pueblo, aun desconociendo el compás, era capaz así de viajar distancias enormes entre archipiélagos; de Tahití a Hawái, por ejemplo, empleábamos 21 días. Pero para eso necesitábamos una guía: el trilitón.

Y le siguió contando más historias que hacían mención a los grandes conocimientos que atesoraron sus antepasados. Jorge Sánchez llegó a la conclusión de que ese trilitón podría ser un legamonismo, al igual que las pirámides de Savaii, los templos de Nan Madol, los moais de la isla de Pascua o la esfinge de Gizeh, es decir, elementos pétreos para trasmitirnos el estado avanzado de sus conocimientos.

Más tarde me enteré de que esa palabra, legamonismo, la adoptó George Gurdjieff, un maestro místico armenio. Significa, según la definición dada por él mismo, «datos o definiciones que desde tiempos antiguos pasan a través de iniciados de generación en generación». Para Gurdjieff todo cuanto el hombre había descubierto acerca de la realidad formaba parte de un «conocimiento objetivo» que es un patrimonio universal transmitido, y de todo un conocimiento psíquico y material, muy valioso y escaso, que necesitaba ante todo ser rescatado y preservado.

Y parte de ese conocimiento estaba expresado y manifestado en obras artísticas y grandes monumentos. Gurdjieff decía:

> El gran conocimiento se transmite sucesivamente de época en época, de pueblo en pueblo, de raza en raza… La verdad se establece por medio de escritos simbólicos y leyendas, y se transmite a las masas para su preservación, en forma de costumbres y ceremonias, en tradiciones orales, en monumentos conmemorativos, en el arte sagrado, a través de las cualidades invisibles de la danza, música, escultura y varios rituales.

Vistas así las cosas, ¿cómo no le van a entrar ganas a uno de irse hasta estas islas del Pacífico que tanto cautivaron la imaginación de escritores como Stevenson o de pintores como Paul Gauguin o de músicos como Jacques Brel? Todavía no lo he hecho por falta de dinero y de tiempo, pero está en mi lista de cosas para hacer antes de morir. Y más sabiendo que unos cuantos enigmas arqueológicos estarían en, al menos, tres de esas islas: Tonganapu, Pascua y Nan Madol.

Dicen que el pueblo lapita fue la primera civilización en alcanzar la isla, una cultura prehistórica que precedió a los polinesios, que, posteriormente, poblaron los territorios del Pacífico desde las islas Hawái hasta la isla de Pascua, demostrando con ello sus claras habilidades para la navegación.

La estructura de ese trilitón megalítico consiste en dos piedras verticales y una tercera apoyada, horizontalmente, en la parte superior, a modo de dintel, y se dice que fue construido en el año 1200 a. C. por el rey de la época. Cada bloque de piedra pesaría unas 40 toneladas.

Son muchas las leyendas en torno a Ha'amonga y una dice que fue erigido por el dios polinésico Maui, dotado con poderes mágicos, porque ningún mortal hubiera podido manejar unas piedras tan grandes. Al final Jorge Sánchez, movido por su curiosidad, logró subirse a lo alto del trilitón y entonces comprobó que allí había marcas tipo cuñas, a distancias regulares, «que debían servir para predecir la llegada de los equinoccios, las estaciones y muchos más detalles útiles para la agricultura y la navegación, ya que el trilitón se hallaba encarado exactamente como una rosa de los vientos. Sus caras señalaban norte-sur y los menhires este-oeste».

He leído en alguna parte que esa puerta polinésica se parece a alguno de los monumentos de Stonehenge o a la Puerta del Sol de Tiahuanaco. No se parece en nada. Son ganas de sacar parecidos. Los ritos, las circunstancias y las ceremonias son muy diferentes. Y recuerden lo que un día dijo Gurdjieff: «Cada ceremonia o rito tiene valor si se realiza sin alteración. Una ceremonia es un libro en el que una gran parte está escrita. Cualquiera entiende que puede leerlo. Un rito a menudo contiene más de un centenar de libros».

Isla de Pascua: los ojos que miran al cielo

Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO desde el año 1995 y finalista en la lista de las siete nuevas maravillas del mundo, la isla de Pascua no es un lugar demasiado visitado ni conocido. A la dificultad de llegar allí, a 3.700 kilómetros de las costas chilenas, jurisdicción a la que pertenece, se une la carestía del viaje, que a muchos les puede hacer la «pascua».

Se la ha llamado *Rapa Nui* («isla Grande», nombre de origen tahitiano), la Tierra de Hotu Matua (fundador de la dinastía de los rapanui) e incluso se le ha dado un nombre aborigen que se pierde entre las leyendas: *Mata-ki-te-rangi* (Los Ojos que Miran al Cielo), en referencia a los grandes cráteres de sus volcanes apagados. Pero uno de los nombres que más ha llamado la atención a los antropólogos es el de *Te Pito Te Henua* (El Ombligo del Mundo). Por eso es mucho más que una isla de 160 kilómetros cuadrados perdida en el Pacífico, a 27º 11' latitud Sur y 109º 08' longitud Oeste, en pleno trópico de Capricornio. Pocos lugares tienen el mérito de ostentar este título de ombligo del mundo haciendo referencia a un lugar especialmente sagrado, epicentro entre la tierra y el cielo y cargado de mucha historia y magia. No es el único «ombligo» que existe. Otros lugares que dicen ostentar la misma categoría son Delfos, Cuzco, Jerusalén, La Meca, Teotihuacán o el Tíbet. A todos ellos la gente va todavía en peregrinación para estar en contacto con la divinidad, para regenerarse, porque la vida brotó allí, según sus respectivas leyendas.

Actualmente, la isla de Pascua tiene unos 3.800 habitantes censados, sin incluir los 887 «convidados de piedra» que corresponden a los moais, tanto los que están enhiestos como los tumbados en su yacimiento volcánico. La mayoría procede del volcán Rano Raraku, con más de 300 figuras inacabadas, entre ellas un coloso de 21 metros. Casi todos los moais se levantan de espaldas al mar sobre plataformas ceremoniales llamadas *ahu*. Miran hacia dentro defendiendo el habitáculo de algo. Según los indígenas, velan por las tierras y los hogares del clan y algunos están coronados con unos *pukaos* o sombreros cilíndricos de piedra roja volcánica, obtenida de la cantera Puna Pau. Se ha especulado sobre su significado y la teoría

dominante es que se trata de moños, o sea, que tienen el pelo recogido a la vieja usanza.

Aunque no solo de moais vive la isla. Hay cuevas donde los rapanui hacían sus dibujos rupestres y escondían sus objetos sagrados —agujas de hueso, punzones o anzuelos de piedra— enterrándolos en el suelo. Y posee una escritura aún no descifrada llamada *rongo-rongo*. Los entendidos en la materia dicen que quedan 27 objetos de madera auténticos en total, conservados en varios museos del mundo, la mayoría en el de Historia Natural de Santiago de Chile. Lo que no me esperaba era encontrarme uno de ellos en un museo tan alejado como el de Funchal, la capital de la isla portuguesa de Madeira. En concreto, en el Museo de la Memoria de João Carlos Abreu, político y viajero que fue comprando piezas exóticas en sus numerosos viajes. Nos falta una «piedra Rosetta» para poder entender sus signos, glifos e inscripciones. Nos queda al menos el consuelo de una tradición oral que habla del primer rey que llegó a la isla, el ariki Hotu Matua, el cual llevaba consigo 67 tablas de madera que correspondían a las 67 sabidurías maoríes, como, por ejemplo, el arte de navegar y conocer la astronomía.

Hasta hace unos pocos años la única relación que tenía Pascua con el mundo exterior era un barco de guerra chileno que una vez al año acudía a la isla para avituallarla. Ahora una línea regular de aviación une esta minúscula parte del territorio chileno con su metrópoli y con el resto del universo. Un destino atractivo para la gente que busca el aislamiento, la belleza del paisaje y el misterio en un mismo espacio.

El noruego Thor Heyerdahl, tan vinculado a España, hizo la expedición *Aku-Aku* en 1955, sobre la que escribió un libro con el mismo título, en el que confesó que la isla de Pascua:

> Es el lugar habitado más solitario del mundo. La tierra firme más próxima que pueden ver sus habitantes está en el firmamento y consiste en la Luna y los planetas… Su distancia de la costa chilena es tanta como la que existe entre España y Canadá.

Heyerdahl la denominó la «Isla de Mil Misterios». Su expedición, compuesta por veintitrés personas, realizó estudios arqueológicos en el subsuelo y descubrió que en el pasado tenía una gran cantidad de bosques que

fueron deforestados por sus habitantes, quienes también cultivaban muchas plantas oriundas de América. Dataciones hechas con Carbono 14 mostraron que la isla había sido ocupada desde aproximadamente el año 380, fecha mil años más temprana de lo que los científicos creían hasta entonces. Las excavaciones indicaron que muchas obras hechas de piedra eran muy similares a las realizadas por las culturas peruanas. Muchos de sus datos quedaron refrendados con la Operación Rapa-Nui, de Antonio Ribera.

Su descubrimiento oficial se atribuye al holandés Jacobo Roggeveen el domingo 6 de abril del año 1722, precisamente cuando se celebraba la Pascua de Resurrección, de ahí su nombre actual. Con posterioridad, se dieron otros nombres a este territorio insular, como el de Tierra de Davis o Vahiu, designación señalada por el navegante inglés James Cook en 1774 en sus escritos, por ser la que usaban los indígenas. Cuatro años antes, la expedición de dos navíos enviados por la corona española comandados por Felipe González Haedo (o Ahedo) la bautizó como isla de San Carlos. Y lo sorprendente es que esta singular travesía y conquista apenas se conoce.

El virrey del Perú, el barcelonés Manuel de Amat y Junyent, recibió instrucciones de Julián de Arriaga, por entonces ministro de Marina e Indias, de prevenir cualquier afán expansionista de potencias extranjeras en el Pacífico, que era todo un hervidero de expediciones en busca de islas vírgenes para incorporar a sus respectivos territorios y coronas. Amat dispuso en 1770 que los capitanes de fragata Felipe González Haedo y Antonio Domonte Ortiz exploraran minuciosamente la isla de Pascua y el archipiélago de Chiloé. Y así lo hicieron. Amat recelaba de la creciente presencia de buques británicos, franceses y holandeses en las aguas del océano Pacífico y su potencial amenaza al comercio español en América del Sur. Por tal razón, alentó esas expediciones con objeto de mejorar el conocimiento de la zona y asegurar el control de la misma.

Se enviaron dos barcos: el San Lorenzo, de 70 cañones, y una fragata, la Santa Rosalía, de 26 cañones. En total, 700 hombres y dos sacerdotes, a cuyo mando estaba Felipe González, con cuarenta y tres años de servicio en la Armada. Ambos barcos partieron el 10 de octubre de 1770 desde el puerto de El Callao y avistaron la isla de Pascua el 15 de noviembre de ese mismo año. Fondearon en la Ensenada de González, llamada así en honor a su capitán, y

bautizada después por los franceses como bahía de los Españoles. El clásico juego de nombres. Era la segunda vez que un europeo llegaba a la isla de Pascua, medio siglo después de que lo hiciera Roggeveen.

Dos lanchas se repartieron la tarea de circunnavegar la isla, puesto que el levantamiento cartográfico era una de las misiones más relevantes de la expedición, y se sabe que sus tripulantes quedaron impactados por las monumentales estatuas, que, vistas desde el mar, confundieron inicialmente con árboles. El contacto con los indígenas no tardó en materializarse. Estos regalaron a los españoles lo poco que tenían, sobre todo plátanos y gallinas, y aquellos algunas baratijas que llevaban a bordo. En las instrucciones firmadas por el virrey (que también eran extensibles a la isla de Tahití) se disponía el reconocimiento de la isla, situarla con la máxima precisión, estudiar sus condiciones de habitabilidad y averiguar cualquier conato de colonización extranjera. De no haber «huéspedes extraños», los españoles deberían hacer un estudio completo sobre la vida de los indígenas, procurar atraerlos a la religión católica, tratarlos con la mayor humanidad y convencerlos de las ventajas de la soberanía española sobre su tierra. También ordenaba Amat la elaboración de un diccionario de las lenguas polinésicas y el reclutamiento de algunos muchachos hábiles que pudieran desplazarse a Lima a fin de enseñarles el castellano, adentrarlos en las verdades evangélicas y devolverles luego a sus islas.

Comprobaron que había muchos más hombres que mujeres y que algunos indígenas eran muy altos. Dos de ellos medían 2,17 y 2,13 metros, respectivamente, y ambos eran de tez muy clara. La mayoría de los nativos llevaba barba y el cuerpo cubierto con numerosos tatuajes. «Unos vivían en cuevas naturales y otros en cuevas artificiales», y «solo los que tenían alguna autoridad vivían en chozas», según la crónica. Trataron de entablar conversación utilizando hasta 26 idiomas diferentes, pero el esfuerzo resultó vano. Por ello recurrieron a los dibujos y los signos, con gran éxito. Antes de zarpar habían recopilado un primer diccionario de español y rapanui compuesto por 88 palabras. Una auténtica joya lingüística que se conserva entre los fondos del Museo Naval de Madrid. La expedición de González Haedo permaneció en la isla por espacio de cinco días, con los buques fondeados en la ensenada. Y el 20 de noviembre, comprobado que no se

producía ningún tipo de incidente con la población local, se decidió enviar un destacamento a la cota más alta de la isla, para colocar tres cruces de madera y una bandera de España en tres cerros del volcán Poike. El responsable de este destacamento fue el capitán de fragata José Bustillo y Gómez de Arce, cántabro al igual que su jefe.

Debió de ser este el episodio más espectacular y curioso de cuantos ha protagonizado a lo largo de su historia la Armada española. Los soldados desfilaron en procesión hacia los cerros acompañados por capellanes y por los indígenas, quienes ayudaron, incluso, en la tarea de transportar las pesadas cruces de madera. Reunidos en el volcán, los militares procedieron a formalizar la toma de posesión de la isla, los capellanes bendijeron la ceremonia y los jefes de las tribus locales o *arikis* la respaldaron, hasta el punto de suscribir un documento de anexión en el que, firmado mediante signos similares a los utilizados en las famosas tablillas *rongo-rongo*, mostraban su conformidad con los acontecimientos que allí se estaban produciendo. Entonaron himnos, dispararon salvas de fusilería y declararon oficialmente que la isla pasaba a ser propiedad de la corona de España, todo ello contestado por 21 cañonazos de los navíos San Lorenzo y Santa Rosalía.

Los soldados españoles, después de varios intentos, consiguieron que los isleños gritaran «¡Ave María!» y «¡Viva Carlos III, rey de España!». Pronto se convencieron de que aquellas gentes eran capaces de asimilar con facilidad todo lo que se les enseñaba. Bautizaron a la isla como San Carlos y se fueron de allí satisfechos, dispuestos a regresar a la primera oportunidad que tuvieran. Entre otras peculiaridades, destaca la firma por todos los jefes tribales del documento en el que estos aceptaban la soberanía del monarca español sobre el territorio. Es el texto más antiguo escrito en lengua rapanui, el idioma que hablaban los indígenas. Y el acto simbólico quedó rubricado con la colocación de tres cruces en los cerros del Poike, que hoy se conocen, precisamente, como las Tres Cruces y que los indígenas conocían con el nombre de Maunga Teatea. Se mantuvieron en pie tan solo 24 horas, puesto que al día siguiente, nada más zarpar los dos barcos españoles, los nativos ya las habían derribado.

Desde un punto de vista histórico, la expedición fue todo un éxito, pues localizó el punto exacto en el que estaba la isla y Agüera trazó el primer

mapa de ella. A su regreso, algunos marineros de la expedición aseguraron algo sorprendente respecto del control de la demografía en la isla. Dijeron que la población jamás rebasaba las 900 personas, ya que «la tierra no puede mantener más que aquel número de habitantes… Cuando este número está completo, si nace alguno, matan al que pasa de sesenta años, y, no habiéndolo, matan al recién nacido».

Aún quedan vestigios de esa presencia española, y es en la toponimia. En la misma isla de Pascua se conserva el nombre de cabo de Santa Rosalía, que era como se llamaba la fragata. Se sabe que uno de los oficiales de Haedo escribió un relato detallado de su estancia en la isla, a modo de diario, texto que estuvo en paradero desconocido hasta que en 1930 el manuscrito se puso a la venta en Londres por 70.000 francos franceses. No se sabe quién lo adquirió y su rastro volvió a perderse.

Tuvieron que pasar dos siglos para que otra expedición española volviera a realizar tareas de investigación en la isla y esto ocurrió en el año 1974, cuando el barcelonés Antonio Ribera, cofundador del Centro de Recuperación e Investigaciones Submarinas (CRIS), organizó la Operación Rapa-Nui. Fue la primera misión científica española en Pascua, en la cual se identificó un moai que, en opinión de Ribera, presentaba la típica barbilla faraónica en su búsqueda de pruebas de una más que probable llegada de barcos egipcios de la época tolemaica (siglo III a. C.). Y fue más allá en su búsqueda de conexiones transoceánicas al proponer, siguiendo la estela difusionista de Thor Heyerdahl, que los primeros pobladores de Rapa Nui habían llegado en embarcaciones de totora (de las que dijo haber encontrado representaciones en petroglifos), portando una cultura y una técnica muy semejante a la andina. Ribera se adelantó a Jacques Cousteau localizando los restos de varios moais sumergidos a pocos metros de la costa.

En el libro que escribió sobre este viaje, Antonio Ribera subraya algo que considera de suma importancia y es que la isla estuvo en el pasado habitada por dos razas: los *Hanau eepe* y los *Hanau momoko*, nombres que se traducen equivocadamente por «orejas largas» y «orejas cortas», respectivamente. El primer pueblo que colonizó la isla, los *Hanau eepe*, no era polinésico, sino que procedía de Sudamérica y estaba en contacto con la cultura que levantó Tiahuanaco. Dice que estaban relacionados con el Egipto

del faraón Ptolomeo III y lo intenta demostrar con la filología, desde el nombre del Sol, *Raa*, hasta algunas palabras griegas como *koro* o *himene*. La llegada de los primeros europeos a Pascua coincidió con el final de una cruenta guerra acaecida a finales del siglo XVII entre los *Hanau momoko* y los *Hanau eepe*, en la que estos fueron exterminados y los vencedores se dedicaron a derribar los moais de sus *ahus* y dejaron inconclusos los que se estaban tallando.

En una de sus conclusiones, Ribera cree que ha resuelto definitivamente el enigma del transporte de los moais desde la cantera de Ranu Raraku a los *ahus* de la costa. Nada de *mana* (poder sobrenatural y mágico que los hacía levitar) ni de moais que caminan solos, teorías muy en boga en los años setenta. Para Ribera las estatuas de traquita o de piedra volcánica fueron trasladadas a fuerza de brazos, tirando de ellas con sogas por el llano, sobre rodillos de madera y quizá sobre un lecho de algas marinas para suavizar los choques.

En julio del año 2008 se difundió la noticia de que los moais podrían estar orientados de forma consciente hacia determinadas estrellas, mucho más importantes que el Sol para la civilización rapanui. Esta es la conclusión del astrónomo Juan Antonio Belmonte, investigador del Instituto de Astrofísica de Canarias, tesis lanzada al alimón con el antropólogo de la Universidad de Chile Edmundo Edwards y que, en parte, contradice lo afirmado por el astrónomo estadounidense William Liller, para quien los *ahus* estaban orientados hacia las puestas y salidas del sol en los equinoccios y en el solsticio de invierno.

Belmonte y Edwards, que estudiaron la orientación de unos 30 *ahus*, aseguran que la mayoría están colocados de forma que las estatuas dan la espalda al mar, lo que en principio sugiere que la orientación dominante es la topográfica. Sin embargo, encontraron referencias arqueoastronómicas en estatuas situadas en el interior de la isla, pues unas están orientadas hacia las Pléyades y otras hacia la constelación de Orión. Edwards, que está casado con una nieta del último soberano aborigen de la isla, sabía la importancia que dan los ancianos de Pascua a las estrellas y, sobre todo, a las Pléyades, que ellos llaman *matariki* (pequeños ojitos) y al Cinturón de Orión, *tautoru* (los tres bellos). Para los habitantes de Rapa Nui, las Pléyades indicaban el

principio del año en el mes de Anakena, cuando se abría la temporada de pesca y se realizaban rituales en honor de los antepasados frente a los *ahus* con sus moais, época en la que estaba prohibida la guerra. Orión también marcaba el principio del año y el inicio de las fiestas principales de la isla, las «Paina», en torno a la primera luna del verano. Una prueba de todo ello se encuentra en el extremo oriental de Pascua, en la aislada península de Poike, donde está «la piedra para observar las estrellas», y próxima a esta hay otra donde se intuye un mapa estelar. Para Belmonte y Edwards, podría ser una representación de las Pléyades y la presencia de anzuelos en su decoración sugiere «una conexión con la temporada de pesca», que venía marcada por el orto y el ocaso de estas estrellas. Precisamente, ambas piedras están en el único lugar de Pascua donde se ven las Pléyades al salir y al ponerse.

Pohnpei: el secreto de Nan Madol

La mal llamada «Venecia del Pacífico» ha dado mucho que hablar, y más que lo hará sabiendo que no sabemos nada. Y digo la mal llamada Venecia del Pacífico, nombre pomposo y periodístico, porque los canales de Venecia se parecen a la ciudad polinesia lo que una suela de zapato a una corbata.

Para ubicarnos, nos vamos a Pohnpei, uno de los cuatro estados que junto a Chuuk (antes Truk), Yap y Kosrae constituyen los Estados Federados de Micronesia, en el océano Pacífico occidental. Hasta 1990 se llamaba Ponapé, nombre que le dieron los españoles. Pohnpei significa «sobre el secreto» (otras versiones dicen «sobre un altar de piedra»), una pista que nos pone en predisposición de atisbar parte de su misterio, ya que este no solo se encuentra en las extrañas ruinas ciclópeas que se alzan sobre los 92 islotes artificiales que componen el conjunto de Nan Madol, sino «debajo». Son unos 18 kilómetros cuadrados que no hay por dónde cogerlos o explorarlos.

Los escritores, exploradores y arqueólogos que han viajado hasta allí para ver de cerca una anomalía han regresado estupefactos. No se lo podían creer. ¿Todo eso ahí? ¿Para qué?

El español Toribio Alonso de Salazar avistó Ponhpei el 22 de agosto de 1526 y desde esa fecha pocos europeos regresaron a esa isla hasta el siglo XIX. Y la primera referencia a las ruinas de Nan Madol se las debemos a un explorador ruso, el conde Fiodor Petrovich Litke, que las visitó entre 1826 y 1829. Y ahí empieza a surgir el interés arqueológico y el asombro de todos los que llegaron a dominar esta isla. Hubo un dominio español del archipiélago (que ya era llamado de las Carolinas en honor al rey Carlos II) entre los años 1886 y 1899, hasta que se vendieron las islas a los alemanes en ese mismo año. Luego hay una ocupación japonesa a partir de 1914 y, más tarde, un protectorado estadounidense desde 1947 hasta que lograron la independencia en 1986, ratificada por la ONU en 1990.

Ahora bien, el primer estudio científico lo realizó el etnólogo alemán Paul Hambruch, en una expedición realizada entre 1908 y 1910. Allí observó la construcción megalítica de los islotes en la pequeña isla adyacente de Temwen, de unos 440 metros cuadrados solamente. Y se dio cuenta de que

estaba ante algo único, inconcebible, sorprendente, raro e insólito. El enigma que proponen las ruinas megalíticas de Nan Madol es de tal envergadura, que la arqueología oficial reconoce abiertamente su desconocimiento absoluto sobre la finalidad y los métodos constructivos de las más impresionantes construcciones de este tipo del océano Pacífico, a miles de kilómetros de distancia de otras similares.

Esas rocas presentan un nivel de radioactividad mayor de lo normal y se sigue sin saber cuál era la utilidad de una construcción de estas características, tan ciclópea y exagerada, sobre una zona de arrecifes de coral inestables y a lo largo de la orilla de la isla Temwen, rodeados por canales y empalizadas, con más superficie bajo las aguas de la que podemos ver actualmente. Puestos a lanzar teorías, o disparar tiros al aire, unos dicen que era el lugar de enterramiento de los grandes nobles y otros que un gran puerto de mercancías. Todo indica que eran pilares de una estructura mucho más compleja y que su construcción empezó cuando el nivel de las aguas estaba mucho más bajo.

Documentos históricos anteriores al siglo XVI no hay ni uno, por tanto tenemos que acudir a las tradiciones orales transmitidas de generación en generación por los habitantes de la isla, según las cuales en el pasado habría llegado a la isla un grupo de diecisiete hombres y mujeres de rasgos extranjeros que se habrían mezclado con los pobladores originales. Y ahí empieza el lío.

Posteriormente, llegaron a la isla dos hermanos gemelos, hechiceros, que respondían al nombre de Olisihpa y Olosohpa, procedentes de la mítica Kanamwayso, que se podría traducir como «la ciudad de nadie», y que además habría desaparecido bajo las aguas del océano por un cataclismo. Los dos hermanos habrían buscado un lugar para erigir allí el altar a un dios y eligieron la pequeña isla de Temwen, aparentemente la menos adecuada de todas las que podrían haber elegido. Y así habría comenzado a existir Nan Madol y su aureola de misterio. Uno de ellos sería la forma de trasladar esos enormes bloques de basalto. La leyenda nos dice que lo hicieron de la manera más fácil: levitando. Ah, y también se sirvieron de la ayuda de un dragón que escupía fuego.

La primera vez que oí hablar de esta enigmática construcción en el Pacífico fue a través de un libro de Erich von Däniken, *El oro de los dioses*, donde se habla sin complejos de esas leyendas y el autor expone sus teorías, que, como se podrán imaginar, son contundentes y conducentes a la intervención de seres extraterrestres, para variar. Si bien sus conclusiones no son válidas, los datos y testimonios que recoge durante su estancia son interesantes. Dice que, tras realizar estos prodigios, Olisihpa habría muerto ya anciano, dejando solo a Olosohpa, que se habría casado con una mujer de la isla y así habría fundado la dinastía gobernante de Saudeleur, que se mantendría al frente del gobierno de la isla durante doce generaciones, con Nan Madol como capital y centro religioso. Algunos habitantes actuales de Pohnpei creen que las piedras llegaron volando a la isla gracias a la magia del «mana».

El gobierno de la dinastía Saudaleur, fundada por Olosohpa, se habría prolongado desde la llegada de estos hacia el 1100 hasta su desaparición cuando fueron desplazados por Isokelekel, que en el idioma de Pohnpei significa «el rey maravilloso o brillante», un héroe semidivino procedente de la isla de Kosrae, que es uno de los cuatro estados integrantes, junto a Pohnpei, de los actuales Estados Federados de Micronesia. Según el antropólogo William Ayres, de la Universidad de Oregón, la metrópolis fue la capital de la dinastía Saudeleur, que ejerció su poder en la zona entre los años 500 y 1500. Tras la caída de la dinastía Saudaleur, Nan Madol habría quedado deshabitaba. Allí no vive nadie, no hay agua dulce ni alimentos.

En 1836 aparece publicado el relato del marino aventurero James O’Connell, en el cual detalla su descubrimiento de las ruinas:

> Durante mi estancia en las Carolinas nada me interesó ni me cautivó en mayor grado que estas ruinas. Pues era imposible que estas tremendas murallas de piedra hubieran sido traídas y erigidas sin algún tipo de ayudas mecánicas, ayudas que rebasaban infinitamente a las que llegué a conocer entre los nativos. Las construcciones evidenciaban un gran saber de los arquitectos. La explicación de que las construyeron los «animan», de que los animan habitan en ellas, de que son majorhowi (sagrada) para alguien, parece haberse ido heredando de una generación a otra. Necesariamente se trata de construcciones de un pueblo que superaba a los actuales habitantes de la isla. Me atrevo a decir que fue incluso un pueblo completamente diferente. Pero todo ello no deja de ser suposiciones que no se apoyan en nada.

Varias expediciones australianas, norteamericanas y japonesas confirman que a nueve metros de profundidad se han descubierto los vértices superiores de diez columnas o pilares verticales de veinte metros de altura cada una, que corresponderían a una ciudad hundida hace milenios y a una cultura distinta a la de los constructores de Nan Madol. De hecho, corrió el rumor de que bajo estas aguas y estos edificios sumergidos se habían sacado clandestinamente unos enigmáticos «sarcófagos de platino».

Andreas Faber-Kaiser, en la obra *Sobre el secreto* (1985), cuenta sus investigaciones sobre la isla mágica de Pohnpei y las ruinas de Nan Madol y hace referencia a que en 1939 apareció en la prensa alemana una noticia que afirmaba que submarinistas japoneses (estas islas pertenecieron a Japón desde 1919 hasta que los nipones fueron expulsados por las tropas norteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial) habían efectuado inmersiones en la isla de Ponape (la antigua Pohnpei) y habían sacado del lecho del mar trozos de platino.

No era algo nuevo. Antes de la Primera Guerra Mundial hubo buscadores de perlas y comerciantes japoneses que hicieron sondeos clandestinos en el fondo del mar y contaban narraciones fabulosas. Decían que allí abajo habían visto calles recubiertas por moluscos, colonias de corales y otros habitantes marinos, amén de algún que otro vestigio de ruinas. Desconcertante había sido, según ellos, la visión de numerosas bóvedas de piedra, columnas y monolitos. Esta misteriosa ciudad submarina albergaba una especie de panteón de los nobles, «cuyas momias yacían allí y cada una de estas momias estaría encerrada en un sarcófago de platino».

De acuerdo con estos testimonios recogidos por Faber-Kaiser, se habría extraído platino del fondo marino hasta que dos submarinistas ya no volvieron a emerger. Jamás nadie volvió a verlos. Sendas expediciones australiana, norteamericana y japonesa confirman que allí, a nueve metros de profundidad, existen los vértices superiores de diez columnas verticales de 20 metros de altura cada una. De acuerdo con las leyendas locales, debajo de Nan Madol yace Kanimeiso, la «ciudad de nadie», donde habitaron los Reyes del Sol, con una antigüedad estimada en 10.000 años, datación próxima a la de Yonaguni, en Japón. Como si todo ello fueran vestigios de un gran

continente desparecido, tal vez el Kumari Kandan del que hablan las viejas crónicas hindúes.

Esa gran ciudad sumergida en la zona, de la que Nan Madol solo es la puerta de acceso a ella, sería la razón, según el mito, de que Olisihpa y Olosohpa decidieran la construcción de Nan Madol en su ubicación actual.

Estos enigmas estarían relacionados con la presencia de túneles que comunican las islas artificiales entre sí y también con otras construcciones que hoy se encuentran bajo las aguas. No se han encontrado relieves, ni esculturas, ni pinturas, ni inscripciones o algún tipo de escritura o jeroglífico que nos pueda dar pistas.

Pohnpei tiene otro misterio menos conocido y que comparte con los habitantes de un atolón cercano llamado Pingelap. Tiene el índice mayor del mundo de «acromatopsia» o monocromatismo (conocida en pingalepés como «maskun»), una afección genética y congénita de la visión que impide percibir los colores. Los conos (células fotorreceptoras de la retina sensibles al color) están alterados y la retina solo percibe el blanco, el negro y los diversos matices intermedios entre ambos. Es el reino de los niños que no ven en color. Mientras que menos del 0,004 por ciento de la población mundial lo sufre, en el atolón este trastorno es prevalente en al menos el 10 por ciento de la población, y el 30 por ciento es portadora. En relación con este tema, el famoso neurólogo y escritor inglés Oliver Sacks escribió en 1997 *La isla de los ciegos al color*. Descubre que la acromatopsia ha jugado un papel clave en los ritos y tradiciones nativas e incluso en sus mitos fundacionales en estas islas; causa serios problemas y está claro que limita a las personas que la padecen, pero también les abre posibilidades insospechadas, les descubre un nuevo mundo de texturas y matices que las personas con una visión «normal» no pueden experimentar, ni siquiera imaginar.

No es casual que Sacks comience su narración con una referencia al relato de H. G. Wells, *El país de los ciegos*, donde un viajero perdido llega a un valle de los Andes ecuatorianos aislado, en el que sus habitantes no solo son ciegos, sino que han perdido incluso cualquier noción de visión; el frustrado aventurero comprueba cómo sus aspiraciones iniciales de dominio sobre los nativos se ven frustradas por la superioridad de estos en un mundo construido a su medida.

No es la única deriva genética que existe en la Polinesia referida a una enfermedad visual. En Guam, otra isla del Pacífico, existe una enfermedad neurodegenerativa que ha sido endémica en los últimos cien años. El *lytico-bodig*, como la denominan los nativos, se presenta a veces como una parálisis progresiva, que convierte a quienes la sufren en estatuas humanas; en otras ocasiones sus síntomas son parecidos a los del síndrome de Parkinson, acompañado de demencia. Una hipótesis, nunca probada, la atribuye al consumo de harina fabricada con las semillas de la cicadácea, un árbol tóxico cuyo origen se remonta a la Prehistoria y que siempre ha fascinado a los botánicos. O sea, aquello que puede salvar a una población del hambre puede ser también la causa de su muerte.

No me voy a extender más. Tan solo quiero concluir con unas cuantas preguntas sobre la isla de Ponhpei y Nan Madol:

1. ¿Cómo pudieron transportar columnas de basalto de diez y algunas de cincuenta toneladas desde la costa norte de la isla hasta la costa este, donde se encuentra Nan Madol?
2. ¿Por qué no se levantó el complejo en la isla principal?
3. ¿Por qué se prefirió una pequeña isla tan alejada de las fuentes de aprovisionamiento?
4. ¿Quién construyó realmente Nan Madol?
5. ¿Por qué dedicaron tanto esfuerzo para edificarla? ¿Cuál era su finalidad?
6. ¿Cómo pudieron erigir esos 400.000 bloques de entre cinco y diez toneladas cada uno?
7. ¿Quiénes eran aquellos extranjeros que llegaron a Pohnpei, de rasgos diferentes a sus habitantes?
8. ¿Quiénes eran Olisihpa y Olosohpa de los que habla la tradición?
9. ¿Y el platino y los túneles?
10. ¿Y la acromatopsia?

Todo un desafío para cualquiera que quiera saber algo de nuestro pasado. Para llegar allí es necesario un permiso y pagar una pequeña cantidad

de dinero. Yo lo haré en breve. Palabrita.

VII

OTRAS CUESTIONES QUE LES PUEDEN INTERESAR

«La ciencia no puede resolver el último misterio de la naturaleza. Y eso se debe a que, en última instancia, nosotros mismos somos una parte del misterio que estamos tratando de resolver».

MAX PLANCK

EL PRIMER ANUNCIO DE LA HISTORIA

Esa manía tan humana de señalizar todo, sea en piedra, papel o tijera, perdón, o madera, para prohibir y anunciar algo, no es un asunto de hogaño ni de antaño. Es de siempre. Se sabía que en Babilonia, hace más de 2.500 años, había rótulos indicadores de las calles, con letreros sugestivos que indicaban quiénes podían transitar por ellas. Uno es bastaste curioso y hasta amenazante. Dice así: «Calle que ningún enemigo puede pisar».

Nos dice Andrew Thomas, en *No somos los primeros* (1976), que en Nínive, la capital de Asiria, también tenían sus carteles para señalar, indicar y prohibir. Uno de ellos decía: «Prohibición de aparcamiento: carretera real. Prohibido obstruirla». La pena por incumplir lo dicho no era elegir entre susto o muerte, sino más bien lo segundo. Lo de las multas vendría siglos más tarde.

El primer anuncio escrito que se conoce está datado en el año 1.000 a. C. y se encontró en las ruinas de la ciudad egipcia de Tebas. Ofrece la recompensa de una moneda de oro a quien encuentre, capture y entregue a un esclavo huido, llamado Shem, y «lo devuelva a la tienda de Hapu, el tejedor, donde se tejen las más hermosas telas al gusto de cada uno». Este «papiro Shem» —como se lo denomina—, se conserva en el British Museum de Londres. ¿Y eso es un anuncio publicitario? Pues sí, y de 3.000 años de antigüedad nada menos, porque la frase que hace referencia a la belleza de las telas que confecciona este mercader, esa cuña comercial metida de rondón, se considera el primer reclamo publicitario de la Historia, ya que el noble Hapu no desperdicia la ocasión de anunciar las bondades de su producto. El anuncio completo es como sigue:

> Habiendo huido el esclavo Shem de su patrono Hapu, el tejedor, este invita a todos los buenos ciudadanos de Tebas a encontrarle. Es un hitita, de cinco pies de alto, de robusta complexión y ojos castaños; a quien lo devuelva a la tienda de Hapu, el tejedor, donde se tejen las más bellas telas al gusto de cada uno, se le entregará una pieza entera de oro.

Como había espacio en el papiro… Es como el chiste ese del que quiere poner una esquela en el periódico, comunicando la muerte de su madre a sus

familiares, y en la redacción le dicen que ese día hay una oferta de 2 x 1 en palabras, que por el mismo precio puede escribir más texto y entonces aprovecha para escribir: «Montse ha muerto. Vendo Ford Fiesta».

A partir del siglo VIII a. C., los griegos empezaron a utilizar carteles escritos sobre papiros o pergaminos que se fijaban en los llamados *axones*, postes de piedra o de madera, y también en los *hyrbos*, columnas cilíndricas. Además estaba el *kérux* o heraldo, evolución del voceador que en Asia Menor era contratado por los mercaderes para gritar noticias públicas, edictos y mensajes comerciales como el siguiente:

> Para los ojos brillantes y mejillas cual aurora, para una hermosura eterna después de la juventud, la mujer que sabe compra los perfumes de Escliptoe a precios muy razonables pues los vale su virtud.

En Éfeso también alardean de poseer el primer anuncio de la Historia grabado en una losa de piedra. En este caso lo que anuncia son los servicios de una prostituta cuyo burdel estaba próximo al Gran Teatro, lugar estratégico, pues cuando había espectáculo podían acudir unos 25.000 espectadores hasta llenar el aforo. Cuando visité Éfeso quise localizarlo y fotografiarlo y no fue fácil. Pensaba que estaría más señalado, que sería más turístico. Se encuentra cerca de la calle que llaman de Mármol, que sería la calle principal de la ciudad en sus viejos y gloriosos tiempos. Al parecer, el control sanitario que había en aquella época (siglo IV) era mucho más estricto que el que hay hoy en día. Cada hombre que visitaba el teatro y las dependencias anexas tenía que lavarse antes de entrar en la gran sala. Un poco más adelante de esa calle central se ve una baldosa de mármol situada en la calzada y protegida por una valla para que nadie la pise. En la losa están grabados un pie izquierdo y una flecha que indican la dirección a seguir y una especie de retrato estilizado de una chica engalanada con un tocado y también un corazón, acompañados del nombre de la meretriz. Si buscamos una interpretación romántica, quiere decir algo así como: «Si sigues en esta dirección hasta el cruce, encontrarás mi corazón».

El Gran Teatro fue modificado por el emperador Trajano (98-117). Aquí fue donde intentó predicar san Pablo en una de sus visitas (en Éfeso vivió unos dos años) y salió escaldado. Por cierto, los antiguos efesios se

vanagloriaban de tener, no solo ese espectacular teatro o la Biblioteca de Celso o su fabuloso Artemision, sino también de ser, por eso mismo, la ciudad que primero iluminó sus calles para que todos vieran su brillante esplendor, aunque los habitantes de la ciudad de Antioquia decían lo mismo y estaban orgullosos del alumbrado de sus pórticos y sus calles durante la noche: «Aquí la noche no se distingue del día si no es por la naturaleza de la luz», escribe Libanikus en su *Antiochikós.* Estamos en el siglo III. En aquella época, lustro arriba o abajo, Éfeso, Alejandría, Constantinopla y Roma tenían sus calles bien iluminadas, para desesperación de los facinerosos. Ya se pueden imaginar qué clase de iluminación era, con antorchas y candiles de aceite de oliva. Todo un lujo público. Aunque a fuer de ser riguroso y arrojar un «poco más de luz» a este asunto, conviene recordar que han sido encontradas lámparas de terracota en las planicies de Mesopotamia datadas entre el año 7000 y el 8000 a. C.

«Luz, más luz», dijo Goethe como últimas palabras antes de expirar en Weimar. Un pequeño aporte cultural…

Bebidas arqueológicas

Algún gracioso dijo una vez, parafraseando a Arquímedes, «dadme un punto de apoyo y… me beberé otra cerveza». Y si bebe muchas, seguro que también se moverá su mundo pero a su alrededor…

Cada poco tiempo la prensa científica nos sorprende con un nuevo hallazgo antropológico, arqueológico o gastronómico, diciéndonos que es la primera evidencia de lo que se hacía, comía o bebía aquí o allá. Descubrimiento que lo convierte en genuino, impactante y de especial importancia que obliga a reescribir la Historia o la Prehistoria. Por ejemplo, hoy sabemos que los neandertales ibéricos comían marisco hace 150.000 años, y no en un sitio cualquiera, no, sino en la costa de Torremolinos, que ya parece que estaba destinada desde aquellos pretéritos tiempos a servir de referencia para el ocio y los ricos manjares. Hasta ahora, los investigadores creían que las prácticas más antiguas de marisqueo las había realizado el *Homo sapiens* y no es así. Los restos encontrados en la cueva de Bajondillo de Torremolinos suponen el vestigio más antiguo del consumo de una mariscada malagueña por parte de esta especie.

¿Y qué es lo que bebían? Agua, seguro. Pero alguno más espabilado ya estaba ideando otro tipo de bebida, a ser posible fermentada. Lo malo es que los neandertales desaparecieron hace 30.000 años y con ellos todos los adelantos de los que hubieran sido capaces. Les tocó a los *Homo sapiens* la responsabilidad de inventar la cerveza y otro tipo de bebidas ecológicas y espirituosas. Y a fe que lo hicieron cuando dejaron de ser cazadores y recolectores y se convirtieron en aburridos sedentarios, dedicados a la agricultura y la ganadería. Y con el cultivo de cereales aparecieron el pan y otras cosas.

«Visite el Jardín del Edén» es el reclamo del Consejo Turístico de Urfa para los que acudan a Göbleki Tepe (traducido sería algo así como «Monte Ombligo»), al sudeste de Turquía. Allí está el templo más antiguo del mundo. Eso dicen. Datado en 9500 a. C. En esta época los *Homo sapiens* vivieron una especie de edad de oro en plena Edad de Piedra, lo cual no deja de tener su ironía. En otras palabras, nuestros antepasados eran más felices cuando se

dedicaban a cazar y recolectar que tras convertirse en agricultores. Un sociólogo le puede sacar mucha miga a esta aseveración. ¿Fueron los habitantes de Göbleki Tepe bebedores de vino o de cerveza? No lo sabemos aún.

Los primeros borrachuzos oficiales de vino vivieron en los Montes Zagros (Irán) hace diez mil años y los de cerveza dicen que fueron los chinos y los sumerios mil años después. Y tanto les gustaba que los babilonios ya tenían veinte clases distintas de la misma hace seis mil años. Un reto científico es averiguar la receta y el método para elaborar cervezas de esas épocas. Y en este empeño está el arqueólogo biomolecular Patrick McGovern, que ha encontrado vestigios de cervezas antiguas usando química molecular. Ha descubierto las recetas y hasta probado los resultados, sin poner en riesgo su salud. La más antigua que ha identificado, de momento, procede de una sepultura china en el río Amarillo, en un yacimiento llamado Jiahu, donde había jarrones que se usaban para contener líquidos. Hicieron el análisis químico e identificaron una bebida que mezclaba miel, arroz, uvas silvestres y frutos de espino hace 9.000 años. Vamos, la típica cerveza del Neolítico chino. Y la reprodujeron y resucitaron, ganando una medalla de oro en la feria de degustación de cerveza más grande del mundo, en Denver, tras una prueba ciega en la que los jueces no sabían lo que estaban tomando. Ahí es nada. Pan líquido, ha dicho alguno.

También se ha elaborado otra cerveza gracias a los residuos en unas vasijas encontradas en la tumba del fabuloso rey Midas, en un yacimiento arqueológico de Turquía. Por cierto, no muy lejos de Göbleki Tepe. Midas existió y fue el rey fundador del Imperio frigio, que gobernó en el periodo comprendido entre los años 725 y 625 a. C. Es para ponernos en situación, porque McGovern y su equipo se frotaron las manos al conseguir una fórmula extraña, una mezcla de cerveza de cebada, vino de uva e hidromiel, y les sorprendió tanto que quisieron rehacer tan singular bebida. Estas cervezas son como cápsulas de tiempo líquidas.

Como lo es un brebaje proveniente de Soconusco (Honduras), hecho con maíz y chocolate amargo, que bebían los aztecas. Contiene además chile y miel. Nadie diría que eso es cerveza. El resultado de la investigación de McGovern se llama «Theobroma» listo para ser degustado, aunque el nombre

no inspira mucha confianza. Según la empresa cervecera Dogfish Head, significa «alimento de los dioses», eso sí, a precio prohibitivo. Otra cerveza cara (unos 40 euros la botella) y antigua es la «Tutankhamon Brew», fabricada a partir de la receta contenida en los jeroglíficos que los arqueólogos de la Universidad de Cambridge rescataron del templo del Sol de la reina Nefertiti. Los egipcios de la Dinastía XVIII la llamaban de otra manera, «Zythum», que significa vino de cebada, e hicieron una producción industrial, siendo su consumo de enorme importancia tanto por su gran poder alimenticio, como por sus aplicaciones medicinales. Servía para todo.

Los que quieran profundizar más en estos interesantes hallazgos de McGovern pueden consultar su libro *Uncorking the Past: The Quest for Wine, Beer and Other Alcoholic Beverages* (*Descorchando el pasado. La búsqueda del vino, la cerveza y otras bebidas alcohólicas*), editado por Universidad de California Press, 2009.

Acercándonos más en el tiempo, un grupo de científicos finlandeses están analizando una cerveza dorada y espumosa encontrada en un barco naufragado en el mar Báltico en el año 1800. Sería la cerveza bebible y sin adulterar más antigua del mundo y, visto lo visto, esperan obtener la fórmula para poder crear nuevas cervezas que se parezcan lo máximo posible a ella. No sé si alguien se atreverá a beber algo que tiene dos siglos de antigüedad, pues no deja de ser un producto perecedero, por muy bien que se haya conservado en el fondo del mar. No tengo dudas de que será una bebida muy salerosa (por la sal marina), con un añejo sabor que tal vez facilite una edificante colitis.

Para los amantes del vino, sin irnos a sus orígenes, está comprobado que la botella más antigua tiene 1.650 años. Se encontró en 1867, enterrada en la tumba de un noble romano, cerrada con un sello de cera y ahora duerme custodiada como una reliquia en el Museo Histórico de Pfalz (Alemania). Debe de estar de muerte…

¿Y EL PRIMER ZAPATO?

Un proverbio chino dice que «un viaje de 10.000 kilómetros empieza por un solo paso». Y claro, en la vida hay que pisar fuerte y con garbo y, aun así, siempre hay alguien que se nos adelanta. Y un proverbio sioux asegura que «antes de juzgar a una persona debes caminar tres lunas con sus mocasines».

Será por proverbios y refranes. El libro *Zapatos para el pie izquierdo*, de Jesús Pardo, nos cuenta que hasta 1818 nadie se planteó que los zapatos deberían tener, como los pies, formas diferentes. Hasta entonces, el calzado se inspiraba en las *caligae* romanas, una plantilla que se ataba al pie y a la pierna con cintas. A mediados del siglo XIX, con el invento de la máquina de coser, se pudieron adaptar estas hormas a la fabricación del calzado en general. Lo que quiere decir que el proletariado europeo, falto de recursos económicos, siguió llevando zapatos intercambiables y unisex hasta bien entrado el siglo XX.

¿Cuándo el hombre se atrevió a dar el primer pisotón con calzado incluido? Parece una pregunta fácil. Si nos atenemos a los datos oficiales, el origen del calzado nos lleva a Hispania y a la Galia, donde, en pinturas rupestres de la época magdaleniense, de hace unos 14.000 años, encontramos las primeras noticias gráficas de su uso. En cuanto a pruebas físicas, el primer zapato tendría una antigüedad de 5.500 años, pero si nos atenemos a datos no admitidos por la ciencia ni mucho menos por la Historia, el primero de todos dataría de hace… ¡varios millones de años!, como dicen los creacionistas, cuando ni siquiera había *Homo sapiens* sobre la faz de la Tierra.

Entre esos 5.500 años y unos cuantos millones de años, hay «pasos» intermedios, y nunca mejor dicho. El antropólogo Eric Trinkaus ha encontrado pruebas del uso de zapatos hace 30.000 años, basado en el hecho de que el espesor de los huesos de los dedos de los pies (a excepción del dedo gordo) disminuyó durante este periodo, bajo la premisa de que se sabe que antes iban descalzos por el mayor crecimiento óseo.

Hasta hace poco se pensaba que el primer calzado encontrado en buenas condiciones y diseñado para proteger los pies era el de Otzi, el «hombre de los hielos», datado en unos 5.000 años de antigüedad. Sus restos, ropa,

herramientas y mocasines se exhiben hoy en el Museo de Arqueología del Tirol Sur, en Italia, para quien quiera comprobarlo. Pero en el mes de junio de 2010 un equipo internacional de arqueólogos dio a conocer el hallazgo de un mocasín en una cueva de Armenia, en perfectas condiciones de conservación. Sería, dicen, «el zapato de cuero más antiguo del mundo», con 5.500 años, del periodo llamado Calcolítico (entre la Edad de Piedra y la Edad de Bronce), con sus respectivos cordones para ajustarlo. Está compuesto por una sola pieza de piel de vaca, hecho a medida y relleno de hierba. Se desconoce si pertenecía a un hombre o a una mujer, aunque se correspondería con un número 37 europeo en la actualidad.

Realmente existen muestras de calzado anteriores, hechas de materiales vegetales. Por ejemplo, unas sandalias elaboradas a partir de plantas encontradas en una cueva en Missouri (Estados Unidos), y otras de la misma época encontradas en Israel. Sabido esto, vayamos ahora a las teorías más extravagantes, esas que antropólogos y arqueólogos no están dispuestos a admitir bajo ningún concepto, esas que dan vértigo con solo imaginar que sean verdad. Los humanos, como género homo, existimos desde hará unos dos millones de años y como *Homo sapiens* desde hace unos 150.000. Por tanto, es imposible que un humano usara una sandalia con la que aplastó a un trilobite vivo al mismo tiempo que dejaba para la posteridad su huella de 32 centímetros de largo y 7,5 de profundidad de talón. Dicen que la descubrió William J. Meister, un coleccionista de fósiles, en el mes de junio de 1968, en una excursión con su familia cerca de Antelope Spring (estado de Utah). Como sabrán, los trilobites desaparecieron hace 250 millones de años, y esa pisada petrificada se encuentra expuesta en un museo creacionista, así que no haré más comentarios.

Una marca sobre una roca caliza hallada en Fisher Canyon, en el condado de Pershing, estado de Nevada, sería otro indicio de la existencia de zapatos en la noche de los tiempos. La descubrió John T. Reid, ingeniero de minas y geólogo, y el doctor W. H. Ballou escribió un artículo en el *New York Sunday America*, en octubre de 1922, afirmando que el transeúnte prehistórico debió de estampar su flamante sandalia en el barro hace cinco millones de años.

Y habría una tercera huella de calzado encontrada en una roca arenisca en el desierto del Gobi, de unos 200 millones de años, descubierta por un grupo de paleontólogos chinos en 1950. Y una cuarta encontrada en 1971 durante la construcción de un dique en el río Gediz, entre cenizas volcánicas, a la que el Instituto de Mineralogía de Ankara atribuyó unos 250.000 años de antigüedad. Son cifras que marean y no precisamente por el olor que desprendan esas suelas.

Las huellas de pies descalzos humanos son muchas más y no es necesario mencionarlas todas. Citaré un solo caso que ocurrió en las cercanías del lago Titicaca, Bolivia, en mayo de 2008 y que desafía los más osados esquemas de migración prehistórica e incluso a la propia teoría evolutiva de la especie. Se trata de la huella de un pie desnudo (la «pisada del Inca», la han denominado) incrustada en la piedra de 30 centímetros (correspondiente a un 39), descubierta por los investigadores bolivianos Jorge Miranda y Freddy Arce, y que dicen que tiene la friolera de 15 millones de años de antigüedad. Como se podrán imaginar, ninguna universidad avala estos datos.

MUSEOS CON COSAS RARAS EN SUS VITRINAS

«Quien controla el presente controla el pasado
y quien controla el pasado controlará el futuro».
GEORGE ORWELL, *1984*

Una de mis costumbres, cuando visito un museo del tipo que sea, da igual, es fijarme en aquellas figuras, monedas, esculturas, lápidas, mapas o cuadros que me parecen chocantes, raros, fuera de lugar, insólitos o que se salen de la norma por su aspecto o por su leyenda. Y si los puedo fotografiar, allá que voy.

Objetos así los hay en casi todos los museos de antropología, etnología, geología, ciencias naturales y, por supuesto, en los de arqueología. Y cuando utilizo el adjetivo de «raro» me refiero a aquello que ni los propios historiadores saben o se atreven a catalogar, calificándolo a veces de objeto de culto, figura votiva, adorno ritual o, simplemente, señalan la fecha, la cultura y nada más.

Llevo años anotando aquellos datos significativos que encuentro relativos a los museos repartidos por todo el mundo donde aparecen estas estatuas, piezas u objetos en general a los que muchos investigadores les ponen la etiqueta de «artefactos fuera de su tiempo» (los *ooparts* de los que ya hemos hablado en este libro). Soy consciente que cuando se localiza una pieza antigua, al menos de mil años, con figura antropomorfa que llama la atención por su forma o indumentaria, siempre hay «uno que todo lo sabe» que le pone el mote de «astronauta» o de «extraterrestre», creando una confusión peligrosa. Pasa con las esculturas japonesas dogu, con la lápida del sarcófago de Pakal en Palenque, con la estela de Casar de Cáceres, con las pinturas rupestres de Val Camónica, incluido uno de los geoglifos de Nazca. Bien sea por el traje, las botas o por sus supuestas gafas, adscriben estas figuras a la hipótesis de los antiguos astronautas, también conocida como de los alienígenas ancestrales.

Es un *totum revolutum* donde todo cabe, sin base científica por medio. Y algunos meten en ese «cajón de sastre» objetos falsos, como los discos dropa,

la estafa de las figurillas extraterrestres de Ojuelos o al astronauta esculpido de la catedral nueva de Salamanca, que en realidad es de una restauración de 1992.

Este listado o dosier que he ido elaborando con paciencia en estos lustros es lo que les ofrezco a ustedes, como regalo, por si alguna vez visitan esos museos y se quieren sorprender o fijar, como un servidor, en esos objetos desafiantes y accesibles que se distinguen por lo anómalo, lo inquietante, lo singular y lo «raro».

No voy a caer en la trampa de entrar en la veracidad de esas piezas, si son originales o copias, si son auténticas o falsas. Eso nos llevaría a otro libro. Tan solo quiero remarcar y destacar lo que a algunos autores y especialistas les ha llamado la atención y así lo han consignado en documentales, libros, artículos o tesis. Muchos de esos objetos tal vez ya no se exhiban en sus vitrinas, pues algunos van cambiando de ubicación en función de su polémica, pero todos ellos están vinculados, de una manera u otra, a esos museos. O incluso puede que algunos museos también hayan desaparecido.

Hay que tener en cuenta los desmanes, saqueos y estupideces que se han cometido a lo largo de los siglos y que han impedido que llegue todo íntegro a nuestros días. Por poner un ejemplo, el actual Museo de Arqueología Submarina de Bodrum (Turquía), situado en el castillo de San Pedro de Halicarnaso, construido en 1420 por los caballeros de la Orden de San Juan, sirvió durante una época de calabozo. Algunos presos hicieron grafitis mientras esperaban su hora (de liberación o ejecución). Una de esas inscripciones, con cierto aire de desesperación, era una frase en latín que decía: *Inde Deus abest* («donde Dios no existe»). Pues bien, en el año 2006 el gobierno turco ordenó al director del Museo, Yasar Yildit, borrar la inscripción de la piedra porque «Alá está en todas partes y no es lícito ponerlo en duda». Así somos. Lo que molesta se suele guardar o borrar.

Objetos considerados poco menos que imposibles, como piezas de platino o de aluminio que necesariamente debieron de fabricarse con un proceso de electrolisis varios miles de años antes de que la electricidad fuese descubierta oficialmente, restos de lo que parecen pilas, aleaciones de hierro inoxidables o piedras talladas con una precisión tal que apenas podríamos

reproducirlas hoy día con las más avanzadas técnicas. Son piezas que continúan desafiando con su presencia la cronología oficial de los avances científicos de la humanidad. Algunas nos demuestran que el pasado funciona como una escuela que nos sigue instruyendo, marcando líneas de vanguardia (véase la máquina de Antikythera o el vaso de Licurgo).

Como dice la doctora en Arqueología Heather Lynn, en los niveles más bajos y cavernosos de los museos de todo el mundo, se guardan miles de artefactos que están ocultos a la vista del público, puesto que se consideran «demasiado amenazantes» para la narrativa histórica establecida. Otro problema es que ciertas excavaciones arqueológicas se financian por oscuras organizaciones y corporaciones multinacionales que nunca darán a conocer públicamente sus descubrimientos, si es que estos son desestabilizadores. Es lo que hay.

Continente africano

Museo Egipcio de El Cairo:

Pájaro de Saqqara: hecho con madera de sicomoro y al que se atribuye una antigüedad de más de 2.200 años, de la época tolemaica. Algunos lo consideran una miniatura de un planeador o monoplano aerodinámico. Fue clasificado como *objeto de culto* por sus descubridores en 1891.

Disco del príncipe Sabu. Descubierto en la Tumba del Príncipe Sabu, hijo del faraón Adjuib, gobernante de la I Dinastía (3000 a. C.). Para Zecharia Sitchin se trata de una pieza de una nave extraterrestre, en concreto un volante o una turbina. Para otros investigadores, como Nacho Ares, hay que pensar en la hipótesis más lógica, basada en los paralelismos existentes, y es que se trata en realidad de la base de una lámpara.

Daga de acero inoxidable. Cuando Howard Carter desenvolvió la momia de Tutankamon en 1923 —un año después del hallazgo de la tumba —, aparecieron sobre el cuerpo del joven rey, entre otros muchísimos tesoros, dos dagas ceremoniales. El hierro de una de ellas procede de un meteorito, de ahí sus propiedades. Podría incluso no ser la única pieza del ajuar de Tutankamon con material semejante. Es en realidad cristal formado al

fundirse la arena por el alto calor producido al estrellarse un meteorito en el desierto.

Pectoral de Tutankamon. Se trata de un collar con un gran escarabajo de color amarillo verdoso en el centro. Es una rara gema pulida por los artesanos, de vidrio de sílice, anterior a la civilización egipcia. Procede del Sáhara y tiene unos 28 millones de años de antigüedad. Para que la arena cristalice de este modo, se requiere una temperatura extremadamente alta, lo que sugiere la explosión de un meteorito en el desierto, algo que se demostró en 2013 por un equipo multidisciplinar de científicos surafricanos, mostrando así la primera prueba jamás conocida del impacto de un cometa sobre la Tierra.

Bumeranes. Encontrados en la tumba de Tutankamon. Los utilizaba para la caza y se demuestra así que no eran únicamente atributo de los aborígenes australianos.

Museo de Nubia, Asuán (Egipto):

El huevo de Nubia. Es un huevo de avestruz, hallado en 1907 en la tumba 96 del cementerio 102, en lo que sería la antigua Nubia, actualmente entre Egipto y Sudán, por el arqueólogo inglés Cecil Mallaby Firth. En el huevo aparecen los dibujos de un avestruz y de unas plantas y lo que algunos ven como las pirámides de Gizeh y el río Nilo. Según los arqueólogos, los restos de la tumba se han datado en 4000-3500 a. C. (Cultura Nagada I), antes que la construcción de las pirámides 2570 a. C. J. J. Benítez dio a conocer la existencia de dicho objeto y la posible relación de sus dibujos con las pirámides de Guiza. Si tiene esa antigüedad, efectivamente, algo no cuadra.

Museo Nacional de Nairobi (Kenia):

Pinturas rupestres. Algunos, como J. J. Benítez, han creído ver en algunas de las copias de pinturas rupestres del área de Kondoa, en Tanzania, que se muestran objetos similares a ovnis y seres de otro mundo dibujados hace miles de años.

El niño de Turkana. Es un esqueleto prácticamente completo de un adolescente. En agosto de 1984 el veterano buscador de fósiles Kamoya Kimeu lo encontró en la región oeste del lago Turkana (Kenia). Es uno de los ejemplares de homínido más espectaculares jamás hallado de la especie *Homo ergaster* y es una buena muestra de la evolución humana.

Museo de Klerksdorp (Sudáfrica):

Esferas metálicas de Ottosdal. Encontradas en una mina de Ottosdal en 1979. La prueba de Mohs para minerales, que mide la dureza, y el isótopo de argón potásico, establece que tienen la friolera de 2.800 millones de años. Cuando en la Tierra apenas había vida de ningún tipo. Algunas de ellas están grabadas con tres ranuras. El problema es que algunos dicen que son artificiales. Michael Cremo las menciona en *Arqueología prohibida* y cree que pertenecen a una civilización inteligente.

Continente europeo

British Museum (Londres):

Calavera de cristal. Hasta mediados de los años noventa, la calavera estaba catalogada como «probablemente azteca, de entre 1300 y 1500». Pero luego se puso en entredicho su antigüedad y su origen. Un análisis realizado por el Museo Británico en 1996, utilizando la técnica de MEB (Microscopía Electrónica de Barrido), encontró surcos regulares que solo pudieron ser realizados por un pulimentado mecánico con una rueda de abrasión. El análisis del cuarzo reveló que se trataba de cristal brasileño que nunca se había empleado en Mesoamérica y sí en Alemania en el siglo XIX. Hoy la calavera sigue expuesta, pero en otra sala y con otro cartelito: «Probablemente europea, del siglo XIX».

Vaso de Licurgo. Es de época grecorromana del siglo IV, en cuya elaboración se utilizó una técnica de nanotecnología en las partículas del vidrio, palpable al cambiar de color el vaso de rojo a verde y viceversa en

función de la iluminación, y todo gracias a unas diminutas partículas de oro y plata solo visibles con un microscopio electrónico. Y, según últimas investigaciones, también cambia de color según el líquido que se vierta en la copa.

Lente de Nimrud. Encontrada por Henry Layard en 1850. También llamada «lente de Nínive», tiene forma oval, que se adapta perfectamente a la cuenca del ojo humano como si de un cristal de gafas se tratara. Lo inquietante de esa lente, que se conserva en el Departamento de Antigüedades de Asia occidental, es que data del siglo VII a. C. Los historiadores no admiten que se pudiera fabricar, y menos usar, este tipo de sofisticada tecnología utilizando una pieza de cuarzo de gran calidad. Tiene estrías regulares de 45º que recorren el borde, estrías que fueron meticulosamente realizadas para permitir que esa lente estuviera montada, lo más firmemente posible, en una banda metálica que la rodeaba.

Objetos egipcios de cristal pulido de roca. Las primeras lentes pudieron haberse creado en Egipto sobre 2600 a. C., como parte de la estructura del ojo en las estatuas funerarias en las que se observa una superficie frontal convexa (como nuestra córnea), así como una superficie trasera cubierta con pigmento, similar al iris humano. Uno de esos cristales se encontró en Heluan, Egipto, concretamente en la tumba del faraón Semempses y se considera una lupa; y lo que lo caracteriza es su perfección absoluta. Hoy día solo se puede hacer ese pulido empleando métodos electroquímicos para hacer óxido de cesio, que no se descubrió hasta 1803, por el alemán Jakos Berzelius. Hoy se exhibe en el Departamento de Antigüedades Egipcias.

Otras piezas dignas de ver relacionadas con el mundo arqueológico: Piedra Rosetta, las tabillas sumerias que hablan de la creación del ser humano o un moai de la isla de Pascua.

Museo de Historia Natural (Londres):

Cráneo de Broken Hill. Con un supuesto agujero de bala. Se llamó así en recuerdo del lugar en que fue hallado el cráneo de un homínido (Broken Hill, al norte de Zambia). Fue catalogado como el de un *Homo heidelbergensis*,

con un gran tamaño, con 125.000 años de antigüedad. Una réplica del mismo, con su agujero, está en el Museo de Livingstone, Zambia.

Museo Ashmolean de Oxford:

El Prisma de Weld. Escrito en cuneiforme hacia el 2170 a. C. por un escriba, ofrece una lista completa de los reyes de Sumer desde el comienzo, antes del Diluvio, hasta sus propios días, cuando reinaba Sin-Magir, rey de Isin (1827-1817 a. C.), incluyendo además y expresamente a los diez Reyes Longevos que vivieron antes del Diluvio Universal. Se encontró en el año 1922 en Larsa y se trata de una lista que desconcierta a los historiadores, pues abarca una cronología imposible que se extiende por más de 241.000 años antes del Gran Diluvio y encima menciona a reyes divinos junto con los humanos.

Museo del Hombre de París (Hoy llamado Museo Nacional de Historia Natural):

Calavera de cristal. Las dimensiones son menores que la del British Museum y la de Mitchell-Hedges, de 2,5 kilos de peso, pero con una peculiaridad que la hace ser diferente a las demás: tiene un agujero que la atraviesa de arriba abajo, supuestamente para colocar en ella una cruz o llevarla como si fuera un bastón de mando. Como en el caso de la británica, el autor del hallazgo fue un mercenario y el vendedor de la misma, el sospechoso anticuario Eugène Boban, lo que sitúa su fabricación en el siglo XIX.

Museo Heimathaus de Vocklabruck (Austria):

Cubo de Salzburgo. También llamado hierro de Wolfsegg o Cubo de Gurlt, es un pequeño trozo de hierro encontrado dentro de un bloque de carbón en el pueblo de Wolfsegg. De unos 60 millones de años, supuestamente hallado por un minero de nombre Reidl en 1885. Se creyó que el objeto tenía altas

probabilidades de ser una pieza de hierro fundido artificial y por tanto de una civilización desconocida.

Museo Arqueológico de Estambul (Turquía):

Nave de Toprakkale (no se exhibe). Tiene el aspecto de una nave espacial tripulada por un piloto sin cabeza y fue encontrada en las antiguas ruinas de Tuspa, que hoy se llama Toprakkale. Su antigüedad la estimaron en unos 3.000 años. La noticia no salió a la luz pública hasta aparecer en la revista de misterio *Fortean Times*, en octubre de 1993, en la que se mostraba una foto del artefacto con el comentario: «¿Un módulo espacial antiguo?». Esa hipótesis la defendió Zecharia Sitchin.

Museo de Topkapi de Estambul:

Mapa de Piri Reis (no se exhibe). Es de 1513. Se muestran la Antártida y otros territorios que aún no habían sido descubiertos. Los investigadores han llegado a la conclusión de que solo podría haber sido realizado basándose en fotografías aéreas, ya que está hecho con una gran precisión y perfecto detalle.

Museo Correr de Venecia (Italia):

Copia del mapamundi de Fra Mauro. El original se ha perdido. «Considerado el mejor memorial de la cartografía medieval», según Roberto Almagià, fue dibujado en 1459 por el monje italiano Fra Mauro. Es un mapa raro y desconcertante, pues en él se dibuja correctamente el cabo de Buena Esperanza, al que denominó cabo de Diab, con su característica forma triangular, treinta años antes de que Bartolomé Díaz lo doblara.

Museo Arqueológico de Palermo (Italia):

Piedra de Palermo. El documento, en escritura jeroglífica, da cuenta de 120 reyes predinásticos que reinaron antes de que existiera oficialmente la civilización egipcia. Aparecen los nombres de misteriosos «dioses» y «semidioses» engrosando las genealogías reales egipcias. La losa original mediría unos dos metros de largo por 60 centímetros de alto. Otros fragmentos más pequeños de este documento se encuentran en el Museo Egipcio de El Cairo y en el Museo Petrie de Londres.

Museo Egipcio de Turín (Italia):

Papiro de Turín. También conocido como Canon de Turín, no se conserva completo, y está escrito en lenguaje hierático. Originalmente debía de contener más de 300 nombres de reyes, detallando con precisión los años, meses y días de cada reinado. Recoge los reinados de diez llamados Dioses o Neteru y de varias dinastías de semidioses, como las de los Shemsu-Hor (Compañeros de Horus) y los Venerables de Menfis. Otra lista desconcertante para los egiptólogos que no admiten que hubiera predinastías gobernadas por dioses.

Museo de Glozel (Francia):

Tablillas polémicas. En 1924 un granjero llamado Émile Fradin encontró una cámara subterránea llena de objetos mientras araba en uno de sus campos. Había huesos humanos extrañamente marcados, ídolos hermafroditas, máscaras y varias tabletas grabadas con un lenguaje y alfabeto inusuales. Decían que eso demostraba la existencia de una civilización desconocida hace 14.000 años, dotada de escritura en pleno Neolítico, lo que adelantaría el origen de la escritura hasta mucho antes de que apareciera en Sumer o en Egipto. La mayoría de los expertos no han aceptado esta conclusión.

Museo Nacional de Antigüedades de Estocolmo (Suecia):

Lentes esféricas de Visby. Los expertos de anteojos han confirmado que los objetos de cristal de roca del siglo XII encontrados en tumbas vikingas en Suecia se hicieron casi a la perfección. Se utilizaron para leer textos, y los resultados son parecidos al obtenido con un vidrio de aumento moderno. En general, se cree que estos artefactos inusuales fueron fabricados originalmente en Bizancio, donde fueron comprados o robados por los vikingos. (Parte de las lentes se exponen también en el Museo Histórico en Visby).

Museo Nacional de Arqueología de Atenas (Grecia):

Máquina de Antikythera (ver el capítulo referido a ella).

Museo de la Acrópolis de Atenas:

Vasija griega. Robert Temple llamó la atención sobre una representación gráfica pintada en un fragmento de vasija rota datada en los siglos V-IV a. C. y que muestra a una persona que mira a través de un tubo de forma cónica, similar a un catalejo.

Museo de Heraklion (Creta, Grecia):

Disco de Phaistos. Se trata del único que se conserva con estas características en todo el mundo antiguo. Sus 242 signos se han mantenido indescifrables durante más de cien años. Considerada la piedra Rosetta minoica. Y que aún no ha podido ser descifrado. Algunos piensan que sería un primitivo juego de la oca.

Museo Estatal de Prehistoria de Halle (Sajonia-Anhalt. Alemania):

Disco celeste de Nebra. Es la representación más antigua de la bóveda celeste, realizada en Germania en la época de la Edad del Bronce (1600 a.

C.), que ha inspirado la novela *Nebra* del escritor mexicano Arturo Ortega Blake. La pieza fue descubierta por buscadores de antigüedades clandestinos y recuperada en 2002 por el Dr. Harald Meller, en una operación que llevó a la cárcel a los expoliadores. Se pueden encontrar la Luna, las estrellas, un astro circular, que puede ser representación del Sol o de la Luna en fase de eclipse, y las Pléyades. También conocido como Escudo de Sangerhausen.

Museo Nuevo de Berlín (abierto desde 2009):

Sombrero astronómico de oro. Fabricado entre el año 1000 y el 800 a. C. Son objetos de la Edad del Bronce descubiertos y debidamente catalogados cuatro de ellos (tres en Alemania y uno en Francia). Se supone que los sombreros sirvieron como insignia religiosa de las deidades o sacerdotes del culto al Sol. Lo espectacular es que, en diferentes alturas, tienen marcas que pueden servir de calendarios de cosecha y siembra. Las 19 franjas y la decoración con círculos (soles) y lunas nos llevan a suponer que puede ser una plasmación del Ciclo de Metón, es decir, la forma histórica de conciliar los ciclos lunares y solares que realiza Metón en 432 a. C. al establecer que 19 años solares se corresponden con 235 meses lunares. Si la interpretación es correcta, los pueblos celtas se adelantaron medio milenio a Metón.

La colección de las reliquias troyanas de Heinrich Schliemann.

Busto de Nefertiti. Según el experto en Historia del Arte Henri Stierlin, el busto de la bella faraona egipcia corresponde a una copia de 1912. A su juicio, el busto fue realizado siguiendo las órdenes del arqueólogo alemán Ludwig Borchardt, a quien se atribuye el hallazgo de este tesoro en las orillas del Nilo.

Museo Nacional de Irlanda:

Bola de cristal vikinga. Es del siglo X, de espato, llamada «piedra solar», utilizada para la navegación. Está hecha con un cristal polarizador conocido como espato de Islandia.

Museo Nacional de Historia de Transilvania (Cluj-Napoca, Rumania):

Pie o cuña de Aiud. El artefacto fue descubierto en 1973 por un grupo de trabajadores que realizaban una excavación en la ribera del río Mures, dos kilómetros al este de la ciudad de Aiud, Transilvania. Le atribuyeron 20.000 años de antigüedad. Los exámenes químicos realizados en un laboratorio de Lausana, Suiza, para determinar su composición, demostraron que estaba constituido en su mayoría por aluminio (89 por ciento), con la participación menor de otros once metales en proporciones específicas. El aluminio en estado puro no se encuentra presente en la naturaleza, y la tecnología para lograr un grado considerable de pureza solo pudo ser alcanzada a mediados del siglo XIX. En 1995, el investigador rumano Florian Gheorghita se topó con el artefacto en el sótano del museo.

Museo de Paleontología de Moscú (Rusia):

Esqueleto de un bisonte. En su cráneo presenta un agujero perfectamente redondo y que se supone fue causado por el impacto de un proyectil lanzado a gran velocidad. El componente atemporal de esta historia es que este animal es originario de Yakuzia, en la Siberia oriental, y vivió en aquellas latitudes hace más de 30.000 años. Däniken hace referencia al mismo en su libro *El mensaje de los Dioses*.

Museo Arqueológico Nacional (MAN) de Madrid:

Tesoro de Guarrazar y su vidrio de plomo (ver el capítulo correspondiente).

La Dama de Elche. Según la osada opinión del inglés John Moffit, podría ser una posible falsificación del siglo XIX.

Museo Naval (Madrid):

Mapa de Juan de la Cosa. Es del año 1500 y se considera el primer mapa con todos los territorios descubiertos expuestos, incluyendo por primera vez la

costa americana.

Museo Prasa. Torrecampo (Córdoba)

Esculturas de homínidos. Se encontraron en 1976 en Riotinto (Huelva) y representan a hombres con rasgos australopitecos. Datan de hace 3.000 años, aunque algunos arriesgados dicen que son de la Atlántida, de hace 11.000 años. El museo permanece cerrado al público desde la muerte de su creador y alma mater Esteban Márquez Triguero en septiembre del año 2003. Está en proceso de restauración. Es un museo privado ubicado en la antigua Posada del Moro y está en la Comarca de los Pedroches.

Museo Arqueológico Provincial de Cáceres:

Estela del astronauta. En una de las tapias del cementerio de Casar de Cáceres se encontraba una losa funeraria con una inscripción intraducible y con la efigie de un ser con sus botas. Tiene más de 2.000 años de antigüedad. La figura es una representación antropomorfa en granito gris de un ser de cabeza ovalada, desproporcionada o que lleva puesto un casco, de ojos achinados y que mantiene una desconcertante sonrisa, posee hombros elevados y un calzado que recuerda a las botas de un astronauta. La única palabra en la que todos los epigrafistas parecen coincidir es la que aparece en la tercera línea: ILVCIA (ILUCIA), para algunos, este término podría tener relación con alguna divinidad pagana y para otros probablemente provenga de la voz *lux-lucis* (luz).

Museo de Moiá (Barcelona):

Cráneo de un hombre cromañón que vivió hace seis o siete mil años. Pertenece a un hombre de gran talla y edad avanzada para la época: aproximadamente 1,70 m de estatura y unos cincuenta años de edad. Procede, como el resto del esqueleto y otros esqueletos contemporáneos, de la cueva

del Tolí. El hueso frontal del cráneo presenta una perforación perfectamente circular, que a Antonio Ribera le evocaba la que produciría una bala moderna y otros creen que es debida al drenaje de una sinusitis.

Museo de América (Madrid):

El Códice Trocortesiano o Códice de Madrid. Es uno de los tres únicos originales que se conservan en el mundo de códices mayas (los otros son el de Dresde y el de París). Está formado por dos fragmentos, uno denominado Troano en honor a su descubridor (Juan Tro y Ortolano), y el otro, Cortesiano en memoria de Hernán Cortés. El texto se refiere a temas rituales y contiene fórmulas adivinatorias y astrológicas usadas por los sacerdotes para predecir acontecimientos. Al ser estudiados ambos fragmentos, se comprobó que formaban parte de un mismo códice en papel de amate, de 112 páginas. El de Dresde refleja un calendario venusino completo y cálculos de las fases de Venus en cuatro páginas ¿Por qué tanto interés por este planeta?

Continente asiático

Museo Nacional de Bagdad (Iraq):

En 2003, se robaron unas 13.000 piezas que no han podido ser identificadas en su totalidad hasta la fecha, debido a que los saqueadores destruyeron los archivos del Museo de Bagdad. Entre ellas estaban el *Plato de Arpachiyah* y el *Jarrón Sagrado de Warka*, recuperado aunque bastante roto. En el Museo Nacional de las Culturas hay una copia exacta de este jarrón (también conocido como Vaso de Uruk), labrado alrededor del año 3200 a. C.

Batería de Bagdad. Descubierta en 1936, el arqueólogo alemán Wilhelm König lo identificó con una probable pila eléctrica. El primer análisis de este objeto consistió en introducir en su interior un electrolito y conectarle una lámpara, que se encendió muy débilmente. Desapareció en el saqueo de 2003.

Museo Nacional de Tokio (Japón):

Estatuillas dogu. Pertenecen a la cultura jomón tardía y están representadas con trajes que algunos han identificado de astronautas. Su datación sería, según el propio museo, del año 1000 a. C. y están realizadas en arcilla. Según Vaughn Greene, autor del libro *Astronauts of Ancient Japan*, muestran una extraña similitud con los trajes espaciales utilizados por los astronautas. Señala indicios de uso de tecnología avanzada en las gafas, cinturón, unidades de control en el pecho o el uso de casco.

Herramientas de piedras pulidas. Son las más antiguas del mundo, de hace 32.000 años, lo cual es una anomalía porque este tipo de pulido se asocia con el inicio del Neolítico. Por ejemplo, el hacha de piedra pulida más antigua de Europa está en Irlanda y tiene 9.000 años.

Museo de Sanghái (China):

Espejo mágico chino. «La mirada de la luz del sol» es un famoso espejo de bronce hecho durante la dinastía Han del Oeste (202 a. C.-8 de nuestra era). Parece un espejo de bronce ordinario, pero, si el sol brilla en su cara y se proyecta la luz reflejada sobre una pared, uno puede ver que los patrones e inscripciones de la parte posterior del espejo aparecen en la proyección como por arte de magia. Entre los más de 10.000 espejos de bronce recogidos en el Museo de Shanghái, solo cuatro tienen esta característica. Todos los «espejos mágicos» se hicieron durante la dinastía Han.

Museo Nacional de la Historia China de Pekín (China):

Primer sismógrafo del mundo. Su autoría se atribuye a Zhang Heng, que vivió durante la dinastía Han del Este. Tiene casi 2.000 años, pues data del año 132, y es una copia. El dispositivo era extraordinariamente preciso en la detección remota de terremotos. Era una vasija de bronce gigante, con ocho dragones marcando las principales direcciones del compás. En la boca de cada dragón había una pequeña bola de bronce y debajo de los mismos

estaban sentados ocho sapos de bronce, con sus amplias bocas abiertas para recibir las bolas. Cuando se produjera un terremoto, uno de los dragones abriría la boca y dejaría caer la bola en la boca del sapo, indicando automáticamente la dirección del epicentro del terremoto.

Museo Nacional de Camboya (Phnom Penh):

Estela de piedra. Es del siglo VII. En ella aparece registrado por vez primera el número cero.

Estados Unidos

Museo Somerwell de pruebas de la Creación de Glen Rose (Texas):

Fundado por Carl Baugh en 1984 para demostrar «científicamente» que la Biblia tenía razón. Expone objetos supuestamente muy antiguos y extraños:

Martillo petrificado de London (encontrado en 1934). *El Martillo de Texas* encontrado incrustado en una cueva de la localidad de London se le ha datado de 140 millones de años; el hierro es de gran pureza y el mango ha acusado un proceso de petrificación en la roca, lo cual muestra su remota antigüedad.

Dedo humano fosilizado. Este fósil, identificado como DM93-083, fue hallado en la isla Axel Heiberg, en el Ártico canadiense. Está datado en 100 o 110 millones de años, época que corresponde al Cretácico.

Huella de Meister: Sandalia humana con un trilobite, de más de 300 millones de años. Encontrada por William Meister en Antelope Springs, Utah.

Museo de Historia de New Hampshire (Nashua):

Huevo de piedra. En el año 1872, un grupo de obreros de la construcción encontraron cerca de las orillas del lago Winnipesaukee, en Nueva Inglaterra,

un terrón arcilloso que al romperse mostró un extraño objeto de piedra con forma de huevo en su interior. Denominada la «Piedra Misteriosa», con pulida superficie, está marcada con grabados que van desde símbolos astronómicos hasta un inquietante rostro humano. Se ven flechas invertidas, una luna, puntos, una espiral, una mazorca de maíz, un círculo con tres figuras con un aspecto similar al de la pierna de un venado, un rostro, un tipi y los círculos de estrellas. No sabemos su significado, ni para lo que sirve, ni la datación de la piedra.

Museo Egipcio Rosacruz de California (San José)

Prótesis metálicas de Usermontu. Cuando el museo adquirió un antiguo ataúd egipcio sellado, en la década de 1970, descubrieron que la momia que contenía no era la titular del sarcófago. Debería ser la de un sacerdote llamado Usermontu, que quiere decir «el poder de Montu», pero en realidad era la de un hombre egipcio de clase alta que vivió durante el Reino Nuevo. Sus restos momificados miden 1,5 metros de alto y muestran restos de cabello rojo. Un pelirrojo famoso gracias a una prótesis que se le implantó en la rodilla izquierda para reparar su cadáver en el viaje al más allá, utilizando las mismas técnicas que los cirujanos ortopédicos modernos. Se trata de un largo tornillo, de 22 centímetros de longitud, que une el fémur con la parte inferior de la pierna, un artefacto que desafía nuestros actuales conocimientos sobre la capacidad técnica de los egipcios. Incluso la resina utilizada es parecida al cemento protésico.

Museo Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard:

En 1940 el doctor J. Alden Mason realizó unas excavaciones cerca del pueblo de Penonomé, en el Sitio Conte, provincia de Coclé, Panamá. Estas excavaciones fueron financiadas por el Museo Peabody. Encontraron un supuesto medallón de oro el cual ahora es exhibido con el nombre de *Felino de oro con esmeralda sobre la espalda*. Tiene unos 11 centímetros de largo.

El criptozoólogo Ivan T. Sanderson expuso que la pieza en cuestión no era un simple medallón con características animales, sino la reproducción de una retroexcavadora o draga mecánica que tenía «características animales».

Museo Nacional de Historia Natural del Instituto Smithsoniano (Washington, D. C.):

Cráneo Smithsoniano. Está en las colecciones del Departamento de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural, fue enviado en 1992 y su donante afirmaba que era azteca, procedente de la colección de Porfirio Díaz, encontrado en Ciudad de México en 1960. Es el cráneo de cristal más grande de todos, pesa 14 kilos. La arqueóloga Jane McLaren Walsh, rastreando su origen, averiguó que la primera transacción la hizo Eugène Boban.

Diamante Hope. En la sala de Geología está este diamante, también conocido como Diamante azul, Joya de mar y Diamante de la esperanza. Es de color azul marino, de 45 quilates. Tiene la supuesta maldición que alcanza a sus respectivos poseedores. Numerosos rumores señalan que es el culpable de las desgracias que les ocurrieron a cada uno de sus dueños.

Sociedad Histórica del Estado de Idaho (Boise):

Estatuilla de Nampa. Estaría guardada en el sótano y se le atribuye una antigüedad de dos millones de años. Para algunos es la evidencia de que seres humanos de tipo moderno estaban viviendo en los Estados Unidos en el Pleistoceno.

Museo Runestone de Alexandría (Minnesota):

La piedra rúnica de Kensington. Todo comenzó 1898, cuando el hijo de Olof Ohman, un inmigrante sueco propietario de tierras en la localidad de Kensington, en el estado de Minnesota, avisó a su padre de que había

encontrado una roca con unas extrañas marcas. Al llegar al lugar, Ohman descubrió que se trataba de una pieza de roca, con forma de lápida, que contenía una serie de símbolos o letras en una de sus caras y en un lateral. Se dijo que era una prueba de la presencia vikinga en estas tierras americanas.

Museo del Estado de Maine (Augusta):

Penique vikingo. Se trata de una moneda de plata del rey vikingo Olaf III de Noruega (1050-1093), encontrada en ruinas algonquinas en el estado de Maine, muy cerca de la frontera de Canadá. Es un objeto verdadero y original en cuanto a su origen escandinavo, pero fuera de lugar, lo que muchos consideran como otra prueba de la presencia vikinga en estas tierras americanas. Se le llama Penique de Maine o de Goddard, por su descubridor en 1957.

Universidad de Yale (New Haven, Connecticut):

Manuscrito Voynich. Expuesto en la Biblioteca Beinecke, en la sección de libros raros y manuscritos. Aún sigue sin descifrarse. En 2009, investigadores de la Universidad de Arizona realizaron la prueba del Carbono 14 sobre el papel y confirmaron (con una seguridad del 95 por ciento) que el libro fue elaborado entre los años 1404 y 1438. El profesor Bax, de la británica Universidad de Bedfordshire, consiguió en 2015 descifrar varias palabras de forma parcial: «Taurus», «Kantairon», «cilantro», «enebro» y «eléboro». Está convencido de que el libro no es un engaño y cree que podría venir del Lejano Oriente, en una lengua muy antigua. En breve ni siquiera será necesario desplazarse a Yale para verlo, porque va a convertirse en facsímil gracias a la editorial española Siloé. Cada copia costará «tan solo» 8.000 euros de nada.

América central y del sur

Museo de Julsrud (Acámbaro, México):

Figurillas de Acámbaro. Este museo, abierto en 2003, muestra los hallazgos del arqueólogo alemán Waldemar Julsrud, que en 1944 encontró 32.000 figuras de arcilla enterradas al pie del Cerro del Toro, en las afueras de Acámbaro. Algunos análisis las datan en el año 2500 a. C. y otros dicen que son muy recientes. Algunas figuras tienen formas de dinosaurios.

Museo de Antropología de Xalapa (México):

Cabezas olmecas (ver el capítulo correspondiente).

Un curioso *juguete que representaba a un elefante de arcilla*. Este animal no existe en América, por lo que algunos han dicho que los habitantes de la civilización olmeca llegaron de África.

Museo Nacional de Antropología (México DF):

Perro con ruedas. Precolombino, encontrado en una excavación cercana a Veracruz. Se pueden encontrar otras muestras en el de Jalapa.

Cabeza romana del valle de Toluca. En 1933, durante una excavación arqueológica en Calixtlahuaca, valle de Toluca, el arqueólogo José García Payón descubrió una pequeña cabeza cuyos rasgos no coincidían con los del resto de piezas halladas en ese lugar. Tras consultar al presidente del Instituto Germano, el profesor Bernard Andreae, este dictaminó: «Es romana sin ninguna duda… es una pieza romana del segundo siglo d. C. Los rasgos del corte de pelo y la forma de la barba presentan el estilo típico de ese periodo».

Museo Nacional de San José (Costa Rica):

Esferas de piedras precolombinas. Las hay de varios tamaños (ver el capítulo dedicado a ellas).

Museo del Oro (La Paz, Bolivia):

Fuente Magna. Conocido también como Vaso Fuente, es una pieza grande, semejante a un vaso para libaciones (ofrenda a los dioses, normalmente de vino o leche durante ceremonias religiosas). Encontrado en 1950 por un agricultor cerca de la localidad de Tiwanaku (Bolivia). Se afirma que algunas partes del vaso estarían escritas en caracteres cuneiformes sumerios y protosumerios, lo que atestigua para algunos que los sumerios estuvieron allí.

Este museo también posee *cráneos deformados y alargados*.

Museo Nacional de Arqueología (La Paz, Bolivia):

Estatua de hombre barbado. Según Javier Sierra, en su libro *La ruta prohibida*, fue descubierta en 1957 en Carabuco, cerca de La Paz, y es de la cultura Tiahuanaco, por tanto, precolombina. En ella aparece representado un hombre con hábito talar y una cruz griega grabada en el pecho. Parece un monje cristiano.

Museo Lítico Monumental de Tiahuanaco (Bolivia):

Monolito Bennet. Fue encontrado en el interior del templo subterráneo de Tiahuanaco. Mide 7,30 metros de alto por 1.20 de ancho. Está tallado en un solo bloque de andesita de 18.5 toneladas de peso y ofrece todo tipo de interpretaciones simbólicas y esotéricas. No confundir con el «Monolito Fraile» o el «Dios del Agua» (por los cangrejos que están inscritos en su cinturón).

Museo del Oro de Bogotá (Colombia):

Aviones precolombinos. Objetos de la cultura Tolima (y no de la Quimbaya, como se dice en otros lugares). Estas figuras son también denominadas «Pájaros de Otún» y representan supuestos modelos de aeroplanos. Están en la Sala 2 de la segunda planta. Piezas de orfebrería en oro catalogadas como

«figuras zoomórficas» y que los defensores de los «antiguos astronautas» creen que demuestran que esa cultura sabía volar.

Museo Nacional de Quito (Ecuador):

Objetos de platino. El antropólogo estadounidense John Alden Mason, del Museo de Antigüedades Americanas de la Universidad de Pensilvania, en su obra *The Ancient Civilization of Peru*, afirmó que se han encontrado varios objetos metálicos ornamentales en algunas tumbas de la altiplanicie peruana. Algunos de ellos pertenecían a la cultura de Tumaco-La Tolita, que extendió sus dominios entre Colombia y Ecuador y que desapareció en el siglo X. En análisis posteriores se demostró que algunos de ellos fueron realizados empleando platino. Esto plantea varios interrogantes y una pregunta irritante: ¿cómo pudieron los indios americanos producir un metal cuyo punto de fusión, es decir, la temperatura necesaria para fundirlo, es superior a 1.750 grados centígrados? La Tolita es el sitio en que por primera vez en la Historia de la humanidad se trabajó el platino, cuando el precioso metal se comienza a utilizar en Europa apenas en el siglo XVIII. Varios objetos se hallan en la Sala de la Metalurgia Prehispánica, como la *Máscara del sol de oro y platino*. Este museo abrió sus puertas en marzo de 2014 (antes estaban en el Museo del Banco Central).

Museo Científico Javier Cabrera (Ica, Perú):

Piedras de Ica. Dicen que fueron grabadas por una avanzada civilización que habitó la Tierra antes que nosotros. Fueron recopiladas por el doctor Javier Cabrera Darquea (fallecido en 2001). Son aproximadamente unas 11.000 piedras con grabados cuyos motivos van desde dinosaurios, operaciones quirúrgicas y constelaciones a «hombres gliptolíticos» con manos de cuatro dedos. Para algunos es la prueba de que hubo una avanzada humanidad millones de años antes de que apareciera el *Homo sapiens*; para otros es un burdo fraude.

Museo Larco Herrera (Lima, Perú):

Huaco de la cultura moche. Representa a un personaje de bigotitos y barba, tipo chino, mostrando un producto textil con diseño no americano. Pareciera un mercader. Otros huacos moches tienen rostros de rasgos claramente negros.

Museo de Sitio Julio C. Tello (Paracas, Perú):

Cráneos elongados de Paracas. Inaugurado en 2016, el museo alberga una colección de los llamados «cráneos de Paracas» encontrados por el arqueólogo Julio C. Tello en el año 1928. Los descubrió en un cementerio en el desierto de Paracas, de unos 3.000 años de antigüedad. Son por lo menos un 25 por ciento más grandes y hasta un 60 por ciento más pesados que los cráneos de los seres humanos regulares. No solo son diferentes en peso, también son estructuralmente diferentes, carecen de la sutura sagital y solo tienen una placa parietal, mientras que los seres humanos normales tienen dos. Más de uno ha supuesto que no son de *Homo sapiens*, sino una nueva criatura humana.

Museo de Sitio del Santuario de Pachacamac (Perú):

Ídolo. Pieza de madera de 2,34 metros de altura y un diámetro de 12 centímetros, tallada en sus dos terceras partes, la parte superior corresponde al torso de un personaje dual debajo del cual se desarrolla una escena mítica que involucra a felinos encorvados, serpientes de dos cabezas, personajes, aves y plantas. Esta pieza data del periodo Wari y creen que es el ídolo parlante que los españoles encontraron en el templo pintado.

Museo El Ceibo de la isla de Ometepé (Nicaragua):

Prismáticos precolombinos. En su sección de arqueología hay un objeto para la observación astronómica datado entre el año 450 y el 500, compuesto por una pieza lenticular y dos orificios para la observación de los astros.

Museo Dillman S. Bullock (Chile, ubicado en el complejo El Vergel):

Cabeza de un hombre con bigotes y barba y un capote que la cubre toda, dejando solamente la cara al descubierto. Dicen que tiene un casco normando. La escultura es de andesita.

Museo Nacional de Historia Natural (Santiago de Chile):

Tablillas rongo-rongo, de la cultura rapanui. Aún está por descifrar su significado.

Museo Portugués de Colonia del Sacramento (Uruguay):

Planisferio de Cantino. Es de 1502. Cantino era un espía a sueldo del duque de Ferrara en la corte del rey portugués Manuel I. Consiguió sobornar a un cartógrafo portugués para que le hiciera una carta náutica con información geográfica secreta de los Archivos de la Casa de Indias de Lisboa. Pagó por él 12 ducados de oro, toda una fortuna de la época. En el mapa aparece inconfundible Norteamérica y con toda seguridad fue elaborado con datos de muchos viajes clandestinos portugueses. Se ve Brasil con una gran extensión de territorio, algo insólito teniendo en cuenta que oficialmente había sido descubierto año y medio antes por Álvarez Cabral. Lo más sorprendente es que se dibuja la costa sur de la península de Florida once años antes de que esta fuera descubierta oficialmente por Juan Ponce de León. El original está en la Biblioteca Estense de Módena (Italia), pero no se muestra al público.

EPÍLOGO

EL ARTE DE VIAJAR

Llegamos al final o al principio, no sé bien. «Quien no ha salido nunca de su tierra está lleno de prejuicios», aseguraba el escritor italiano Goldoni. Eso no quiere decir que el mero hecho de viajar nos haga mejores personas, pero sí nos hace ser más tolerantes, tener puntos de vista más amplios de la vida, otros valores, otras percepciones y aportaciones verdaderamente útiles para poder comprender a un país, un pueblo, una región o incluso una religión.

El viaje a lugares sagrados es una sutil escuela de aprendizaje, porque no hay dos viajes iguales, como tampoco hay dos formas iguales de sentirlo. ¿Cuántas veces ha pasado que dos amigos que han hecho el mismo recorrido por el valle del Nilo, por las ruinas mayas del Yucatán o por la catedral de Santiago de Compostela a su regreso cuenten sensaciones diferentes? Los dos han estado en Egipto, en México o en Galicia, pero a uno de ellos el viaje le ha calado hasta el tuetanillo, sintonizando con el lugar, y al otro le ha dejado totalmente indiferente.

Esa es a veces la diferencia entre un turista y un viajero. Entre otras. Y no digamos si se compara con el peregrino. El que viaja con consciencia sabe a lo que va y para qué va. Tiene ansias de conocimiento, quiere saber más del lugar que visita, empaparse de la belleza de su paisaje, de su historia, leyenda y misterio. Y si llega la oportunidad, tocar las piedras, abrazar a un árbol, compartir experiencias con sus compañeros de viaje, saborear el plato típico de la zona, ensimismarse con un capitel románico o zigzaguear entre las piedras de un *crómlech*. Al viajero le gusta disfrutar del momento, le gusta «estar» y «mirar», sí, mirar, observar, extasiarse y hasta meditar si fuere

menester. Un turista se puede cruzar con un viajero y ni siquiera se verán. Buscan cosas distintas: el turista la última foto y el viajero el último instante.

Muchas personas buscan «algo» en cada viaje que emprenden y a veces ni ellos mismos lo saben. No son conscientes de ello, pero siguen el impulso de su corazón. Unos creerán que están allí por casualidad, otros porque va su compañero o su cónyuge, otros porque no tenían una opción mejor o más barata para esas fechas, otros para ver si encuentran un ligue ocasional, otros… qué más da. La mayoría no se dan cuenta de que lo importante no son las razones por las que están en Stonehenge o en la basílica del Vaticano o viendo los guerreros de terracota de Xian, sino el hecho de «estar allí». El viaje tiene que ser un arte. Y para eso habría que tener en cuenta dos factores: la compañía (¡cuántos viajes se van al traste por no saber elegir al compañero, la agencia, el guía o el grupo adecuado!) y el estado de ánimo (¡cuántos viajes se chafan por no estar con la predisposición positiva adecuada!).

Para viajar hay que ir ligeros de equipaje, y no me refiero exclusivamente a la ropa de la maleta o la mochila. Hay que ir libres de prejuicios, de inquietudes, de malos rollos, de angustias, de miedos y de convencionalismos.

En cualquier viaje tened clara una ancestral ley cósmica: «Nada ocurre por casualidad». Por tanto, a usted que ahora está leyendo esto —y no por casualidad— le doy un pequeño consejo: cuando viaje a Tombuctú o al Machu Picchu, puede elegir hacerlo como turista o viajero y, si lo hace de esta última manera, recuerde que lo más importante no es el destino final sino el propio camino, porque el viaje es el arte del encuentro, sí, el encuentro con la propia naturaleza, con otros compañeros de fatigas y, en definitiva, el encuentro con uno mismo. No lo olvide.

Por todo esto y por más, no deje de viajar a lugares mágicos que le dan poder. O como aseveró Rumi: «Viaja ya, no hay tiempo que perder, el mundo es una obra de arte».

BIBLIOGRAFÍA

ACZEL, Amir D., *En busca del cero*, Ediciones de Intervención Cultural, Barcelona, 2016.

ALEXANDER, Marius, *Guía extraterrestre del planeta Tierra*, Martínez Roca, Madrid, 1982.

ARES, Nacho, *Egipto, tierra de dioses*, Edaf, Madrid, 2006.

—, *La tumba perdida*, Grijalbo, Barcelona, 2012.

ARROWSMITH, Nancy, y MOORSE, G., *Guía de campo de las hadas y demás elfos*, Olañeta, Mallorca, 1988.

BENÍTEZ, Juan José, *El planeta encantado* (serie de televisión y fascículos), Planeta, Barcelona, 2003.

BOCOS, Fermín, *Viaje a las puertas del infierno*, Ariel, Barcelona, 2015.

BURGIN, Luc, *Enigmas arqueológicos*, Timun Mas, Barcelona, 2000.

CERAM, C. E., *Dioses, tumbas y sabios*, Ediciones Destino, Barcelona, 1995.

CHARROUX, Robert, *Nuestros antepasados extraterrestres*, Bruguera, Barcelona, 1973.

CIEZA DE LEÓN, Pedro, *Crónica del Perú* (1553), digitalizada en la página *Artehistoria*.

COTT, Jonathan, *La reencarnación de Omm Seti*, Javier Vergara Editor, Barcelona, 1992

CLUBE, Víctor y NAPIER, Bill, *El invierno cósmico*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

CREMO, Michael A. y THOMSON, Richard L., *La historia oculta de la especie humana*, Torchlight Publishing Inc., 2012. (Versión abreviada de *Arqueología prohibida*).

DÄNIKEN, Erich von, *Regreso a las estrellas*, Plaza & Janés, Barcelona, 1971.

—, *Profeta del pasado*, Martínez Roca, Madrid, 1979.

—, *¿En qué me he equivocado?*, Edaf, Madrid, 1986.

—, *La respuesta de los dioses*, Martínez Roca, Madrid, 2003.

DIAMOND, Jared, *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, Barcelona, 2005.

—, *Armas, gérmenes y acero*, Debate, Barcelona, 2006.

ESLAVA GALÁN, Juan, *Tartesos y otros enigmas de la historia*, Planeta, Barcelona, 1997.

ESTETE, Miguel de, *Relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro*, 1533.

FABER-KAISER, Andreas, *Jesús vivió y murió en Cachemira*, ATE, Barcelona, 1976.

—, *Sobre el secreto*, Plaza & Janés, Barcelona, 1985.

FRANK, Joseph, *Misterios de América*, Ediciones Robinbook, Barcelona, 2007.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca, *Historia General del Perú; segunda parte de los Comentarios Reales*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1962. Estudio preliminar y notas de José Durand.

GONZÁLEZ, Francisco, *Arqueología increíble*, Odeón, Málaga, 2016

GOODMAN, Jeffrey, *Arqueología psíquica*, Martínez Roca, Madrid, 1981.

GRIAULE, Marcel, *Dios de agua*, Alta Fulla, Barcelona, 2000.

HANCOCK, Graham, *Las huellas de los dioses*, Ediciones B, Barcelona, 1999.

—, *El espejo del paraíso*, Grijalbo, Barcelona, 2001.
—, *Los magos de los dioses*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.
HANCOCK, Graham y BAUVAL, Robert, *Guardián del Génesis: La búsqueda del legado oculto de la humanidad*, Seix Barral, Barcelona, 1997.
HARARI, Yuval Noah, *Sapiens, de animales a dioses. Una breve Historia de la Humanidad*, Debate, Barcelona, 2015.
HARDEN, Donald, *Los fenicios*, Editorial Aymá, Barcelona, 1967.
HERMIDA, Carlos, *Involución. Las líneas de Nazca, el mayor plano de coordenadas del mundo*, Edición de autor, Vigo, 2012.
HEYERDAHL, Thor, *Tras los pasos de Adán*, Ediciones B, Barcelona, 2000.
HOMET, Marcel F., *Chan-Chan la misteriosa*, Martínez Roca, Madrid, 1977.
KELLER, Werner, *Y la Biblia tenía razón*, Omega, Barcelona, 1990.
LACALLE, Raquel, *Los símbolos de la Prehistoria*, Almuzara, Córdoba, 2011.
LAMEC, Joffrey, *Capadocia*, Silk Road, 2006.
MANN, Charles C., *1491. Una nueva historia de las Américas antes de Colón*, Taurus, Madrid, 2006.
MCGOVERN, George, *Uncorking the Past: The Quest for Wine, Beer and Other Alcoholic Beverages*, Universidad de California Press, 2009.
MENZIES, Gavin, *1421: el año que China descubrió el mundo*, DeBolsillo, 2005.
—, *1434: el año en que una flota china llegó a Italia e inició el Renacimiento*, DeBolsillo, Barcelona, 2010.
MERTZ, Blanche, *Pirámides, catedrales y monasterios*, Martínez Roca, Madrid, 1987.
PARDO, Jesús, *Zapatos para el pie izquierdo*, Temas de Hoy, Madrid, 1998.
REVERTE, Javier, *El sueño de África*, Santillana, Madrid, 1998.
—, *Vagabundo en África*, Santillana, Madrid, 2000.
RIBERA, Antonio, *Operación Rapa-Nui*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989.
SÁNCHEZ, Jorge, *Viaje a la Sudamérica exótica*, Dilema, Madrid, 2007.
SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando, *Gárgoris y Habidis*, Planeta, Barcelona, 1990.
SÁNCHEZ-ORO, Juanjo y AUBECK, Chris, *Ooparts. Objetos fuera de su tiempo y lugar*, Luciérnaga, Barcelona, 2015.
SANTILLANA, Giorgo de y VON DECHEND, Hertha, *Hamlet's Mill*, 1969.
SAUNDERS, Nicholas J., *Alejandro Magno. El destino final de un héroe*, Planeta, Barcelona, 2007.
SCHOCH, Robert, *Escrito en las rocas*, Oberon, Madrid, 2002.
SCHWATZ, Stephan A., *The Secret Vaults of Time*. Grosset & Dunlap, Nueva York, 1978.
SIERRA, Javier, *En busca de la Edad de Oro*, Plaza & Janés, Barcelona, 2006.
—, *La ruta prohibida y otros enigmas de la historia*, Destino, Barcelona, 2008.
SITCHIN, Zecharia, *Los reinos perdidos*, Obelisco, Barcelona, 2002.
—, *El duodécimo planeta*, Obelisco, Barcelona, 2002.
TEMPLE, Robert, *El misterio de Sirio*, Timun Mas, Barcelona, 1998.
—, *El sol de cristal: tecnologías perdidas de la antigüedad*, Anaya, Madrid, 2001.
TOMAS, Andrew, *No somos los primeros*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973.
TRUMP, David H., *Malta: Prehistory and Temples*, Midsea, 2002.
VILLARRUBIA, Pablo, *Rumbo a lo desconocido*, Odeón, Málaga, 2016.
ZAPP, Ivar, *La Atlántida en América. Navegantes en el mundo antiguo*, Adventures Unilimited Press, 1998.

VV. AA. (CEBRIÁN, CANALES, CARDEÑOSA Y CALLEJO), *Enigma: de las pirámides de Egipto al asesinato de Kennedy*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.

Notas

1 *Los 120 mejores cuentos de las tradiciones espirituales de Oriente.* Recopilación de Ramiro Calle y Sebastián Vázquez (Edaf, 1999).

2 Alianza Editorial (1995).

3 *Historia de la arqueología*, de Glyn Daniel (Alianza Editorial, 1992).

4 Ediciones Akal (2012).

5 *Historia General del Perú.*

6 *Relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro* (1533).

7 *Carta a los magníficos señores oidores de la audiencia real de su majestad, que residen en la ciudad de Santo Domingo* (1533).

8 *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la nueva Castilla* (1534).

9 *Crónica de Perú* (1553).

10 Traducción castellana del libro *Los fenicios* de Donald Harden (Editorial Aymá, Barcelona, 1967).

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): mayo de 2017
ISBN: 978-84-9164-038-7 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.